ESTEFANY CISTERNAS B.

Un corazon roto y un prometido



eBook

ESTEFANY CISTERNAS B.

Un corazón roto y un prometido



Áurea Ediciones

© Un corazón roto y un prometido
Sello: Nenúfares
Primera edición digital: Julio 2024
© Estefany Cisternas B.
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Claudia Riquelme
Corrección de textos: Gabriela Balbontín
Diagramación digital: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

_____

© Áurea Ediciones
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
www.aureaediciones.cl
info@aureaediciones.cl
ISBN impreso: 978-956-6183-99-0
ISBN digital: 978-956-6386-32-2

_____

Este libro no podrá ser reproducido, ni total
ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

1

Concepción.

Déjame contarte mi pequeña aventura de un momento en la vida que muchas mujeres desean alcanzar y otras como yo evitamos a toda costa: ser novia. Antes de comenzar debo advertirte que mis decisiones y acciones en ese momento no fueron las mejores, así que estás en la libertad de criticarme y detestarme, yo también lo haría.

Te cuento esta historia para que no cometas mis errores. Y antes de que digas “nunca haría algo así de estúpido”, espera a estar en mis zapatos. Una nunca sabe hasta qué punto llegaría por amor… o por odio.

Ese año, el 2015, ocurrió algo que me rompió el corazón, me nubló el juicio, me destruyó por dentro, sí, fue catastrófico a niveles superiores. No fue el fin del mundo, simplemente fue el fin de mi historia de amor.

Ahora comprendo que todo eso me hizo la mujer que debía ser, pero en ese entonces era estúpida, por Dios, ¡sí que era estúpida!

Tenía veinticinco años recién cumplidos, en la flor de mi juventud, como solía decir mi abuelita que en paz descansa. Yo estaba enamorada de los pies a la cabeza, juraba que lo estaría hasta el fin de mis días, que él y yo teníamos un amor contra viento y marea. Me equivoqué, claramente, y es que te lo juro, sí que era estúpida.

Todo comenzó una atareada mañana de primavera, con un intenso dolor de cabeza que parecía agudizarse por los rayos de sol que entraban por la ventana. Ese día me costó mucho levantarme, había tenido una larga noche de copas y las sábanas estaban pegadas a mi cuerpo como si fueran otra piel. Un consejo (el primero de muchos): nunca es buena idea probar diversos tragos a la vez, sin importar cuán bonitos suenen sus nombres, mucho menos si tienes un gran compromiso a la mañana siguiente.

Las bodas pueden parecer todo un espectáculo y cautivar a sus invitados, quienes pasan semanas preparando sus atuendos e hidratándose para que sus cuerpos absorban esos bebestibles gratuitos. Pero lo que definitivamente valía la pena para mí era la despedida de soltera, y no es que haya asistido a muchas, ya que mis amistades son reducidas, casi inexistentes. Me atraía la idea de presenciar a mujeres disfrutando de sus fantasías, sin que sus madres las estuvieran instruyendo o vigilando. Yo deseaba que mi vida fuera como una despedida de soltera, pero sin los hombres desnudos meneando sus miembros frente a mí. Anhelaba la libertad de actuar según lo que mi mente me decía, sin temer las consecuencias y los cuestionamientos de mis parientes.

En ese entonces me consideraba una mujer valiente e imposible de contener, no era una niña y tampoco una adulta realizada, pero me sentía en la cima de mi vida. Al menos cuando mi madre no estaba a mi alrededor, ese era el botón detonante para demoler toda mi autoestima. Veinticinco años era la edad suficiente para identificarme como una adulta, aunque mis errores demostraron que no era más que una chica desequilibrada.

De pequeña detestaba la idea de verme llegar al altar por voluntad propia, me imaginaba entrando amordazada y arrastrada por mi madre. Y ahí estaba yo, a punto de caminar por ese estrecho pasillo como un angelito.

En un auto negro, decorado con flores blancas que anunciaban alegremente que la novia iba en camino, recorríamos las calles de la capital regional. Algunos autos pasaban y tocaban con irresponsabilidad sus bocinas en saludo.

El molesto celular que mi madre me había regalo tres navidades antes como soborno/rastreador sonaba sin parar, provocando que volviera el hachazo de mi cabeza. Ya tenía acumuladas unas diez llamadas perdidas, y aunque me gustaba poner histérica a mi madre, en ese momento realmente no quería oír sus gritos mañaneros, pero si no le contestaba luego sería mucho peor.

—¿Dónde están? —oí su voz desesperada al otro lado del celular con algo de interferencia, pero siempre directa al grano.

—Vamos en camino —respondí entornando los ojos.

—Sé que la novia debe llegar tarde, pero ¿qué las demoró tanto?

Doña perfección, alias mi madre, llamaba para saber que todo estaba bajo control. Estaba segura que debía desesperarla no estar en ese momento en el auto, vigilando todo. Di gracias por decidir no invitarla a la despedida y sugerirle que su presencia seria de más ayuda temprano en la iglesia recibiendo a todos los personajes importantes invitados a este funeral, digo, boda.

—Hubo un problema con el cierre del vestido, pero ya está todo perfecto. Casi estamos llegando, así que preparen todo.

Le mentí, y de pasó le di una tarea que ella no podría rechazar: poner todo bajo control. Lo que realmente pasó fue que dos damas de honor habían despertado con horrendas nauseas debido a la resaca y acapararon el baño desde la madrugada. Por otro lado, mi hermana menor sufría del mismo dolor de cabeza que yo, resultado de sus misteriosas margaritas, cuyo misterio no es más que prepararlas con el doble de alcohol moralmente establecido. No podía dejarla salir con ese sufrimiento, así que me dediqué a aliviar sus molestias antes de arreglarnos, no iba a dejar que mi madre la criticara por disfrutar de una noche y que eso le doliera físicamente.

—Yo les dije que dejaran todo listo con días de anticipación, pero ustedes nunca escuchan a su madre y en vez de eso se van de fiesta...

—¿Aló? ¿Mamá? Se pierde la señal, ¿me escuchas?

Y le corté la llamada, sin remordimientos.

Minutos después el auto se detuvo frente a la Catedral de la Santísima Concepción y las cuatro chicas bajamos. Yo tomé mi ramo de flores fuertemente y caminé cuidando mi vestido, era largo y lo detestaba porque constantemente me pisaba a mí misma.

La iglesia escogida por mi madre quedaba en pleno centro de la ciudad. No era el espectáculo del año, pero varios periodistas estaban a la espera de la mejor toma. Seguramente habían sido llamados por la señora para hacerles saber que nuestra familia no escatimaba en gastos, ni se quedaba atrás con las grandes y extravagantes fiestas lujosas. El edificio santificado había sido construido antes de los años cincuenta, de un aspecto gris deprimente, techo muy alto y ventanales pintados de brillantes colores. Es el mismo lugar donde mis padres se casaron, y lucía igual que aquel día. Me atemoricé cuando miré al cielo y vi la gran cruz en la cúspide apuntando al cielo y a cada uno de mis pecados, la sensación me causó reflujo.

En la puerta principal esperaba mi madre, con su vestido verde agua impecable, moviendo su pie derecho como cuando yo hacía algo que colmaba su paciencia. Su cabello rubio ceniza estaba perfectamente sostenido y parecía desafiar la gravedad. Nos miró apretando más de lo normal las arrugas de sus ojos, primero a mí y luego a Annie, mi hermana, que estaba a mi lado y su expresión pasó de una inmensa furia a una extraña nostalgia. Sus ojos se llenaron de lágrimas y nos dio un abrazo a ambas, tan firme que casi pierdo el equilibrio con su cuerpo tirando de mí.

Fue sorpresivo. Traté de responder a su abrazo de una manera natural, no desconfiada, porque su amabilidad hacia mi persona no era algo común, muchos menos muestras de cariño físicas como esas. Debo admitir que entre sus dos hijas yo era la menos favorita, y bastantes motivos le había dado para tenerme en esa posición.

—Ojalá su padre estuviera acá para verlas —dijo mi madre aun sosteniéndonos en sus brazos —. Están hermosas.

Su conmoción se debía al recuerdo de mi padre. Di una inhalación profunda y traté de no explotar en llanto. A pesar del tiempo, cada vez que pensaba en él me costaba respirar, superar su muerte no era sencillo. Me obligué a mantener la compostura, en ese día solo debía sonreír.

Mi madre nos soltó y de inmediato comenzó su modo "madre quisquillosa", acomodando nuestros vestidos y cabellos como si tuviéramos tres años y nos preparáramos para el primer día en el jardín. La música clásica y celestial comenzó a sonar en el interior de la iglesia, las damas de honor se posicionaron para entrar en el orden previamente practicado.

—Celeste, es tu turno —me dijo de pronto la organizadora, con su tono de control absoluto.

Mi madre había contratado a la mejor empresa planificadora de bodas del país y ellos no dejaban que nada se les escapara. Por ende, si yo decidía huir de mi posición, seguramente unos hombres me perseguirían y me devolverían a la fuerza. No había más opciones.

—Muy bien, Celeste. No te caigas y sonríe, sonríe y no te caigas —me dije en un susurro evitando que los demás me oyeran.

De niña tenía el loco presentimiento de que caminar por el altar sería casi como caminar hacia la horca. Nunca me agradó la idea de que un montón de personas, muchas a quienes apenas reconocía como cercanas, me vieran caminar por un estrecho pasillo. Me daba la impresión de que todos verían en mí el miedo, que verían mis debilidades, que me harían pequeña y el estrecho pasillo no tendría fin. Y no estaba tan equivocada, solo algo chiflada.

Los ojos de todos se posaron en mí en cuanto puse un pie en la entrada y el horror brotó desde mi interior, una parte de mi salió corriendo y la otra se quedó petrificada. Sonreí nerviosa, la iglesia estaba decorada con muchas flores y la gente usaba trajes elegantes. La visión se me nubló y el calor me subió al rostro. De pronto la distancia que me separaba del cura se triplicó, y me obligué a rezar, como si realmente creyera en algo.

—Por favor, santos de todos lados, sáquenme de está tortura y prometo tratar no cometer pecados, ¿sí? Amén —susurré.

No era religiosa, pero había rezado desde el corazón. Caminé como si al final del pasillo no me esperara el fin, sino el comienzo de mi historia. Y no sería una linda historia, sino una de terror. No llevaba ni cinco minutos con tacones y ya me quemaban los pies, o quizás era el terreno santo el que me estaba exiliando por pecadora. Sentía que emanaba desde mi alma un olor a alcohol, como si ese fuera mi perfume.

Nunca supe cómo mi madre permitió que entrara de esa forma a la boda.

Evité la mirada de la gran mayoría de los invitados, miraba fijamente la mesa del padre para no ponerme nerviosa, que esperaba en el altar junto al novio, mis piernas temblaban. Apreté más fuerte el ramo y sonreí como si de eso dependiera mi vida. Mi zapato me jugo una mala pasada y el tacón se dobló. Pensé: "No por favor, no me dejen caer".

—¡Ah! Mier… —me quejé por el dolor y del susto casi dejé escapar una grosería—, amén… —intenté disimular.

Escuché algunos murmullos y a lo lejos algunas risas de burla, justo habían detenido la música. No alcancé a caer, pero me puse roja de vergüenza. ¿Alguien pidió un tomate? Aquí, presente,

pensé. Después prácticamente corrí para llegar a mi posición.

Ya en el altar, todos se pusieron de pie para observar la entrada de la novia. Y de blanco la patuda… ¿No creías que era yo, cierto?

Mi hermana deslumbraba con su millonario vestido. Caminó del brazo de mi madre hasta donde la esperábamos con su futuro esposo, un hombre de una familia más adinerada que la nuestra, pero de buen corazón. Su rostro estaba lleno de felicidad pura y con su belleza todos olvidaron mi pequeñito tropiezo. Mi madre le dio un beso en la mejilla y entregó su mano al novio, mucho más rápido que el tormento que sentí mientras caminaba. Todos se sentaron y el padre comenzó a hablar.

—Estamos hoy reunidos para presenciar la unión de…

Y blah, blah, blah.

Fue una ceremonia muy larga, así que evitaré esa parte de la historia. Mi mente omitió gran parte de ese momento, incluso si quisiera contarlo con detalles no podría, porque en esa iglesia mi alma flotaba en tequila y vodka negro.

***

La continuación a la ceremonia era lo que más esperaba. En ese momento quería aprovechar cada ocasión para festejar, más si era a costas de mi madre. La comida y la fiesta fueron en la ciudad vecina, en una refinada estancia de eventos con increíbles áreas verdes y una hermosa vista hacia un gran balneario. Decorado en tonos crema y celeste, con un estilo romántico y elegante. Había una banda en vivo, comida para abastecer a la región completa y hasta recuerditos carísimos para cada invitado. Y ni siquiera éramos la familia más adinerada del lugar, si nosotros podíamos costear eso, imagínense lo que podía pagar el hombre con más arrugas del recinto.

Me tuve que ir con mi madre y su chofer, porque nunca aprendí a conducir, y porque no tenía dinero para un auto. Apenas llegamos me dirigí corriendo hasta la mesa de cócteles, quería arrancar de mi madre y sus comentarios sobre la magnífica boda. Tomé una copa de algo que parecía espumante y le di un sorbo mientras todos aplaudían la llegada de los recién casados. Sabía que debía esperar el primer brindis, pero mi hermana entendería que no podía pasar mi resaca con agua bendita y nada más.

—Hey, Celeste —escuché que alguien me hablaba justo antes de dar mi segundo sorbo—. Pero qué buena entrada a la iglesia. ¡Amén!

Era el tonto actual esposo de mi hermana, quien se detuvo frente a mí para burlarse levantando sus manos hacia el cielo como si intentara alabar a Dios. Me limité a mirarlo feo.

—No seas malo, Tom.

Mi angelical hermana se interpuso y me defendió.

—No importa, Annie. Estoy acostumbrada a soportar tarados como tu esposo.

Bromeé para aliviar su rostro y le di un suave apretón a sus mejillas. No quería ser la causante de su primera discusión como casados, esa era una tarea destinada para mi madre y ambas sabíamos eso.

Annie se veía hermosa en su vestido “no blanco, pero muy parecido al blanco”, como solíamos llamarlo ambas. Mi hermana tiene unos ojos grandes que te invitan a sonreír sin siquiera pensarlo, la amabilidad está en cada una de las pecas de su rostro. Heredó la habilidad de mi

padre para hacer que la gente confíe en ellos con una sola mirada, por eso siempre fue la popular, además es muy atractiva. Sacó la lotería de los genes y posee un corazón de algodón de azúcar.

—Oye, Tom, ¿se puede saber dónde se metió tu mejor amigo? No lo he visto desde que llegué —pregunté para cambiar de tema.

—Deberías saberlo tú, es tu novio. Apuesto a que se está escondiendo por vergüenza —respondió en tono burlesco.

Yo le golpeé el brazo derecho y mi hermanita el izquierdo, ella con más suavidad. No quise insistir más, así que me alejé de la pareja recién casada dándole un beso en la frente a mi hermanita. Ambas llevábamos tacones, pero seguía siendo más alta.

Me detuve cuando a lo lejos vi a quien tanto buscaba. Si existe un momento en el que sientes que tienes la vida perfecta junto a tu ser amado y que nada podría hacerte más feliz que aquello, ni el dinero, ni la vida eterna, yo lo sentí en aquel instante mirándolo de lejos.

Antes de él, mis relaciones nunca habían durado mucho, aunque tampoco había puesto de mi parte para mejorar eso. Pero con Marcos era diferente, me sentía en mi pequeño paraíso. Mi hombre de manos ágiles, solo para mí, vestido con su traje negro, sus cabellos castaños cayendo por su frente, sus mejillas cálidas, con su postura inquieta tratando de encajar en mi entorno. Todo eso me hizo amarlo más. Sentí cómo se me inflaba el corazón.

En ese entonces no tenía idea del problema en que me había metido por idealizarlo, por hacerme dependiente de él como si fuera el aire. Es necesario que tengas cuidado al amar y no caer en eso, lo aconsejo.

Me acerqué de forma calmada y silenciosa, procurando que mis latidos alterados no fueran escuchados por los demás invitados. Era un lío, estaba cegada.

—Hola, amor —me puse frente a él de puntitas para besarlo suavemente, sintiendo e ignorando las miradas de la gente juzgando mi relación—. Al fin te encuentro.

—Te ves preciosa, Celeste.

Me dijo con su voz calmada admirando mi atuendo, yo di un giro frente a él para sacarle una sonrisa. Pero su mirada no cambió, se mantuvo serio y eso me preocupó.

—¿Qué sucede? —pregunté nerviosa.

—Tenemos que hablar.

2

Siempre había aborrecido la idea de la novia perfecta, la aburrida ceremonia, la formalidad y los miles de detalles absurdos. No detestaba la idea de amarrar mi existencia a otra persona mientras hubiera amor, pero no deseaba casarme de la forma tradicional.

Por eso, si Marcos me hubiera pedido escapar con él para estar juntos hasta que nuestras vidas lo permitieran lo habría hecho sin dudar, porque con él lo quería todo y si eso incluía un anillo no me iba a quejar. Y esperaba una hermosa propuesta, romántica a pesar de la oposición de mi madre. Esperaba cualquier cosa, menos lo que estaba por pasar.

Salimos de la recepción a un balcón cuya vista daba a la gran laguna que reflejaba al sol en todo su esplendor, se podía ver vegetación por todos lados y a lo lejos algunas personas realizando diversos deportes acuáticos. Los rayos de luz caldearon mi rostro y el aroma de las flores que decoraban la balaustrada me inundaron.

Dentro, en el salón principal, podía ver a los camareros pasar de un lado a otro, entregando copas de vino y champaña a personas demasiado refinadas para prestar atención a quienes los atendían.

—¿Qué tenemos que hablar? —solté finalmente, para sacarme la espina de un tirón.

Santos no me fallen, imploré. Estaba nerviosa, comenzaba a sentir que las náuseas regresaban por no haber comido nada en todo el día. El aroma a carnes sazonadas comenzaba a abrirme el apetito.

—Ayer recibí la llamada de una agencia. Quieren contratarme como artista, manejar mis proyectos y próximamente realizar una muestra incluyendo algunas de mis obras —contó con alegría.

Su sonrisa era increíble, se notaba en los ojos lo emocionado que estaba. Marcos era pintor, uno muy bueno. Yo sabía de eso, porque nací y viví dentro de un entorno donde las obras de arte lo eran todo. Mi padre era un apasionado del arte y desde pequeña lo vi descubriendo grandes obras. Durante nuestra relación, Marcos había dedicado mucho tiempo a mejorar su técnica, aunque cuando lo conocí ya contaba con gran talento.

Diría que su pasión por la pintura había sido uno de los factores que hicieron que me gustara tanto, verlo comprometido con su arte me fascinaba. Y aunque eso implicara pasar menos tiempo juntos, estaba agradecida de verlo crecer y ser yo quien lo apoyara. Me alegré por su nuevo logro, sentí que también era en parte un logro propio, después de todo era mi pareja, mi conviviente y quien esperaba fuera mi compañero de vida.

—¡Oh, por Dios! Eso es increíble, Marcos. ¡Podría ser tu primera gran muestra! —lo abracé con felicidad—. Esto tenemos que celebrarlo, necesitamos champaña.

Me dirigía a buscar unas copas, cuando él tiró de mi mano y me atrajo de regreso, capté una pequeña sonrisa nerviosa de reojo en su rostro. Me posicionó frente a él y me sostuvo por la cadera, como si no quisiera que me moviera. Sabía que mis movimientos lo ponían nervioso, así que intenté quedarme fija en mi posición.

—No tan rápido, señorita, recién la próxima semana debo comenzar a organizar todo. Aunque aún debo decirte otra cosa...

Me tomó ambas manos y se quedó viendo nuestros dedos entrelazados con seriedad, acariciando mis nudillos, concentrado en lo que no se atrevía a decir. Y temí lo peor, temí una muerte prematura y el fin del mundo, o bueno, el que yo conocía.

Marcos me miró, pero en su rostro no había una pizca de felicidad.

Debí suponer que nada sería eterno, cualquiera diría que yo ya estaba acostumbrada a las decepciones amorosas, pero de corazón esperaba que esta fuera la vencida. No deseaba volver a intentarlo, aunque era joven y guapa, podía enamorarme tantas veces como quisiera. Pero lo que dolía era la derrota… y perderlo a él.

—¿Por qué no estás feliz? —pregunté preocupada.

Él tomó mi cara con ambas manos, obligándome a mirar la seriedad en el castaño de sus ojos. En ellos ya no me reflejaba como antes.

—Debemos terminar.

Sus palabras sonaron distantes en mis oídos. ¿Terminar? ¿Terminar qué? No procesé lo que pasaba en ese momento. Sentí que había estado horas congelada junto a él.

—¿Terminar...? —susurré, las palabras tomaron sentido.

Quité sus manos de mi cara con brusquedad y me alejé un poco, comencé a moverme por el balcón caminando de un lado a otro.

—¿Quieres terminar? —comencé a interrogar, sintiendo de a poco la furia en mis entrañas—. ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Es por mí... o por mi familia? O... —me acerque a él de nuevo—. ¿Quieres a alguien más?

—No, claro que no. Pero ahora necesito enfocarme en mi carrera, deberías comprenderlo.

—¡¿Y yo soy una molestia?!

Estaba muy enojada, no iba a permitir que las cosas acabaran así, como si nada. Merecía más, una explicación digna, algo de respeto, consideración por estar en un evento familiar importante como mínimo.

—No grites, Celeste.

No sentí que hubiera gritado, hablaba fuerte, pero algunos invitados nos estaban mirando desde el interior, disfrutando de la novela. No me importaba lo que ellos pensaran, no quería dejar las cosas así, necesitaba hablarlo.

—No creo que este sea el mejor momento para tener una relación —dijo calmado Marcos, como si no le molestara nada de lo que sucedía.

—No es el mejor momento para tener esta conversación, diría yo —ataqué con voz fría.

No quería llorar, no frente a él, no frente a los invitados, no sin saber si él me abrazaría al verme quebrada, lo que era peor. Estaba acostumbrada a que él fuera mi pilar emocional, cuando me derrumbaba él acudía a mi como un guerrero en su corcel y me protegía del mundo. Me permití ser dependiente de su amor, una gran equivocación.

—Vamos a hablarlo en otro momento, con calma.

Me dio un beso en la frente y se alejó, mientras yo observaba su espalda mezclarse entre la multitud de trajes elegantes. Me quedé ahí por varios minutos, pensando que si me quedaba quieta podría camuflarme con alguna de las flores.

Rompió conmigo y siguió comportándose como un caballero. ¡Qué idiota!, pensé aun sintiendo sus labios sobre mi frente, pensando en que ese sería el último roce de su piel sobre la mía. No podía acudir a Annie para que me contuviera y quedé desolada. No tenía más relaciones personales, solo él y mi familia. Una de las peores decisiones de mi vida había sido dejar que el

tiempo me pasara por encima mientras yo giraba, como en el sistema solar, alrededor de Marcos. Era adicta y no lo admitía.

***

De a poco afloró la sensación de querer gritarle a quien se me cruzara: ¡Muérete! Caminé entre los invitados de la fiesta, casi flotando, como un fantasma, hasta donde yo creí que me sentiría más segura y menos expuesta.

Siempre cometía errores y esa vez no fue la excepción. Tenía el corazón roto.

Choqué con muchos desconocidos y algunos familiares lejanos antes de llegar a la barra del bar, como si un imán me arrastrara a esos bebestibles gratis, porque por supuesto todo sabe mejor si no debes pagarlo, y son las personas adineradas aquellas que aman más lo que pueden adquirir sin sacar sus billeteras.

Me senté y quedé hipnotizada por todos los colores de las botellas de licor: negro, café, verde, rojo y azul, quería degustarlos todos. Pero algo me decía: “No lo hagas, no pidas nada”. Esa vocecita de advertencia sabía que mi madre estaba por ahí vigilando la situación como un halcón. La ignoré.

Encorvada sobre ese incomodo taburete una lágrima se me escapó, pero no por mi discusión con Marcos, sino por aquella botella frente a mí a la que deseaba abrazar y beber con todo mi corazón. No iba a llorar por mi novio, o ex, o lo que fuera para mí en ese momento. No estaba segura si realmente habíamos terminado, ya que ese “lo hablamos después” me había dejado confundida. ¿Había una posibilidad de que él cambiara de opinión? Por supuesto, yo esperaba que sí, que me dijera que todo había sido una confusión y que estaríamos bien.

Llevábamos un año juntos y puede parecer una miseria de tiempo, pero créanme que era la relación más larga que había tenido en toda mi vida, porque Marcos era especial y diferente a los otros. Lo amaba y no soportaba la idea de perder la estabilidad que me daba.

Su motivo para terminar era absurdo: yo había sido una de sus inspiraciones a la hora de crear sus obras, no una distracción. Había pasado horas de mi vida ayudándolo a crear arte, nunca me pintó a mí ya que los retratos no eran lo suyo, pero sí le había servido mucho en sus malditos bloqueos mentales.

Mientras estaba sumergida en mis pensamientos, jugando con una servilleta sobre la barra, llegó Esmeralda, otra de las damas de honor, y se sentó a mi lado. Yo le sonreí, aunque la conocía poco, era invitada del grupo familiar de Tom.

—Dame algo fuerte, no me importa lo que sea —pidió ella al trabajador detrás de la barra. Dio un suspiro y me habló afirmando su cartera sobre la mesa—. Estar soltera en una boda no es muy lindo, sobre todo si casi todos los solteros presentes son tus primos lejanos. Tienes suerte de tener novio.

—¿Tanta suerte que termina conmigo después de la boda y antes de la fiesta? —se me escapó dolida y resentida. Me mordí la lengua ante mi honestidad.

—Es un gran imbécil, ya no hay hombres que se salven. Créeme, si te hizo eso sabiendo que era un día especial, no te merece.

La miré analizando sus palabras. Ahora sé que debí aferrarme a su consejo, en vez de dejarlo pasar en el aire. Tampoco me atreví a decir nada porque lo amaba, y si abría la boca comenzaría a defenderlo como una estúpida enamorada. Le entregaron su trago, pero ella pidió otro igual

apuntándome a mí. Me guiñó el ojo, y el hombre de la barra puso frente a mí un vaso de contenido desconocido. Al olerlo mi mente comenzó a dar vueltas. Miré a Esmeralda con náuseas y con temor a mi némesis, el alcohol. Seguía perturbada por los hechos de la noche anterior.

—Acéptalo, Celeste, lo necesitas —indicó el vaso—. Y sí quieres ayuda para encontrar a la otra, dímelo.

—No hay otra mujer —respondí rápidamente.

—Siempre las hay, cariño.

Se alejó y en mi mente quedó sembrada la duda. ¿Sería Marcos capaz de engañarme? ¿Habría dejado de amarme porque alguien más le daba la inspiración que él necesitaba?

Yo tomé a mi enemigo líquido con ambas manos, como si fuera algo delicado y letal. Lo puse a la altura de mis ojos, tratando de descifrar cuál era su contenido, me pregunté si tendría el veneno suficiente para hacerme olvidar. Hice una tregua con mi alma alcoholizada.

Después de tomar el primer vaso llamé a un amigo llamado cerveza, para luego quizás invitar a otros de sus amigos llamados tequila y vodka, a quienes pensaba beberme sin culpa alguna. Maldito Marcos, eso era todo lo que pensaba.

3

> Minutos después todo daba vueltas y luego se detenía, y así sucesivamente. Me reía sola como una maniática, la sensación del vaivén me hacía sentir como una niña sobre un columpio, con cosquillas. Y ese calor desde el interior de mi cuerpo me hizo sentir cómoda, como si nada pudiera hacerme daño.

Cuando estás allí, olvidando todo, ni siquiera sintiendo el cuerpo, nada duele. En ese momento estuve en completa negación. Y todo habría salido bien, pero una presencia maligna llegó a mi lado de pronto: mi madre. Se acercó a mí mientras los demás bailaban a lo lejos. Sin mirarla podía sentir su mirada juzgándome.

—Hola, mami —dije, mi voz ya tenía un tono festivo.

—¿Estás ebria? —cuestionó. La pregunta se respondía por sí sola, pero de todas formas le mostré orgullosa mi copa vacía, aunque las dos anteriores no eran parte del paisaje—. No me gusta que estés bebiendo, Celeste. Ser bebedora no es una cualidad adecuada para una señorita.

Ella miró feo a mi nuevo mejor amigo, algo inaceptable en mi condición de borracha. ¿Acaso no sabe que no puede juzgar a alguien por querer disfrutar de un bebestible en paz cuando el mundo que conoce se cae a pedazos?

—¿Qué sucede? —exigió la mujer.

Dicen que las madres tienen un sexto sentido para saber cuándo algo les sucede a sus hijos, y en mi caso, mi madre tenía el don de las brujas para saber cuándo algo andaba mal en mi vida amorosa. Un radar que siempre ha sido exitoso para ejercer su poder, sobre todo a la hora de humillar las pobres decisiones de mi corazón.

—Terminamos... se acabó con Marcos.

Las palabras sonaron extrañas en mi boca, dejando un sabor amargo. Miré a mi madre y ella no pudo evitar sonreír levemente. Puse los ojos en blanco porque era la obvia reacción que esperaba de su parte. Nadie más que ella podía ser feliz sabiendo que yo había acabado una relación con alguien que, a su parecer, no era digno. Y no, no se refiere a no ser adecuado para mí, sino para nuestra familia, nuestro legado y todo lo que conllevaba ser parte de esa pesadilla en la que solía vivir. Diría que incluso yo no era digna de todo eso, pero al estar unidas por la sangre no podía sacarme de esa historia, aunque quisiera.

—Siempre te dije que ese muchacho no era para ti, hija.

Oh, mi mamá y sus prejuicios sociales. ¡Salud por la señora “te lo dije”!

Bebí e ignoré a mi madre. Ella y sus “él no es para ti”, “mereces algo mejor” o “no tienen futuro”, pero yo sentía que eso era justo lo que yo necesitaba, no lo que los demás decían que merecía por pertenecer a una familia con dinero. Necesitaba lo incorrecto, para demostrar que era lo perfecto.

Mi madre quitó la copa de mi mano y la dejó lejos. Yo reaccioné como un niño a quien le quitan su dulce.

—¡Hey! ¿Qué haces?

—Te estoy ayudando —respondió solemnemente. Ella creía que por quitarme la copa yo no podría conseguir una nueva. Todavía intentaba controlar mis acciones.

—¡Ya no tengo quince años!

—No, y eso es lo peor: te comportas como una niña de diez —susurró para que solo yo pudiera oírla y que ningún invitado notara nuestro enfrentamiento—. No dejaré que arruines este valioso día para nuestra familia, luego me lo agradecerás.

Claramente yo no planeaba agradecerle nada luego. Y no piensen mal, yo no odiaba a mi madre. Teníamos una relación complicada porque nuestras personalidades siempre chocaban. Pensábamos de forma diferente, a pesar de que fue ella quien me crio y educó. Yo siempre fui la protegida de mi papá, fui su alegría y su cielo, fuimos muy unidos. Él me dejó crecer libre y de la forma que se me diera la gana, eso molestaba a mi madre, pues ella quería hacer de mí una dama ejemplar. Después de todo, aunque fuera un desastre seguía siendo su primogénita, y ella nunca aceptaría una derrota.

Cuando papá falleció, la relación con mi madre comenzó a decaer, y yo busqué la manera de mantenerme alejada de esas peleas, no veía el sentido en discutir en asuntos imposibles de ganar. Al menos hasta ese momento en la boda de Annie. Deseaba que ella fuera más amable, poder abrazarla y llorar y hablar con ella. Yo miraba su rostro, sus arrugas, la calidez de su sonrisa cuando saludaba a los invitados, la emoción en sus ojos cuando veía a Annie, pero cuando me veía a mí no estaba ese sentimiento. Y aquello era culpa de ambas.

Me quedé echada sobre la barra mientras oía al presentador anunciar un baile entre los novios. Nadie me prestaba atención mientras admiraban a la feliz pareja, deslicé mi mano sobre la barra para tomar una botella a escondidas y la abracé como si temiera que escapara rodando de mi lado. Y la música sonaba a lo lejos…

Fue en el comienzo del otoño. Dos años antes de la gran boda, del corazón roto y de la horrible resaca. Estaba en un café cerca del centro de Concepción comprando un trozo pastel y un chocolate caliente. Era un día en que comenzaba a sentirse el frío y yo tenía la ansiosa necesidad de comer azúcar procesada, una mala combinación para mi bolsillo. Pensé en cómo mi madre se quejaría de la cantidad de grasas que planeaba consumir, y cómo todo eso arruinaría mi figura, la cual según ella no duraría firme para siempre, porque obviamente yo no tendría veintitrés años eternamente.

Me senté en una mesa junto a la ventana, si iba a comer sola era mejor tener una buena vista para distraerme y ver a la gente pasear con sus esponjosas bufandas. Traía un periódico, y no es que los leyera usualmente, el de ese día tenía algo especial. El titular “Museo Cielo Celeste reabrirá sus puertas con nuevos talentos locales” tenía toda mi atención, o al menos hasta que lo vi a él.

Frente a mí, en otra mesa, descubrí a un hombre mirándome detenidamente, o quizás miraba por la ventana, pero tontamente preferí creer que era a mí a quien observaba con curiosidad. Le devolví la mirada sonriendo, luego lo ignoré y seguí leyendo el diario dando un sorbo a mi chocolate.

—¿Disculpa? —me interrumpió una voz masculina de pronto.

El hombre estaba de pie junto a mí, sonriendo de una forma curiosa, pero muy atractiva. Dios, Celeste, acabas de terminar una horrible relación, compórtate, pensé. Pero al mismo tiempo me reí de lo tonto que sonaba retarme, sabiendo que de todas formas le sonreiría de vuelta coquetamente. Creí que era el destino enviándome una nueva conquista, ilusa.

—¿Sí?

—¿Este es el diario de hoy? ¿Me lo podrías prestar? —preguntó.

Yo asentí y se lo pasé como si el papel no me importara nada, pensé que sería una buena excusa para conversar luego, si me lo devolvía. Pero sin pedir permiso ni avisar se sentó en mi mesa, en la silla vacía junto a mí. Yo quedé atónita ante su imprudencia, ¿acaso no conocía modales?

Lo observé leer concentrado el mismo titular que yo había estado leyendo, movía sus labios sin emitir sonidos y de vez en cuando arrugaba las cejas analizando lo escrito. Cuando dejó de mover su boca yo aclaré mi garganta y rompí el silencio.

—¿Te interesa el arte?

Él asintió. Tenía el cabello un poco largo en la frente y un mechón se le cruzaba cuando inclinaba su rostro al hablar.

—Realmente admiro a los artistas que muestran en este museo. Me encanta y soñaría con llegar a mostrar mis obras allí.

—¿Eres artista? —me crucé de brazos intrigada.

—Soy pintor.

Oh. Le ofrecí la mano como mi padre me había enseñado se saludaban los caballeros. Alguien tenía que enseñarle modales a ese joven pintor.

—Mucho gusto, soy Celeste. Creo que nos llevaremos muy bien.

—Es un placer, Celeste. Mi nombre es Marcos.

Después de un rato él movió sus cosas a mi mesa. Nunca había disfrutado tanto un trozo de pastel y nunca me habría interesado tanto la pintura y sus técnicas si no hubiese conocido a ese pintor que me robó el corazón.

Así fue como sucedió, así entregué mi futuro sin pensar en las consecuencias.

4

La fiesta estaba en su mejor momento. Todos bailaban, bebían y reían. Todos menos yo, claro. Yo me paseaba por todos lados intentando mantener el equilibrio, fulminando con mi mirada a desconocidos, esparciendo mi aura oscura y espantando a todo aquel que intentara acercarse a mí.

Salí al balcón y tomé aire, eso me sirvió para aclarar mi cabeza y por fin sentí que mi cerebro obtenía oxígeno. Pero a lo lejos vi a Marcos bailando con otras invitadas y en mi mente lo asesiné lentamente. Quiero un cuchillo, o una pistola, o una escopeta. Incluso con una resortera me conformo, pensé en todas las posibilidades de hacerlo sufrir, en vez de verlo con esa inmensa sonrisa suya, la muy maldita que me había conquistado.

La noche ya había caído y las estrellas brillaban, el aire estaba cálido. Imaginé lo lindo que sería estar en ese momento con los pies en la arena, escuchando el mar y sintiendo como el viento acariciaba mi cara libremente, en vez de sentirme patética en el matrimonio de mi hermana menor.

Un hombre mayor se me acercó.

—Señorita Celeste —dijo él saludando.

Reconocí su voz, era el señor Ortiz, antiguo socio de mi padre y actual socio de mi madre. Los tres habían sido amigos desde jóvenes, toda la vida lo había visto compartiendo y trabajando junto a mis padres.

—Hola —saludé tímidamente, un poco avergonzada por todo el alcohol que yacía en mi interior. Traté de mantener mi postura, pero el equilibrio lo había perdido hacía mucho, opté por sostenerme de la baranda del balcón.

—No había tenido la oportunidad de saludarla hoy, pero como ya me retiro de la fiesta decidí venir a buscarla.

—¿No se quedará a disfrutar del baile? Recuerdo que papá siempre destacó su lado bailarín, solía decir que volvía loca a las mujeres con sus pasos —le recordé tratando de sonar alegre y festiva, cuando la verdad era que quería saltar desde el balcón y escapar.

—Años atrás, muchos años atrás. A esta edad uno solo quiere llegar a su casa y descansar —dijo riendo—. Un hombre ocupado como yo necesita sus horas de sueño, es parte del éxito, soñar.

Yo respondí con una risa que sentí un poco forzada, pero creo que él no lo notó, y si lo hizo era demasiado cortés para mencionarlo.

—Felicidades por su hermana. Debe estar muy orgullosa de ella, Henry de seguro lo estaría —comentó refiriéndose a mi padre.

—Lo estoy, y muchas gracias, señor Ortiz.

Me alegraba oírlo de él, había sido un hombre muy cercano a mi padre. Era como tener un poco de su esencia junto a mí nuevamente, aunque fuera lejana y momentánea.

—¿Y cuándo será su turno? —lo miré confundida, yo estaba pensando en la muerte prematura, pero supongo que él no pudo leer mi mente para preguntar cuando planeaba morir—. De casarse —aclaró.

¿Está de broma? Sí mi ex no fuera un idiota de seguro en este momento le habría mostrado mi anillo. Los que conocían el lado privado de mi vida sabían que las bodas no iban conmigo, pero era de esperar que alguien mayor como él creyera que el matrimonio era lo siguiente en mi vida, sobre todo con mi madre forjando mi camino y el de Annie.

—Eso no pasará, aún no es parte de mis planes.

—Es una lástima. Usted es una joven agradable y bella, haría muy feliz a cualquier buen hombre.

Lo que me daba lástima era que me estuviera hablando de matrimonio cuando había sido recién abandonada en una boda. Me sentí honrada de que pensara que yo era suficiente, sabiendo los estándares que tienen nuestras familias en cuanto al matrimonio.

—Pues todos me dicen que soy igual a mi madre de joven —dije.

¿Cómo podía ser agradable? Según ella, era de lo peor.

—Lo es —aseguró.

Me sonrió. Se dio media vuelta y se alejó, volvió a la fiesta y lo perdí de vista entre la multitud. Claro, confirma una de mis pesadillas y se va como si nada, pensé torturándome.

Si hubiese de parecerme a alguien sería a mi padre, porque yo era todo lo contrario a mi perfecta madre. Me había demostrado que para ella no existían los errores, que los planes se hacían a la perfección: su día comenzaba y terminaba de la forma en que ella lo decidía y punto. En cambio, yo, por el contrario, apenas planeaba seguir respirando al despertar y dejaba que la vida me sorprendiera con cada paso que daba, sin preocuparme qué tan lejos llegaría, y todo porque intentaba ser lo menos parecida a mi progenitora. De pies a cabeza éramos opuestas, quizás lo único que teníamos en común era el pequeño lunar en nuestra barbilla y el amor que sentíamos por nuestra familia.

Lo malo de convertirme en eso fue que me estaba perdiendo de muchas oportunidades, simplemente por ser orgullosa. Si desde el comienzo hubiera aprendido un poco más de lo que mi madre predicaba y no me hubiera cerrado a otras ideas mi futuro habría sido muy diferente. Nunca lo sabremos, pero me alegra contarles que aprendí la lección.

***

Pasé entre las parejas que bailaban en mi camino al baño, de tanto en tanto daba un giro al ritmo de la música mientras fingía disfrutar del momento, quería pasar sin llamar mucho la atención.

En el baño rápidamente me senté en una taza levantado mi vestido, me quité los zapatos de tacón y me quedé un largo rato moviendo mis deditos, porque casi no los sentía desde hace varias horas.

Oí que alguien entró al baño, las voces de varias mujeres llenaron el silencio de paz que había encontrado. Levanté los pies y me hice bolita sobre el retrete, no necesitaba que me vieran allí escondida y sintieran lastima de mí.

—Odio los vestidos de dama de honor.

Escuché la voz de una de ellas quejarse, y ciertamente yo compartía su opinión, esos vestidos no eran muy cómodos. Seguí escuchando.

—Sí, es horrendo vestir iguales —dijo otra riendo.

—Hey, pero sí es por Annie vale la pena.

Dijo una tercera. Yo también odio verme como ustedes y que mi vestido sea celeste como mi nombre, pensé. Era un vestido hermoso, pero que mi hermana escogiera un color que coincidía con mi nombre me hacía sentir incomoda. A eso debía sumarle que el tono me hacía ver aún más pálida, y resaltaba que desde hace años no pisaba un gimnasio. Traté de recordar el rostro de las damas según sus voces.

—¿Vieron lo bien que se veía Marcos? Ese hombre es tan guapo —dijo la segunda saboreando demasiado sus palabras.

Al oír eso se me resbaló un pie provocando que mi cuerpo se moviera contra la puerta al punto de casi golpear mi nariz. Me quede quieta esperando no llamar la atención y que ellas siguieran hablando como si nada, por suerte la música seguía sonando a niveles elevados.

—Sí, lo confirmo. Es un desperdicio que esté con Celeste, será la hermana de Annie, pero no son para nada iguales, ¿qué le verá Marcos a ella? —criticó la primera.

Maldita primera. Pensé que si seguía hablando mal de mí saldría del baño y la enfrentaría.

—Todos saben que él la quiere por el museo, eso y el dinero de su familia.

Siguió hablando la muy maldita, pero sus palabras se me quedaron grabadas. ¿Acaso sería así? ¿Todos pensaban eso? Si él se me acercó por el museo nunca lo noté, yo creía fielmente en su amor, no era posible fingir a tal nivel esos sentimientos, mucho menos que se atreviera a vivir con alguien para conseguir un simple trabajo. ¿Sería Marcos capaz de hacerme daño sólo por un poco de fama?

—Pero ellos ya no están juntos, Lorena, él la terminó —le respondió la segunda voz, con un tipo de entonación muy arpía.

Oírlo me dolió, y me sorprendió lo rápido que las personas se enteraban de todo, la facilidad con que los demás hablaban sobre la vida de otros como si nada. Supongo que el hecho de que no supieran que yo estaba oyéndolas les quitaba el remordimiento, si es que tenían consciencia.

—¿Y qué hago en el baño con ustedes y no bailando con él? —dijo Lorena, la primera. La primera en morir. Todas se rieron y se fueron del baño.

Salí de mi escondite sintiéndome expuesta. ¿Cómo se habrían enterado? Quizás era fácil suponer que por estar tan alejados durante la fiesta habríamos discutido, pero confirmar nuestra ruptura era tener información de buena fuente. ¿Acaso Marcos había contado alegremente nuestra nueva libertad? O quizás lo contó desconsolado por haberme roto el corazón.

La peor situación incluía a mi madre.

Quizás ella, luego de verme desamparada le había contado a todo el mundo con orgullo que su hija al fin era libre, quizás se había puesto a ofrecerme como el nuevo producto del mercado. O simplemente, se sentía satisfecha de que otra cosa que yo amaba en mi vida saliera mal, tal y como ella lo había previsto.

Me miré en el espejo refrescando mi cara con un poco de agua y retoqué mi labial, decidida a humillar públicamente al responsable de hacerme sentir tan miserable. Aunque eso implicara humillarme a mí misma en el proceso.

De pronto los invitados dejaron de bailar en la fiesta. Todos estaban calmados, recuperando las energías, sentados en sus lugares, observando al hombre que hablaba solemne sobre el escenario. Yo me quedé de pie a la sombra de una planta falsa, a un costado de todo eso.

—Espero que todos lo estén pasando excelente. Es momento del brindis, así que por favor un gran aplauso para el mejor amigo del novio... ¡Marcos Flores!

El hombre que hablaba tan entusiastamente llamó a mi ex para que subiera al escenario y le entregó el micrófono. Al lado mío un camarero pasaba sirviendo copas de champaña, yo tomé

dos y las aseguré junto a mí. Si iba a escuchar a mi ex hablar sobre matrimonio iba a necesitar refuerzos.

Las locas damas de honor le aplaudieron como sí de eso dependieran sus vidas. Babosas. No recuerdo mucho de su brindis, porque traté de ignorarlo, pero oí algunas partes que me provocaron querer estrangularlo.

—...Y como todos ya saben, Tom es mi mejor amigo desde niños, pero siempre ha sido más que eso. Él es mi hermano...

Por dentro pensaba: Sé que él es amor de tú vida. ¿Por él me dejaste, cierto? Yo hacía gestos con mi rostro, confiada en que nadie me veía, pero él no terminaba ni la primera frase y yo ya estaba en mi segunda copa.

—Juntos pasamos por tantas buenas experiencias. Y en el amor…

Me observó al decir eso ¡y yo creía que esa planta falsa era capaz de esconder mi enfado! Arrugué la frente mirándolo feo y le hice gestos susurrando: ¿El amor qué? ¡Ah! Continúa desgraciado. Aclaró su garganta y siguió hablando.

—Incluso en el amor nos sincronizamos. Hasta al enfermarnos...

Si lo que él decía era verdad, claramente el mundo al revés había caído sobre nosotros, porque su mejor amigo se casó con mi hermana y mi novio en vez de darme un anillo me sacó de su vida de una patada.

—En fin, estoy orgulloso de lo que has logrado. Hacen una hermosa pareja y estoy seguro de que tendrán una buena vida juntos. ¡Por los novios!

—¡Salud! —gritaron todos.

Salud, por el idiota de Marcos. Me bebí el último sorbo y otra vez sentí que mi equilibrio se debilitaba. Aquella noche estuve recuperándome y volviendo a perder la estabilidad motriz por culpa del alcohol incontables veces. La plantita falsa no parecía tan estable como para sostener todo mi peso así que debía buscar un poste más firme.

—¿Eres Celeste?

En ese momento una de las organizadoras de la boda se me acercó.

—Depende... ¿Quién pregunta? —me puse a la defensiva pensando que mi madre me estaba buscando para hacerme sentir más miserable.

—Es su turno del brindis. ¿Es usted o no?

—Oh, oh.

Asentí. Tuve miedo, el recuerdo de tener que dar el brindis para los novios había desaparecido de mi cabeza desde el momento en que llegamos a la fiesta, definitivamente era la peor dama de honor. Y sabía que era una mala idea que yo subiera a ese lugar y hablara frente a toda esa gente, frente a mi familia materna y los amigos de mi mamá, frente a Marcos… Porque no iba a ser yo quien diría esas palabras, iba a ser el alcohol. Pero no pude decir que no. Además, yo buscaba una venganza y acababan de darme una oportunidad de humillarme a mí y a los demás.

La mujer me acercó al escenario y antes de subir robé de la mesa más cercana una copa con un líquido desconocido, lo bebí hasta el fondo perdiendo nuevamente la claridad de mis acciones. El problema fue subir la escalera, porque lo que parecía un simple peldaño yo lo percibía como tres y a varios niveles de distancia.

Aquí vamos otra vez.



Hay momentos de la vida en que sin que seamos conscientes se convierten en el comienzo de un hito importante. Yo recuerdo el momento en que la vida de mi pequeña hermana cambió por una decisión mía: el día en que encontró al amor de su vida.

Esto fue días después de conocer a un guapo pintor en una cafetería. Me arreglaba frente al espejo de mi habitación en la casa que crecí, pálida, con el cabello negro ajustado en un moño alto. Llevaba los labios de color rojo y los ojos delineados suavemente, mi cintura era resaltada por un vestido verde esmeralda corto, con un lazo en la espalda y tacones a juego, todo escogido con pinzas por mi madre.

Nunca disfruté de sus reuniones sociales, no podía vestir cómodamente o como a mí me gustaba, pero en esa ocasión quería verme y sentirme atractiva. Esperaba que ese día fuera un nuevo comienzo para mí con mi invitado especial.

Una vez que estuve conforme con mi apariencia salí del cuarto y me quedé en la gran entrada de la casa para recibir y saludar a los de socios de mi madre, tarea encomendada como un castigo, pero en ese momento no me molestaba realizarlo. Desde el otro lado de la habitación podía ver a mi hermana hablando con algunos jóvenes empresarios, no porque le interesara lo que ellos decían, sino por su atractivo. Luego ella vendría a mí a quejarse de lo aburrido de sus chistes y coqueteos.

De pronto llegó quien yo esperaba, con un sencillo traje negro y el cabello peinado hacia atrás. Me sonrió, como lo había hecho la primera vez en una cafetería de la ciudad, y sentí que mi cuerpo se elevaba a un espacio donde la felicidad abundaba. Iba acompañado de otro hombre, aparentaban la misma edad, pero el desconocido proyectaba un semblante más serio y parecía completamente en su elemento.

Mi hermanita, tres años menor, se acercó antes de que ellos dos llegaran a saludar.

—Cada vez amo más las fiestas sociales de mamá, es que mira a esos guapetones, solo espero que no sean unos fastidiosos de la contabilidad.

Annie usualmente se derretía por aquellos empresarios, por muy aburridos que le parecieran, pero en ese momento le encontré toda la razón mientras devorábamos a Marcos y a su amigo con la mirada, quienes justo se dirigían a hablarnos. Sentí algo de nerviosismo, como una colegiala enamorada, pero esperaba que mi buen maquillaje y el vestido que extrañamente resaltaba mis curvas fueran un punto a favor y pasara por alto mis mejillas sonrojadas.

—¡Y vienen hacia nosotras! —chilló Annie en mi oído—. Disimula.

Se veía casi tan ansiosa como lo estaba yo, pero solo pude reír.

—Buenas tardes, señoritas —saludó Marcos.

—Hola, Marcos.

—Celeste —respondió él, muy coqueto y carismático.

—Te presento a Annie, mi hermana menor. Annie, él es Marcos, un pintor que conocí recientemente.

Annie sostuvo las manos de ambos muchachos para saludarlos. Ella ya había escuchado de él por mí, y por eso disimuló una pequeña mirada de confidencialidad cuando los presenté.

—Y él es Tomás, un amigo de la escuela —dijo Marcos.

—Pueden llamarme Tom si les parece, no es necesaria tanta formalidad.

Tomás nos sonrió. Lo que el futuro no podía predecir era que él terminaría siendo de la familia, ni más ni menos que mi cuñado. Más adelante Marcos me contaría de sus aventuras juntos, de cómo solían hacerles travesuras a sus maestros en la básica. Ambos habían ido a una escuela pública, en ese entonces los padres de Tom seguían siendo personas humildes, años más tarde la fortuna les sonrió y se convirtieron en lo que son hoy en día: parte de la elite local.

Luego de esa presentación Annie y Tom se quedaron charlando por horas, ningún empresario aburrido fue capaz de separarlos en toda la velada. Y yo aproveché cada segundo junto a Marcos lejos del radar localizador de mi madre.

Los primeros besos nunca se olvidan, yo tuve varios de esos y los recordaba con claridad. Pero con Marcos todo fue tan espontaneo y rápido que los recuerdos eran vagos, pero el sentimiento no se borraba fácilmente.

Eran más de las doce de la noche, la música de jazz fluía en el ambiente y yo llevaba mis tacones colgando en las manos.

—Tu vida es genial, debes conocer a muchos famosos —me aseguró Marcos chocando su hombro con el mío.

Estábamos solos, habíamos escapado de las miradas de los socios de mi madre en su reunión social, la primera en la que nos habíamos acercado como amigos, mientras por otro lado Tom y Annie bailaban en el salón.

—Sí, algunos, pero nadie que me interese realmente, digo, ¿por qué iba a querer ser amiga de un político? —me burlé y le conté varias historias de mi adolescencia.

La noche transcurrió lenta, yo lo agradecí porque cada segundo con él se sentía celestial y cada vez disminuíamos más la distancia entre nuestros cuerpos, ya no sabía quién sostenía al otro.

—¿Celeste?

—¿Sí?

Me miró intensamente a los ojos, sin desviar la vista. Y antes de que yo pudiera cuestionar la profundidad de su mirada él se acercó y me besó. Sus brazos rodearon la parte baja de mi espalda y me sujeté firme a ellos. Fue un beso pasional y al ritmo de la música. Me apretó contra su pecho y podía sentir el calor que emanaba su cuerpo a través del traje formal, esa misma sensación me hizo alzar los brazos para sostener su cuello soltando mis tacones y dejándolos olvidados en el suelo de mármol.

—Me gusta el arte —solté con un suspiro entre sus labios—. Pero me gustan más los artistas.

Me sonrió.

—Espero que te refieras a mí.

Yo asentí y le di otro beso. Éramos dos personas que se derretían el uno sobre el otro, entregando sin palabras lo que comenzábamos a sentir en nuestro interior. Podríamos haber acabado desnudos en ese mismo lugar si no hubiera sido por…

—¿Celeste?

Me tensioné de inmediato cuando escuché la voz de mi madre a mi espalda. Me separé de Marcos rápidamente y la miré, ella estaba cruzada de brazos observándonos. Le hice un gesto a Marcos para que se alejara y él rápidamente se retiró. ¡Corre por tú vida, chico pintor!

—¿Qué significa esto, Celeste?

Yo me quedé mirando mis pies descalzos como una niña pequeña. Solo fue un beso, pensé, pero eso era más que obvio, mi madre ya lo sabía. En realidad, solo fueron dos, y fueron nuestros dos primeros besos.

Las discusiones sobre mi relación con Marcos se volvieron recurrentes con mi madre después

de esa noche. Ella me decía:

—Ya te lo dije, Celeste. ¡Ese chico solo quiere su oportunidad para surgir! No te quiere realmente, no te dejes utilizar.

Siempre buscó la forma de convencerme que ciertas personas no eran para mí. Yo lo veía como si ella quisiera controlar mi vida, así que me hacía la sorda y me permitía aprender de mis propios errores, a la mala.

—No tienes forma de saberlo.

—Soy tú madre, soy mayor y sé este tipo de cosas.

El timbre de la puerta nos interrumpió e impidió que yo siguiera la discusión. Habían pasado dos semanas desde la fiesta con los socios de mi madre, dos semanas de mi primer beso con Marcos, desde ese día comenzamos a salir con intenciones de formar una relación oficial. Fuimos claros, o al menos yo le expliqué que, aunque pareciera una chica sin dirección en la vida quería estabilidad romántica, no juegos de una sola noche.

—Lo siento, pero no hay nada que puedas hacer para impedírmelo —declaré a mi madre, dejando en claro que mi decisión era firme.

—Te estás equivocando.

—Pero soy adulta, y sí me equivoco lo resolveré.

—Piénsalo, hija, recuerda lo que pasó la última vez.

La última vez. Antonio. Mi último novio: dos meses y una gran deuda en el banco. Resultó que solo me quería por el dinero, un pobre chico que se había aprovechado de mi buena voluntad, aunque honestamente yo había disfrutado de los beneficios de su cuerpo. El sexo era bueno con él, aprendí cosas que con relaciones anteriores desconocí y que pensaba usar a mi favor en el futuro, como ciertos trucos con la lengua…

Aunque ese no es el punto, él había sido un asco de persona y mi madre nunca dejaría de recordarme lo mal que yo juzgaba a los hombres por esperar lo mejor de ellos, como si realmente pudiéramos hacer magia con sus malos hábitos y reformarlos en personas de bien. Pero Marcos puede ser diferente, no lo juzgues aún, me dije esperanzada.

Me di media vuelta hacia la puerta y oí el suspiro de mi madre junto el sonido de sus tacones alejándose derrotada. Abrí la puerta radiante.

—¿Lista? —me preguntó un aún más apuesto Marcos. Para mí él cada día se veía mejor que el anterior.

—Y dispuesta.

Respondí y cerré la puerta.

5

Nunca había hecho un espectáculo estando ebria, esa fue la primera vez. Pero luego de oír el brindis de Marcos sentí que me quemaba la garganta por gritarle a todo pulmón lo malo que él era, humillarlo frente a todas sus interesadas damas de honor.

Primero la derecha y luego izquierda, derecha e izquierda. Mis piernas se movían sobre un suelo tembloroso, como si estuviera hecho de gelatina. Caminar con tacones me lo complicaba más aún. La gente aplaudió luego de que anunciaran mi discurso y tomé el micrófono muy firme, confiada. En el acto comencé a balbucear y las palabras se me enredaban.

Consejo: Nunca te subas a un escenario estando ebria, menos si te acaban de romper el corazón.

—¡Hola a todos! Yo soy la ¡Celeste! —la gente se reía—. Digo, mi nombre es Celeste y soy ¡la hermanota de Annie!

Otra vez rieron. ¿Les parece divertido que esté ebria? Mira, mami, ellos sí me quieren incluso así, pensaba orgullosa en ese momento.

—Sí, esa chica de allí, ¡la de blanco! Es mi hermana pequeña —apunté a Annie. No sabía si su rostro mostraba vergüenza o se reía como los demás, pero proseguí—. Soy la mayor. Y soy ¡soltera! —dije coquetamente—. No estoy casada.

Mostré mi mano a todos para que vieran la falta de anillo, ¡me ofrecí! Y hablé muy redundante. Me faltó poco y nada para subastarme entre los solteros.

—Perdón por redondear, digo redundar. Hermanita —me dirigí a ella—, yo te amo ¿lo sabes? —comencé a sollozar—. Y nada cambiará eso. No importa si te casas primero, no me importa. Solo deseo que seas feliz, es lo que he querido siempre.

Aquello era verdad, yo daría mi vida por la felicidad de mi hermana pequeña. Siempre la protegería, de las injusticias de la vida y de los comentarios hirientes de mi madre. Yo sería la desastrosa y ella la perfecta. Así debía ser.

Busqué entre la multitud a Marcos y mi furia interior reapareció como un volcán en erupción.

—Y si un bastardo te rompe el corazón, yo lo rompo —amenacé—. Sé que tú harías lo mismo por mí.

Ella solo asentía y se reía, al menos se veía feliz escuchando mis llantos. Ella nunca se molestó por mis idioteces, siempre y cuando ella sonriera seguiría con mi show de comedia en el que el payaso triste era yo.

De fondo escuché que volvían a poner la música, presentí que intentaban sacarme del escenario. Unos sujetos con apariencia de personal de seguridad se acercaron con la intención de quitarme el micrófono y yo me resistí. Me moví por el estrecho lugar evitándolos mientras gritaba a los invitados:

—¡A la mierda la moral! ¡Que se pudran los malos hombres! ¡A la chucha la sobriedad! ¡Que viva la novia y el novio!

La gente del público gritaba conmigo. Quién diría que los aburridos empresarios y familiares que apenas había visto en mi vida podían ser divertidos. Me sentía el alma de la fiesta. Lamentablemente estuve así mucho rato.

A un costado pude ver a mi madre cubriéndose el rostro, avergonzada. Pero en ese momento yo brillaba, era mi oportunidad de hacer algo sin sentir pánico.

—¡Les deseo mucha felicidad a todos! A ti, a ti, a ti —Apunté al azar hasta llegar a Marcos—, incluso a ti. ¡Idiota!

Tomé una copa (aparecían mágicamente frente a mí). El Dios del alcohol me las entregaba en bandeja y yo no las rechazaba. O quizás había alguien conspirando a favor de mi alcoholismo. Levanté la copa y seguí gritando:

—¡Salud! ¡Salud!

Luego de eso mi mente quedó en blanco, y no, no me desmayé. Bloqueé el recuerdo de mi tormentoso espectáculo.

***

Había mucha oscuridad, yo no recordaba dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. ¿Han tenidos sueños en los que despiertan y no saben si siguen soñando o si es real? Así me sentí cuando desperté luego del matrimonio. Desorientada y prometiendo a cada ser omnipresente que nunca más volvería a beber del modo en que lo había hecho la noche anterior.

Me removí sobre una superficie blanda y cálida, al abrir los ojos noté que no estaba oscuro como pensaba, sentía los ojos tan pesados y el techo daba vueltas lentamente. Traté de reconocer las paredes que me rodeaban y descubrí que estaba en mi cuarto, acostada en mi cama y sin recuerdos de cómo había logrado ponerme el pijama. Toqué las mantas a mí alrededor para acomodarme, y me detuve en algo, algo grande, algo duro, algo que se movía. ¡Era un alguien! ¡Dios mío, Celeste! ¿Qué hiciste anoche?, pensé. Del puro susto se me subieron las náuseas a la garganta.

Me acerqué y sentí que ese alguien respiraba, me calmé al saber que al menos estaba vivo. No sabía si moverme y salir corriendo o quedarme ahí recostada fingiendo estar inconsciente. Finalmente me puse de pie, a pesar de que mi cabeza parecía una bomba a punto de explotar. Lentamente me deslicé por las sábanas sin mirar a quien dormía a mi lado, de puntitas caminé por mi cuarto dirigiéndome hasta la puerta de salida como una adolescente escapando tras una mala noche de sexo casual. Pero luego me detuve y pensé: ¿Por qué me estoy yendo? ¡Es mi departamento! Él debería irse. Yo estaba segura de que era un él, su contextura lo demostraba junto con el peso de su respiración.

Me armé de valor aguantando el asco que sentía por los tragos mágicos y me devolví al cuarto, antes me detuve frente al espejo del pasillo y me arreglé el cabello, podía sentirme pésimo, pero mi cabello debía estar lo más decente posible. No quería verme mal ante ese desconocido, mucho menos si iba a hacerle un escándalo por haber dormido a mi lado.

Lentamente me acerqué hasta su costado del colchón, podía escuchar sus exhalaciones al compás del tictac del reloj en la mesa de noche. Su rostro estaba cubierto con una de las mantas de la cama. Me pregunté cómo era posible que pudiera respirar bajo las tapas, y tristemente recordé a la única persona que suele hacer eso mismo cada noche al dormir…

Tomé aire y de un tirón le quité la manta dejando al descubierto su cara. Al confirmar la identidad de ese hombre todo lo ocurrido antes y durante la fiesta volvió a mí, recordé las palabras, recordé el dolor y recordé que yo no solía dormir sola en esa cama.

—¡Tú! ¿Qué crees que haces aquí? —le grité muy molesta, lamentando luego eso porque mi

cabeza solo ardía cada vez más.

Él solo abrió los ojos y no dijo nada. Al reaccionar salió de la cama de un salto, yo comencé a dar vueltas por la habitación mientras él recogía sus cosas. Cuando estuvo completamente vestido el estúpido de Marcos se sentó en el borde de la cama y se quedó mirándome.

—¿Qué haces acá?

Me detuve cruzando los brazos y fingiendo que no me sentía fatal por todo lo que me atreví a beber.

—Yo vivo acá, Celeste...

—¡Pero terminamos! ¿No lo recuerdas? —Quería golpearlo, pero me controlé—. No deberías estar acá y menos estar durmiendo conmigo.

—Ya sé lo que dije ayer —se puso de pie frente a mí—, pero no tenía donde más ir, ayer te traje y pensé que podía dormir acá por lo menos hasta que encuentre un lugar...

Cada palabra que decía me provocaba querer jalar de su perfecto cabello, tanto que fingí no escuchar cuando dijo que él me había traído al departamento, y por ende, que me había puesto el pijama.

No iba a hacerme ilusiones pensando en que seguía conmigo y que dejó la fiesta para dejarme segura en nuestra cama, que se quedó conmigo a pesar de eso y en nuestro hogar.

Volví de mi conciencia y le grité:

—¿Estás loco? ¿Quieres que sigamos viviendo juntos aún sin estarlo?

Por dentro yo claramente deseaba que se quedara por siempre, pero no iba a rogarle.

—Será por poco tiempo —prometió.

Me pareció un triste cachorro en ese momento, sentí ganas de abrazarlo y al mismo tiempo patearlo por su desconsideración. ¿Qué podía hacer? No pude echarlo a la calle porque él no tenía dónde ir, y el sitio era de ambos en partes iguales, aunque tenía claro lo estúpido que sería vivir con él.

No me atraía la idea de vivir con mi ex, sobre todo sabiendo que yo seguía irremediablemente enamorada y que él no quería nada conmigo, ni un puñetero sexo de despedida. Quizás si él hubiera terminado conmigo de mejor forma y no en medio de una boda... Pero me rendí, porque siempre soy la que termina cediendo.

—Está bien —dije entre dientes—. Hasta que encuentres algo… ¡Pero dormirás en el sillón!

—Sí, como tú mandes. No hay problema.

Salió del cuarto. Aturdida y agotada dejé caer mi cuerpo sobre la cama, en el punto exacto donde él dormía pude sentir aún el aroma de su perfume, lo que en ese momento me provocó asco por las náuseas, y pena.

Nunca había vivido sola. La casa donde crecí era lo suficientemente grande como para acoger a un regimiento, tenía mucho espacio para mí misma, pero siempre estaba mi madre atormentando con su mirada vigilante, o alguna de las señoras que trabajaban limpiando y resguardando. También estaba Annie, antes de convertirse en esposa, que solía buscarme en nuestra gigantesca casa para chismosear o preparar comidas a medianoche mientras veíamos películas.

La primera vez que me fui de casa fue cuando comencé a vivir con Marcos en un pequeño departamento que compramos juntos, era una caja de zapatos en comparación a donde crecí, pero lo adoraba.

Nunca imaginé que llegaría el momento en que tendría que esconderme de él en una diminuta habitación para evitar mis sentimientos. Me metí en el baño y me di una ducha. Quería deshacerme del exceso de alcohol en mi sistema y quitarme el dolor que sentía en mi cuerpo,

estaba apaleada y derrotada. Con mucho jabón y champú traté de quitar los malos ratos, la vergüenza y los grados de alcohol. Mi cabeza ardía, tenía que sostenerme para evitar irme contra la fría pared de azulejos. Me volví a prometer no beber nuevamente, por un largo, largo tiempo.

No sentía hambre y solo quería dormir sin pensar cómo haría para seguir viviendo con Marcos. Pero a mí se me ocurrió aceptar eso, tenía que arreglármelas solita.

Terminé la ducha luego de varios minutos de pensamientos tortuosos y me envolví en una toalla. Entré a la pieza y cerré la puerta, pero Marcos estaba allí y me dio un susto.

—¿Otra vez aquí? —le cuestioné a punto de superar mi límite de irritabilidad.

—Yo...

Se quedó sin palabras viéndome desde la cama. Por suerte la ducha me había despertado lo suficiente como para no intentar cometer estupideces.

—¡Sale!

Me acerqué y lo golpeé con un cojín, se puso de pie y salió corriendo al baño, aunque antes alcancé a lanzarle el cojín y le di justo en la cabeza. Me reí muy fuerte y cerré la puerta con seguro.

Luego de arreglarme tomé mi celular para ver la hora, era muy tarde, pasado el mediodía. Aproveché de revisar mis mensajes de WhatsApp, el único que me importaba era el de Annie. Lo abrí.

“Mamá quiere matarte, será mejor que la evites por algunos días. Nos vemos cuando vuelva ¡Te amo!”.

Mi madre quería matarme, fantástico. Eso solo significaba una cosa: ¿Qué hiciste anoche tras tu gran discurso, Celeste? No es que fuera novedad que mi madre quisiera “asesinarme” cada vez que yo cometía errores, y es necesario clarificar que no hablaba literal.

Pudo ser que se enfureció porque bebí demasiado, pero mis recuerdos eran tan borrosos que no estaba segura de la causa, honestamente solo le temía a la consecuencia.



Nunca había estado completamente segura de algo, creo que ni siquiera cuando comencé mi relación con Marcos lo estuve, si tenía esperanzas, pero nunca tuve la férrea seguridad. En cambio, cuando decidí vivir con él lo estuve. Segura de que quería irme de casa, segura de que no me arrepentiría de dejar mis recuerdos allí, segura de que quería comenzar desde cero, lejos de los lujos. Quería esa libertad, y estaba complacida de comenzarla con el hombre que aceleraba mis latidos.

Pero cuando Marcos me preguntó si realmente estaba segura sobre ese departamento sabía que él se refería a nosotros y no a la fachada del lugar. En ese momento no podía imaginarme un futuro sin que él no estuviera a mi lado.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó Marcos al mismo tiempo que me abrazaba.

—Sí —respondí.

—¿Luego no te arrepentirás?

—Claro que no. ¿Y tú?

Le dije sin dudarlo, mirando si en sus ojos había alguna pisca de miedo o de arrepentimiento.

—Nunca. Eres lo mejor que me ha pasado.

Me besó y le respondí con alivio en el corazón. Escuchamos una garganta aclararse y yo me

sonrojé, un hombre de pie frente a nosotros esperaba que le diéramos una respuesta con una cálida sonrisa.

—Lamentamos que haya visto eso —se disculpó Marcos.

—Es parte del rubro —respondió el caballero con una expectante mirada.

—Aceptamos, lo queremos —dije.

El hombre nos entregó unos papeles y un lápiz. Yo leí de reojo las hojas y las firmé, ya que al ser la que posee mejor condición económica fui la elegida para ser la dueña, aunque ambos habíamos puesto nuestros ahorros.

—Muy bien. Felicidades, el departamento es oficialmente suyo.

El hombre me entregó unas llaves y se fue dejándonos a solas.

—Es nuestro —susurré.

Después de ocho meses de relación habíamos logrado tener nuestro propio nido, sin más madres molestas por la hora de llegada, en mi caso, y sin compañeros de piso que no nos daban privacidad, en el caso de Marcos. Me sentía libre a pesar de tener que estar en ese espacio pequeño, estaba ansiosa de empezar esa vida juntos.

—Oye.

Marcos me llamó desde la ventana y me acerqué a mirar. Me abrazó por la espalda y me besó la mejilla afirmando su cabeza en mi hombro. Podíamos ver cómo los rayos de sol entraban por la ventana iluminando lo que pronto sería nuestro living, a pesar de que la vista era horrenda, yo adoraba incluso tener que ver un edificio abandonado en frente nuestro.

—Te amo —susurró.

—Y yo a ti.

6

Creo que nunca me había sentido más incómoda en mi vida que en ese momento, por dentro me torturaba mentalmente analizando mis estúpidas decisiones. ¿Qué tenía en la cabeza que siempre acababa en situaciones extrañas?

Estaba junto a Marcos, a una mesa de separación, con dos sillas vacías a nuestros lados y un plato de almuerzo de arroz con huevo. Frente a frente. Comí desesperadamente con la mirada fija en cada grano de arroz.

—¿Vas a ignorarme?

Marcos interrumpió. Quedé en silencio pensando si debía ser honesta o si debía ser una molestia.

—Sí.

Respondí con seriedad sin levantar la mirada, llenando mi boca con comida para evitar hablar.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta... que me dé la regalada gana —dije y le sonreí a mi plato de arroz.

—Eso es infantil, Celeste.

—¡Y esto es estúpido!

Le grité con una risa nerviosa, evitando su mirada. Ambos nos quedamos en silencio otra vez, solo se escuchaba el sonido de los cubiertos al chocar con los platos. Al terminar de comer respiré hondo y levanté la mirada rendida.

—Lo siento. Pero esto es muy difícil. Te amo, eso no cambiará de un día para otro, no entiendo cómo tú… —suspiré y traté de calmarme, no quería volver a discutir—. No me pidas ser indiferente, me tomará tiempo.

—Lo entiendo, y también es difícil para mí, aunque probablemente no me creas —él tenía razón, me costaba creerle—. Pero deberíamos tratar de ser.... amigos.

¿Me dolió lo que dijo? Sí, pero no se lo dije. Estaba loco si pensaba que eso podía funcionar, sobre todo porque yo no podía pensar en él de esa forma, no teniéndolo tan cerca de mí.

—Claro, podríamos...

Muchos motivos se me venían a la mente para evitar ser amiga de mi ex. Mi consciencia me decía: te besabas con él y ¡dormían juntos! Pero lo más importante es que tú lo amas, Celeste. Pero quizás debía dejar de hacerlo. Él ya no lo hacía, o eso dio a entender al decidir no estar más juntos, ciertamente yo guardaba la esperanza de que él volviera en sí mismo y me dijera que no quería dejarme, que había cometido un error.

Tonta, tonta, tonta. Lo que yo deseara no cambiaba la realidad: no se puede rogar el amor no correspondido.

En la tarde mi celular sonó y sonó sin parar. Yo lo miraba con recelo mientras daba vueltas alrededor del sillón como maniática. Marcos se reía cada vez que sonaba la música de *El Exorcista* en mi celular. Mientras la pantallita anunciaba LLAMANDO... MAMÁ.

—Deberías contestarle. Seguirá llamando hasta que lo hagas —comentó Marcos mientras leía el diario. Tomé mi móvil y lo silencié.

—Hacer eso sería como suicidarme y lo sabes —respondí.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo, y me refiero a contestarle, no a lo del suicidio —aclaró con cara divertida—. No puedes dejar de verla para siempre.

—¿Estás seguro? Sabes bien que cuando arranqué de la casa estuve lejos de su radar por bastante tiempo, fácilmente podría hacerlo nuevamente y de forma definitiva —le recordé y él me miró como si hubiera perdido la cordura—. O al menos puedo esperar a que se aburra de llamar o su celular se quede sin batería.

Marcos se volvió a reír y retomó su lectura. Ni yo misma me creía tal cosa, mi madre era una mujer con una resistencia de hierro cuando se trataba de acechar a sus hijas y sus errores, se acabaría el mundo antes de que ella se rindiera. Tenía asegurado que el día que mi madre se cansara de perseguirme caería un edificio sobre mí. Me senté en el sillón al lado de Marcos y lo miré, atormentada. El celular dejó de vibrar y a los segundos se volvió a iluminar la pantalla con otra llamada.

—Lo que hice... ¿fue muy malo? —pregunté tímidamente a Marcos.

—¿No recuerdas nada?

Negué con la cabeza.

—¿Y de verdad quieres saber?

Asentí.

Esperaba que no fuera algo realmente malo, ya que Annie seguía hablándome y eso significaba que no había arruinado su boda. Pero, para mi prejuiciosa madre, todo lo que yo hacía avergonzaba a la familia, y yo más unas copas de alcohol y una sed de venganza solo podía terminar en humillación.

—Está bien —respondió él y guardó el periódico—. Te lo diré.

Mientras escuchaba a Marcos relatar mi actuar tan imprudente durante mi increíble discurso mi rostro se transformaba en la imagen viva del pánico y la vergüenza.

—¡¿Qué?! —grité horrorizada—. ¿Y por qué nadie me detuvo?

—Trataron, pero eres terca como mula —dijo Marcos—. Eras más fuerte que los guardias.

El alcohol me había dado súper poderes. Me costó imaginarme luchando con los guardias para asegurar que no me quitaran mi momento de fama, pero lo hice, y sé que ese escándalo fue causado por la rabia que sentía en el momento, pero ¿ponerme a cantar? El alcohol me quitó hasta el más mínimo pudor y entendí por qué mi madre quería matarme.

—También me gritaste... —continuó él.

—¿Yo te grite?

—Miles de insultos.

Me cubrí la boca con sorpresa.

El celular seguía mostrando en la pantalla la llamada entrante.

—Y a las damas de honor también les gritaste.

—Ups —Me reí—. Eso sí que lo hice con mucha intención. ¿Y luego qué pasó? —le pregunté a Marcos—. ¿Cómo me detuve?

Estaba especialmente interesada en saber cómo habíamos llegado juntos a la cama si yo le había gritado tanto y había avergonzado a mi familia.

—Te bajé del escenario en brazos.

—¿En brazos?

—Y luego te traje hasta acá, pero estabas pegada a mí y no me dejabas ir.

¿Por qué haces estas cosas, Celeste? El alcohol, el alcohol, toda la culpa es del alcohol. En mi mente imaginé toda la escena, y por supuesto yo no había querido dejarlo ir, lo amaba.

—Y tú, tan caballeroso, te quedaste a mi lado —dije sarcásticamente, evitando sonar demasiado entusiasmada.

—Solo porque no tenía donde más ir. Pero tranquila, que ya estoy buscando algo. Sé que dije que podíamos intentar ser amigos, pero no sería justo para ninguno que sigamos bajo el mismo techo.

Pude escuchar el crujido de mi corazón rompiéndose ante su fría respuesta. Yo no quería oír que se quedó junto a mí porque era tarde y era su cama, que él no tuviera donde ir no me importaba, había sido su decisión. Al menos habría podido endulzar la verdad al decir que se preocupaba por mí, pero no.

Tomó el periódico y siguió leyendo. Frustrada apagué mi celular y esperé que el mundo exterior desapareciera. Él se iba y toda la realidad me dolería, pero guardaba aún un poco de esperanza en ese pequeño rincón de la habitación.



Mi madre me observaba y sonreía complacida. Yo sufría porque una mujer ajustaba cada vez más el vestido que me estaban probando, apenas lograba respirar bien. Pero debía sonreír para cumplir las órdenes de mi madre.

Me miré en el espejo y vi a una niña pequeña y seria, una niña que no quería ser la niña vestida de color rosa.

—Vas a ser el centro de atención, cariño —dijo mi madre acariciando mi cabeza, cuando apareció una Annie gritando y pateando todo a su paso en la habitación.

Bebés. No me gustan los bebés. Yo no quiero ser quien lleve los anillos, no me gustan las bodas y no me gustan los vestidos rosados, pensaba mientras me miraba en el espejo.

—Me veo tonta, mami —me quejé y me pinché con un alfiler al moverme, pero ella me ignoró por completo.

Era una niña de siete años que odiaba seguir las instrucciones de su madre, me gustaban las botas cómodas y las poleras suaves de algodón, no me gustaban las flores en el cabello ni los vestiditos que parecían sacados de una película de princesas. Aunque no importaba lo que yo dijera o cuanto me quejara, los oídos de mi madre permanecían cerrados.

—Algún día tú serás la novia más linda de todas. ¿No quieres eso, Celeste?

—No, mami. Yo no me voy a casar, ¡soy una niña!

Le dije y ella rio, se veía tan feliz al verme en ese estúpido vestido esponjoso, que nada de lo que yo dijera la molestaría. Me sentía como un ridículo pastel de crema diminuto.

—Voy a ser soltera por siempre, no necesito un esposo —dije sin que ella pudiera oírme.

Me faltaban once años para ser legalmente una adulta e irme de casa, lo cual consideraba poco tiempo en ese momento. No quiero niños, ni bebes, ni un marido. Eso es de niñitas, yo seré diferente, juré en mi interior.

Pero pasaron los años y mi madre siguió esmerándose por hacerme la mujer perfecta. Estábamos en la cocina, yo preparaba a regañadientes el menú que me tocaba ese día, y mi madre evaluaba mis fideos con salsa blanca y la sopa de pollo que estaba al costado. Odiaba cocinar, pero estaba obligada a cumplir con el itinerario de obligaciones.

—Muy bien, Celeste. Eso se ve delicioso.

—Gracias, mamá.

No podía ser como una adolescente normal de quince años que se divierte con sus amigos. Tenía una madre obsesionada con que debía aprender a ser la mujer y esposa perfecta, desde saber todo sobre cocina, costura, idiomas, arte y cuidado de infantes. ¡Cuando yo ni siquiera quería tener familia! No tenía novio, y era imposible tenerlo si mi madre no me deja salir y solo me obligaba a ser la persona perfecta para pasar la vida sirviendo a los demás.

—Cuando termines te espero en mi despacho para las clases de contabilidad.

Porque una adolescente debía aprender a llevar las cuentas de una casa millonaria y de una empresa grande. Le respondí poniendo los ojos en blanco sin que ella me viera.

—Okey.

—¿Qué dije de ese vocabulario?

—Perdón —respondí—. Sí, mamá.

Ella volteó y salió de la cocina. Yo puse los ojos en blanco de nuevo, porque una vez no era suficiente. Al terminar de cocinar comí un poco y lo demás lo guardé, ya me sentía agotada y apenas era medio día, me quedaba mucho por hacer. Solo tres años más, me animaba, solo tres años más para ser libre y conocer el mundo.



7

¿Quién dijo que a los dieciocho años se iría de casa y viviría su vida libremente? ¿Quién dijo que nunca tendría novio? Oh, esperen, esa fui yo. Tonta, tonta yo.

Habían pasado cinco días y aún no le contestaba las llamadas a mi madre. Al día siguiente Annie volvía de su luna de miel y teníamos que vernos para ponernos al día. Marcos dormía en el sillón y de día salía a buscar departamentos, o a verse con los agentes del museo. Nos veíamos poco.

Yo iba al trabajo más para distraerme que para ganarme la vida. No era gran cosa, trabajaba en una oficina como la asistente de un importante publicista, en un diario de negocios y economía. No me gustaba, pero tampoco me desagradaba la idea de ganar dinero, lo que en ese momento era más que importante. Yo sabía mucho sobre manejar esas áreas, así que hacía un buen trabajo, todo gracias a mi adorable madre y sus clases forzadas.

Cuando ella se enteró donde yo trabajaría puso el grito en el cielo, fue mi condena. No era el trabajo que ella quería para su hija mayor. Pero al menos era mejor que el de Annie, ella ahora trabajaba como esposa y dueña de casa, luego debía convertirse en madre y el ciclo de nuestra familia comenzaría de nuevo, para ella estaba bien, pero yo no quería eso en mi vida.

Pensaba en lo pobres futuros hijos de Annie y deseaba que tuviera niños, si eran niñas sufrirían lo que nosotras con la señora “Cásate y sé una mujer respetable” como abuela, pero seguramente Annie iba a ser la mejor mamá posible para ellas.

Llegué al edificio en el que trabajaba y la recepcionista me saludó. Entré rápidamente a la oficina y me senté en mi escritorio justo a tiempo, mi puntualidad estaba decayendo con todo lo sucedido. El teléfono sonó.

—Diario Estrategia, ¿en qué puedo ayudarle?

—Señorita Celeste, ¿puede venir?

Era mi jefe quien llamaba, sentí un escalofrío recorrerme.

—Enseguida voy, señor.

Lo único que esperaba era tener un tranquilo día de trabajo y pensaba hacer todo bien para luego irme a casa y descansar. ¿Qué podría salir mal?

Supe que esa llamada no sería por algo bueno, llevaba una racha de malos acontecimientos y nunca me pasaban milagros inesperados. Ya me cansé de rogarles a los santos, ¿dónde están los cuernudos? ¿Alguno me puede ayudar?, rezaba y cruzaba los dedos para que mis temores fueran erróneos.

Toqué la puerta de la oficina de mi jefe y entré cuando me llamó. Me senté frente a él, era un hombre de más de cincuenta años, pasando su segundo matrimonio y vivía la buena vida a pesar de todos los problemas de salud que traía la edad. Era un gran hombre a mi parecer.

—Iré directo el grano —comenzó.

Yo estaba segura de que no había cometido ninguna falta, además de llegar algunos minutos tarde de vez en cuando.

—Seré honesto con usted, nosotros trabajamos en economía y en términos económicos no nos está yendo bien. Tendremos que hacer recortes de presupuesto y algunos despidos.

Oh, oh.

—No quiero dar rodeos —siguió diciendo—. El dinero ya no alcanza para tanto personal y ahora lo que menos necesitamos es una asistente.

¿Dije buena persona? ¡Maldito...!

—Eso quiere decir que...

—La estamos despidiendo, señorita Celeste —me respondió—, lo lamento mucho.

Me retiré de la oficina sin saber qué pensar, sosteniendo el papel que me confirmaba el despedido. No había ningún error conmigo, pero no podían pagarme lo que merecía. Volví al escritorio aceptando mi derrota y esperaba que nada más saliera mal. Comencé a vaciar el escritorio y a guardar todas mis cosas. Me sentía un fracaso, las cosas me estaban saliendo mal, todo se derrumbaba poco a poco. ¿Qué haría sin dinero para vivir? Si bien me pagarían por el despido, no faltaba mucho para tener que pagar el dividendo del departamento, y con Marcos yéndose a vivir lejos de mí no tendría ayuda para pagar todo yo sola. Sacando cálculos pensaba que terminaría en la calle en menos de dos semanas.

El teléfono volvió a sonar y contesté como lo hacía de costumbre. Una última vez no haría daño.

—¿Sí? Diario Estrategia, ¿en qué puedo ayudarle? —contesté.

—Hasta que por fin me contestas, Celeste —¡Mi madre! Mierda—. Ni se te ocurra cortar...

Colgué sin pensarlo, el solo oír su voz me desconcertó, me aseguré y desconecté el cable del teléfono también. Terminé de guardar todo y me fui rápido, sin mirar atrás. Pero seguía pensando en la locura de mi madre para contactarme en mi trabajo. Y yo que pensé que con una llamada más no me sentiría mal. Yo y mi gran boca.

***

Annie volvió de su luna de miel y exigió una reunión entre los cuatro: ella con su esposo, Marcos y yo. El problema de que el mejor amigo de Marcos se casara con mi hermana era que nunca podría librarme de él.

Toqué el timbre de la puerta. Marcos estaba a mi lado esperando con un ramo de flores, no quiso llegar con las manos vacías a ver a los recién casados. Un señor nos recibió y nos guio hasta la pequeña salita de espera. La casa era inmensa, de tres pisos y muy elegante, había sido un regalo de los padres de Tom por la boda. La casa de nuestra infancia era igual de grande que la nueva de Annie.

Cuando mi madre vio la casa de los padres de Tom por primera vez comenzó a averiguar si tenían parientes solteros, nunca supe si los buscaba para mí o para ella. Pero conociendo lo loca que era por los matrimonios convenientes nada me sorprendería.

Tom fue el primero en aparecer por la puerta y nos saludó. Primero a Marcos, el amor de su vida, y luego a mí, la cuñada insoportable.

—¿A qué se debe el honor de su visita?

—Vine a ver a mi hermanita —respondí—. A asegurarme que te estas portando bien con ella.

—Yo creí que venías a cantarnos una serenata —se burló Tom.

No quería pensar en aquella noche, así que simplemente lo ignoré mientras ellos dos reían como adolescentes.

—¡¿Ya llegaron?! —gritó Annie desde un piso más arriba.

—¡Sí, amor! —le gritó Tom—. ¡Ven!

La casa era tan grande y silenciosa que sus voces sonaban como ecos lejanos, y me pareció gracioso que tuvieran que gritarse para comunicarse.

Ella apareció por las escaleras corriendo, yo pensaba en lo increíble que era que pudiera correr con los tacones altos que traía puestos. Se veía radiante y feliz. Estaba donde pertenecía, en una vida de comodidades, casada con el hombre que amaba.

Me tomó por sorpresa y me dio un fuerte abrazo.

—Te extraño tanto, hermanota.

—Hey —le dije mientras los otros dos se burlaban—, yo igual a ti, pero no me dejas respirar.

Una vez que me soltó caí rendida en el sillón. Los demás se acomodaron alrededor del salón.

—Tenemos tantas cosas de que hablar —comenzó Annie.

Ella se quedó sentada a mi lado, tomó mi mano, y yo sentía todas sus joyas rozando mi piel.

—Exacto, tenemos muchas dudas. Por ejemplo, yo pensaba que ustedes ya no estaban juntos —comentó Tom.

—Verdad. Eres un estúpido por dejar a mi hermana, Marcos.

Annie miró enfadada a Marcos, quien se puso incómodo, igual que yo, creando un silencio innecesario.

—Eso ya no importa —respondí. No quería crear un momento de tensión hablando de mis sentimientos y mucho menos de como él los había roto.

—¿Pero lo están o no? ¿Juntos?

Preguntó Tom mientras nos entregaba copas de vino, cuya botella se veía muy costosa.

—No —respondimos al mismo tiempo.

—Pero vivimos juntos aún... —confesó Marcos.

—Qué extraño —respondió Tom.

—Qué absurdo —concluyó Annie.

Lo sé, así es mi vida, me torturaba por dentro. Pero luego los cuatro comenzamos a reír sin sentido mientras bebíamos los tragos. Y en ese momento sentí que, a pesar de la boda y la separación, las cosas entre los cuatro seguían igual. Éramos un grupo de adultos que se tenían cariño, a pesar de todo.

***

Mientras los muchachos se dedicaban a hablar de sus asuntos Annie me llevó a su cuarto para hablar en confianza sin que ellos escucharan mis sollozos. Era muy amplio, limpio y ordenado, con decoraciones en tono blanco y gris, ideal para unos recién casados.

—Así que... ¿Tú y Marcos? —me preguntó.

Nos sentamos en un elegante sillón junto a una ventana, me sentía relajada por el vino costoso. Era suave y con una simple copa me sentí satisfecha, no quise arriesgarme a beber más, después de todo me prometí no volver a hacerlo hasta el punto de arrepentirme.

—Muy complicado —respondí—. No sé qué es lo que tengo en la cabeza, cometo siempre los mismos errores.

—Quizás hiciste bien, hermana.

—¿Tú crees que hice bien en vivir con mi ex?

—Es una oportunidad —consideró ella—. Quizás él pueda cambiar de idea. O quizás puedas aprender cosas nuevas, siempre se puede lograr algo.

No quería darme falsas esperanzas, así que cada vez que la idea de que él volviera a quererme se cruzaba por mi cabeza me contradecía diciendo que no pasaría. Como si decir que no sucedería haría que pasara realmente.

—No sé si lo primero pueda pasar. No puedo negar que lo amo, pero es difícil tener esperanza.

—Pero lo puedes intentar.

Un silencio. En ese instante recordé algo que me atormentaba más que el asunto de Marcos.

—¿Has hablado con mamá? —pregunté temerosa.

La respuesta era obvia, Annie era el amor de los ojos de mi madre, la bendición de la familia, su más preciado tesoro. Ella era la única que sí atendía a sus llamadas, y no por temor, sino que porque ambas disfrutaban de una agradable conversación.

—Un poco. Sigue molesta contigo.

—Lo sé...

—¿Te llamó?

—Miles de veces, y en los momentos menos adecuados. No contesté —admití—. Es terca la señora.

—Como tú.

—¡Claro que no! ¡No me compares con ella! —lo que menos quería era parecerme a esa mujer loca, pero quizás es cierto lo que dicen: de tal palo, tal astilla—. Creo que ahora las cosas están peor —confesé al recordar otro hecho que estaba saliendo mal en mi vida mientras jugaba con mis dedos.

—¿Algo peor que el show que hiciste en la boda? ¿Peor a seguir viviendo con tu ex?

Yo asentí, sintiendo como al escucharlo en voz alta pesaba más en mi consciencia.

—Me despidieron.

—Oh, Celeste.

Lo sé, apesto, y mi vida se cae a pedazos. No veía soluciones a mis dilemas, apenas lograba pensar en qué haría al volver al departamento. Todo estaba cambiando muy rápido y no me daba el tiempo para procesar mi realidad.

—Debes hablar con mamá —me exigió Annie.

—¿Y ceder ante ella? Ni loca.

—¿Qué más puedes hacer, hermana?

Consideré todas las opciones que podrían ser mejor que pedirle ayuda a mi madre. Y lo único que podía pensar era que aún podía vivir en la calle, podría ser feliz con muy poco. Cualquier cosa, todo menos volver con mamá, no podía aceptar mi derrota ante ella. Llevaba años en esa lucha y no iba a perder aún, no hasta quedarme sin opciones. Si tan solo pudiera dejar de ser orgullosa.

***

Al acabar la visita tuve que aceptar mi triste realidad y regresar a vivir mi vida en ese estrecho departamento con el hombre que ya no me amaba. Los cuatro estábamos en la entrada de la casa despidiéndonos, un taxi nos esperaba a Marcos y a mí.

—Muchas gracias por venir —agradeció un cálido Tom.

Annie me dio un fuerte abrazo.

—Cuida de mi hermana, Marcos —amenazó Annie—. Si no, te las veras conmigo.

Me soltó y apretó mi mano, yo sabía que ella tenía fe en que podíamos volver a estar juntos como antes, pero no dije nada en ese momento. Era mejor no romper la ilusión del cuento de amor perfecto. Me despedí de Tom.

—Y lo mismo para ti, Tonto Tom —dije.

—¿Aún le dices así? —preguntó sorprendido Marcos.

Solo nos reímos, no fue necesario responder.

—Descuida —me calmó Tom y abrazó a mi hermana de forma protectora, reforzando su idea.

Y nos fuimos, yo con la imagen de mi feliz hermana con su feliz matrimonio. En el taxi Marcos le indicó la dirección al conductor y viajamos en silencio por algunos minutos.

—Estás muy callada —comentó cortando el silencio—. Tú normalmente hablas hasta por los codos.

—No estoy de ánimo.

—¿Me dirás el por qué?

Había tenido un buen día con mi adorable hermana, habíamos intercambiado viejos recuerdos como grandes amigos y por varias horas había olvidado el desastre de vida en el que vivía. No quería arruinar todo eso con mi tristeza y mis pensamientos pesimistas, pero a Marcos no le podía mentir.

—Tú tienes la culpa —le dije molesta como una niña pequeña y él solo soltó una carcajada como siempre.

—¿Segura que bebiste solo una copa? ¿Otra vez me vas a insultar?

—Cállate.

Siguió riéndose. ¡Idiota! Le puse mi cara más irritada para que entendiera que le estaba hablando seriamente, cuando se dio cuenta se calmó y levantó la mano en señal de rendición.

—Dime qué hice ahora.

—Te irás —susurré, no quería que el chofer se enterara de todo el drama.

—Oh.

Se quedó en silencio al fin. Claramente él no quería tener esa conversación, menos si desde mi punto lo dejaba como el villano. Y no había forma de demostrar lo contrario, no veía en él intenciones de mejorar las cosas y apoyarme en la interminable lucha contra mi madre. Me iba a dejar ser la decepción, no pensaba rescatarme. Lo peor es que mi madre siempre tenía la razón. Quizás si la hubiera escuchado como tanto deseaba ella ahora no estaría en este lío. Soy un desastre.

Mi última noche antes de mudarme con Marcos estuve muy nerviosa, pasé todo el día empacando con Annie y me quedé en su cuarto hablando con ella hasta tarde, ya que el mío se encontraba vacío.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó Annie.

—Soy toda oídos.

—Creo que me enamoré.

—¿De Tom? —ella asintió—. ¿Tonto Tom?

Yo ya le había puesto un apodo horriblemente ridículo, no se me daban bien, pero le molestaba de todas formas.

—No le digas así.

Ella me miró feo, pero no se enojó, nunca se enfadaba conmigo, ella es un ángel. Era ya la una de la madrugada y ninguna de las dos lograba dormirse. Todas mis cosas estaban en las cajas, mis recuerdos y mis fracasos.

—Me alegro de que encontraras a alguien —le dije—. Es apuesto, así que está bien para ti, y tiene dinero, lo cual está bien para mamá. Al menos no tendrás que luchar contra ella. —Annie se rio y me contagió, hasta que nos quedamos en silencio mirando el techo.

Ella se acomodó de costado.

—Sabes, por eso yo te admiro.

Yo me reí y le di un pequeño empujón.

—¿Qué? ¿Por enfadar a mamá?

Le pregunté acomodándome a su lado. Estábamos juntas con la luz apagada, pero por la luz de la ventana podía ver su rostro en la oscuridad.

—No —respondió—. Tú luchas por lo que quieres, aunque eso signifique enfadar a mamá. A ti no te importaría vivir en la calle si eso te hace feliz, por eso creo que eres valiente. Yo no podría atreverme a hacer lo que tú, estoy segura de que cuando salga de esta casa será casada y nada más.

—Pienso que exageras, hermanita.

—Es la verdad. Espero que realmente algún día mamá se dé cuenta de que tú eres feliz y eso sea suficiente para ella, después de todo eres más fuerte que nosotras.

—Voy a extrañarte, Annie —le confesé.

—Y yo a ti.

Ambas nos quedamos en silencio mirando la oscuridad. Esperaba estar haciendo lo correcto, era tan inestable que me daba miedo equivocarme. Finalmente, me dormí soñando con el futuro que podría tener a partir de ese día.

Golpeé suavemente la gran puerta que me separaba del primer hombre que amé, aquel que me enseñó muchas cosas, pero el que no estuvo presente para ver cómo me convertía en una mujer, y de paso en un desastre. Y menos mal, no había forma de saber lo que él me hubiera dicho, pero prefería saber que lo último que vio de mi fue una joven con sueños y feliz.

—Pasa, cariño —mi padre me invitó a pasar a su oficina.

Lo vi de pie mirando unos papeles junto al gran ventanal del cuarto. Llevaba el cabello corto y negro, aunque varias canas amenazaban con demostrar su verdadera edad. Unos lentes colgaban de la punta de su nariz, y lucía solemne su traje azul oscuro. Me sonrió al verme y me acerqué.

—¿Pasó algo? —pregunté mientras le daba un abrazo, tenía la mirada preocupada.

—Quería verte, pequeña —dijo mientras apartaba los papeles de mi vista. Me senté en el sillón que estaba junto a su estantería de libros y levanté los pies soltando un suspiro—. ¿Estás cansada?

—Mamá me va a volver loca.

—Tu madre puede lograr eso y más —sonrió—. Pero ambos sabemos que todo esto lo hace porque las ama. Debes tener un poco más de paciencia, pero por sobre todo valentía.

—Pero me está torturando con sus clases… ¡Me quiere volver una dama! Ayúdame, papá.

Mi padre siempre veía el lado bueno de las personas, incluso creía que las intenciones de mi madre tendrían buenos frutos. Obviamente no me obligaría a hacer esas cosas, él esperaba que cediéramos un poco para hacer feliz a la mujer que amaba.

—Estoy seguro de que no es tan terrible, cariño. Algún día podría servirte aprender todo esto.

—¿Para casarme?

Él puso cara de pánico y confusión a la vez. Yo sabía que ese tema a mi padre le aterraba, y que él me defendería hasta la muerte ante mi madre si de matrimonio se trataba. Para él sus hijas eran demasiado valiosas, y por supuesto estaban fuera del alcance de cualquier hombre.

—¡No! Nunca dejare que mi niñita se case, no importa cuantas vacas me ofrezcan —se burló, pero su broma era verdad.

—¡Papá! —me reí y por un segundo olvidé el estrés de tener que ser perfecta—. Apenas tengo quince años, ¿para qué me quiero casar?

—Pues tú, mi hija, serás una gran mujer, aunque nunca llegues a casarte.

Eso era lo que yo esperaba también.

—¿Tú crees en mí? —quise saber.

—Claro que sí —aseguró con mucho entusiasmo—. Tengo mucha fe en mi cielo Celeste —y diciendo eso acarició mi cabello.

Esa era yo, un cielo celeste. La historia de mis padres cuenta que nací en un día donde habían pronosticado cielos cubiertos de nubes grises y chubascos, un triste día para mi padre, pues él odiaba los días nublados. Pero en el momento exacto de dar a luz las nubes se despejaron y dejaron ver un gran cielo celeste alegre. Esa es la historia de mi nombre y del museo que tanto amaba, relato que siempre cuenta mi padre orgulloso, pues ese día él recibió la felicidad cuando miró el cielo. Esa era yo, un punto celeste entre lo gris.

—Gracias, papá —lo abracé—. Y… mamá no parece muy dispuesta a conversar, ¿tú me dejarías ir a una fiesta?

—¿Una fiesta con niñas?

—Y con hombres…

—Por supuesto… que no —comenzó a decir—, si hay chicos no.

—Sabía que dirías eso.

Suspiré y ambos nos reímos. De todas formas, no me emocionaba mucho salir, así que pasamos toda la tarde juntos. Él me otorgaba el valor y la fuerza para sobrevivir a mi madre.

Yo no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde, pero ese día, esa misma tarde, mi padre había descubierto el lamentable diagnóstico que lo afectaba. Después de enterarse siguió sonriendo y trabajando, no demostró ante sus amadas hijas que por dentro estaba muriendo y que la vida pronto nos separaría.



8

Rápidamente llegó el domingo y no tenía nada que hacer, mucho menos siendo una joven soltera. Por poco y me sentía como una divorciada.

A pesar de mis pesimistas sentimientos me dediqué buscar en los periódicos y en internet algún trabajo con el que pudiera permitirme simplemente vivir la vida, lo que fuera me serviría, mientras me dejara mantener mi alma lejos de mi madre.

Había muchas opciones, como trabajar en comida rápida, o como camarera en algún restaurante familiar del centro, o también volver a ser secretaria para alguna compañía que poco apreciaría mi labor. Pero lo único para lo que me sentía capaz era ser… ¿fracasada? ¡Mierda! No eran muchas mis capacidades y habilidades, laboralmente hablando. No sabía hacer nada.

¿De qué me sirve saber cómo ser la dueña de casa y esposa perfecta si con eso no puedo vivir? Comenzaba a sentirme frustrada al quedarme sin opciones. Estaba sentada en la mesa del comedor con el viejo computador portátil prestado de Marcos, él pasaba de un lado para otro buscando sus cosas, era difícil ignorarlo porque estaba arreglado y lamentablemente para mí se veía guapo. Se detuvo frente a la puerta pensando en algo.

—¿Saldrás?

Pregunté fingiendo que en realidad no me importaba, como si estuviera concentrada en buscar empleo y no viendo cómo se peinaba y se cambiaba de ropa, claramente solo vi los cambios, pero no el proceso de eso último.

—Sí, pero… no encuentro mis llaves.

—¿Ya viste en tu bolsillo? —pregunté con una media sonrisa.

Buscó en todos sus bolsillos y las encontró en el de su chaqueta, yo había visto cuando las guardó, pero fingí que fue coincidencia.

—Oh, gracias —dijo y salió del departamento diciendo un rápido “chao”.

—De nada —respondí cuando él ya no podía oírme—. Idiota. ¿Qué harás sin mí?

Mi celular comenzó a sonar y me alegró ya no oír el tenebroso tono de llamada de mi madre. Cualquiera pensaría que se había aburrido de llamar, pero yo estaba alerta, en cualquier momento arremetería y sería en mi momento de mayor debilidad.

Contesté a pesar de no tener registrado el número, podía ser que acababa de ganarme un millonario premio o querían devolverme mi antiguo empleo. Y en el peor de los casos podía ser una compañía telefónica ofreciendo insistentemente un plan de minutos ilimitados.

—¿Aló?

—Hola. ¿Celeste? —escuché la voz de una chica—. Soy Verónica.

—Oh, hola, Verónica, tanto tiempo…

¿Verónica? ¿Conozco a alguna Verónica? Traté de recordar, pero ni su voz me parecía conocida, así que simplemente fingí que mi memoria se había acordado de ella.

—Soy tu prima, por cierto —aclaró ella.

—¡Ah, Verónica! Tanto tiempo, ¿en qué puedo ayudarte?

No podía sentirme mal por no recordar a una prima por parte de papá. Mi familia era muy extraña, no compartíamos mucho entre primos o con tíos o con abuelos, al menos no desde que tengo memoria.

Creo que fue más por mi madre que por otra razón, desde que comenzó su relación con mi padre la familia de papá perdió poco a poco el contacto, hasta que se convirtieron en un recuerdo. Reconozco más a cada socio de mi adorada madre, pero no a mis parientes. Y no les culpo, mamá puede ser tan exigente y probablemente no soportaban su control absoluto. Pero con Verónica compartí en varias ocasiones cuando éramos adolescentes.

—Estoy en la ciudad de paso por un trámite y quería saber si nos podíamos reunir, yo invito. Hace bastante no nos vemos y quisiera verte antes, de hecho, también invité a Annie, pero tienen un compromiso con su esposo.

—¿Ahora? —pregunté.

—Si es que no tienes nada que hacer, claro. Estoy cerca del centro.

Miré alrededor, pero no, no sucedía nada y no creía que llegara a suceder algo. Estaba sola, en un departamento casi vacío y ningún trabajo aparecía mágicamente. Así que no tenía escusa.

—Claro, dime el lugar y nos vemos allí.

Al bajar del taxi doblé en la esquina y entré al café donde me encontraría con mi prima olvidada, Verónica. Me senté en una mesa y esperé ansiosa. No recordaba mucho de ella. Es tres años menor que yo, hija de la hermana de mi padre, pero nos distanciamos de niñas. A su madre no le agradaba la mía, más que nada por cuestiones de dinero y temas de señoras tercas como mulas. La última vez que vi a Verónica ella tenía unos trece años, usaba lentes, era algo gordita, y con el cabello castaño revuelto hasta la cintura. Me la imaginé de la misma manera, pero mayor y me reí sola. Mi celular sonó otra vez y le contesté a Verónica, había registrado su número.

—Acabo de llegar, ¿tú ya llegaste? —me preguntó ella, sonaba agotada, como si hubiera estado corriendo.

—Sí —respondí—. Estoy sentada junto a la ventana, en una mesa redonda y pequeña.

—Ya te vi.

Una chica en la entrada del café me saludó y al mismo tiempo Verónica colgó la llamada. ¡Me quiero morir! Estaba muy alta, y aun así llevaba unos elegantes tacones la muy desgraciada, me sentí como un pitufo. Su cabello castaño, liso y corto, resaltaba la pérdida de peso en sus mejillas. ¿Y los lentes? Desaparecieron, y en su lugar apareció una figura perfecta y esbelta. Y yo con mi polera negra gigante, calzas deportivas y mis zapatillas sucias, pero muy cómodas.

—¡Celeste! —Ella me saludó con un amoroso abrazo y se sentó—. No puedo creer el tiempo que ha pasado. Estás increíble, mujer.

Patrañas.

—Pues, gracias. ¿Y tú? Mírate, te volviste toda… —me mordí la lengua antes de decir alguna estupidez por envidia—. Una mujer.

¿Sabes el daño que te provoca tanta cirugía con los años? Mi envidia escapaba por mis poros, y no me ayudaba mucho que todos se le quedaban viendo, desde los hombres en otras mesas a los garzones sirviendo café. Yo era un triste ser simplemente existiendo a su lado, como un estropajo. Pero decidí fingir que mi vida no estaba tan mal mientras nos poníamos al día sobre asuntos personales, no iba a admitir el fracaso.

—Me alegra mucho que hicieras tiempo para verme —declaró y tomó mi mano sobre la mesa como las señoras de edad mayor. Me burlé de mí misma para mis adentros recordando que en realidad no tenía nada importante que hacer.

—No hay de qué. De todas formas, necesitaba salir un poco —sonreí—. ¿Qué es lo que te trae a la cuidad? —pregunté curiosa, o más bien dicho chismosa.

—Me mudaré acá en unos meses y he estado haciendo los trámites para adaptarme, ya sabes,

como recorrer los barrios, contratar servicios de calidad, buscar empleo.

—Oh, claro —fingí que entendía lo que me decía.

Antes de poder continuar mi interrogatorio se nos acercó un chico a tomar nuestro pedido, y por supuesto se quedó embobado con mi prima.

—¿Y vivirás cerca de aquí? —proseguí cuando él se fue.

—Sí, con mi esposo estamos aburridos del frio del sur.

—Espera, espera… —en ese momento creí que me daría un ataque de histeria—, ¿dijiste esposo?

Traté de sonar sorprendida en vez de horriblemente trastornada. ¿Es que acaso ahora todos se casaban antes de los veintidós? Me sentía maldecida, en todos lados la gente lucía sus brillosas sortijas de matrimonio, todos excepto yo.

—Oh, no —me mostró su mano y en ella un tintineante diamante iluminó mi rostro—. Es mi futuro esposo, aún estamos comprometidos.

¿Está comprometida? ¡¿Por qué?! Dime, Dios, ¿qué te hice yo? Solo quería que sacara su asquerosa roca de mi vista y dejara de hacerme sufrir.

—¡Felicidades! —dije fingiendo una sonrisa, más que nada para no ponerme a llorar.

—Muchas gracias, querida. La verdad es que a veces no me lo creo —admitió, mirando a su alrededor como una chica enamorada de la vida.

Yo definitivamente era la nube negra del lugar. Nos quedamos en silencio un momento. El camarero nos trajo el café que pedimos, y el de Verónica traía un bello cisne dibujado con crema blanca. Intenté no matar al chico con mi mirada al ver el poco cariño que le puso a mi bebida al apenas agregarle una galletita.

—Debo confesarte algo. Yo te llamé por esto —habló jugando con su anillito—. Necesito pedirte un favor.

Oh, oh. ¡No, no y no! Definitivamente NO. Yo no quería tener nada que ver con bodas, no otra vez. Eran mi pesadilla.

—Puede parecer extraño, pero no tengo muchas amigas —comenzó a relatar Verónica—. Y las pocas que tengo ninguna está disponible, por viajes o trabajo. En nuestra familia son más los hombres que las mujeres, como ya sabrás tú... —seguía dando y dando vueltas—. Mis opciones son un poco limitadas, más porque la familia de Eduardo, mi prometido, es muy tradicionalista. Y no es que no quiera pedírtelo, ni nada...

—Ve al punto, Verónica.

La mujer estaba mareándome con sus mil palabras. Claramente yo sabía, o intuía, hacia dónde se dirigía toda esa introducción. Y mientras más rápido acabara con la tortura menos me dolería, y al parecer a ella igualmente.

—Annie se acaba de casar, y no pude ir a la boda, le pedí mil disculpas a ella —de nuevo parecía que iba a perderse en su relato, así que le di una mirada—. Perdón, sé que tú fuiste su dama de honor, quería que también fueras la mía.

Ene y O… ¡NO!

—Mira, Verónica, yo fui un asco de dama de honor. ¿No lo supiste? ¿Realmente quieres eso en tu boda soñada? —busqué escusas—. Creo que incluso tengo prohibido usar un vestido de dama de honor otra vez, y más aún no se me permite dar discursos.

No podía hacer de nuevo el ridículo. Bebí un gran sorbo de café ocultando mi risa al recordar esa noche, debo ser honesta y admitir que me causaban gracia mis propios desastres.

—Por favor —me rogó Verónica tomando nuevamente mi mano.

¡NO! Apenas reconocía a la mujer frente a mí, se veía tan desesperada, tanto como para contactarme y rogar mi ayuda. Lo peor es que en mi propia desesperación he hecho cosas peores, vergonzosas y lamentables.

—¿Tendré que organizar algo? —comencé a dudar.

No era buena ordenando cosas, ni comprando, ni diciendo cumplidos a las novias, de mí solo podía esperar mi presencia, pero no mi cooperación. En casos anteriores por suerte las madres y tías de la novia eran las que mandaban todo, o una organizadora sacada de un regimiento militar como la de la boda de Annie.

—No, nada —aseguró—. Lo demás lo tengo cubierto. Tú solo debes ir y nada más.

Eso sonó mucho mejor de lo que pensaba. Y como su madre con la mía no se llevaban bien tendría la tranquilidad de que esa mujer no andaría por allí juzgándome.

—¿Puedo escoger el vestido?

—Por supuesto. —Verónica se veía ilusionada—. Entonces… ¿es un sí?

Lo pensé mucho, los pros y los contras. Puede que me sirviera para conocer algún chico afortunado y soltero, y de paso para olvidar al idiota. Y no es que crea que es correcto sacar un clavo con otro, pero en ese momento me pareció correcto motivarme a buscar nuevos placeres.

—Está bien, lo haré.

Verónica se puso tan feliz, como si hubiera ganado la lotería, aunque ella no necesitaba ganar una millonaria suma para ser afortunada. Casi tira de la mesa el hermoso café que estaba bebiendo.

—Gracias, gracias, gracias —me agradeció como si fuera una santa.

—No creo que esto le agrade mucho a tu madre —la interrumpí antes de que se ilusionara demasiado.

—Eso no importa, es mi boda y aceptará lo que yo diga —decretó. Continuó bebiendo su café y luego continuó la charla—. ¿Tienes novio, cierto? Porque necesitarás una pareja.

—¿No puedes presentarme a alguien tú?

—No tengo a nadie, pero si quieres puedes hacerlo sola.

Claro. Como siempre. ¡Justo cuando me patean se te ocurre casarte! ¿Es que nadie piensa en mí? Seguí poniendo mi sonrisa forzada mientras escuchaba todo lo que decía Verónica sobre su boda, honestamente no debía prestar atención si solo debía estar de pie. Pero estaba segura de que sola no quería estar.

***

Volví al departamento después de mi reencuentro con Verónica y cerré la puerta. La luz estaba encendida, Marcos se paseaba por la cocina con ropa de casa, ya había vuelto de su misteriosa cita. Mi cabeza iba explotar, me eché sobre el sillón. Malditas bodas. Suicidio a la libertad. Aunque sí que lo deseaba…

—No sabía que saldrías —dijo Marcos cuando me vio muriendo en el sillón.

Se acercó y se sentó a mi lado. Frente a nosotros colocó unas bolsas y una caja que parecía traer comida, me entregó un tenedor y una cerveza fría, justo lo que yo necesitaba. Lo miré feo, pero acepté ambas cosas, algo confundida.

—¿Qué es esto? —pregunté apuntando todo, y me refería a sus intenciones, porque lo que estaba sobre la mesa olía a comida.

—Mi ofrenda de paz —respondió sonriendo—. Por todo, para pedir perdón por los malos ratos que te he hecho pasar.

Levanté una ceja sorprendida por ese gesto de su parte.

—Es comida China. Tu favorita, fui hasta el local que amas.

Aclaró enfatizando el lugar, ya que quedaba alejado del centro. Yo sentí el aroma delicioso y me estomago rugió. Él encendió el televisor y puso las noticias, comencé a comer ansiosa sin esperar que él comiera también. Esto era habitual en nuestra antigua vida, comida rápida a medianoche, cerveza barata, televisión. La rutina que provocó que a ambos nos creciera la panza, aunque eso no me preocupaba tanto.

—Hoy me reuní con mi antiguo compañero de cuarto —mencionó—. El de la universidad.

—¿A sí? Y yo fui a tomar café con una prima perdida.

—¿Por qué? —preguntó él, mientras tomaba su porción de fideos.

—Va a casarse y adivina quién será su dama de honor.

Puse cara de asco y Marcos se rio, él entendía cuanto yo odiaba estar en esa situación.

—¿Y tú por qué te reuniste con tu compañero? —pregunté tomando un sorbo de cerveza.

—Quizás vuelva a vivir con él, por un tiempo —respondió—. Él sigue viviendo solo y busca alguien para arrendar.

—¿Y ya te dijo que sí?

—Aún no, pero quizás.

—Me alegro —mentí—. ¿Y qué pasará con este lugar?

Miré alrededor. La cocina gris, el pequeño comedor, el sillón de segunda mano, la puerta a nuestro cuarto, todos mis recuerdos con él. Aunque vivimos juntos por unos meses, me sorprendía lo increíblemente rápido que pasaba el tiempo y como todo cambiaba en un parpadeo.

—¿Crees que deberíamos venderlo? —sugirió en una pregunta.

—Sería lo mejor...

¿Sería lo mejor? Claro que es lo mejor, tonta. No tienes trabajo, el dinero es escaso, a menos que vuelvas arrastrándote con tu madre. Vende todo y podrás vivir unos meses. Con vender el departamento al menos podría buscar algo más barato, como no sé, ¿una caja?

—¿Dividido? —preguntó.

—Por supuesto que dividido. Lo pagamos ambos —respondí con la boca llena de fideos.

Nos acabamos toda la comida y después de ver las noticias le dije buenas noches y me fui a la cama. Sola. Lo mejor será acostumbrarte porque de ahora en adelante así estarás, Celeste, solita.



Enfermedades. No importaba cuál fuera, siempre te quitaban algo, y el cáncer me quitó una parte de mi vida. Vi a muchos doctores pasar por mi casa durante un año y ninguno pudo salvar a mi padre. Ahora estaba allí, frente a su ataúd, rezando con el nudo en la garganta, aferrándome a los últimos recuerdos que tuve con él.

Me consolaba saber que no se había ido triste. Siempre recordaré sus palabras: “Se fuerte y yo estaré orgulloso de ti”.

Y lo sería. Muchas personas se acercaron a mí y me dieron su pésame. Yo les sonreí a cada uno de ellos y les di las gracias, era lo menos que podía hacer en nombre de mi padre, y en lugar de mi madre que se encontraba debilitada por la pérdida de su amor.

En mis manos llevaba una carta, la había estado estrangulando durante todo el velorio y ya estaba completamente arruinada, pero aún se distinguía la letra. Cuando me llamaron para hablar me acerqué tímidamente al micrófono, y sin oír nada, ni siquiera mi propia voz, comencé a leer:

—Sé que muchos de los presentes conocieron a mi padre, pero nadie lo conocía mejor que yo. Ciertamente él era un hombre correcto, con la verdad ante todo, un hombre muy responsable y que entregó todo por su familia. Eso era lo que todo el mundo veía en él. Pero también era un loco, un rebelde sin remedio, un optimista y un payaso que disfrutaba al máximo los domingos saliendo al parque a comer helado con sus hijas.

Mi padre creía en los sueños. Él era capaz de ver arte en los más mínimos detalles y no creía que un traje elegante pudiera hacerte ver más respetable, simplemente se los ponía como un disfraz. Él me enseño que a veces es bueno ir en contra de la corriente, porque de esa forma es más fácil observar el paisaje y ver todo desde otra perspectiva. Fue y siempre será un luchador por la paz y el amor, un hombre que veía la bondad en todo el mundo. Por eso él hizo un museo, para tener un lugar donde meter los recuerdos y los sueños de personas luchadoras, como todos nosotros. Gracias, Henry Errázuriz. Gracias, papá.



9

Era lunes por la mañana y tomábamos desayuno, por costumbre me desperté temprano a pesar de que no debía ir a ningún lado, en ese momento era un triste ser sin empleo.

—¿Marcos? —le hablé.

—Dime.

—Tengo que pedirte un favor.

Lo miré tímidamente, él se me quedó viendo un poco asustado. De mí podía esperar cualquier petición y entendí que se asustó por mi amabilidad, pero aquello que necesitaba de él me asustaba más.

—No es nada grave —dije al ver su reacción—. Lo que pasa es... ¿recuerdas lo que te conté ayer? Lo de ser dama de honor...

—Sí, ¿por?

Necesitas mucho valor para hacer esto, Celeste, trágate tu orgullo y punto. Me motivé, lo cual me costaba mucho porque mi orgullo me obligaba a retractarme.

—Voy a necesitar un acompañante.

Su rostro cambió de inmediato.

—Celeste...

—Solo será como amigos —le interrumpí.

—¿Estás segura de querer eso?

Me quedé pensando. Claro que no era lo que quería, llegar a una fiesta soltera y con mi ex, fingiendo que éramos amigos no era mi sueño. Deseaba que no fuera así, y me aterraba la idea de tener que presentarlo como algo diferente a mi pareja.

—Honestamente, no —dije—. Pero no me queda de otra, no quiero quedar como la prima fracasada que obviamente ya soy.

Luego él se quedó analizando sus opciones, yo esperaba que su poco cariño por mí fuera suficiente para hacerme ese favor.

—Está bien —respondió mientras se bebía el café—. Pero sin emborracharse, ni insultos.

—Sí, señor —me burlé.

¿Existía la posibilidad de que volviéramos? Dije que quería estar sola, pero era difícil, me acostumbré a creer que seríamos los dos contra el mundo por mucho tiempo.

***

Mi madre. Mi madre no me había llamado y no podía olvidarla. Me asustaba creer que lo había dejado así como así, no era algo normal en ella. Después de dar muchas vueltas pensé que lo mejor era darle la cara. Ya sabía que saldría mal, y en ese sentido me daba igual.

Tomé mi celular y marqué “llamar”. Sonó tres veces antes de que contestara, me sudaban las manos.

—¿Aló?

Escuché la voz de mi madre con su tono serio, incluso sabiendo que yo la llamaba. Y me convertí en una niña asustada. ¡Pánico! Le corté y rápidamente llamé a otro número.

—¿Celeste? —contestó mi hermana preocupada.

—Annie, acabo de llamar a mamá y le corté porque entre en pánico y de seguro me vuelve a llamar y no sé qué hacer. ¿Me volví loca? Es que no sé qué hacer, dime ¿le cuento todo? ¿O sigo escondida? Sé que ella debe odiarme por todo, y que soy la peor decepción, pero estoy agotada —le dije casi atragantándome con mis palabras.

—Muy bien, respira —me pidió—. Primero, debes calmarte. Segundo, date una cachetada.

—¿Qué? —solté una respiración.

—Haz lo que digo y fuerte.

Lo pensé y me encogí de hombros. Ya que... Me di una bofetada a mí misma y miré enojada el celular cuando escuché la risa de Annie al otro lado del móvil. Ella escuchó el sonido de mi golpe y no paraba de reír.

—Maldita.

—Te lo merecías —me respondió entre risas.

—¿Por qué?

—¿Le cortaste a mamá? ¿Estás loca? Mi hermana, la Celeste que yo conozco nunca habría hecho eso. Te has vuelto una cobarde.

—Tienes razón.

¡Aleluya! Ahora mi vida ha cobrado sentido. Annie tenía razón, me había acobardado mucho, estaba huyendo de mis problemas. Si quería salir adelante o lograr algo, debía enfrentarla.

—¡Ve y dale la cara!

—No me digas qué hacer —le gruñí y ella siguió riendo por mi cambio de actitud—. Iré y la enfrentaré. Y le dejaré las cosas en claro. ¡He vuelto!

—Celeste —me interrumpió Annie—, recuerda que es tu madre.

—Cierto...

Ella siguió riendo. Debía controlar mis emociones, no podía insultar a mi madre, o sea, mi educación estricta me lo prohibía. El problema de que tu enemiga sea tu madre, es que es tu madre.

En ese momento no lo asimilé, pero estaba a pasos de matarme en las puertas de la casa de mi madre, mi antiguo hogar, a segundos de tocar el timbre. Estaba respirando rápido y conteniendo el pánico. Debía ser firme, pero mi madre tenía un poder en mí que asustaba, un poder contra el cual luché por mucho tiempo. La amaba bastante, pero era una bruja de todas formas. Me sentí como cuando llegaba del colegio y traía una mala calificación, o cuando iba a una fiesta y volvía luego del horario permitido. Siempre con miedo de enfrentar a mi madre, lo que no sucedía cuando mi padre estaba vivo, él me ayudaba a ser más valiente. Ahora debía intentarlo por mi cuenta.

Cerré los ojos porque no quise ver lo que estaba a punto de pasar. Presioné con mi dedo el timbre y escuché cómo sonó en el interior. Se acercaron pasos y abrí los ojos. Huye, Celeste, aún estás a tiempo, mi cerebro me decía. La puerta se abrió. Ya no hay vuelta atrás...

Somos cómplices los dos.

Al menos sé que huyo porque amo.
Necesito distinción.
Estar así despiertos es un delirio de condenados.

La música sonaba fuerte durante la fiesta, en una casa en la que no había estado antes, y me sentía como nunca antes en mi vida. Marcos me había convencido de pasar nuestro día junto a su grupo de amigos, los universitarios con los que compartía mientras él se preparaba para convertirse en pintor. Acabábamos de cumplir nuestro primer mes y él seguía siendo un perfecto caballero, sacado de un cuento de hadas.

Como un efecto residual.
Yo siempre tomare el desvió.
Tus ojos nunca mentirán.
Pero ese ruido blanco
es una alarma en mis oídos.

A mi madre no le gustó la idea de que saliera con él y sus amigos, y menos que pasara la noche fuera por estar en una fiesta, por eso mismo me encantó aceptar la invitación. Además, poder conocer el mundo de mi novio y sentirme parte de él fue una de las mejores sensaciones. Todo el mundo bailaba o bebía o fumaba o las tres acciones a la vez. Marcos me tenía abrazada a su cuerpo y nos movíamos lentamente al ritmo de la canción, a pesar de no ser una balada, simplemente ignorábamos todo y disfrutábamos del momento. Con su boca me hizo cosquillas en el oído mientras me tarareaba la canción, su aliento cálido me relajaba.

No seas tan cruel.
No busques más pretextos.
No seas tan cruel.
Siempre seremos prófugos...
los dos.

—Esta es nuestra canción —prometió Marcos.

10

Me quedé esperando petrificada en la entrada de la casa de mi madre a que llegara la pesadilla de mi vida: volver a enfrentarla, a ella y sus complejos estándares de perfección.

La puerta se abrió e instintivamente me alejé de la zona de peligro.

—¿Señorita Celeste? —Una de las empleadas de la casa me abrió la puerta y me observó con preocupación.

—Hola —dije tímidamente, pero aliviada de que mi primer encuentro no fuera directamente con la señora en cuestión.

—Su madre se encuentra en una reunión, pero debe estar por llegar —informó la mujer.

—Solo vengo de paso… —respondí, restándole importancia a mi visita imprevista.

Calculé mis oportunidades de escapar y pensé que también podría volver en otro momento, pero todo eso sería ser cobarde, otra vez. De todas formas, mi madre sería informada de mi aparición.

—Adelante —la mujer me permitió entrar y me sorprendí a mí misma entrando sin reclamar.

Fue extraño. Estar en mi antigua casa, amplia y reluciente como siempre, con obras carísimas adornando las altas paredes y esculturas antiguas modelando en los pasillos. La casa en la que crecí era tal como un museo, eso me gustaba, pero me sentía en una prisión.

—¿Quiere algo para beber mientras espera? —me preguntó la mujer. No conocía su nombre porque desde que me fui de allí muchos rostros habían cambiado, aunque ella sí sabía mi identidad.

—No, gracias.

—Si necesita algo me avisa y vendré —se retiró.

Conocía bien la casa, cada rincón, pero me sentía extraña estando a solas allí. Tampoco quería pasearme como si nada, porque ya no era mi lugar y se sentía incorrecto intrusear. Me quedé sentada en el sillón de uno de los salones, mirando las grandes paredes y al techo que me empequeñecía.

Después de unos minutos me puse a dar vueltas en círculos por toda la habitación, los nervios me tenían alterada, hasta que el sonido de un auto deteniéndose en la entrada me sobresaltó. Me acerqué a la ventana y vi a una mujer bajando de un vehículo y me quedé congelada cuando la vi dirigirse a la casa. Ya llegó la bruja. Chan, chan, chan. Mi madre entró a la casa y comenzó a dar órdenes de inmediato: que el correo, que la cena, que la ropa, que el teléfono, que esto otro. Yo escuchaba a la distancia mientras ella ignoraba por completo mi presencia. Hasta que una de las empleadas logró que ella se enterara de que su hija la esperaba en el salón.

—¿Quién? —preguntó mi madre—. ¿Annie?

—Celeste —oí la voz de una empleada decir mi nombre.

Me puse nerviosa. La bruja, digo, mi madre se asomó al salón donde yo estaba esperándola y se me quedó viendo, como si no pudiera creer que estuviera allí, que lo que veía era un fantasma.

—Hola, mamá.

¿Hola? Por Dios, Celeste, qué agallas tienes mujer. Pero mi voz la hizo reaccionar, al menos supo que no alucinaba.

—Preparen el salón de té —mi madre le ordenó a alguien y luego caminó hacia mí.

Instintivamente intenté retroceder, pero un sillón detrás de mí me lo impidió. Ella, sorpresivamente, me dio un abrazo.

—Hija —me apretó fuerte—. Me alegra tanto que hayas venido.

Me soltó y siguió viéndome como si no fuera real por otros segundos, analizando mi presencia por completo.

—Estás más delgada, cariño. ¿Estás comiendo bien?

Wow. ¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi mamá? Para que ella hablara sobre mi peso y mostrara preocupación solo una cosa tendría que haber pasado: se acercaba el fin del mundo. No estaba comiendo bien. Tenía muchas cosas en la cabeza, como que no podía comer tanto o me quedaría pobre, sin dinero no hay comida básicamente.

—Sí, mamá —mentí.

—Nosotras dos tenemos una conversación pendiente, señorita —me advirtió—. Pero primero tomaremos el té.

—Está bien —respiré profundo.

La seguí hasta el salón y rogué para que no fuera tan cruel, me esperaba una larga tarde y necesitaba prepararme para cualquier ataque inesperado.

—¡Salud! ¡Salud!

Yo gritaba con el micrófono en la mano sobre el escenario, luego de mi discurso como la peor dama de honor. Estaba enojada con Marcos, y sobre todo quería fastidiar a las horribles personas que eran las otras damas.

—Marcos —dije moviéndome de un lado a otro, intentando mantener el equilibrio en esos tacones—. Te tengo un regalo...

Él me observó con mucha seriedad desde abajo del escenario, se veía algo asustado. Unos hombres se acercaron a mí para detenerme, pero yo los ignoraba.

—Sí, es una canción de amor —grité muy fuerte—. ¡Amor!

Alguien trató de arrebatarme el micrófono, pero hábilmente lo esquivé, mis reflejos seguían activos a pesar de lo mareada que me sentía.

—¿Recuerdas nuestra canción? —un sujeto logró tomarme del brazo y me jaló para bajarme del escenario—. Suéltame, idiota —le di una patada y el hombre retrocedió por el dolor, escuché algunos murmullos de sorpresa y algunos de burla.

Marcos comenzó a caminar hacia el escenario determinado y subió los escalones. Como una tonta me emocioné al ver que se acercaba y comencé a cantarle la estúpida canción.

—No creas ser juel, no uses más pre textos, no seah tal cruel, siempre ser emos prófugos, tú y yo.

La canté de la peor forma, recordaba la letra, pero la lengua se me enredaba. El canto no era ni será nunca mi talento. Marcos se quedó frente a mí y cuando pensé que iba a besarme, se agachó y me levantó en sus brazos, de tal forma que quedé colgando de cabeza viendo su espalda.

—¡No! —le grité y comencé a mover las piernas, Marcos me sujetó con más fuerza—. ¡Bájame!

Mi estómago comenzó a revolverse al estar de cabeza, sentí que todo el alcohol que había bebido decidía volver. Marcos me sacó del escenario, pero yo aún llevaba el micrófono y

arrastraba el cable conmigo tirando algunas cosas a mi paso. Traté de mirar a las damas de honor, que estaban disfrutando de mi show.

—¡Malditas, damas de honor! ¡Brujas! Quita novios, envidiosas —les grité mientras Marcos me cargaba—. ¡Tu! Él... Es... Mío.

Pronuncié cada palabra con venganza y le di una palmada en el trasero a Marcos aprovechando la posición en que me encontraba. Dejé caer el micrófono cuando el cable no dio para más, el que cayó produciendo un doloroso sonido. Las damas de honor se quedaron serias, a mi madre casi le salía fuego de los ojos. Marcos me sacó de ese lugar y de mi horrible tortura. Pataleaba colgando de cabeza en la espalda de Marcos mientras él caminaba hacia el ascensor. El movimiento me provocaba nauseas, pero a pesar de eso le seguí gritando.

—¡Bájame, Marcos! —lo golpeaba con mis manos—. ¡Eres un idiota!

—Si te callas, lo haré —me advirtió.

—¡Pero se me ven los calzones!

No sabía si era verdad a pesar de la brisa que sentía en mi trasero, pero me sentía incómoda en esa posición y quería verle la cara para poder insultarlo de frente. Se detuvo cuando entramos en el ascensor y me bajó, me lo quedé viendo embobada, aunque había más de un Marcos.

—¿Te gustó mi canción? —pregunté. Él sonrió.

—La cantaste fatal.

Le di un golpe en el pecho fuerte, lo que me dolió más a mí, pero aguanté y le di un nuevo empujón.

—¡Eres un estúpido! —grité—. Te arrepentirás de dejarme...

A pesar de amenazarlo me miró sin decir nada. Se veía cansado y un poco molesto.

—No te muevas —dije, pero seguía viendo doble—. ¡Quieto!

—Será mejor que te saque de aquí antes de que pase algo más.

La puerta del ascensor se abrió y él trató de afirmarme otra vez, pero yo, sin poder controlarlo más, vomité sobre su elegante traje.

—Algo como esto… —dijo mientras intentaba apartar el cabello de mi rostro.

Suspiró y murmuró muchas maldiciones. Mi cabeza daba vueltas y sentía un sonido extraño en mis oídos, todo se sentía lejano.

—Lo lamento —me disculpé.

Marcos se acercó a mí nuevamente a pesar de tener sucios sus pantalones, me tomó en brazos como si fuera una recién casada, o un bebé, y comenzó a caminar. Yo perdí la consciencia.

11

Al entrar al salón vi que estaba todo listo. Una mesa con vistas al jardín de mi madre, con tazas de la más refinada porcelana y pequeños pastelitos adornando con colores el espacio. Todo se veía delicioso y delicado, como recién sacado de una revista de lujo. Nos sentamos frente a frente, mientras una de las muchachas nos servía el té de una tetera que perfumaba el ambiente con cítricos y flores.

Era incomodo, yo creí que ella comenzaría a gritarme en cuanto me viera, que no lo hiciera resultaba peor y sospechoso. Sentí que en cualquier momento podía pasar, como una bomba a punto de estallar. Si ella no comenzaba a criticarme, llamaría a la policía para decirles que habían raptado a mi verdadera madre.

—¿Has visto a tu hermana? —mi madre inició la esperada charla.

—Sí, me mantengo en contacto.

—Está tan feliz, espero que luego me den nietos —comentó ella.

¿Quieres arcilla nueva para moldear? Ya que ambas nos fuimos...

—¿Cómo has estado, cariño? —me preguntó de pronto.

Yo, incomoda, comencé a mover la cuchara en la tacita causando un desagradable sonido que mi madre siempre detestaba.

—Ni bien, ni mal —dije.

Las respuestas vagas molestaban a mi madre, como cuando jugaba con los utensilios.

—Explícate.

Se notaba que ella trataba de contener su personalidad neurótica al mínimo, me hablaba en tono calmado. Yo creía ver a través de sus intenciones.

—Cosas personales, no tiene que ver con la salud —tomé un poco de té— ¿Y tu salud, madre?

Ella se dio cuenta de que intentaba cambiar el curso de la conversación para no hablar sobre mí.

—Eso es tema para otro día, Celeste —evadió y bebió de su té—. Ahora, quiero que me cuentes todo lo que te está pasando.

¿Todo? Pues si quieres eso tendrás que cambiarme el té por un tequila, porque esto se viene difícil madre.

—¿Segura? —ella asintió—. Bien...

De todas formas, se enteraría al final, mejor que fuera por mí. Mi madre siempre ha preferido que las malas noticias sean comunicadas por sus actores principales, si se enteraba por otras personas se molestaría más de lo necesario. Dando un gran sorbo a mi tecito comencé a confesar mis problemas.

—Me despidieron.

—¿Te despidieron de ese horrendo trabajo? —mi madre se sorprendió.

—Sé que no te gustaba —dije—, pero con eso me ganaba la vida.

—No me malentiendas, cariño. Es que yo aseguraría que ellos te necesitaban demasiado como para despedirte, por eso me sorprende.

Di un mordisco al pastelito que tenía cerca y me sorprendí de que mi mamá pensara que yo era imprescindible para alguien, o una empresa en este caso.

—Oh, estaban en la ruina —comenté tomando más té—. A pocos les gusta leer sobre países ricos y ver que nuestra economía empeora, menos pagar para hacerlo.

—Por supuesto.

Otra muchacha se acercó y llenó otra vez mi taza con té, ya iba por mi segunda y había perdido la cuenta de cuantos pastelitos había devorado. Si sigues comiendo así tu madre pensará que realmente pasas hambre, Celeste. O peor, que tienes ansiedad. Esos dulces eran muy adictivos como para dejarlos ahí, por muy lindos que fueran. La vida es corta, yo la disfrutaré comiendo pastelitos.

—¿Y Mark? ¿Cómo te sientes respecto a él? —preguntó mi madre. Casi escupí el té al escuchar cómo lo llamó. ¡Una puñalada al corazón!

—Mamá, su nombre es Marcos —le corregí y puse los ojos en blanco sin que me viera.

—Oh, claro, mi error.

Me quedé viendo la taza y su contenido con detenimiento, pero sabía que ella estaba esperando una respuesta.

—Estamos en una separación definitiva —admití—. Por ahora solo somos amigos.

—¿Amigos? Por favor, Celeste. ¿Tú, amiga de tu ex novio?

Qué divertida eres madre. ¿Acaso crees que no puedo ser amiga de mi ex? ¿No crees que pueda tener una relación no amorosa con un chico? Pues ni yo misma me lo creía. No podía admitir que ella tuviera la razón, aunque es la mujer que me crio y me conocía muy bien en ese aspecto. Nunca fui de las que superaran las rupturas amorosas rápido y, cómo decirlo, ¿dignamente? Y este relato demuestra en detalle esa maldita característica mía.

—Sí, mamá —respondí—. Es lo que me queda.

—¿Y qué harás? Si no tienes empleo, ni novio ¿Dónde vivirás?

Esa era la punta del iceberg del problema, que debía rogar por mi salvación al monstruo, que tenía que vender mi alma y sacrificar mi libertad a cambio de una vida estable.

—Sobre eso... —comencé lentamente.

Mi condena, mi castigo, mi pesadilla.

—Ya sé lo que me pedirás, Celeste.

—¿Sí?

—Necesitas mi ayuda, hija.

¿Tan obvia soy? ¿Tan desesperada estoy? La respuesta a todo eso era “sí”, necesitaba algo para vivir y si debía caer bajo para lograrlo, lo haría.

—¿No te molesta?

—Claro que no, hija —dijo—. Me encanta la idea de que vuelvas a casa, yo sola en este inmenso lugar me volveré loca. Te necesito conmigo.

—¿Volver a casa?

Me congelé. No había pasado esa idea por mi mente, yo esperaba que me ayudara con algún departamento o aunque fuera con un préstamo, un poquito de dinero para comer decentemente. Tenía lo que me había dejado mi padre, pero no quería gastarlo. Y volver a vivir allí parecía... demasiado.

—¿No quieres regresar? —preguntó un poco decepcionada.

Me sentí mal, no debí ir a pedirle esos favores a mi madre. Caí bajo, y no es como si la mujer fuera muy inocente, pero se veía vulnerable e ilusionada, y yo estaba a punto de romper su corazón. Ella continuó convenciéndome.

—Realmente necesito un poco de ayuda con el museo, ya no estoy en edad para manejar el

negocio como lo hacía tu padre. Pero si decides volver, yo podría enseñarte a ti y así luego tú estarías a cargo de todo.

Oh, oh, ¿por qué me haces esto madre? ¿Cómo puedo rechazarlo? Claro que me atraía la idea de seguir con el legado de mi padre, eso era lo más importante para mí, pero aceptar también me obligaba a seguir bajo las reglas de ella.

—¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto, hija.

Mi madre tomó mi mano por sobre la mesa y sonrió. Si bien era una mujer mayor, nunca había notado su rostro de cansancio, ni como había cambiado desde la muerte de papá, se veía débil. Seguía manteniendo rasgos de su atractivo, siempre fue una mujer elegante, con la piel radiante y el cabello sedoso, en sus días de juventud mi padre tuvo que batallar con muchos otros pretendientes, pues mi madre además de ser inteligente y poderosa, era la perdición de muchos caballeros.

Quizás debía dedicarme a pensar un poco más en ella, después de todo no era un monstruo real. Era mi madre.

***

Luego de muchos pastelitos, casi un litro de té y varias escapadas al baño me despedí de mi madre con muchas cosas en mente, más de lo que tenía antes.

—Me alegro mucho de que vinieras, Celeste, deberías hacerlo más seguido.

—Cuídate, mamá.

Le di un abrazo y salí de su casa. Me subí a un taxi y le indiqué la dirección de mi departamento. Departamento que luego tendría que vender.

El viaje fue rápido y subí las escaleras hasta llegar a mi piso para aprovechar de hacer ejercicio. Marcos estaba dentro, en la sala, guardando cosas en una caja.

—¿Qué haces? —pregunté cuando entré y lo vi concentrado.

—Empacando mis cosas.

Oh, oh.

—Eso es bueno —dije y me preparé más té, como si no hubiera bebido suficiente en el día—. ¿Ya respondió tu amigo?

—Sí, además ya puse el departamento en venta como acordamos.

—Uf, qué bueno, un peso menos encima —comenté con una sonrisa.

En realidad, el corazón me dolió en ese momento, pero no estaba de ánimos para prestar atención a mis sentimientos. Fui al baño para darme una ducha y escapar, luego me puse pijama. Cuando terminé, Marcos seguía empacando cosas, yo le ofrecí mi ayuda.

—¿Hoy saliste? —me preguntó concentrado envolviendo en papel unas figuras de vidrio, aunque la respuesta era más que obvia.

—Sí. Fui donde mi mamá.

Él se sorprendió, yo solo me reí.

—¿Qué? ¿Por qué? —me interrogó.

—Necesitaba arreglar las cosas —admití. En cierta parte era cierto.

Me miró unos segundos, con cierta lástima que me hizo sentir incomoda. No me mires, Marcos, soy un desastre, pero estaré bien.

—¿Te irás a vivir con ella?

Consultó sin mirarme, aun concentrado en envolver con mucho papel lo que parecía ser una colección de figuritas de vidrío, que no sabía que él poseía. ¿Acaso no vivíamos juntos? Me quedé en silencio observando sus manos.

—Sí —confirmé.

¿Qué otra opción tenía? Ambos estábamos tomando caminos separados y tratábamos de hacer las cosas bien sin lastimarnos el uno al otro.

Debió sorprenderle y decepcionarle mi decisión de volver a mi antigua casa, pero ¡hey! A mí me sorprendió más cuando decidió que ya no me quería en su vida.



Recordar mis fracasos amorosos era doloroso, como un ciclo sin fin de errores y malas personas:

—Lo siento, Celeste —dijo Anthony—, pero esto no es lo que estoy buscando.

Anthony terminó conmigo en el parque, fue mi primer novio, a escondidas, cuando estaba en la escuela. Después de un mes me fue infiel, con la chica que constantemente intentaba competir conmigo. Idiota. Con el tiempo aprendí que en realidad lo que nos alejó fueron mis restricciones familiares, pero agradezco a mi madre por no dejarme ir a esa fiesta donde probablemente habría acabado drogada en vez de la chica que realmente acabó bebiéndose las babas de él.

—No podemos estar juntos —me dijo Gary—. No me gustan las ataduras ni los compromisos, chica.

Otro imbécil. Gary, un chico de último año con el cual me besé en una fiesta en mi penúltimo curso. Me terminó sin siquiera estar juntos, y no de la mejor manera. Estábamos frente a toda la escuela durante el almuerzo y yo tenía marcas de sus besos por todo el cuello, que no se quitaron en una semana, tuve que bañarme en base de maquillaje para ocultárselo a mi mamá. Él era todo un mujeriego.

—Sabes que no me gusta todo eso de tu familia, están locos —dijo Derek—. Con su dinero, yo no quiero problemas.

El primer chico con el que me involucré sexualmente fue Derek, y con quien fui descubierta después del acto, y fue bastante bochornoso, pero por lo menos no fue durante. A mi madre casi le dio un infarto cuando supo que una de sus hijas ya no se casaría pura y santa.

El pobre salió huyendo. Era un chico lindo, decente y trabajador, aunque a él no le agradaba la gente con mucho dinero, y mi familia parecía ser demasiado para su espíritu libre. Era más un amante del día a día y de lo que la naturaleza podía entregar.

—Sabes que te amo, Celeste —mintió Steve—. Pero yo no puedo pagar todo eso, tú como mi novia deberías apoyarme económicamente. Si no es así, no podremos seguir juntos.

Así fui embaucada por mi ex. Un bueno para nada, excepto para el chantaje emocional, y yo terminé pagando, literalmente. Me tomó un tiempo darme cuenta del lío en el que me había metido, por suerte no se sabía mis claves del banco.

Y luego conocí a Marcos…

—Debemos terminar —soltó como una bomba en el peor momento—. No creo que este sea el mejor momento para tener una relación.

Pasteles. Idiotas. Hombres. Y así es como mi vida amorosa llevaba apestando desde hace

siglos… o mi vida en general, mejor dicho.



12

Cajas listas, ropa empacada, muchos objetos envueltos en papel de diario, el cuarto vacío, mi vida con Marcos terminada. Aún no podía creer lo rápido que había pasado todo. Mis recuerdos nunca se sintieron tan lejanos como en ese momento cuando miré a mi alrededor y vi cómo todo era diferente, cómo esas paredes ya no tendrían el sonido de nuestras risas, cómo todo se borraría con un trapo y una brocha con pintura. Nos borrarían a nosotros, un amor que había dejado de existir.

Ahora es cuando te das cuenta de que planeas empezar una nueva vida, pero se convierte en una pesadilla y terminas viviendo con tu madre hasta que te mueres. ¡Aún puedes huir, Celeste!

Tomé mis bolsos y los saqué del departamento. Marcos me ayudó a bajar las escaleras con el resto de las cajas y meter todo en el auto que mandó mi madre. Cuando ya estaban mis pertenencias guardadas nos quedamos viendo incómodamente, no sabía cómo despedirme. En realidad, aún no me sentía lista, aunque fuera un adiós momentáneo.

—Bueno —comencé a decir—, nos veremos para la boda.

Aún nos quedaban momentos para disfrutar juntos, pero todo era tan fugaz y el tiempo no se detenía por nada. De haberlo sabido muchas cosas habrían sido diferentes.

—Sí, claro.

—Adiós —dije, con una leve sonrisa.

Sin esperar una respuesta me subí al auto y me fui sin volver a mirar atrás, preferí no saber si él se había quedado mirando cómo yo desaparecía o si solo se había dado la vuelta como si nada. Me esperaba un nuevo comienzo en mi nuevo viejo hogar.

***

En casa de mi madre todo era perfecto. Nunca había loza sucia, la ropa siempre estaba bien planchada y perfumada, los suelos brillaban y las plantas del jardín nunca crecían más de lo debido.

En cambio, yo era un desastre en retroceso, ni siquiera en progreso. Cuando tuve las horrendas clases de mi madre aprendí mucho, aunque fueran forzadas, pero cuando me fui de la casa todo eso lo deseché, hice borrón y cuenta nueva. Diría que mi vida con Marcos fue a base de pastas, arroz y comida congelada, pero sabía mejor porque tenía un poco de amor. Y la limpieza era tarea de ambos, aunque ninguno se esforzaba demasiado en dejar todo reluciente.

Pero...

Cuando regresé a casa fui dejando rastros de desastres por cada rincón; quebraba la loza fina, manchaba la ropa al lavarla, le ponía azúcar a la sopa, tapé el lavaplatos con la basura y arruiné las perfectas cuentas bancarias de mi madre.

—¡Celeste! —suspiró mi madre agotada por verme arruinar todo lo que tocaba—. ¿Cómo pudiste olvidar todo?

Fácil. Lo que para mí es basura, mi cerebro lo elimina. Como la clase de costura, la clase de piano, la clase de baile, la de idiomas, la de cocina... Estaba reseteada, en mal estado, quebrada.

—Tendremos que volver a comenzar —anunció mi madre con frustración.

¡No! Otra vez no, mátame ahora. No sabía cómo podría soportar otra vez pasar por todas esas clases sobre cosas del hogar y materias que sabía nunca necesitaría. Mis traumas iban a volver, otra vez sería esa adolescente que solo quería huir de su casa, besarse con muchachos y pasar horas viendo la tele. Al menos en esos años no estaba realmente sola, contaba con mi hermana menor, pero sin Annie en casa todo había cambiado.

***

Uno de estos días seré libre, pero por ahora... Viviré con mi madre. Llevaba muchos días allí, incontables al parecer. El tiempo me parecía un concepto inexistente estando en esa mansión. Por lo menos aún no había tratado de escapar. Aún...

Estuve aprendiendo todo de nuevo, algo que nunca esperé volver a vivir. Mi educación fue muy buena, pero nunca tuve el impulso de seguir con mi vida académica, de estudiar algo más, porque de ser así mi madre estaría ganándome y yo soy una mala perdedora.

Lo sé, era una excusa estúpida. Así que ustedes no sean como yo, aprendan, luchen por ser mejores. Porque no hay mejor venganza que triunfar en la vida y que el mundo que te trató como basura te vea hacerlo.

Yo opté por huir e intentar salir adelante sola. Pero ahí me ven, aprendiendo de mis errores. Mi padre se esforzó para sacar adelante el museo, y mi madre hacía malabares para seguir con su legado. Mientras yo comenzaría a cometer los desastres que harían que el museo recuperara su fama.

Luego de unas de las clases de manejo empresarial, me acerqué a la oficina de mi madre y le conté educadamente mis intenciones.

—Mamá, quisiera ir mañana al museo durante la tarde —avisé a mi madre en su despacho—. Si es que no te molesta que me salte la clase de etiqueta...

—Por supuesto que puedes. Me parece una excelente idea, ve.

Y dando media vuelta me retiré de su estudio, dando saltitos por los pasillos de la casa. Era una mujer de veinticinco años que iba saltando por la vida. Y a mucha honra.

Buscaba una excusa para salir de ese encierro, ir al museo fue lo único que se me ocurrió que ella no podría negarme, de todas formas, era como mi segunda casa.

***

El museo Cielo Celeste se encontraba casi en el centro de la cuidad. En sus comienzos era una simple bodega, pero mi padre supo convertirlo en toda una obra de arte. Él era capaz de ver potencial hasta en lo más mínimo.

Incluso en mí.

Volver a ese lugar me trajo muchos recuerdos. Las esculturas de la entrada, mujeres y hombres convertidos en mármol, cuadros de todos colores y formas. Y en la gran pared una fotografía en tono de grises de la creación del museo, con una dedicatoria y al costado una fotografía de mi padre sonriendo.

Me quedé viendo varias pinturas, la gente pasaba a mi lado sin prestarme atención. Yo iba muy

indecentemente común: con zapatillas, una blusa azul, jeans ajustados y el cabello negro suelto, sin maquillaje. Cuando los días eran calurosos solo me vestía y salía, usualmente con gafas de sol, pero dentro del museo me las quité.

La única persona que supo quién era yo fue el guardia de la entrada, quien me dejó entrar gratis. Soy dueña del museo, pero nadie lo sabe aún. Ni sabían que yo era la razón de todo eso, así podría investigar un poco sin que la gente me descubriera.

Me puse frente a mi pintura favorita: un cuadro especialmente pintado para mí, era completamente gris, pero con una mancha, casi un punto celeste en el cielo con luz. Un hombre estaba observando cuidadosamente la obra y no notó mi presencia cuando me acerqué a su lado.

—Gran pintura, ¿no? —pregunté despreocupadamente en voz baja.

Él se sobresaltó al notar mi presencia, pero no me miró.

—Para mí no tiene gran originalidad —respondió serio—. No es creativo, ni tiene fundamento artístico.

¿Y este que se cree? Ni que él fuera el pintor más reconocido del mundo, es una persona común, que además tiene pésimo gusto. Yo no iba a permitir que insultara un gran trabajo como si fuera simplemente basura, mucho menos uno que representaba mucho para mí.

—¿Y tú qué sabes de arte? —lo increpé.

Él dejó de mirar la pintura y se me quedó viendo a los ojos, poniendo total atención a mis expresiones. En ese momento me odié por no haberme puesto maquillaje antes de salir de casa.

—Cariño, ¿dónde estás? —preguntó mi madre a lo lejos mientras caminaba por los jardines de la casa, buscándome entre los árboles. Yo iba a responder, pero un niño me tapó la boca y me obligó a agacharme.

—No hables, Celeste —me susurró.

—Debo responder cuando mi madre me habla —le dije despacio y triste porque temía que mi madre me retara por ocultarme.

—Pero estamos jugando a las escondidas, no debes hablar.

Riendo porque por primera vez no debía contarle algo a mi madre me quedé junto a él. Era divertido jugar con ellos, me hacían sentir feliz.

—Voy por ti, Celeste —escuché a mi madre decir.

Yo estaba entre los arbustos, me tapé la boca con las manos para evitar que mi madre oyera mis risitas nerviosas.

—No te rías —susurró él niño a mi lado—. Nos va a encontrar.

Yo asentí, pero seguí riendo, él me dio un pellizco que me hizo gritar. Yo me volví a tapar la boca y él se golpeó la frente, lo que me hizo reír nuevamente.

—Voy por ustedes —oí que mi madre caminaba hacia nosotros.

—Nos descubrió —le dije bajito al niño.

—Es tu culpa. Tenías que ser tan gritona.

—Pero tú me golpeaste...

Le hice un puchero y él me sonrió. Era mayor que yo, y aun así siempre me estaba pegando, pero yo lo quería... me protegía y me hacía reír, éramos pequeños y nos gustaba jugar juntos.

—Vamos a escapar —me dijo al oído—. A la de tres.

Él contó hasta tres y salimos corriendo de entre los arbustos, tomados de las manos, buscando el lugar donde diríamos “un, dos, tres por mí” antes de que mi madre nos capturara.



13

El hombre frente a mí no demostraba más de treinta años. Tenía el cabello castaño oscuro y muy peinado, lo traía corto, muy formal, pero no lo suficiente como para verse mal. Unas pestañas largas y negras cubrían sus ojos castaño claro, tenía la mandíbula marcada por la tensión de su expresión y destacaban sus mejillas delgadas, con sus labios me hacía una mueca de desprecio. Aun así, me pareció bastante atractivo desde mi perspectiva, era varios centímetros más alto que yo.

Vestía un elegante traje, lo que me hizo pensar que era algún tipo de ejecutivo, o un coleccionista de arte intentando comprar una obra. De lejos se veía que era un arrogante.

—Para que sepas, niña —comenzó a decir él con un tono de desdén y superioridad en su voz —, sé mucho más de lo que tú podrías saber.

—¿Acaso eres un aclamado pintor? —lo interrumpí.

Ignoré por completo su intento de insulto, sé que sin maquillaje puedo verme más joven de lo que realmente soy, pero es obvio que no soy una niña. Él intentaba sacarme de quicio.

Mientras él me observaba yo estaba sería y firme, con las manos en la cintura. No respondió y se limitó a tomarme una fotografía, no había notado que él traía en sus manos una cámara de fotos cuya luz del flash me aturdió.

—¿Qué crees que haces? ¿Acaso estás enfermo?

Le pregunté cuando logré reaccionar. Él ya estaba caminando hacia la dirección opuesta. Ni permiso me había pedido para fotografiarme. Sé que soy hermosamente irresistible, pero no puedes hacer eso, no me importa cuán atractivo seas. Esta no te la dejaré fácil. Me dispuse a seguirlo y encararlo.

—Pronto veras esta fotografía en la pared, en lugar de ese tonto cuadro —respondió él sin siquiera mirarme, no se detuvo.

Traté alcanzarlo, pero él tenía piernas más largas que las mías. Me hacían falta las clases de gimnasia. Él salió del museo y antes de que desapareciera, le grité:

—¡Idiota! ¡El flash se prohíbe en el museo! —¿siquiera él sabía de arte?—. ¡No vuelvas a poner un pie acá!

Estaba segura de que me había escuchado, todo el museo lo había hecho. Tenía que ser un hombre, ya estaba harta de los artistas, detestaba tener que toparme con sujetos como ese fotógrafo, que podrán tener un atractivo rostro, pero un asco de actitud.

De todas formas, tomé una fotografía mental de su rostro para asegurarme de que nunca se me volviera a cruzar, y si llegaba a hacerlo no podría escaparse fácilmente de mi furia. Me puse las gafas y escapé del lugar con la poca dignidad que me quedaba.

***

Faltaban solo unos días para el matrimonio de mi prima Verónica, mi madre se puso de malas cuando se enteró que ella no estaba invitada. Por otro lado, la ausencia de mi madre me hacía

sentir más cómoda. No necesitaba estar junto a ella al mismo tiempo que con Marcos, no era lo más apropiado.

Ya tenía mi vestido de dama de honor listo. Era ajustado, y me hacía ver como si realmente fuera una mujer con curvas, de color morado pastel, a juego con un ramo de flores.

Como Verónica prometió, no tuve que esforzarme en nada, solo debía presentarme en la bendita boda junto a Marcos. Después de nuestra incómoda despedida no habíamos tenido mucho contacto, solo algunos mensajes con relación a la venta del departamento y del resto de los muebles que ninguno necesitaba. Pero era hora de hablarnos.

Habíamos terminado, habíamos dejado de vivir juntos, pero aún podemos ser amigos. Aunque seguramente ya tendría a otra, luego se casaría, tendría su propia familia y yo lo seguiría amando... Qué idiota soy.

Tomé mi celular y le marqué a Marcos. No me contestó así que le dejé un mensaje de voz.

—Hola, habla Celeste. Solo llamaba para saber cómo has estado y...

Me quedé en blanco. ¡Sigue hablando tonta!

—En cuanto puedas llámame, necesito hablarte...

Suenas desesperada... mejor cierra la boca.

—...Es por la boda. Llámame. Adiós.

Y corté. Si no me llamaba no podía culparlo: había sonado como una loca psicópata enamorada.

***

No me gustaban las cajas, ninguna de ellas particularmente. Recordaba que al morir mi padre, la casa estaba llena de esas cajas cafés con cinta adhesiva, con gran parte de sus pertenencias. Yo las revisaba y deseaba quedarme con todo eso, pero a la vez sentía que debía deshacerme de mis recuerdos. Y ahí estaba, otra vez, frente a los recuerdos de Marcos en cajas. Cajas de una parte de mi vida. Malditas cajas.

Abrí una pequeña. Estaba repleta de papeles y fotografías, Marcos nunca fue un chico de cartas románticas, pero como artista me demostraba su amor con dibujos y pinturas. Tomé uno de esos papeles coloridos y brillantes que atrajeron mi atención, era la imagen de mis ojos con los de Marcos pintados en ese papel. Me inundó el corazón de sentimientos.

¿Cómo es que todo acabo? Todo parecía perfecto ¿En qué momento todo cambio y no lo note? Creo que en ese punto lo que me destrozaba no era la idea de haberlo perdido a él, sino el sueño que había creado para ambos. El futuro que me había planificado a su lado, al que de un día para otro me vi obligada a renunciar.

Tenía todas las cosas desparramadas por la habitación, fotografías de nosotros, hasta los más mínimos recuerdos yo los guardé. Quizás debía comenzar a crear nuevos y tirar aquellos.

El celular comenzó a sonar. Sequé las pequeñas lágrimas en mis mejillas y miré la pantalla.

Era Marcos.

Antes de contestar me miré en el espejo cercano, aunque él no podría verme a través de la llamada. Aclaré mi garganta para borrar rastros de voz llorosa y atendí.

—¿Aló?

—¡Hola! —la voz de un emocionado Marcos se oyó a través del celular.

—Hola —dije y me reí nerviosa. Hace mucho no oía su voz.

—Recibí tu mensaje —mencionó—. ¿Cómo va todo?

Horrendo, ¿no es obvio? Difícilmente le podía decir eso, menos contarle lo de mi lamentable vida en casa, se escuchaba muy feliz estando lejos de mí y no podía demostrar debilidad.

—Estupendo —mentí—. ¿Tu éstas bien?

—Perfectamente —respondió. Esperaba que él también mintiera.

—Me alegro.

Silencio.

—Supongo que nos veremos el sábado —dijo.

Era lo que yo más esperaba, verlo vestido de traje otra vez, poder bailar con él, pasar el día juntos, aunque fuera como amigos.

—Sí —respondí.

—¿Quieres que pase por ti?

—No es necesario... —dije.

Aunque me encantaría que lo hicieras.

—Bueno —dijo. Se escucharon voces y él le habló a alguien—. Ya debo colgar. Adiós, Celeste. Nos vemos.

Y colgó. No alcancé a despedirme. Otra vez me quedé con todos los recuerdos sola, y su voz desaparecía de mi mente yéndose a la distancia. ¡Como siempre, eres un idiota! Ya verás Marcos, te demostraré que también puedo ser feliz sin ti.



Como odio mi empleo. Como odio mi vida. Como odio todo.

Ya estaba harta de las quejas de mi madre, ella nunca parecía estar conforme con mis decisiones. Todo lo que hacía estaba mal, todo lo que quería estaba mal. Rezaba por luego poder huir de ese lugar y vivir sola. Mi celular comenzó a sonar, era un número desconocido, pero atendí de todas formas.

—¿Aló?

—¿Celeste? —la voz de un hombre se escuchó al otro lado de la línea.

—Sí. ¿Quién habla?

No pude reconocer la voz.

—Soy Marcos —dijo—. El de la cafetería, no sé si me recuerdas...

¿Marcos? ¿El de la cafetería? Claro, el que se me había acercado a pedirme el periódico. El apuesto y amable pintor. Solo hace unos días lo había conocido, las discusiones con mi madre me habían hecho olvidar que le había dado mi número a ese lindo hombre y que esperaba su llamado.

—Por supuesto que te recuerdo.

Mi rostro se ruborizó al recordar el momento que pasamos en la cafetería cuando pidió mi número de celular.

—Llamaba para saber si estarías disponible para vernos otra vez.

¿Una cita? ¡Oh, sí! Aunque no hace mucho había terminado una relación, ya lo había superado. Me había hecho mucho daño y debía seguir adelante.

—Me encantaría. De hecho, pronto habrá un evento en mi casa y me gustaría invitarte —dije y sonreí de oreja a oreja.

Coordinamos y continuamos hablando unos minutos. Al cortar di vueltas por todo mi cuarto feliz y terminé recostada en mi cama pensando en los lindos sentimientos que me provocaba ese hombre.



14

A la mañana siguiente me dirigí a la oficina de mi madre, olvidé golpear la puerta en el apuro y entré sin avisar. Me arrepentí de inmediato.

Mi madre estaba en una reunión de negocios con el señor Ortiz, socio capitalista del museo y amigo de la familia. Parecía que discutían de algo, pero cuando entré se quedaron viéndome en silencio.

—Yo... —comencé a decir—. Lamento no haber tocado.

El señor Ortiz se levantó de su asiento y me sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Siempre es un placer verla, señorita.

Me dio la mano al pasar por mi lado y caminó hasta la puerta. Miró a mi madre y le dijo:

—Otro día seguiremos con la conversación, Leonor —luego me miró a mí—. Adiós.

—Adiós —respondí.

Estaba confundida. Él se fue y yo me quedé a solas con mi madre, la miré con rostro interrogatorio y ella suspiró.

—Cierra la puerta y toma asiento, hija.

Yo hice lo que ella me ordenó y me senté en el sofá con miedo. Mientras mi madre daba vueltas considerando lo que acababa de suceder. ¿Y ahora qué? ¿Nunca tendré un poco de paz en mi vida?

Mi madre se veía realmente preocupada y eso me asustaba, ella era una mujer confiada en sí misma.

—Mamá, ¿qué está pasando?

Ella seguía dando vueltas por todos lados. Al escuchar mi voz se detuvo y se sentó en su escritorio con un rostro preocupado.

—Estamos en un gran problema, Celeste.

—¿Qué tipo de problema?

—El museo está casi en quiebra.

—¡¿Qué?! —quedé atónita—. ¿Cómo es eso posible?

Rogaba que mi presencia no tuviera que ver con eso, sabía que no era buena aprendiendo a manejar empresas, pero casi ni había tocado los documentos del museo y nunca llegué a manejar el dinero realmente.

—No nos está yendo tan bien, creo... —mi madre siguió hablando, se veía algo deshecha por la noticia—, creo que tendremos que venderlo, o la casa.

Yo reaccioné de inmediato con furia.

—¿Estás loca? No te dejaré hacer eso, el museo es todo lo que me queda de papá. No lo perderé también.

—Lo sé, hija.

No podía permitir que me alejaran de mis recuerdos, de mi vida, de todo lo que tengo. Creía y siempre creeré que los legados deben mantenerse, y el legado de mi padre sería mi legado.

—Debe haber otra solución —dije.

—Hay algo... —dijo mi madre—. Una propuesta.

Ella tenía una mirada sospechosa, casi de culpa.

—¿Por eso estaba el señor Ortiz aquí? ¿Te ofreció algo?

Mi madre asintió. Se puso otra vez de pie, comenzó a caminar nuevamente, pero algo más lento esta vez y siguió hablando.

—Su único hijo volvió del extranjero hace unos días, él estudió en una universidad muy prestigiosa y pretende seguir los pasos de su padre —me miró—. Dudo que lo recuerdes, él se fue cuando eran muy niños.

Sabía que el señor Ortiz tenía un hijo, el hombre había estado casado hace años y cuando era pequeña ambas familias compartían, pero cuando se divorció su hijo se fue con la madre, quien nunca más volvió. Aunque hace mucho había dejado de tener eso en cuenta.

—¿Y qué tiene que ver su hijo en esto?

—Ellos nos quieren comprar nuestros derechos del museo, quieren invertir y ser los dueños absolutos.

—¡Sobre mi cadáver!

Ningún hijito de papá llegaría a arrebatarme los sueños de mi padre. No me importaba que el señor Ortiz fuera buena persona, o que hubiera sido un gran amigo y socio del museo. No me importaba que su hijo hubiera estudiado en el extranjero, ni que tuviera doctorados, podría ser el mayor millonario del mundo y aun así tendría que matarme para quitarme lo que yo más amaba, y no me refiero al edificio, me refiero al esfuerzo de mi papá. Era lo único que me quedaba de él.

Me sentí furiosa y traté de pensar en todo lo que podría hacer para evitar perder el museo.

—No lo permitiré, mamá —le dije y me puse de pie—. Ni loca venderemos el museo, es nuestro derecho y no lo tiraremos a la basura.

—Tranquila —me calmó—. Yo sabía que te opondrías.

En ese momento comencé a dar vueltas por todos lados y me detuve en un pensamiento.

—¿De qué propuesta hablabas? —recordé el anterior comentario de mi madre.

—Sobre eso —me miró—. Cariño, por favor toma asiento.

Yo hice lo que me pidió y ella se sentó a mi lado en el sofá. Algo me olía mal.

—Llegamos, con el señor Ortiz, a la conclusión de que la mejor solución sería... una unión familiar.

—¿Unión familiar? ¿Qué significa eso?

—Un matrimonio.

Debe ser una broma, ¿matrimonio? Era un hecho que mi vida siempre giraba en torno a eso. Por todos lados la gente se estaba casando, yo exploté de la sorpresa y dije:

—¡¿Te casarás con el señor Ortiz?!

Ella rio, pero negó al mismo tiempo.

—¿Entonces? —pregunté.

—Es para ti la propuesta, cariño...

—¡¿Yo casarme con el señor Ortiz?! —salté del sillón dando un grito.

Todo tenía un límite, y el caballero pudo ser apuesto en sus días, pero ya no lo era más y no me casaría con un viejito. Me pasaron mil historias por la cabeza en cómo eso podría salir mal. Mi madre me siguió por el estudio y trató de calmarme.

—Celeste, no estás entendiendo —dijo—. La unión sería entre tú y su hijo.

—Mucho menos me casaría con ese idiota, no lo conozco, pero estoy segura de que debe ser un idiota —yo hablé sin parar—. Preferiría mil veces a su padre. No puedo casarme con un desconocido mamá, ¿qué locuras estás pensando?

No entendía lo que pasaba por la cabeza de mi madre, para empezar, nunca había querido

casarme, mucho menos en un momento en que mi corazón seguía doliendo por Marcos.

—No tienes que decir sí ahora, primero pueden conocerse y ambos deben aceptar. Sé que no es sencillo, pero estoy segura de que tú no querrás perder todo por lo que hemos trabajado, después de todo te lo mereces.

Ella me acariciaba el cabello para calmarme.

—Y admitámoslo cariño, la única forma en la cual lograrías casarte sería con un matrimonio arreglado.

Yo me alejé de ella mientras analizaba sus palabras. Di media vuelta y salí de su estudio cerrando de golpe la puerta. Oí que me llamaba, pero no me importó, no logré contener las lágrimas y salí del lugar. Mi madre nunca me apoyaría, nunca había creído en mí y nunca lo haría.



Allí estaba, mi primera despedida de soltera. Algo bueno de ser invitada a una boda… ¿o no? Entré en el club y la música me inundó, la futura novia me esperaba, ella fue la única chica con la que mantuve una amistad luego de salir de la escuela, venía de una familia común, y me gustaba compartir con ella sus experiencias de una vida sin lujos asegurados.

Yo con veinte años fui a perturbar mi inocencia, porque a esa edad sí que era inocente, no conocía ni lo que era un club nocturno. Con una madre estricta como la mía era difícil no ser una ingenua en lo rebelde y lo sexual.

—¡Celeste! —me saludó la novia—. Qué milagro. ¿Tu madre no te prohibió venir?

—No sabe que estoy aquí.

Mi amiga me dio una radiante sonrisa.

Todas las invitadas nos sentamos alrededor de las mesas mientras llegaba la primera ronda de mojitos y la música comenzó a sonar nuevamente. Oímos la voz de un hombre mientras se abría una cortina en el escenario. Tres hombres con disfraces eróticos y máscaras aparecieron, y todas comenzaron a gritar y silbar.

—¿Trajiste efectivo? —me preguntó una de las mujeres que estaba a mi lado. Era mayor, parecía ser la hermana mayor o tía de Andrea, la novia.

—Sí, pero ¿para qué? —pregunté por sobre el ruido.

—Debes darles propina.

Ella indicó a los hombres que se movían sensualmente sobre el escenario. Uno de ellos ya había arrancado su camisa y bajó del escenario para interactuar físicamente con algunas chicas. Yo entré en pánico, creía que aquello solo ocurría en las películas.

—¿Propina? —seguí preguntándole para sacar más información. No quería demostrar miedo.

Ella me miró un poco irritada ya que la distraía del show.

—Si te baila —apuntó a uno de ellos—, debes meterle un billete.

—¿Meterlo dónde?

Ella apuntó la parte baja de un sujeto, que ya hacía de las suyas frente a la novia. En ese momento se arrancó el pantalón y todas gritaron, incluso yo, pero del susto.

—Yo no haré eso... —le comenté a la mujer.

—¿Y esperas que él lo haga gratis? —se rio al ver mi rostro.

Nunca salía de casa y cuando finalmente lo hice terminé metida en una situación como esa.

Tomé un billete entre mis dedos y lo apreté fuerte. Esperé que ninguno de los tres hombres se acercara a mí, pues ya todos estaban semidesnudos.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Comenzó a gritar la mujer que me habló y yo me puse roja cuando vi a dos de ellos caminar hacia nuestra mesa. Sin pensarlo ambos me rodean, casi como si notaran mi vergüenza. Claro, sacrifiquen a la más inocente, pensé.

Miré hacia el techo, evitando ver lo que se agitaba entre sus piernas. Ellos empezaron a bailar y a toquetearme el cabello y el rostro. Todo el mundo excepto yo lo estaba disfrutando.

—¡Ponle el billete, niña! —me gritaron.

—¡Pero tengo uno! —grité.

No sabía a cuál lado dirigir mi mano temblorosa. En eso escuché el sonido de tela rompiéndose y por suerte cuando miré ambos me daban la espalda, pues estaban completamente desnudos.

—¡¿Y ahora dónde lo meto?! —grité y me puse roja de vergüenza.

Guardé mi billete y me bebí el mojito para bajar el calor de mis mejillas, agradecí que otras chicas llamaran a los bailarines que desaparecieron de mi vista.

15

No hablé con mi madre después de esa discusión en su oficina, evité su presencia a cada momento. Su propuesta y su falta de sentido común me tenían atónita. No entendía cómo podía despreciarme tanto para actuar de esa manera. Sabía que era una solución para nuestros problemas, pero me estaba sacrificando a mí en ese trato. Mi futuro y mis sueños de libertad parecían cada vez más lejanos.

Por otro lado, la boda de Verónica estaba muy cerca.

Decidí salir tranquilamente de casa, ignorándola. Me vestí muy elegante, con tacones extravagantes en comparación a lo que normalmente usaría y un peinado decente. Me subí al taxi con dirección a la despedida de soltera de mi prima. Me puse mi mejor pinta para no desteñir frente a sus amigas.

Tristemente en el taxi sonaba la música ideal para mi vida, provocándome querer saltar por la ventanilla.

It's been seven hours and 15 days. Since you took your love away.

I go out every night and sleep all day. Since you took your love away.

—Disculpe —le hablé al conductor—. ¿Le importaría bajarle al volumen?

Mi cara irritada debió asustarlo, él de inmediato lo hizo, aunque aún podía escuchar levemente el tema. Tratando de sacar tema de conversación, o de burlarse, me preguntó:

—¿Algún corazón roto?

—Ni que lo diga... —respondí en un murmuro.

Ya tenía una nueva canción para cantarle ebria a Marcos... que aún me dolía su desamor. ¿Acaso me odias, vida? Pregunté mirando al techo del taxi mientras el chófer me miraba extrañado.

Cause nothing compares. Nothing compares to you.

Bajé del taxi, di un profundo respiro y me preparé mentalmente para lo que seguía. Un letrero parpadeante me indicó la entrada al club Noche de Lobos, el nombre no me provocó mucha ilusión. Desde ahí me guiaron hacía un salón decorado con luces de colores y mesas, un bar y un escenario con un tubo para bailar.

Verónica ya estaba con sus amigas e invitadas, algunos familiares lejanos estaban allí también. Mi hermanita me sonrió cuando me vio llegar.

—Mírate —me dijo—. ¿De qué estás disfrazada?

—No te burles —respondí mirando alrededor—. No quería pasar vergüenza al lado de Verónica y sus amigas.

—Ya lo creo, ¿cómo es posible que cambiara tanto?

Ambas mirábamos a nuestra prima con envidia en nuestros ojos.

—¿Qué dijo mamá al verte así? —preguntó.

—Ni me la menciones —le advertí al sentarnos en una de las mesas. Cuando oí la palabra "mamá" me entraron unas ganas de beber, pero no quería arruinar el momento de diversión junto a mi hermana con una conversación incómoda.

—Es una bruja —dije.

—¿Y ahora qué pasó? —Annie se sorprendió.

—Larga historia. Otro día te cuento.

La música comenzó a sonar más fuerte y ya estaban casi todas en sus lugares. Un camarero se nos acercó y yo le pedí un trago sin alcohol, no quería tener resaca el día de la boda, o más que nada quería comenzar con algo suave.

—Que comience el circo —me dijo Annie haciendo un brindis.

—Por una noche sin mamá —dije yo.

Ambas reímos y chocamos nuestras copas, listas y dispuestas para desordenarnos un poco.

***

A la mañana siguiente desperté mareada, no por la resaca ya que durante la fiesta nada —o poco— de alcohol bebí. Aun así, tenía un bloqueo mental que no me dejaba recordar cómo había llegado allí, no sabía dónde estaba ni qué debía hacer, estaba cansada, sentía mi cuerpo adolorido y no quería abrir los ojos.

Una alarma sonaba sin parar. Alguien me pateó en la cama y yo me levanté para buscar mi celular que chillaba. Apagué el despertador, vi que eran las ocho de la mañana y traté de recordar: ¿Por qué puse tan temprano la alarma?

Luego miré a mí alrededor y reconocí las paredes, estaba en el cuarto de Annie, y el cuerpo que anteriormente me había pateado era el de ella inconsciente.

—¡La boda!

Reaccioné. Ese día era el matrimonio. Debía bañarme, vestirme, maquillarme y peinarme para estar lista antes del mediodía. Además, debía ir a la casa de la novia, aunque primero debía llegar a mi casa.

Desperté a mi hermana, que había bebido lo que yo no. Por alguna razón yo la había llevado a su casa, y para no tener que ver a mi madre había decidido quedarme.

Cuando bajé las escaleras con mis zapatos de tacón y mi cabello revuelto me encontré con Tom, que estaba sentado en la sala leyendo un libro.

—¿De quién vas escapando? —se burló él.

—Del monstruo que está en tu cama.

Yo me burlé también, él debió dormir en una de las otras habitaciones, ya que yo había invadido la suya.

—Ya me voy —me despedí.

Me dirigía a la puerta cuando él se asomó y me dijo:

—Así que irás con Marcos al matrimonio...

Su tono era entre burlesco y extrañado, como si quisiera ver a través de mi reacción cuáles eran mis intenciones. Me di media vuelta y le sonreí incomoda.

—Tu mejor amigo te cuenta todo ¿verdad?

Él se encogió de hombros, yo entorné los ojos y salí de la casa sin decir nada más, no tenía que darle explicaciones. Los hombres son igual, o peor, de chismosos que las mujeres.

***

Después de tomar un gran desayuno me di una larga ducha. Me depilé las piernas —cosa que

usualmente no hago por flojera—, me sequé y apliqué crema. Me esmeré tanto en arreglarme, como si fuera yo la novia. Sequé mi cabello, lo peiné y me hice rulos en las puntas. Mi cabello estaba tan negro que brillaba. Me vestí con el elegante vestido y me maquillé lo suficiente para sentirme hermosa.

Antes de irme me aseguré de que no olvidaba nada, me llevé el auto de mi madre con chófer incluido, ya que conducir era imposible para mí. De todas formas, ella no lo iba a ocupar y mucho menos lo iba a extrañar.

Cuando llegué donde Verónica todo el mundo estaba vuelto loco, parecía que un huracán había pasado por esa casa, así que me quedé tranquila en un rincón y esperé al momento de dirigirnos a la ceremonia con el resto de la familia.

En la iglesia los invitados comenzaron a llegar de a poco, el novio con su familia fueron los primeros. El lugar estaba hermosamente decorado con flores y luces. El novio también estaba apuesto, ¿por qué no decirlo?

Después de varios minutos de espera llegó Marcos. Vestido de pies a cabeza con un traje negro, corbata gris y camisa blanca. ¡Incluso se peinó y afeitó! Para mí nunca se había arreglado tanto... ¡Cierra la boca, Celeste! Se te está cayendo la baba. Me obligué a cerrar la boca y quitar mi rostro embobado. Él se acercó donde estaba y me sonrió, yo traté de parecer normal y linda.

—Wow, Celeste te ves...

Se quedó en silencio, no encontró las palabras.

—Igualmente —dije feliz.

Llegó el momento en que todos debían entrar a la iglesia y ubicarse en sus lugares. Una de las organizadoras me explicó que yo era la primera en entrar, debía caminar tomada del brazo de Marcos, con el ramo en mis manos, al llegar al altar separarnos y tomar mi lugar esperando a la novia. Nerviosa me dije a mi misma:

—Espero esta vez hacerlo bien.

Todo estaba listo. Marcos se ubicó en su lugar junto a mí y la música lenta comenzó a sonar al interior. Yo tomé el brazo de Marcos.

Estamos a punto de caminar al altar, juntos. ¡Ay, Dios!

En la iglesia la gente nos vio caminar, todos sentados en sus lugares, pero con sus ojos en nosotros caminando del brazo. Al menos en esa ocasión tenía de quien sostenerme si me tropezaba, me sentí más segura.

Al llegar al altar debía soltar a Marcos, pero no pude hacerlo. No lo hice. En mi mente me veía vestida de blanco y Marcos me tomaba de la mano para recibirme en el altar, para pasar nuestra vida juntos.

Estaba tan absorta en mi fantasía que no me di cuenta de que estaba imaginando estupideces. Nos veía a ambos, frente al padre a punto de casarnos...

—Celeste —me susurró Marcos.

Él quería dejarme en mi lugar, pero mi brazo no quiso soltarse de su cuerpo.

—Sí... —susurré absorta—. Acepto...

Luego me di cuenta que no era mi boda, y estaba haciendo el ridículo nuevamente.

Lo solté y me fui a posicionar en mi lugar. Lo que fueron segundos en realidad para mí fue una eternidad, eternidad de miseria y tortura.

Por algún extraño motivo he odiado las bodas tradicionales desde niña, pero el simple hecho de imaginarme con el hombre que amo me hizo sentir en las nubes. Me quedé toda la ceremonia

torturando mi mente por mi estúpido error, estaba colorada como un tomate. Al parecer se me había hecho costumbre entrar a una iglesia y ponerme colorada. ¡Así pago por mis pecados!

***

Ya en la fiesta del matrimonio sonaba música suave y las parejas se movían en armonía con ella en la pista de baile. La comida ya había sido servida —un delicioso y contundente almuerzo — y ahora disfrutábamos del postre.

En la mesa que me tocó estaba Annie con Tom, una amiga de Verónica con su marido y Marcos.

Momentos antes la madre de Verónica, mi tía, se había acercado para saludarnos. Frases como "qué guapas están", "cómo pasa el tiempo", "visítenme cuando puedan" sonaban en mi cabeza. Mi tía y mi madre no podían verse, eran tan opuestas y ambas odiosas por igual. Eran cuñadas, pero se peleaban por todo, por eso al morir mi padre perdimos el contacto con ese lado de la familia.

Luego de comer Annie se fue a bailar con Tom, dejándome a solas con Marcos, la otra pareja ya había desaparecido entre el resto de los bailarines. Me senté un poco nerviosa y me movía incomoda tocando mi vestido. Marcos lo notó y se rio.

—¿Quieres bailar? —preguntó.

Lo consideré y acepté su mano, caminamos hasta la pista para unirnos a los demás. De todas formas, no había mucho que pensar. Yo quería estar a su lado el tiempo que fuera posible. Hasta que él me olvidara por completo. El dinero hacía que todo fuera mejor. Aunque yo tenía dinero, sabía que no podía darme ciertos lujos, como el tener una banda en vivo en la fiesta de mi boda. Porque nunca tendría una boda, al menos no con el hombre que amaba porque él no me amaba más.

La voz de la cantante en la boda de Verónica sonaba dulcemente y calmada. En la pista Marcos tomó de mi cintura y mi mano, sentí que subía el calor de todo mi cuerpo a mi rostro, pero lo disimulé evitando su mirada. Nos mecíamos de forma decente, lo suficiente para que pareciera que bailamos, ambos parecíamos tensos.

Lay a whisper on my pillow. Leave the winter on the ground.

Reconocí la canción, aunque traté de no poner atención a la letra, era muy triste para una boda. Una opción cuestionable a mi parecer.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté para no estar incomoda.

—Bien... —su respuesta me decepcionó.

Silencio incómodo.

Touch me now, I close my eyes. And dream away.

—La paga es buena, aunque aún no se logra una exposición —siguió—. Por ahora solo hago los cuadros y ellos ven cuál publicar. Se supone que tengo talento, o eso dicen ellos.

—Tus pinturas son grandiosas —admití.

En el fondo logré escuchar el coro de la canción.

It must have been love, but it's over now.

It must have been good, but I lost it somehow.

—Eso se lo debo a mi musa inspiradora.

Una puñalada al corazón. Me iba a arrepentir de lo que iba a hacer, pero debía hacerlo antes de

quedarme con la duda. Lentamente me fui acercando a Marcos. Los tacones que llevaba puesto me ayudaron a alcanzar la altura perfecta en la cual mis labios tocaron los suyos. Y se quedaron ahí, presionados, al ritmo de la música. Mi corazón dio un salto al reconocer la familiaridad del momento, pero fue tan repentino que apenas se sintió.

Me separé con la misma velocidad y lo miré con miedo en mis ojos, y algo de esperanza.

—Celeste... —me nombró.

It must have been love, but it's over now.

From the moment we touched, 'til the time had run out.

Su mirada era sombría y distante, como si viera a todos en ese lugar menos a mí.

—¿Marcos?

—No debiste hacer eso —respondió firme y serio. Su cuerpo estaba tenso—Nosotros ya no estamos juntos, yo ya no...

No terminó la oración. Pero yo sabía lo que quería decir. "Te amo" era una frase que ya no volvería a oír de sus labios.

—¿Tan rápido me olvidaste? Ya nunca volverás a quererme ¿cierto?

Una lágrima trató de escapar, pero rápidamente la detuve. No era una pregunta, yo ya sabía la respuesta a todo lo que le preguntara.

—Lo...

"Lo siento".

Me di media vuelta y me alejé de él, dejándolo en medio de la pista. Ya nada me importaba, ni la estúpida canción que seguía sonando, ni la fiesta y sus invitados, ni el idiota de mi ex y sus disculpas.

Era momento de comenzar a sanar mi corazón, era momento de seguir.

Él niño que siempre me molestaba, el que era mi mejor amigo, él insoportable, se iba.

Yo solo tenía seis años, pero entendía ciertas cosas. Divorcio era cuando los papás se separaban porque ya no querían estar juntos. Y los papás de mi mejor amigo ya no vivirían juntos. Él se iba lejos, junto con su mamá, y yo me quedé ahí, con mis padres y mi hermana pequeña.

Le hice un dibujo de recuerdo y se lo entregué la última vez que nos vimos, él me dio un abrazo de despedida. Como era mayor que yo y más alto, me puse de puntitas. Luego de despedirse subió al auto con su mamá.

Yo corrí a mi cuarto y miré por la ventana como se alejaban por la calle. Luego entró mi mamá y me abrazó mientras yo lloraba sin entender porque me sentía tan triste.

Con el tiempo supuse que él me olvidó, y yo también lo olvidé a él.

16

Otra vez desperté desorientada. Estaba en mi cama y un sol caluroso anunciaba un nuevo día. Mi teléfono tenía un montón de llamas perdidas que preferí ignorar. Me puse unas pantuflas y bajé a la cocina. No tenía tanta hambre así que cogí una manzana y me fui al despacho de mi

madre. Tal como lo supuse ella se encontraba allí, trabajando como normalmente hacía. No como la floja de Celeste. Yo ya no quería seguir evitándola porque me era difícil. Toqué la puerta y ella me dijo que entrara.

—Buenos días —saludó al verme.

Parecía de buen humor, lo cual era conveniente para mí.

—Hola —respondí.

Estaba sentada en su escritorio, tenía un desorden de papeles a su alrededor y fotografías que se veían antiguas. Ya casi nadie tenía fotos en papel.

—¿Y esas fotos? —pregunté curiosa.

—Estaba buscando una en especial —tomó la fotografía y me la ofreció—. Mira.

La acerqué a mi cara. En la fotografía un par de niños pequeños sonreían en el jardín de mi casa. La niña llevaba trenzas y una jardinera a cuadros, reconocí que la pequeña era yo. Él niño en cambio era mucho más grande y desconocía su identidad.

—¿Quién es? —apunté al niño.

—Él es Jeremy, él hijo de Héctor —o como lo conocía yo, él señor Ortiz—. ¿No lo recuerdas? Ustedes eran muy unidos de niños.

De modo que el hijito de papá que planeaba quitarme todo lo que me pertenece es el insoportable niñito que me molestaba de niña... Pensé que debía ser una broma, el mundo era muy cruel y ridículo conmigo.

—Lo recuerdo, pero muy poco.

—Ustedes se querían mucho, sufriste cuando él se fue —siguió hablando mi madre—. Estoy segura de que si volvieran a verse podrían volver a ser tan unidos.

Nunca tanto como para casarme con él. El plan de mi madre era mostrarme esos recuerdos, que para mí en esos momentos no tenían importancia, y ver si podía convencerme de hacer otra estupidez. Me quedé observando la foto. Luego recordé a Marcos, el hecho de que él ya no me quería más y que debía seguir adelante. Estaba sola y llena de recuerdos que eran dolorosos, y por lo mismo debía luchar por lo que aún podía.

—No puedo perder lo bueno que me queda...

Susurré más para mí misma.

Quizás no necesitaba amar a un hombre para ser feliz, mucho menos que él me amara de vuelta, mientras tuviera lo que me pertenecía por derecho. Y yo haría lo necesario para asegurarme de eso. Había tomado una decisión y esperaba no arrepentirme de ello. Dejé la foto en el escritorio de mi madre y me puse de pie frente a ella decidida.

—Mamá —hablé—. Lo he pensado mucho y aceptaré.

Claramente mentí, acababa de pensarlo, y solo porque tenía miedo y el corazón roto. Mi madre me observó tratando de entender mi declaración.

—¿Qué cosa? —preguntó confundida.

Por Dios, ¿dónde tiene la cabeza esta mujer? Puse los ojos en blancos por tener que explicar detalladamente el plan que ella misma había propuesto. De pensarlo me dio un escalofrió y el calor me subió a la cara, sin saber la razón.

—Lo de casarnos.

—¡¿En serio?! —mi madre se emocionó tanto que parecía a punto de saltar en un pie.

—Sí, sí —la controlé—. Pero va a ser con mis condiciones.

Y muchas condiciones, de hecho. No besarnos, no vivir juntos, cada uno por su lado, solo será un contrato, apenas quería verlo lo justo y necesario. Sería como lo que hacían antiguamente, y

de seguro cada uno tendría sus relaciones por su lado. Era una locura, pero no planeaba amar a ese idiota.

—Me parece perfecto —dijo mi madre entre dientes, como no queriendo.

—Muy bien. Por favor, organiza una reunión para ver los términos.

Sabía que yo no hablaba tan educadamente, pero esa situación lo ameritaba, quería que me tomaran seriamente o todo saldría mal.

—¿Una cita? —preguntó mi madre.

—¡No! —reaccioné—. Nada de citas, será como... trabajar.

—Yo me encargo, cariño.

Se puso de pie y me acarició el cabello de forma incomoda, pero yo tomé ese gesto como su bendición a mi plan. Lograría que ese idiota me diera lo que me pertenecía por derecho y de paso me casaría. Pobre de él.

***

Luego de varios días de arreglar detalles llegó el día en que volvería a conocer a Jeremy. Tenía la esperanza de que no me hiciera difíciles las cosas, más de lo que ya lo era.

La reunión sería en un elegante restaurante, así que debí vestirme a la altura. No podía darle una mala impresión, él debía ver que yo estaba comprometida con todo ese asunto. Me arreglé el cabello, me maquillé sutilmente, tampoco quería exagerar, y me puse un vestido ajustado color turquesa que me hacía ver elegante y sensual, lo combiné con unos tacones negros.

Cuando terminé me dirigí a la salida antes de que mi madre me viera, no quería que se pusiera exigente con mi estilo o me hiciera muecas, lo que menos necesitaba era su inseguridad. Ella incluso quería ir a dejarme ¡como si fuera ir al kínder! Yo se lo prohibí rotundamente.

El chofer me llevó rápido al lugar del encuentro, yo miraba nerviosa la hora en mi celular. Una vez en la puerta del restaurante caí en la cuenta de que quizás eso sí era una cita, peor, una cita a ciegas. ¿Cómo había caído tan bajo?

Una mujer en la entrada del restaurante con una lista en sus manos me preguntó mi nombre, cuando se lo dije sonrió y me indicó una mesa al final de un pasillo. En la mesa un hombre vestido de traje negro se movía incómodo, mi visión no era buena de lejos así que mi única opción fue tomar valentía y entrar sin darme tiempo para arrepentirme. Aquí voy...

Caminé segura de mí misma hacia la mesa, pero como siempre mi equilibrio me traicionó. El tobillo derecho se me dobló y el tacón me hizo caer, terminando de cabeza en el piso. La gente se puso de pie para ver quién se había tumbado en el suelo como un saco de papas. Incluso Jeremy, él estaba de pie mirando a la pobre que yacía desarmada frente a él.

Rápidamente me compuse y acomodé mi ropa, hice como si nada hubiera pasado y sonreí al público dando a entender que estaba bien. Jeremy se sentó ignorándome por completo. Al parecer él aún no sabía mi apariencia. Caminé a su mesa y me paré junto a él, por un momento dudé si sentarme, pero lo hice de todas formas. Me quedó viendo y yo le sonreí.

—Lo siento —dijo—. Estoy esperando a alguien más.

Su tono de arrogancia me hizo reír. Me miró, pero él no sonreía.

—Lo sé —respondí—. Me esperas a mí.

—¿Celeste?

Parecía asombrado. De seguro no esperaba una belleza como yo.

—Ese es mi nombre —dije en tono sensual.

La verdad no sabía por qué hablaba de esa forma, daba vergüenza, pero como él no me recordaba podía actuar como yo quisiera.

—Wow, no recordaba que fueras tan… linda.

Inspeccionó mi vestuario y su comentario me pareció más un insulto que un halago.

—La última vez que nos vimos éramos muy pequeños —mencioné—. En ese entonces ni yo podía diferenciar entre un niño y una niña.

Mi voz sonó arrogante, pero debía seguir en mi papel de dama.

—Yo tenía veinte años la última vez que te vi. Aunque tienes razón, ni en ese tiempo podía reconocerte como mujer.

—¿Veinte? ¿De qué estás hablando? —un mesero nos llevó una botella de vino y sirvió las copas—. ¡¿Y cómo que no parecía mujer?! —le grité.

Definitivamente perdí todo lo señorita por ese insulto. Hasta el mesero llegó a saltar. Jeremy sonrió tímidamente.

—Creo que esa es la Celeste que recuerdo.

Me puse colorada. El idiota me estaba probando, y me descubrió.

—Para el funeral de tu padre —mencionó en voz baja y yo lo quedé viendo—. Esa fue la última vez que te vi.

Yo no recordaba esa fecha, con suerte recordaba su existencia, pero parecía que ya no podría olvidarlo. Nos llevaron la especialidad de la casa y me mantuve en silencio la mayor parte del tiempo. Él hablaba muy poco, se veía asustado, pude ponerle atención en los cortos segundos en los que sonreía y me saltaba el corazón.



—Hola.

Un hombre se acercó. Me sonrió con una mueca algo forzada, con tristeza e incomodidad en sus ojos. Yo me limité a mirarlo en silencio. Nos conocíamos desde hace mucho, pero yo no recordaba que fuera tan guapo. Me puse colorada y aparté la mirada. Se sentó a mi lado esperando que yo le respondiera. No era el momento de un reencuentro de infancia. Pero su compañía me reconfortaba.

Sentí el calor de su cuerpo rozar mi brazo expuesto al viento de agosto. Yo temblé. Él se quitó la chaqueta y la acomodó sobre mis hombros. Sentí ganas llorar. Unas lágrimas cayeron en silencio, y él las secó con su pañuelo.

Observé el jardín de plantas sin flores arrancadas por las lluvias, el lugar donde yo solía correr y esconderme. Me quedé en silencio, sintiéndome protegida, hasta que anocheció y mi cabeza cayó rendida sobre su hombro por el sueño que no lograba conciliar hacía días. Y en mis sueños recordé que estaba con un idiota que, a pesar de todo, era el único que lograba hacerme sentir bien. El niño que un día se fue, y que se volvería a ir.



17

Al salir del restaurante caminé delante de Jeremy, evitando su mirada. No entendía por qué me hacía sentir tan incómoda y cómoda a la vez, y una parte de mi recordó a Marcos. ¿Qué pensaría si me viera con Jeremy?

—Has estado muy callada —mencionó Jeremy.

Nos dirigíamos hacia una plaza ubicada frente al restaurante. Había estado tan callada que incluso olvidé que él estaba junto a mí.

—Estoy pensando.

—¿Sobre nosotros? —preguntó.

—No hay un nosotros —dije—. Así que no pienso en ello.

Él soltó una carcajada, pero no era tan agradable de oír.

—Eso lo tengo más que claro —respondió.

Seguimos caminando. Ya había anochecido un poco, pero las luces de la plaza alumbraban nuestros pasos. Caí en la cuenta de que apenas conocía a Jeremy, debía tener cuidado. Debía saber cuál era su opinión sobre todo esto, cuáles eran mis opciones. Me detuve y lo encaré.

—¿De verdad quieres quitarme lo único que me dejó mi padre?

Se quedó serio. No esperó que yo lo atacara de esa forma, y yo esperaba que algo del niño que conocí siguiera en su interior.

—Sabes muy bien que nos pertenece a ambos por igual...

—¡No! —le interrumpí—. No es tu derecho, tú no estabas, acabas de llegar. No puedes reclamar algo así.

—Sí puedo —respondió, sin perder la compostura—. Y lo haré, aunque tú no quieras, seré el dueño. Contigo, o sin ti.

—¡No lo permitiré! —le grité y lo apunté amenazador con mi dedo índice—. No aceptaré este matrimonio, y no dejaré que te quedes con el museo.

—¿Crees que me importa el matrimonio? De todas formas, ganaré, te cases conmigo o no —afirmó.

Me quedé en blanco. Su voz era calmada y fría.

Casi ni pestañeaba al hablar. ¿Cómo pude llegar a pensar que era atractivo? Era un monstruo, al que yo ya no le importaba en lo más mínimo. Me di media vuelta, mi corazón dolía, pero lo ignoré.

—Se te olvida algo —me detuvo.

Al mirarlo vi que sostenía un papel en su mano, me acerqué enfurecida hacia él y se lo arrebaté. Satisfecho se dio media vuelta y comenzó a caminar hasta llegar a su auto.

La luz del faro me alumbraba y al ver el papel se me inundó la cara de rabia. Yo pensé que me estaba entregando la cuenta del restaurante para que le pagara mi parte, pero era una foto instantánea. Era yo, con mi apariencia despeinada y desarreglada, de aquel día cuando fui al museo, cuando ese apuesto fotógrafo me tomó una foto sin permiso. ¡Ese idiota, es el mismo idiota! ¿Cómo no lo reconocí? Jeremy había estado jugando conmigo, claro que él ya sabía quién era yo.

—¡Imbécil! —le grité, aunque estaba lejos sabía que podía oírme.

***

Al llegar a casa pateé todo a mi paso. Estaba furiosa, más que nada conmigo misma. ¿Cómo había podido pensar que sería como antes? Era un imbécil de primera y debía aceptarlo. Sobrevivir a ese trato iba a ser más difícil de lo pensado.

Mi madre creyó que nuestro encuentro había salido perfecto, si tan solo supiera la clase de hombre que era ahora... Jeremy le aseguró a su padre que todo iba bien, que el matrimonio se llevaría a cabo, que no tenían que preocuparse.

Yo le seguí el juego con mi madre, y no porque de verdad planeara casarme, sino porque era el motivo perfecto para hacerle la vida imposible. ¿Qué es peor que una prometida insoportable? Y yo sabía muy bien cómo ser un desastre.

Para el fin de semana siguiente habían organizado un coctel en honor de nuestras familias, para anunciar el compromiso de forma oficial y de paso ver el tema de los derechos del museo. Aunque pedí que hasta ese día nadie supiera la verdadera razón de tanto alboroto. Familias de ambos estarían presente y también varios accionistas, artistas y coleccionistas del museo. Incluso oí decir a mi madre que habría un pequeño grupo de prensa local invitado.

Sería una gran velada, donde comenzaría a ejecutar mi plan. Ser la prometida perfecta ante todos y hacerle la vida imposible a Jeremy. Les demostraría lo capaz que era de valerme por mí misma, y lo capaz que era de hacerme cargo del patrimonio de mi padre.

***

La reunión se llevó a cabo en el salón principal del museo, con toda la lógica del mundo. Podía sonar extraño, pero ese lugar había visto los grandes momentos mi vida, comenzando por el día de mi nacimiento. Nunca se me pasó por la mente que un día estaría luchando para que ese lugar fuera mío, ni mucho menos yendo allí a anunciar mi matrimonio.

Esa vez me arreglé un poco menos que para la supuesta cita con Jeremy, pero no tanto como para verme como yo misma; me puse un vestido negro con encajes que llegaba hasta la rodilla, unos zapatos de tacón color azul y me alisé la melena negra, junto a un maquillaje simple, que desde ahora en adelante acostumbraría a usar siempre. Días antes había hecho que mi madre llenara mi armario con ropa costosa y zapatos de tacón. Y no porque quisiera un cambio de look, todo eso era parte de mi plan.

Fui al museo en el auto con mi madre, Annie nos encontraría allí. Al pensar en mi hermana recordé que ella no tenía idea de lo que estaba pasando, estaba segura de que cuando se enterara me querría matar. Así como yo a veces quería matarme a mí misma por las tonteras que hacía.

Eran las cuatro de la tarde y el clima estaba cálido. El museo estaba repleto de invitados, en la entrada algunos fotógrafos y periodistas se acercaron a mi madre casi ignorando mi presencia. Eso es lo que pasa cuando eres insignificante.

Ya adentro Annie nos esperaba, también el señor Ortiz acompañado de Jeremy. Nos acercamos, y otra vez fui completamente ignorada. ¿Es que acaso nadie tiene ojos para ver a la hermosura en la que me convertí? Annie finalmente se me acercó.

—¿Qué será lo que está planeando mamá? —me preguntó—. ¿Tienes alguna idea?

Yo me quedé muda. Quería decirle la verdad, pero me aterraba, estaba segura de que se decepcionaría de mi decisión. Pero entonces vi a quien más me aterraba, alguien de quien me había olvidado por completo por mi plan. Marcos. Se acercó a nosotras para saludarnos, al parecer intentaba fingir que todo estaba bien entre nosotros.

—¿Qué haces acá? —le pregunté un poco molesta.

Eso no estaba en mis planes.

—Fui invitado —anunció orgulloso—. Ya soy parte de este museo, logramos un convenio y ahora soy pintor becario.

Yo me alejé hacia el baño, dejándolo con Annie. Escuché que alguien me siguió, en el baño me miré en el espejo, estaba pálida. Apenas podía analizar mi situación. La puerta se abrió y entró mi madre, me miró con cara de interrogación.

—¿Qué hace él acá?

Ay, Dios. Me va a dar un ataque.

—Tú deberías saber —dije— Tú lo contrataste.

—¿Es parte de los nuevos becados?

Parecía sorprendida. Al parecer ella no tenía la menor idea. Se quedó pensando y luego me miró seria otra vez.

—Ya es hora.

Salió del baño, dejándome aterrada. Estoy a punto de comprometerme, en presencia de mi ex.

Fui al frente del escenario para comenzar con la tortura y me senté junto a Jeremy.

—Muchas gracias a todos los presentes por asistir hoy —anunció mi madre en el micrófono sobre un mini escenario.

Dio un tipo de introducción y una bienvenida a los nuevos artistas que se unían a nuestro museo, mientras yo miraba de reojo a Marcos, luego dijo otro montón de cosas que no logré entender ya que mi mente voló hacia otro lado.

No fue hasta cuando Jeremy me dio un codazo que logré reaccionar. Estuve a punto de gritarle, pero luego vi que muchas personas nos miraban. Mi madre me hizo un gesto, dándome a entender que me acercara a su lado. Jeremy me siguió. De pronto todo se volvió borroso, la atención se enfocaba en nosotros.

—Como muchos sabrán este museo fue fundado hace más de veinte años, por mi difunto esposo, Henry y nuestro gran amigo, el señor Ortiz —dijo mi madre—. Ahora ambas familias socias se unirán no solo por un contrato, sino que por un matrimonio.

La gente nos miraba confundidos. Primero los periodistas, luego los ejecutivos, luego los artistas, luego Annie y Marcos. Mi madre y el señor Ortiz sonreían.

—Es un agrado para mí presentarles a los herederos de este gran legado: los futuros señor y señora Ortiz Errázuriz. Nuestros hijos.

Por alguna razón los aplausos que escuché sonaban como truenos en una tormenta. Todos los ojos estaban puestos en nosotros, y los lentes de las cámaras nos enfocaban. Me sentí sofocada, y busqué un rostro entre la multitud. Lo extraño fue que su cara ni se inmutó, siguió tan tranquilo como lo había estado todo el día. El señor Ortiz se nos acercó y entregó una pequeña cajita a Jeremy. Ambos nos miramos incómodos. La abrió y dentro relució una sortija plateada con una linda joya brillante. Ahora sí que me desmayo. ¡Llamen a la ambulancia!

Sin preguntar, él tomó mi mano y puso el anillo de compromiso en mi dedo, sostuvo alzadas nuestras manos para que la prensa captara en primer plano el valor de lo que ahora llevaba sobre mí. El anillo calzó perfecto, y no lo sentí como magia, sino como brujería.

Y luego vino la peor parte: besarnos. Si todo debía parecer real, debíamos sellar la unión con nuestros labios. Era parte del plan establecido por nuestros padres.

Jeremy me tomó por la cintura ejerciendo levemente presión, casi asegurando que yo no saliera corriendo. Nos miramos, él sonreía como un actor. Se acercó, con sus ojos fijos en mis labios, hasta que los tocó levemente, haciendo presión sin nada de pasión. Para ocultar más nuestro seductor beso sostuve con mi mano su mejilla, usando como escudo el anillo maléfico.

No duró mucho, no sentimos nada, cuando acabó la gente seguía aplaudiendo. Sonreí para ocultar mis sonrojadas mejillas por la vergüenza, nunca antes me habían besado tan públicamente. ¿Debería estar feliz? Acabo de comprometerme, soy el centro de atención y no por alguna estupidez vergonzosa. Mi venganza sería como matar dos pájaros de un tiro; hacer que Jeremy renunciara al museo y lograr que Marcos sufriera por haberme dejado. Les sonreí a los fotógrafos disimulando mis intenciones. ¿Acaso soy un monstruo por lo que haré?

18

Media hora después del anuncio la euforia ya había pasado. La prensa se dedicaba a entrevistar al señor Ortiz y a mi madre. No era la noticia más importante del año, pero era el acontecimiento del ámbito cultural. El museo de mi padre era considerado Patrimonio Nacional, y que la inútil hija de los Errázuriz pronto tomara su control podía volverse una catástrofe. Mi madre prohibió que me entrevistaran y un poco lo agradecí. Pero no estaría libre de otros interrogatorios.

—¿Qué está pasando? —me susurró Annie cuando se acercó a mí.

Yo sabía que ella quería gritarme, pero había demasiados testigos. No quería pelear, miré a lo lejos a Marcos, nuestros ojos se cruzaron y sabía que debía ir donde él. La curiosidad me mataba.

—Es complicado de explicar... Luego hablamos ¿sí?

Me puse frente a Marcos. Tímidamente le sonreí, pero él no.

—Felicitaciones —solo eso me dijo. Pero no pensé en darle las gracias, su felicitación me pareció cínica, pero a la vez satisfactoria. Se alejó de mí y se dirigió a hablar con uno de los representantes.

—¿Ya estás engañándome?

Me asusté. Jeremy estaba detrás mío.

—¿Quién es? —preguntó Jeremy. Me vio observar a Marcos—. ¿Tu novio?

—¿Qué? No, ¿qué te hace pensar eso?

—No deja de observarte.

—¿De verdad?

Me giré buscando a Marcos, pero él no me miraba para nada. Jeremy se burló de mi inocencia. Se inclinó para estar a la altura de mi oído y en un susurro me dijo:

—Se nota que te tiene en su mano.

—Eso no es cierto —me crucé de brazos y mantuve algo de distancia sin que pareciera extraño estar lejos de mi prometido. Suspiré y me rendí—. Él fue mi novio... —admití.

Él asintió. Miré mis zapatos y me di media vuelta. Cuando caminé, Jeremy tiró de mi brazo hacia él, apegándonos en un abrazo. Traté de apartarme de él sin entrar en pánico.

—¡Déjame ir! —le exigí bajito.

—Quieta. Él está mirándonos.

Jeremy se apegó a mí y sus manos rodearon mi espalda a la altura de mi cintura, algo cohibida levanté la mirada para ver su rostro, él seguía tan serio como siempre, pero me devolvió la mirada hasta que de pronto se apartó de mí para observar mi rostro desde su altura. Sé notaba incomodo, él hacía un esfuerzo por mantener su papel de enamorado. El calor aumentó y me puse colorada, como siempre. Algo andaba mal conmigo.

—¿Disfrutaste del beso?

—¿A eso le llamas beso? Se nota que no tienes experiencia, avísame cuando aprendas a hacerlo bien —lo molesté. Seguíamos apegados, y fue extraño reírnos con tanta cercanía.

—Tomaré en cuenta la invitación entonces —dijo en tono coqueto.

¿Acaso yo lo había invitado a besarme correctamente? Intenté olvidarlo, la idea me atormentaba. De solo imaginarlo se me revolcaron las tripas.

—Ya se fue —anunció.

Acomodó los cabellos que se me habían alborotado con el abrazo y se alejó. Yo toqué mi rostro, me ardían las mejillas. Miré hacia donde antes estaba Marcos, pero él ya no estaba, tal como se había ido Jeremy. ¿Por qué siempre me dejan sola? No es mi culpa ser un tomatito andante.

***

Aunque fuera difícil de creer me había comprometido. Yo, la que siempre espantaba a los hombres; yo, que parecía un espantapájaros día y noche; yo, cuya gracia y elegancia brillan por su ausencia. Lo logré. ¡En tu cara madre! Y tú que me criticabas siempre...

Pero ¿debería estar feliz? Viviría atada a un hombre a quien no amaba, ¿por la fortuna y la aprobación de mi madre? No. No era por eso, era mucho más. No debía sentirme deprimida y mucho menos culpable, si alguien alguna vez debía sentirse culpable esa sería mi madre. Ella causó todo. Yo creía hacer lo correcto al no dejar ir tan fácilmente la única parte buena de mi vida, mis recuerdos con mi padre.

Estaba en mi cuarto descansando luego del caótico día. Golpearon la puerta de mi habitación, yo ya sabía quién era la persona que me buscaba, esperé a que entrara.

—Hola —saludé cuando entró.

Reposaba en mi cama, mirando el techo alto que parecía no tener fin, con la lámpara colgando inmóvil. Se acercó y se recostó a mi lado, mirando al techo como hacia yo.

—¿Por qué no me dijiste? —preguntó.

—Veo que mamá ya te contó todo.

La miré y suspiré. Ella había tardado en llegar. Recordar lo doloroso que había sido me molestaba: Marcos dejándome, mi madre tratándome como si no valiera nada, mi hermana haciendo su vida felizmente, mi padre trabajando en lo que amaba para no ver sus frutos por una muerte prematura, Jeremy convertido en un desconocido dispuesto a destrozarme, mis decisiones, mis errores, mis sueños desechados junto con mi esperanza de ser feliz. Todo me mantenía la mente embrollada.

—No tenía opción —dije.

—Había muchas opciones, Celeste.

—¿Cómo cuáles? —me senté en la cama. Era imposible ver más allá de mi realidad.

Ella se incorporó junto a mí. Su mirada era triste, yo sabía que sentía lastima por mí.

—Si esto es por Marcos te aseguro que estás cometiendo un error.

—Él no tiene nada que ver, al menos no directamente —admití—. Esto es por nuestro padre, Annie.

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Mucho. Esto no es por Marcos, ni por mamá, ni por ti, ni por mí. No puedo dejar que esto… —apunté a nuestro alrededor—. Todo lo que era preciado para él, sus sueños y su recompensa de años de trabajo, sean desperdiciados.

—Pero no era necesario que fueras tú, ¿por qué no me pidió ayuda a mí? —dijo refiriéndose a nuestra madre—. Sabe que Tom también tiene dinero, podíamos ayudar.

—Tú ya hiciste tu vida, Annie, tienes lo que quieres y necesitas. Nadie quiere ser una carga — le tomé la mano, ella asintió—. Además, creo que era su excusa perfecta para que yo al fin

sentara cabeza.

Ambas sabíamos que eso era verdad. Era un plan perfectamente elaborado por una mente maestra, con algo preciado para mí en juego, y una vida de facilidades al alcance de mi mano.

Cuando Annie se fue, me acerqué al espejo y me sonreí a mí misma. Rogaba que desde ese momento todo fuera a ir mejor. Por algún motivo mi madre siempre lograba tener la razón. ¿De qué otra forma yo lograría ser feliz? Solo un contrato arreglado por dinero y gloria podría asegurarme una vida como la perfecta esposa de alguien, era el único modo por el cual yo podría ser escogida. Las lágrimas caían por mis mejillas, que ya no estaban coloradas.

19

Días después arreglé una reunión con Jeremy en las oficinas del museo. Me enteré, por medio de mi madre, que él ya estaba trabajando en la administración de la empresa junto a su padre, preparándose para tomar su lugar. Yo no podía quedarme atrás.

Me vestí elegante como para triunfar en una reunión de trabajo. Al llegar la recepcionista me miró con una sonrisa en su rostro, era joven como yo, pero parecía tener toda su vida resuelta. ¡Enséñame a lograrlo!

Me guio hasta una oficina ubicada sobre el museo, en el segundo nivel, y me dejó allí. Al entrar vi a Jeremy sentado en un escritorio, observando seriamente unos papeles. Me sentí invisible. Tomé una postura de carácter y lo miré hasta que me notó. Sonrió, algo falso, y se puso de pie dejando de lado por completo sus papeles.

—¿Qué te trae por aquí, Celeste? —preguntó y se sentó en el borde de su escritorio frente a mí. Yo me quedé de pie, no me ofreció sentarme.

—He venido a proponerte un trato.

Su sonrisa se desvaneció un poco, y yo disfruté de su incomodidad.

—¿Qué clase de trato?

—Ambos sabemos muy bien que todo esto es una farsa —comencé a decir—. Todo lo que le dijeron a la prensa...

Recordaba claramente lo escrito en la revista. Me causaba escalofríos, pero usaría todo a mi favor. Algo bueno tenía que salir de tantas mentiras. Mi madre, Jeremy y el señor Ortiz habían asegurado que el matrimonio de arreglado no tenía nada, porque en esta época un matrimonio por conveniencia sonaba retrogrado para la sociedad. Afirmaron a todos que Jeremy y yo siempre mantuvimos contacto a pesar de la distancia, que cuando él volvió al país comenzamos a salir y que a partir de eso nació un amor tan grande como el mismísimo cielo. Patrañas. Mentiras. Falacias. Por todo eso, estaba segura de que ellos querrían que yo les siguiera el juego sin reproches, claramente un error de su parte, pues yo no iba a dejar ir esa oportunidad sin usarla en mi beneficio.

—¿Viniste a chantajearme? —se burló Jeremy, cruzándose de brazos.

Su traje era ajustado, podría no tener una gran musculatura en ese cuerpo delgado, pero de todas formas se veía muy atractivo, tonificado. Con su espalda ancha, cintura estrecha y ojos grandes... ¡Concéntrate! Otra vez me había puesto colorada como siempre.

—Un trato no es chantaje —continué hablando, decidida. Puse cara de niña buena—. Solo pido algo justo a cambio de ser una prometida adorable.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me enseñes a manejar el museo —dije. Él intentó hablar, pero lo detuve—. Y no vengas con alguna excusa, si voy a mentir quiero que valga la pena todo el estrés que tendré que soportar. Y si voy a ser tu esposa en un futuro no muy lejano tengo el derecho de aprender a manejar nuestra empresa.

Recalqué la palabra “nuestra”. Lo pensó, se movió por la oficina y se sentó en su silla, analizó por un momento mi rostro. Yo contuve la respiración.

—Está bien.

—¿De verdad? —me sorprendí.

Él asintió. Volví a respirar y casi di saltos de alegría, pero me comporté y sonreí agradecida. Conforme, me fui de la oficina. Me acerqué a un ascensor y esperé. La puerta se abrió y apareció Marcos. Adiós felicidad, hola incomodidad.

Entré en el ascensor junto a Marcos sin dudarlo, no iba a demostrar debilidad. Él me miró sorprendido, debido a mi inusual vestimenta, debía ser raro para él verme tan elegante luego de que yo constantemente repudiara la forma en que mi madre solía obligarme a vestir. Apreté el botón que me dejaría en el subterráneo y la puerta se cerró dejándonos separados del resto del mundo.

—¿Cómo has estado? —pregunté para no parecer mal educada. Tampoco podía hacerle la ley del hielo y fingir que no estaba a mi lado.

—Muy bien —sonrió, con una extraña simpatía—. ¿Visitando a tu prometido?

—Vine a solucionar un problema.

El tono de su voz era todo menos cordial. La puerta del ascensor se abrió y caminamos por el estacionamiento, yo haciendo ruido a cada paso que daba con mis tacones. Allí me esperaba el auto que mi madre me había prestado para que yo saliera sin problemas, con su chófer incluido. Aun así, extrañaba tomar el autobús y viajar con desconocidos.

—¿Qué te pasó? —me preguntó de pronto Marcos, obligándome a detenerme.

—¿A qué te refieres? —lo miré, ambos estábamos serios.

—Cambiaste. Ahora te vistes elegante, actúas con superioridad y sales con un sujeto al que ni conoces, te vas a casar con él... Te vendiste, Celeste. Y todo por dinero...

Escuché en silencio lo que me decía mientras me ardía el rostro de pura rabia. Pensé en mil insultos, pero ninguno de ellos me haría sentir mejor. La persona que había amado, quien solía conocerme, me había juzgado de la peor forma, aun sabiendo que nada de eso era realmente importante.

—No te reconozco —terminó de decir.

Un auto azul se acercó a nosotros, el conductor se bajó con rapidez y abrió la puerta trasera del auto. Pero esa atención no era para mí, era para Marcos. El humilde pintor ahora viajaba con lujo y superioridad.

—¿Y tú? —finalmente dije—. ¿Tú quién eres para cuestionarme?

Lo miré fijamente, asqueada por su atrevimiento, él no era mejor que yo. Se dio media vuelta y entró en el auto sin decir nada más.

En un momento de rabia me puse a dar saltos pisoteando más de lo que debía el suelo y pateé la pared más cercana con fuerza, obligándome a soportar el dolor que eso me provocó. Mi chófer me miró preocupado. Le aseguré que todo estaba bien y me subí al auto para quitarme los zapatos y descansar.

¿Con qué cara Marcos viene a decirme eso? Él también se había vendido. Y quizás en el futuro él sería igual de miserable debido a lo que hizo... a lo que entregó por su deseo de poder.

20

Comencé mi entrenamiento junto a Jeremy tal y como él había prometido. Iba al museo varios días a la semana para aprender a administrar la empresa, él se comportaba decentemente, solo a veces un poco idiota y distante. Cuando parecía que yo no entendía ni con manzanas, él suspiraba y miraba el techo de la oficina, yo sabía que era un poco cabeza dura, pero siempre mantuve una actitud positiva.

—Realmente admiro a quien te haya dado clases —confesó él mientras revisaba lo que yo había intervenido—. Recuerdo que eras inteligente, ¿qué te ocurrió?

Lo fulminaba con la mirada y respondía sin temor.

—Muy gracioso, señor perfecto —había comenzado a llamarlo así para irritarlo—. Pero sigo siendo inteligente, tú tienes una mente muy cuadrada como para apreciar mis cualidades.

Y me volvía a concentrar en mis deberes con toda la dignidad del mundo. En algún momento él aprendería a apreciar mi gran actitud y mi personalidad desastrosa.

Me crucé muchas veces con Marcos yendo a mis prácticas, pero nos ignorábamos mutuamente.

Al acabar la semana me dirigí a una cena en la casa de los Ortiz, mi madre acomodaba todo el tiempo mi cabello de camino, como a una niña pequeña con problemas de friz. Me irritaba con sus toqueteos, parecía más nerviosa que yo, como si fuera ella la que fuera a casarse muy pronto e intentara dar la mejor impresión.

Al llegar reconocí la inmensa casa donde pasé varios días durante mi infancia, jugando con un niño adorable que se convertiría en un hombre de mala actitud, mientras nuestros padres tomaban el té y sonreían al vernos crecer juntos. En la entrada nos recibió el señor Ortiz vestido muy elegante, nos sonrió y nos saludó con mucho cariño.

Una vez dentro miré hacia todos lados como una pequeña curiosa, buscando objetos que me que me hicieran viajar en el tiempo, pero la gran mayoría de los muebles parecían recién salidos de un catálogo. En el salón principal destacaba un piano y un candelabro colgante, ambos llamaron mi atención, junto a unos cuadros pintados a mano con hermosa técnica en acrílicos.

Junto con mi madre tomamos asiento mientras esperábamos que la comida fuera servida. Me ofrecieron de beber, pedí un jugo con hielo, para aliviar mi tensión. No me quise arriesgar a pedir vino, menos con la penetrante mirada de mi madre.

De pronto entró al salón Jeremy. Iba vestido de pantalón negro y camisa gris, no tan elegante como su padre, pero lo suficiente como para lucir bien. De mala gana nos saludó y nos avisó que la cena estaba servida. Nos pusimos de pie y caminamos hacia el comedor.

Antes de perder de vista el salón me quedé un momento viendo las paredes. La casa se vía limpia, aunque carecía de luz, o de vida. El piano parecía no haber sido tocado en años y pedía a gritos que alguien lo acariciara. Caminé hacia él y lo miré de cerca rozando sutilmente su superficie, se veía tan perfecto que podía pasar desapercibido como una escultura en mármol.

—No funciona, así que no pierdas el tiempo con él —escuché una voz atrás de mí.

Me volteé y Jeremy estaba de pie en el umbral de la puerta, como esperándome. Se me acercó y me sonrió en una mueca, mientras veía con tristeza el instrumento.

—¿Y por qué lo tienen entonces? —pregunté yo.

—El hecho de que no funcione no quiere decir que merezca ser desechado ¿o sí?

Miré el piano. Parecía en perfecto estado, pero algo en él me daba nostalgia.

—Ya somos dos... —le susurré al objeto, y si Jeremy me oyó no dijo nada al respecto.

Yo estaba averiada como ese piano, que lucía en perfecto estado por fuera, pero que carecía de funcionalidad en el interior. Éramos implementos para un fin diferente para el que habíamos sido creados, él era un adorno lujoso y yo un peón en los planes de otros.

—¿Vienes?

Jeremy me esperó y caminé a su lado hasta llegar al comedor. Era una mesa muy grande para nosotros cuatro, sentí un poco de soledad a pesar de no estar sola. Tenía la costumbre de comer en nuestra cocina en una mesa pequeña o en mi cuarto, eso último a escondidas de mi madre.

La comida que sirvieron estaba deliciosa, tanto que me la acabé antes que todos. Estaba tan concentrada en mi plato que no prestaba atención a lo que hablaban, o de quienes hablaban, mientras la velada avanzaba.

—Entonces ¿ya fijaremos la fecha? —escuché la voz del señor Ortiz, me miraba a mí expectante.

—Eso sería perfecto, ¿qué opinas, Celeste? —mi madre intervino ante mi silencio.

Yo me quedé en blanco. Sabía que hablaban del matrimonio. ¿Ya estaba lista para aceptarlo? No me sentía muy segura. Miré a Jeremy, quien me miró a mí y luego miró su plato, luego miré a mi madre que esperaba mi respuesta y luego al señor Ortiz con su agradable mirada como de costumbre. Estuve a punto de hablar, pero Jeremy me interrumpió.

—Creo que es un poco apresurado aún...

Su padre no lo miró con mucha alegría, algo sobre la tensión que había en sus miradas me incomodaba. No sabía qué clase de relación tendrían en ese momento, pero no debía ser muy buena.

—Creo... —hablé—. Que sí deberíamos poner la fecha.

Todos me miraron de diferentes maneras. Mi madre emocionada, el señor Ortiz con satisfacción y Jeremy... él estaba decepcionado, reconocía muy bien ese tipo de mirada, aunque él no dijera nada. Pero lo dicho, dicho estaba.

El jardín de la casa de los Ortiz era muy grande, diría que dos veces el tamaño del nuestro. Tenía una gran variedad de plantas y flores silvestres, algunas esculturas distribuidas estratégicamente para crear la impresión de que entre ellas se comunicaban, además, al caer la noche prendían pequeñas luces que iluminaban todo simulando ser luciérnagas volando en un jardín encantado.

El sol ya se había ocultado y la comida se había acabado cuando salí a tomar un poco de aire, las miradas de Jeremy me hacían sentir algo incomoda. Luego de decir lo de poner la fecha a nuestra boda me había estado mirando con unos ojos intimidantes, yo ya sabía que él no quería casarse conmigo, pero no me hacía fácil la decisión si me miraba como si tratara de asesinarme telepáticamente.

A los minutos de salir pude sentir su mirada penetrante en mi espalada. Me di vuelta y ahí estaba, pero algo en él denotaba tristeza y no furia como yo esperaba. Se acomodó junto a mí en la banca de madera y ambos nos quedamos observando al gran sauce que se lucía en el centro del jardín, coronado como el rey de aquel mundo mágico.

—¿Qué es lo que sientes? —le pregunté.

Reaccionó desprevenido, cuando lo observé algo de su tristeza se había aliviado. Algo brillaba en sus ojos.

—Lo mismo que tú —suspiró, inclinándose un poco para chocar su hombro con el mío. Un

gesto de simpatía.

Me quedé mirando el árbol, no era capaz de comprender lo que Jeremy quería decir, sí, era lenta. Después de unos segundos de silencio me rendí.

—¡No te entiendo! —dije frustrada.

Él sonrió y relajó su espalda. No había notado lo tenso que estaba, me parecía normal verlo siempre tan recto, solía pensar que se debía a que era educado, pero en ese momento entendí que la carga de su vida le impedía bajar la guardia.

—Eres tal y como pensaba que serías... —habló entre risas.

Me crucé de brazos. ¿Qué me habrá querido decir? ¿Tonta? Se acomodó en el respaldo y las luces de las farolas altas del jardín se encendieron de pronto. Me asusté un poco, pero me confortó ver todo con más claridad. Jeremy tenía bolsas bajo sus ojos que no estaban allí el día que lo encontré en el museo, me pregunté si yo también me veía así de demacrada...

—Mi padre me está obligando —dijo de pronto—. Yo realmente no me opongo a ser su sucesor, es una labor que desde pequeño sabía que tendría que aceptar. Pero el matrimonio... Eso es lo que no me gusta.

Yo asentí. Él continuó hablando.

—Me sorprendió cuando mi padre me dijo que habías aceptado casarte, tenía la esperanza de que lo rechazaras —admitió y me miró a los ojos—. Porque mi corazón está destrozado al igual que el tuyo.

Me quedé en silencio mientras comprendía nuestra situación. No era que él quisiera quitarme todo lo que mi padre había dejado, o que me odiara y quisiera hacerme la vida imposible, Jeremy había tenido que escoger entre serle fiel a su familia o al amor. Igual que yo, pero la diferencia estaba en que él había sido obligado, y yo había escogido por voluntad propia el plan descabellado de nuestros padres.

Conocía de toda la vida al señor Ortiz y sabía que él no era un mal hombre, esperaba que tampoco fuera un mal padre. El problema era que, al igual que mi madre, él quería lo que creía correcto para su hijo, aunque fuera a costas de su felicidad.

Puse mi mano sobre su hombro y le sonreí, principalmente por gratitud, me alegraba que él se abriera conmigo y me diera la oportunidad de ser más que la desgraciada prometida. En momentos así es donde la unión hacía la fuerza. Miré hacia la casa y en el balcón pude ver a nuestros padres observándonos, seguramente planificando el resto de nuestras vidas sin siquiera considerar nuestras opiniones. Y entonces una idea —muy mala, pero desesperada— apareció en mi mente.

—Tengo un plan —le dije.

Jeremy me miró confundido. Mi mente estaba acostumbrada a hacer planes en contra de mi madre, y esa no fue la excepción. Como ya sabía cuáles eran los sentimientos de Jeremy iba formar una alianza con él y así ambos intentaríamos ser felices a nuestra manera.

—Dime lo que tienes en mente —pidió él.

—Es otro trato, uno que beneficie a ambos.

—Te escucho.

—Ninguno de los dos quiere casarse, pero yo no quiero ni puedo renunciar al museo. Tú tienes tus sentimientos por un lado y a tu padre forzándote por el otro, pero si tomamos las decisiones correctas, o mejor dicho, incorrectas, podremos lograr que nuestros mismos padres terminen esta unión de una vez por todas.

—Eso es algo complicado conociendo a nuestros padres, es probable que esta unión surgiera

mucho antes de que nacieras, ¿estás dispuesta a aceptar las consecuencias?

—Solo si tú lo estás también —afirmé—. Mientras estemos unidos no tenemos mucho que perder. Si las cosas salen mal simplemente nos casaremos, como ellos quieren.

—¿Y si terminas enamorándote de mí? —se burló.

—Estoy segura de que tú harás hasta lo imposible por evitar que eso ocurra —me burlé—. Debes asegúrate de seguir ayudándome con el manejo del museo y todo estará bien —Me puse de pie—. Pensaré en algo, sé muy bien cómo hacer que mi madre pierda la cordura. Necesito saber que cuento contigo.

Se puso de pie frente a mí. Era muy alto, o quizás yo era muy pequeña, me vi obligada a levantar la vista porque la tenía puesta en sus hombros, me hacía sentir como una niña. Acercó su mano hasta un arbusto junto a la banca, cortó una flor y se acercó a mi para entregármela, aprovechando ese gesto para tomar mi mano como cerrando un trato. Una flor para aparentar ante la mirada vigilante de nuestros padres, una flor que significaba el inicio de otra batalla.

Luego se fue y me quedé viéndolo entrar en la casa, mi vista se desvió inevitablemente a su parte baja. Aunque me doliera admitirlo, a Jeremy se le veía un buen trasero con ese pantalón caro. Dios, líbrame de estos pensamientos.

Ver el jardín bajo las estrellas me trajo algunos recuerdos, de pronto me vi a mí misma, pequeña e indefensa, corriendo feliz por el jardín mientras Jeremy me perseguía con una lagartija en sus manos, intentando que esta tocara mi cara. Me pregunté si él recordaría esos momentos como yo lo hacía.

***

Acordamos que dos meses era tiempo suficiente para organizar la gran boda. Mi madre rogó para que yo aceptara que la boda fuera dentro de un mes, pero eso no me daría tiempo ni para pensar.

Cuando se tenía tanto dinero una boda podía hacerse en un abrir y cerrar de ojos, yo insistí en que dos meses era más razonable y que así yo podría recuperar el tiempo perdido con mi futuro esposo.

Un pensamiento seguía dando vueltas en mi cabeza. Existía la mínima posibilidad de que no me casara, y si eso pasaba yo me quedaría sola. Jeremy parecía tener ocupado su corazón, o eso creí, pero yo había perdido a Marcos y mantenía algunas esperanzas de recuperarlo. En el fondo sabía que a él le dolía verme con alguien más, y por eso haría lo que yo nunca debo hacer: ser amiga de un ex.

Creía que esa era mi única solución, tenerlo cerca e intentar volver a conquistarlo. Pensaba usar en mi beneficio que él estuviera contratado en el mismo museo que luego yo heredaría.

Organicé una reunión con Marcos, algo informal. No pareció molestarle la idea de verse conmigo a solas, así que el plan estaba comenzando bien. Dejé de lado mi ropa extremadamente elegante y me puse algo que no provocara su rechazo. Incluso dejé el auto y tomé un taxi, que era casi lo mismo, pero para mí era un cambio puesto que yo nunca me sentí cómoda en ellos.

El lugar de la reunión fue un café, el mismo donde nos habíamos conocido. Quizás él ni lo recordaría. Entré y él me sonrió cuando me vio, eso significó que mi look lograba su cometido. Tomé asiento frente a él.

—Muchas gracias por venir —le dije.

Intenté sonar formal.

—Prácticamente eres mi jefa, no tengo muchas opciones —dijo en tono bromista.

—No quiero que pienses en mí de esa forma, aun no soy dueña de nada, y sin importar nuestros cargos prefiero que sigas tratándome como... a una amiga.

Levantó las cejas asombrado.

—¿Eso somos?

—Por supuesto —dije—. A menos que no estés de acuerdo.

—Tú me asustas, así que aceptaré —volvió a burlarse, parecía muy alegre. Más que la última vez que nos vimos.

—Buena elección —afirmé.

Después de pedir nuestros cafés volví a mi idea central. No podía perder el hilo. Aunque hoy se vea tan apuesto, con su chaqueta oscura y su cabello revuelto, y con su sonrisa torcida cada vez que me mira...

—¿Has hablado con Jeremy acerca de tus proyectos? —le pregunté.

Nombrar a Jeremy se me hizo extraño, ya no lo odiaba, era mi aliado, y eso provocaba sentimientos difíciles de nombrar. Continué imaginando que realmente era una simple reunión de trabajo.

—¿Quién es Jeremy? —oh por Dios. Traté de no poner los ojos en blanco por la pregunta de Marcos. Nerviosa respondí entre dientes:

—Mi prometido.

—Ah, él... —pensó bebiendo café—. ¿Por qué debería hablar con él de mis trabajos?

—Ahora él es el encargado de administrar las muestras en el museo, así que deberías ponerle al corriente.

Se quedó pensativo y no dijo nada, sentí la tensión en el aire que nos separaba y aclaré un poco mi garganta. El café no me ayudaba.

—En fin —seguí—. Tengo pensado presentar una exposición el próximo mes, para presentar a los nuevos artistas, así hacerlos conocidos ante los accionistas y coleccionistas.

Me miró atentamente. Yo me sentía satisfecha de mi nueva posición de poder.

—Pensé que eso debía verlo con tu prometido —dijo, con todo conspirador.

—Como no lo has hecho puedes hacerlo conmigo ahora, y él no necesariamente debe enterarse, aún. Quiero presentarle la idea cuando todo esté más concreto.

—No sé si asustarme de esta nueva Celeste o sentirme a gusto...

—Más vale que te acostumbres —advertí—. Porque desde ahora las cosas cambiarán.

Se cruzó de brazos y sonrió. Yo tomé mi taza de café y sentí el triunfo en mis manos. Pasó toda la tarde comentándome sus ideas y bosquejos, reímos recordando algunos viejos tiempos y cuando la cafetería se preparaba para cerrar nos despedimos.

—Es un placer hacer negocios contigo —dijo.

¿Quién diría que este falso compromiso me traería tantos beneficios?

21

En el museo Jeremy me estuvo enseñando cómo se hacían los tratos con los coleccionistas, cómo recolectaban las obras de artes para luego exponerlas y cómo trataban con los artistas. Yo sabía que era un desastre, pero él me tenía mucha paciencia. En su escritorio había una fotografía enmarcada, él junto a una chica. Un día él me encontró viéndola y no pude evitar preguntarle al respecto, supuse que ella era su amada.

—¿Y cómo es ella? —le pregunté.

Sonrió al ver la foto. A simple vista la chica se veía perfecta: ojos claros, piel brillante y una gran sonrisa. Me daba curiosidad saber cómo había logrado conquistar a una chica tan linda.

—Hana es aterradora —comenzó a decir, yo me senté frente a él—. Pero me hizo mejor persona, cuando todo perdió el sentido ella tomó de mi mano y me levantó. Supongo que a veces siento que le debo algo... a pesar de cómo terminaron las cosas.

—Parece una buena persona —confesé, algo incomoda.

No supe por qué, pero se me retorció el estómago cuando lo oí hablar de esa forma.

—A veces lo era —sonrió con nostalgia.

Me puse a trabajar para cambiar de tema. Más tarde sonó el teléfono que estaba en el escritorio, Jeremy atendió formalmente. Era una llamada de su secretaria, me miró a mí mientras escuchaba la llamada. Cuando colgó se puso de pie.

—Creo que lo dejaremos hasta aquí por hoy, deberías irte —dijo—. Te mereces un descanso.

—Si tú lo dices... —dije sonriendo.

Con mucho ánimo me puse de pie, tomé rápido mis cosas y caminé hacia la puerta con mis tacones sonando en el piso de madera. Salí de la oficina, me adentré en el ascensor y llegué hasta la recepción, ya que no tenía apuro por irme, debía esperar a mi madre, que se encontraba en una reunión en otro edificio y tardaría en llegar. La secretaria del museo tenía su escritorio cerca de la entrada, en el primer nivel junto al ascensor privado. Al salir del ascensor vi a dos personas conversando, la secretaria y una mujer, me quedé esperando en un sillón mientras terminaban de hablar.

—El señor Ortiz la espera en el tercer piso —dijo la secretaria.

La mujer entró en el ascensor y las puertas se cerraron. La secretaria me reconoció y me sonrió. Me acerqué a su escritorio para quitarme la curiosidad, además no tenía nada que hacer.

—Disculpa, ¿ella a quién iba a ver?

Traté de parecer su confidente, sabía que ella como secretaria debía ser cuidadosa con los secretos ajenos por el bien de su empleo, pero conmigo no corría peligro.

—A Jeremy —respondió como si nada— Digo, a su prometido, señorita Celeste.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante la mención de mi futuro esposo y el que me trataran con tanta ceremonia.

—Por favor, tutéame, no soy tan vieja —le dije—. ¿Era alguien importante?

—No lo sé, dijo ser una amiga de la universidad —respondió—. Pero debe ser importante para su novio.

—¿Por qué lo dices?

—Él siempre me pide que si alguien quiere verlo debe ser agendado anticipadamente, más si está con usted en el museo —explicó—. Pero ella llegó sin una cita y él simplemente la dejó pasar.

La chica a la que Jeremy nunca rechazaría a pesar de tener trabajo pendiente, y de estar entrenándome, debía de ser su amada, por eso su rostro me pareció conocido, era la mujer de la fotografía. Eso no lo sabía la secretaria, que aquella mujer de linda apariencia era la dueña del corazón de Jeremy.

Me senté en uno de los sillones mientras esperaba que la hora pasara, el reloj que estaba en la pared avanzaba lentamente, mi madre tardaba mucho. Busqué en mi cartera mi celular para llamarla, pero no lo encontré. Revolví todo el interior de mi cartera, la secretaria me miró extrañada, mi celular no estaba en su interior. Traté de recordar cuando había sido la última vez que lo había visto.

—¡El escritorio! —recordé.

Mi celular lo había dejado en el escritorio de la oficina con Jeremy. Me puse de pie y caminé al ascensor. Solo iba por mi teléfono y luego me iría, no molestaría a Jeremy ni a su novia. El ascensor se abrió, aparecí en el piso y me acerqué a la oficina de Jeremy. La puerta estaba cerrada, él aún estaba adentro. Me quedé unos momentos dando vueltas pensando que podía hacer. ¡Solo golpea! Nada malo pasará si golpeo la puerta. De pronto la puerta se abrió y alguien chocó conmigo al salir. Era la novia de Jeremy, que ni siquiera me vio, llevaba la cabeza agachada.

—Lo siento —me dijo.

Tenía un acento extranjero. Siguió caminando y entró en el ascensor. Yo me quedé congelada. La puerta de la oficina se volvió a cerrar con su salida. Finalmente me acerqué y golpeé.

—¿Quién es? —se escuchó la voz seria de Jeremy al otro lado.

—Soy yo. Celeste —respondí—. ¿Puedo pasar?

Jeremy me dijo que entrara y abrí la puerta.

Él estaba sentando en su escritorio con total normalidad, como siempre, la diferencia entre su estado de ánimo y el de su novia me confundió. Me acerqué al escritorio tratando de no llamar la atención.

—Solo vengo por mi celular... —avisé.

Tomé el celular, me di media vuelta y me dirigí a la salida, pero él dijo:

—Se acabó.

Me quedé congelada. No abrí la puerta, un sentimiento incomodo se formó en mi interior, pero decidí ignorarlo. No podía ser mala persona y dejarlo así, quizás me necesitaba. Jeremy solía ser firme como un muro, y ahora se estaba abriendo a mí, no iba a abandonarlo. Me volteé y me senté en la silla frente a él.

—Era ella, ¿cierto? Tu novia.

—Creo que ahora es mi ex —admitió con una mueca.

Eso explicaba porque ella lloraba. ¿Que debía decirle?

—¿Qué sucedió? Si es que se puede saber.

—Te lo dije —dijo con una sonrisa dolida—. Ella a veces es buena, otras veces no.

—¿Terminó contigo? ¿Por lo del compromiso?

—No fue por eso, ella ya sabía a lo que había vuelto al país. Su familia es muy importante, también adinerada, hacen lo que sea para conseguir lo que quieren —escuché atentamente—. La conocí en la universidad, al igual que yo fue obligada a seguir un camino que no quería. Era

rebelde, y eso me gustaba de ella, pero también era egoísta y caprichosa, hasta el día de hoy lo es.

Me miró, pero estaba tan inmerso en sus recuerdos que ni podía verme.

—Estar conmigo era aceptar las reglas de sus padres, y eso lo detestaba. Pero tampoco es capaz de renunciar a los lujos, por eso se casará con algún millonario al que pueda controlar a su gusto... Ya que conmigo no puede.

Me quedé boquiabierta. ¿Qué clase de persona puede ser? Su cara de chica buena era simple apariencia, al final terminó rompiéndole el corazón a Jeremy. Él dinero siempre nos estaba arruinando la vida, todo era renunciar a la felicidad propia por un poco de fortuna material.

—Eso es un asco —dije sin pensarlo—. Ya estoy harta de todo esto, de verdad, no sé tú, pero pienso que lo mejor es que terminaran.

Él me miró asombrado.

—Yo estaba con Marcos porque nunca le importó mi condición, o eso creía yo, me sentía bien con lo justo y necesario estando con él, pero mira cómo terminó todo.

Él me sonrió. Al menos logré sacarle una sonrisa.

—No es divertido —dije sin poder evitar reír—. Nuestras vidas son un asco.

Era imposible no reír. Su risa era muy contagiosa, y sentí como si me quitara un peso de encima. Cuando paramos de reír me puse de pie.

—Gracias —dijo—. Me alegra tener a una amiga como tú.

—Acabas de mandarme a la zona de la amistad —fingí estar dolida—. Vamos.

Tomé mis cosas y caminé hacia la puerta esperándolo, ofreciéndole que tomara mi mano.

—¿A dónde vamos?

—Confía en mi —respondí—. No tengo todo el día, rápido.

Hice un gesto para que se pusiera de pie. Tomó su abrigo, guardó algo en el escritorio, tomó unas llaves y me siguió tomando mi mano firmemente. Nos metimos en el ascensor sin soltar nuestro agarre y bajamos. Pasamos junto a la secretaria y Jeremy le pidió que cancelara todas sus actividades pendientes del día.

Nos subimos en su auto. Yo le indiqué como su copiloto, encendí la radio y puse una canción que se estaba reproduciendo. La música comenzó a sonar por todo el interior del auto y ambos comenzamos a sentir el ritmo. Era una canción que me recordaba a un momento de mi infancia, y me sorprendió que Jeremy la estuviera oyendo, parecía feliz.

Antes de tres lunas volveré a por ti. Antes que me eches de menos.

Dejaste vías muertas tendidas al pasar. Nunca te he esperado tanto.

Abrí la ventana junto a mí y se me ocurrió algo que hacía cuando niña. Acerqué mi cabeza hacia fuera y grité:

—¡AHHHH! —Jeremy me miró extrañado—. ¡¡UUUUH!!

Mi cara de felicidad no podía ser mejor, me sentí liviana después de gritar. Lo miré y me reí, me observaba consternado. Como si quiera sacarme de su auto por demente.

—¡Tu turno! —grité a través de la música.

—¡¿Estás loca?!

—¡Sí! —me giré hacia la ventana y volví a gritar—. ¡AHHHH!

Miré expectante a Jeremy. Se rindió y abrió su ventana. Comencé a aplaudir como una niña pequeña viendo un espectáculo. Con una mano sujetó el manubrio y se acercó hacia la ventana.

—¡AHHH! —gritó, yo me reía y le animaba.

—¡AHHH! —grité con él.

Llegaré, solo hasta el umbral. No, que puedo perder.

Me atreveré, cuento un paso más. No, no soy como tú.

A un minuto de ti, voy detrás de ti. A un minuto de ti, te seguiré.

Me admiraba divertido mientras yo cantaba a todo pulmón. Sabía que lo hacía fatal, pero con tal de que él no dejara de sonreír iba a seguir pareciendo una desquiciada. Cuando logramos calmarnos le indiqué dónde estacionar. Nos bajamos en un barrio alejado del centro, íbamos demasiado elegantes y la gente se nos quedaba mirando. Recordé que yo trabajé en un local de comida rápida por esos lugares, aunque me despidieron por quebrar muchas cosas. Había un bar cerca, donde vendían una exquisita cerveza artesanal, iba allí algunas veces para huir de mi madre, el ambiente era bueno y los precios razonables.

Llegamos al lugar y nos detuvimos en la entrada.

—¿Me quieres emborrachar? —Jeremy me preguntó.

—Yo había pensado en beber algo, pero ¡hey! me gusta tu entusiasmo.

Sonrió, abrió la puerta para que yo entrara y pasamos. ¡A emborracharnos se ha dicho!

22

Nos sentamos en una de las barras del bar. La gente en su interior era, en su mayoría, jóvenes universitarios, en las pantallas de la televisión se podían ver vídeos musicales y un ligero ambiente con aroma a cigarrillos invadió mi ropa y cabello. Pero pude soportarlo, a Jeremy pareció agradarle el lugar.

—Dos jarras de cerveza —pedí—. El señor paga.

Miré a Jeremy que sonreía, él asintió. Yo tomé mi jarro con ambas manos y lo levanté, tratando de hacer un brindis.

—Por un nuevo comienzo —dije. Choqué mi jarro con el de él.

Bebimos un gran sorbo al mismo tiempo. Su cara cambió cuando terminó de beber, eso me hizo gracia.

—Hace mucho que no bebía —admitió.

—No tienes cara de bebedor.

—Tú sí —se burló.

—¡Hey!

Me sacudió el cabello. Seguí bebiendo a pesar de su intento de insulto. Algunas mujeres se acercaban disimuladamente a él, lo miraban de reojo, de vez en cuando se sentaban junto a él, pero parecía no darse cuenta.

Jeremy en verdad era un hombre apuesto, tenía un cuerpo esbelto, su rostro no era de apariencia dura, su cabello se veía suave y tenía una sonrisa deslumbrante. Además, era una buena persona, a pesar de nuestro comienzo.

—Para tener un pasado en común hay mucho que no sabemos el uno del otro —dije.

—Yo sé mucho de ti —respondió—. Te investigué.

—¿Y lo dices como si eso fuera algo normal?

Se encogió de hombros despreocupadamente. No sabía si me estaba tomando el pelo o si realmente lo había hecho.

—¿Qué averiguaste? —pregunté intrigada.

—Eras buena alumna, tenías excelentes notas, pero eras muy mala paseando perros, mala trabajando en supermercados, mala entregando volantes, mala cuidando niños, mala sirviendo comida —contaba con sus dedos cada vez que decía algo—. En resumen... debiste quedarte en la escuela.

—Idiota —dije, media molesta, media entretenida—. Sólo me iba bien porque mi madre me obligaba, y simplemente soy mala en lo que no me gusta...

—¿Y qué es lo que te gusta?

—Aún no lo sé —admití avergonzada.

—Ya encontrarás algo.

Yo asentí. Solo cuando estaba con Marcos sentía que mi vida era mejor de lo que parecía. Ahora debía buscar mi camino por mi cuenta.

—Es mi turno —hablé—. Quiero investigarte.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa estará bien...

Me crucé de brazos esperando oír a Jeremy.

—Bueno, a diferencia de ti soy bueno en muchas cosas —lo fulminé con mi mirada—. Pero a pesar de eso siento que para la edad que tengo, no he logrado mucho en mi vida. Al menos no por mi cuenta.

Ya éramos dos...

—Ya no puedo beber más —dijo al terminar su jarra y vio que yo pedía otra.

—Claro que puedes —dije—. Eres un adulto, compórtate como tal. Bebe hasta que no puedas más y verás lo orgullosos que estarán nuestros padres.

Me miró asustado.

—Creo que tienes serios problemas —confesó—. ¿Te has golpeado mucho en la cabeza últimamente?

—No eres gracioso.

—Por otro lado, tú eres todo un chiste —se burló.

—Gracias, y tú que decías que soy mala en todo.

Me puse de pie. Jeremy me siguió, pagamos lo que bebimos y nos fuimos. Observé que otras mujeres miraban a Jeremy, y me sentí feliz de que fuera mi amigo. Aunque en realidad fuera mi prometido. Y yo era su futura esposa.

Nos dirigimos a la calle. Por suerte nuestro equilibrio no se vio afectado por el efecto del alcohol, esa era una clara demostración de lo mucho que nos faltaba por beber. Jeremy se dirigió a su auto, pero lo detuve. Debía ser un copiloto responsable.

—Ni se te ocurra conducir —le advertí—. No planeo ir a un funeral ni mañana, ni pasado. No hasta que sea el mío.

—Solo vengo por mi chaqueta —abrió la puerta del auto y sacó su prenda, luego puso el seguro al auto.

Se puso a mi lado, me ofreció su brazo y caminamos pegados como una pareja normal. De pronto recordé que yo tenía que hacer algo, y había olvidado por completo a mi madre yendo por mí al museo. Saqué de mi cartera mi celular y vi más de veinte llamadas perdidas.

—¡Estoy muerta! —exclamé y me detuve.

—Y yo que pensé que no iría a un funeral pronto —respondió Jeremy.

—No es un chiste, mi madre va a matarme —dije mirando el cielo ya oscurecido.

Jeremy me quitó el celular y lo metió en el bolsillo de su abrigo.

—Puedes culpar a tu prometido por acaparar tu tiempo —me calmó.

Le agradecí. Tomé su brazo nuevamente y seguimos caminando por las calles acercándonos al centro de la cuidad.

—¿Y a dónde vamos ahora? —preguntó él, yo me sentía cómoda caminando a su lado.

—No lo sé, simplemente sigamos y veamos hasta donde podemos llegar —respondí.

Caminamos por las calles por mucho rato, la luna ya alumbraba la noche, aunque apenas eran las nueve. Se podía oír música desde distintos lugares, un ambiente festivo. Me sentía relajada debido al efecto de la cerveza. Íbamos en silencio, cada uno meditando sobre sus propios problemas.

Nos detuvimos en un lugar donde había mucha gente haciendo fila para entrar. Un letrero con luces de colores anunció el nombre del club nocturno, la gente parecía llevar tiempo esperando entrar, llevaban disfraces llamativos y accesorios de fiesta. Jeremy me miró cuando nos detuvimos frente al lugar, me fascinaba pensar en la fiesta que habría al interior.

—¿Vamos? —me preguntó.

—Pero está lleno, ¿quieres hacer esa gigantesca fila?

—No es necesario —me dijo guiñando un ojo.

Me sentí algo perturbada, pero ilusionada a la vez por su nueva faceta llena de confianza.

—¿Y disfraces? —pregunté.

Se quedó pensando y miró a su alrededor buscando algo, de pronto sonrió.

—Ven.

Tiró de mi mano y me hizo correr. Yo llevaba zapatos de tacón y me costó seguirle el ritmo, me cansé después de dos cuadras. Prácticamente fue él quien me llevó a rastras todo el momento.

—Creo que... sí debí dejarte... conducir —le dije tratando de respirar.

Nos detuvimos frente a un supermercado de variedades asiático que parecía vender de todo, y que estaba a punto de cerrar, pero nos dejaron entrar.

—No tenía idea que había lugares así —dije.

—¿Es que acaso no vives aquí?

Di grandes respiraciones para recuperar mi oxígeno perdido y pensar con claridad.

—Sí, pero no salgo mucho... por estos lados —respondí con la voz entrecortada—. Y menos a correr... —diciendo eso último lo fulminé con la mirada.

—Pareces una abuelita.

Se burló y se adentró en los pasillos sin esperarme. Lo habría golpeado si no hubiera estado tan cansada. Él interior del supermercado era luminoso, por todos lados vi cámaras de seguridad, los empleados se veían aburridos, el lugar estaba prácticamente vacío. Me costaba caminar con los tacones, sentía que unas heridas pequeñas habían aparecido en mis pies.

—¿Te duelen? —preguntó Jeremy cuando me vio llegar a su lado haciendo muecas de dolor.

—¿Tú qué crees? —me quejé—. ¿Alguna vez has corrido con siete centímetros de tacón en tus pies?

Jeremy me llevó a la sección de calzado, había unos hermosos zapatos que costaban menos de un tercio que mis propios zapatos. Solía comprar ropa de segunda mano, pero no desde que había vuelto a vivir con mi madre.

—No creí que vinieras a lugares así —comenté.

Su ropa lucía incluso más costosa que la que yo solía usar, su reloj se veía de oro y sus zapatos recién sacados de un catálogo de hombres.

—Siéntate —ordenó sin responderme.

Me senté en una de las sillas sin quejarme, Jeremy se acercó a mí con un par de zapatillas negras y me las entregó.

—Póntelas.

Me aseguré de que fueran la talla correcta, me quité mis tacos sintiendo un gran alivio, luego me puse las zapatillas. Eran cómodas y sentí que podría correr con ellas fácilmente, tomé mis zapatos y los quedé mirando.

—Tíralos a la basura —dijo él leyendo mi mente.

—No puedo hacer eso.

—¿Te importan unos zapatos? —preguntó—. Solo es algo material.

Se alejó y se perdió entre los pasillos, lo seguí con mis zapatos en las manos. Él tenía razón, solo eran zapatos, mi madre podía comprar y reemplazarlos fácilmente, no debían importarme.

Encontré a Jeremy en el pasillo de los disfraces y accesorios de fiestas. Tomó unos sombreros de pirata y me pasó uno. Me lo puse y le sonreí.

—¿Cómo me veo? —le pregunté.

—Te queda bien —dijo riendo y me lo acomodó.

Encontramos unos parches de pirata para complementar nuestros looks, en el pasillo de niños encontramos una espada de juguete y yo en la sección de peluches encontré un loro verde perfecto para mi look. Caminando por otros pasillos encontré un montón de pelucas de todo tipo, siempre había querido ocupar una para fingir ser alguien más. Tomé una de cabello largo color rubio y me la puse frente a un espejo ocultando mi cabello real. Me veía divertida, pero no me quedaba mal.

En la sección de ropa interior y encontré un corsé negro con cintas rojas que le quedaba como anillo al dedo a mi estilo pirata. Jeremy me estaba esperando en la caja para pagar, después de hacerlo y de botar mis zapatos, me cambié de ropa y me puse otra vez la peluca. Jeremy me miró sorprendido cuando reaparecí transformada.

—Si no te conociera te invitaría a salir —se burló.

—No trates de ofenderme, sé que me veo espectacular. Y tendrías suerte si yo aceptara salir contigo —contraataqué su burla.

Esa vez corrimos más rápido, las zapatillas dolían menos que lo tacos. La fila del club seguía siendo larga. Jeremy tomó mi mano y nos dirigimos a lo que parecía ser una entrada privada. Jeremy habló con el guardia de esa puerta y el sujeto asintió, no logré escuchar lo que se dijeron. Luego de registrarnos abrieron la puerta y nos dejaron entrar, yo estaba alucinando. Jeremy es un genio.

El interior de club era aturdidor. Muchas luces, gente elegante y disfrazada, mucho alcohol y música electrónica, máquinas de humo y burbujas, luces fluorescentes y muchos sectores privados. Una sensación de emoción empezó a recorrerme, incluso mis latidos se habían sincronizado al ritmo de la música.

Seguí a Jeremy mientras el tiraba de mi mano para avanzar entre la gente, encontramos un lugar apartado por el sector V.I.P donde el ambiente era más relajado. Debía admitir que a las únicas fiestas a las que había asistido hasta ese día habían sido a mi graduación de la escuela, a las despedidas de solteras y a las bodas. Y ninguna de esas fiestas se comparaba con esa. Ni las elegantes reuniones de mi madre lograrían ser así de buenas en un millón de años, no solo por el exceso de alcohol, sino porque esa fiesta era realmente divertida.

Nos sentamos en los sofás de cuero y nos quitamos los abrigos, Jeremy guardó nuestros teléfonos en su pantalón junto a su billetera. Fue a comprar unos tragos y luego volvió a sentarse conmigo. Me entregó un vaso verde luminoso. Yo lo quedé viendo raro. Ya sabía lo que pasaba cuando bebía en exceso, pero de todas formas me asustaban los líquidos extraños como ese.

—¿Qué es esto? —le pregunté. Mejor dicho, le grité, ya que la música estaba alta.

—No lo sé —se rio y se acercó hasta mi oído para poder oírlo con claridad— Pero lo averiguaremos.

Levantó su vaso y lo chocó con el mío. Nos miramos a los ojos sin decir nada y al mismo tiempo bebimos el extraño líquido del vaso. Conectados, cada uno se lo bebió hasta el fondo. La garganta me ardió como si hubiera bebido fuego, comencé a toser, pero terminé riendo, al igual que él. Las burbujas de la máquina comenzaron a rodearnos y como niños pequeños comenzamos a atraparlas, mientras el líquido verde hacía su efecto.

Jeremy volvió con una bandeja llena de los mismos tragos, pero en diferentes colores: rosado, rojo, azul, amarillo, morado. Los bebimos uno por uno, compitiendo por quién terminaba el vaso antes que el otro y viendo si lográbamos hacer un arcoíris en nuestras bocas.

Cuando ya estamos más que mareados por los tragos, nos movimos a la pista de baile. No sabía

si Jeremy tiraba de mi cuerpo para sostenerme o sostenerse a sí mismo, pero no nos importó el motivo. Éramos dos personas bailando sin ninguna vergüenza. Él ponía sus manos en la parte baja de mi espalda, y yo jugaba con el cuello de su camisa mientras cantaba a todo pulmón mirando las luces del techo. Nuestros torsos se rozaban y la fricción de las prendas me provocaba calor, estaba cómoda y feliz. No nerviosa ni temerosa.

Nos balanceábamos a un ritmo totalmente erróneo al de los demás, pero lo disfrutábamos. Sentí que las horas pasaron rápidamente. En un momento todo se puso borroso, y de pronto ya no fui capaz de ver nada más.

23

¿Es de día? Creo que sí. Pero, ¿dónde estoy?

Sentí un *déjà vu*. Comencé a moverme, reconocí una cama bajo mi cuerpo, me aseguré de tener la ropa puesta, y así fue. Suspiré aliviada.

Busqué una forma de moverme y salir. A mi lado estaba Jeremy roncando profundamente, supuse que era él porque llevaba la misma ropa del día anterior. No reconocí la habitación. Me levanté y abrí una de las puertas al azar: era el baño y entré. Me causó risa ver que aún llevaba las zapatillas puestas, la peluca seguía en mi cabeza, pero totalmente desordenada. Mi maquillaje estaba corrido, me lavé la cara y me sequé con una de las toallas que colgaban. Me quité la peluca y solté mi cabello.

Mi aliento olía a alcohol y di gracias al techo cuando encontré enjuague bucal en el gabinete, mi estómago crujió y rogué porque fuera de hambre y no por el efecto arcoíris intentando escapar.

Volví a la habitación, Jeremy seguía inconsciente. Busqué mi chaqueta por algún lado. Abrí la otra puerta y me encontré con un salón de lujo. Solo un hotel podía ser así de elegante. Había un televisor de pantalla plana, tomé el control remoto para encenderlo. Agradecí no haber despertado con dolor de cabeza ni mareos. Jeremy abrió la puerta y entró al salón a los minutos, su rostro seguía siendo atractivo después de toda la noche. Qué envidia ser él. Se sentó junto a mí en uno de los sillones.

—Anoche... ¿nosotros no...?

Comenzó a decir tímidamente.

—No recuerdas nada, ¿cierto? —me burlé.

—Claro que recuerdo —respondió—. Solo pregunto para ver si tú recuerdas...

—Entre nosotros no pasó nada, tranquilo —dije. Con el control remoto cambié los canales en la televisión—. Pero no tengo la menor idea de dónde estamos.

Jeremy miró a su alrededor. Se recostó en su lugar y cerró los ojos.

—Estamos en el Hotel Dorado —dijo—. Suelo hospedarme aquí cuando vengo de visita, para huir de mi padre más que nada.

Eso me alivió un poco. Al menos seguíamos dentro del país, o de la región. Puse el televisor en un canal local donde estaban dando un matinal. La imagen me llamó la atención. Le subí el volumen para oír lo que decían.

—¿Qué es eso? —Jeremy miró el televisor con intriga.

—“Estamos afuera del hotel donde actualmente se hospedan Jeremy Ortiz y Celeste Errázuriz, los protagonistas del escándalo de hoy. Algunos periodistas se han juntado en las entradas del hotel para esperar a la futura pareja. Anoche fueron vistos en una fiesta y fotografiados por paparazis, debido a un escandaloso vídeo. Se rumorea que la empresa Cielo Celeste actualmente cuelga de un hilo y este podría ser su punto de culminación...” —anunció la periodista. No quise seguir oyendo, le bajé al volumen.

Jeremy se puso de pie y se acercó a la ventana. Luego me miró.

—Están abajo.

—Estamos muertos... —murmuré.

Jeremy sacó de su pantalón mi celular, estaba sonando con la horrenda canción que anunciaba el fin de mi vida.

—Es tu madre.



Marcos y yo llevábamos una semana viviendo juntos y mi madre ya había perdido contacto conmigo. Ella se había molestado mucho cuando se enteró de que me iba a vivir con él, pero yo creía que se debía más que nada por lo que hablarían de ella. Su hija se fue a vivir con su novio sin casarse, dirían, porque aún creían que estamos en el siglo pasado.

Marcos estaba trabajando mucho, principalmente para poder reunir nuestras cosas, por ahora solo teníamos una cama, la cocina, el refrigerador y una pequeña televisión. Yo también había conseguido un trabajo de medio tiempo para ayudar. No quería usar el dinero que me había dejado mi padre. Comíamos en el piso, lo cual era muy divertido. Pedíamos mucha comida rápida, ya que aún me daba miedo cocinar, sabía hacerlo, pero no quería quemar nuestro departamento antes de que pasara un mes. Abrimos una cuenta de ahorros juntos para compartir los gastos y reunir más dinero.

Miraba constantemente el celular, aun teniendo un poco de esperanza de que ella quisiera llamarme, entendía que no quisiera verme, pero no querer saber si estaba bien era ser orgullosa.

—¿Extrañas tu casa? —preguntó Marcos.

Se acercó a mi lado y me abrazó por la espalda, afirmando su cabeza sobre mi hombro. Yo sonreí.

—¿Estás loco? —respondí—. No podría estar mejor.

—Yo quería tenerte solo para mí —me dijo al oído.

—Pues, lo lograste —me volteé y lo miré—. Aquí me tienes.

Lo besé.

Esa tarde decidí hacer algo diferente. Busqué en mi teléfono una receta para cocinar un queque. Compré los ingredientes y me puse a cocinar. Al principio todo era fácil, seguí las instrucciones. Marcos me molestaba en la cocina: me tiraba harina y metía sus dedos en la mezcla, traté de ignorarlo para hacerlo bien. Metí el recipiente en el horno y comencé mi venganza.

Me acerqué a Marcos con mis manos llenas de harina y lentamente la esparcí por su rostro. Me reí tanto que tuve que apretar mi estómago para poder respirar, él se acercó a la cocina y con sus manos tomó más harina, se acercó sensualmente a mí.

—¡Ni se te ocurra! —le advertí.

Me seguía riendo y cuando él se acercó comencé a correr, lo bueno de tener un departamento casi vacío era que había mucho espacio para correr. Cuando me atrapó pasó sus manos por mi cara, haciendo que me entrara harina en la boca y en la nariz. Después de eso me besó. Traté de calmarme para dejar de reír, nos peleamos el baño para limpiarnos y pasamos de estar llenos de harina a estar mojados. De pronto mi celular comenzó a sonar.

Lo tomé y contesté. En ese entonces no tenía el característico tono de llamada para anunciar a mi madre.

—¿Aló?

—¿Celeste? —era su voz.

—Hola, mamá —respondí sorprendida.

Marcos me miró riéndose y puso cara de susto cuando me escuchó hablar con mi madre.

—¿Cómo estás?

—Muy bien —respondí—. ¿Y cómo estás tú?

—Bien, te llamaba para saber si has hablado con tu hermana... no me ha respondido el teléfono y estoy preocupada.

—¿Me llamas para saber de Annie? —respondí dolida.

—¿No han hablado? —insistió ella.

—No, estoy un poco ocupada ahora —dije fríamente—. Colgaré.

Sin que me dijera algo le corté la llamada. Marcos me miró serio, se acercó a mí y me acarició la espalada.

—Estoy bien —le dije sin que él tuviera que preguntar.

Era de esperarse. No importaba, yo de verdad estaba bien y seguiría estándolo. No dejaría que mi madre arruinara mis momentos de felicidad.

Marcos puso cara de asco, yo me reí.

—¿Y ese olor? —preguntó.

Comencé a olfatear, algo olía mal. Miramos hacia todos lados y de pronto recordamos.

—¡El queque! —dijimos al mismo tiempo.

Me acerqué al horno de la cocina y abrí la puerta. Un humo negro y gris comenzó a salir de su interior, Marcos apagó el fuego y quedamos mirando nuestra obra de arte.

—Se quemó —dije tristemente.

Marcos comenzó a reír. Yo lo miré molesta, le di un empujón, pero siguió riendo, finalmente me contagió. Con él, aunque las cosas salieran mal podía seguir riendo.

24

El celular sonaba y sonaba sobre la mesa en el centro del salón principal. Con Jeremy nos mirábamos a cada rato, luego al celular y luego a la televisión. De pronto el celular de Jeremy comenzó a sonar, él lo sacó, lo miró y lo dejó junto al mío en la superficie de cristal. Ambos vibrando a diferentes ritmos.

—Es mi padre.

—Ja. Es una reunión familiar —solté en broma para aliviar la tensión. No pareció servir de mucho.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —respondí—. ¿Tan terrible fue lo que hicimos anoche?

—Si lo supiera te lo diría.

Tomé mi celular y corté la llamada, puse el modo no molestar y entré en internet con la señal del hotel. Busqué mi apellido en Google para ver qué aparecía.

En la primera página había unas fotos, donde se mencionaba el nombre de Jeremy. No entendía cómo habían podido reconocerme si llevaba una peluca, pero seguí buscando. Encontré fotos de nosotros bebiendo, bailando, y de pronto una foto mía sobre una mesa. Abrí los ojos como plato. Estaba de pie sobre una de las mesas y llevaba un micrófono en la mano. Nada bueno podía salir de mi ebria con un micrófono.

—Ay, no —murmuré.

Más abajo había un vídeo. Oprimí reproducir y me arrepentí. Estaba de nuevo sobre la mesa, la música de fondo y yo cantando fuerte, muy desafinada. La gente cantaba a coro junto a mí. Me dio vergüenza seguir viendo, Jeremy me quitó el celular y se puso a ver.

—Esto no es tan terrible, la gente siempre lo hace... —se quedó viendo, yo escuché su voz en el vídeo— Oh, oh.

—¿Esa es tu voz? —pregunté.

Me acerqué a él a pesar de la vergüenza y continuamos viendo el celular juntos. Desde el otro lado del vídeo se escuchaba la voz de Jeremy, como si él estuviera grabando.

“¡Hey Celeste!”, gritaba Jeremy en el vídeo. “Muestra lo que le quité a Marcos”.

Yo miré al Jeremy junto a mí, su cara se encendió y ardió como un tomate. Ya era hora de que no solo yo ardiera de esa forma.

Seguimos viendo el vídeo. Yo, sobre la mesa, comencé a quitarme la chaqueta al ritmo de la música. Los micrófonos ya eran una mala combinación junto a mí, más si nos mezclaban con alcohol, pero también debía agregar a la lista las mesas. Después de quitarme la chaqueta en el vídeo me quité el sombrero de pirata y luego el parche, mientras la voz de Jeremy gritaba que me quitara algo más.

—Eres un pervertido —le recriminé.

—Lo siento —se veía arrepentido.

Luego la cámara del celular se enfocó en el rostro de Jeremy porque decidió grabarse a sí mismo antes de cortar la grabación. Ambos quedamos petrificados.

—Entonces... —comencé a decir—. ¿Tú lo subiste a internet?

—No lo recuerdo —admitió.

Parecía más asombrado que yo. Tomé nuevamente el teléfono. Debajo del vídeo había una pequeña descripción, yo leí en voz alta:

—Para mi madre, para el padre de Jeremy, para Marcos y para la ex de mi prometido, Hana —dije, luego miré a Jeremy—. Yo lo subí...

—¿Qué?

—Tú lo grabaste... y yo lo subí.

Después de entender Jeremy empezó a reír, por algún motivo yo también.

—Ahora ambos estamos muertos —dijo sin parar de reír. Fue como sacarnos un peso de encima, por unos segundos.

Apagué el televisor, ya no podía oír o ver más lo que decían. Tampoco es como si hubiéramos hecho algo tan grave, yo no llegué a desnudarme públicamente así que no me sentí mal.

Quité el modo no molestar de mi celular, en algún momento mi madre dejaría de llamar. Debíamos pensar en cómo saldríamos del hotel sin ser vistos. Mi celular sonó rápidamente al minuto y yo me estaba enojando porque ya había pasado el mediodía y no había comido nada. Tomé el aparato y me sorprendí al ver que era Marcos quien llamaba.

—¿Aló?

—¿Dónde estás? —me asustó su tono de voz.

—¿No lo sabes? —pregunté curiosa.

—Sí lo sé —respondió—. Pero ¿en qué piso estás?

Miré a Jeremy y le hice señas.

—¿Qué piso es este? —le murmuré.

Me dijo el número con los dedos y luego volvió a mirar su celular.

—Estoy en el sexto piso —respondí a Marcos.

—¿Habitación?

Volví a preguntarle a Jeremy.

—La 601 —respondí.

—Voy para allá.

Y colgó. Jeremy me quedó viendo, yo no entendí bien lo que sucedía.

—Era Marcos —mencioné—. Dice que viene para acá.

—¿Para acá? —preguntó sospechoso.

A los minutos llamaron a la puerta de la habitación. Abrí y allí estaba Marcos, mirándome como siempre solía hacerlo. Pensé que estaría molesto, pero parecía preocupado. Rápidamente entró sin decir nada y cerró la puerta. Quedó mirando a Jeremy, que estaba de pie, lo saludó con un sutil movimiento de cabeza desde lejos y luego se dirigió a mí.

—Voy a sacarte de aquí.

—Pero es imposible salir sin que me reconozcan.

—No si te disfrazas.

—¿Disfrazarme? —pregunté.

Marcos me pasó la mochila que traía. La abrí y en su interior había ropa; una camiseta negra un poco vieja, unos jeans gastados y una chaqueta de cuero que yo solía amar.

—Vas a disfrazarte de ti —indicó.

Acepté. Fui al dormitorio y me cambié de ropa. Me hice un peinado para esconder mi cabello y me limpié la cara, aún me quedaba algo de maquillaje corrido. Salí de nuevo al salón donde Marcos y Jeremy miraban, en un incómodo silencio, la televisión.

—Lista —dije.

Ambos me miraron y sonrieron. Supuse que les alegraba ver a la verdadera Celeste. Noté que Marcos también estaba vestido informalmente, él miró a Jeremy y le dijo en tono serio:

—¿Puedes hacerles creer que dormiste solo en el hotel?

Jeremy me miró, como si quisiera preguntarme algo que no se atrevía en voz alta. Yo quería decirle que a pesar de todo había disfrutado mi noche con él. Esperaba que mis ojos fueran capaces de transmitirle eso. Jeremy asintió sin decir nada más. Marcos se puso de pie y abrió la puerta, tomé mi celular y salí tras Marcos al pasillo del hotel.

—Vamos a bajar por una de las salidas de emergencia. Conozco este hotel, trabajé aquí hace años.

Al final del pasillo había una puerta, la abrió y vi unas escaleras. Bajamos y llegamos hasta el subterráneo del hotel. Marcos me puso un jockey sobre la cabeza y tomó mi mano, miró para todos lados para asegurarse de que no hubiera periodistas. Me guio hasta un auto y me hizo entrar en la parte trasera, dio la vuelta y entró junto a mí.

—Vamos —le dijo al chófer y este le hizo caso.

Salimos del subterráneo y nos alejamos del hotel dejando atrás a los periodistas. Sentí un gran alivio, pero luego la vergüenza inundó mi mente. ¿Qué hice en mi vida pasada para merecer esto?

***

Marcos me llevó hasta casa. Hicimos todo el recorrido en silencio, cuando el auto se detuvo en la entrada ambos bajamos.

—Gracias —solté finalmente.

—No hay de qué.

Puso una amable sonrisa, aunque yo estaba agotada y no sentí nada al tenerlo tan cerca. Me alegraba estar libre de los periodistas, pero sabía que en el interior de la casa estaba mi madre esperándome. Debe tener un cuchillo en sus manos, lista para matarme.

—Ya debo entrar. Chao.

Y dando media vuelta me dirigí a la casa. Antes de entrar di un profundo respiro y abrí la puerta. La casa se sintió vacía, en total silencio, caminé por los pasillos, pero no había pistas de mi madre. Sabía que debía estar en su oficina. Si moriré será mejor que sea luego, pensé.

Toqué la puerta de su oficina, cuando ella respondió entré. Estaba sentada en su escritorio como si nada, y me pareció muy sospechoso.

—¿Te la pasaste bien anoche? —preguntó.

Ni siquiera se dignó a mirarme. Puse los ojos en blanco, estaba actuando de manera infantil. Solo le falta hacerme la era del hielo. No respondí.

—Espero que sí —siguió ella y tras una pausa comenzó su ataque—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Me miró. Dejó de lado todo lo que tenía en sus manos, se puso de pie y caminó hacia mí.

—En solo una noche, por unos tragos, arruinaste lo que he tratado de reparar. Nuestra reputación.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No quise mostrarme débil frente a ella, pero la culpa me consumía. Se dio media vuelta, y yo me compuse aclarando mi garganta.

—No... —comencé a decir—. Lo siento, pero no fue mi intención, yo... Yo no quise.

—¿Te vieron al salir del hotel?

Preguntó ignorando por completo mis palabras.

—No.

—Ahora tendremos que hablar con Ortiz, recemos para que no cancelen el compromiso. Los accionistas deben estar furiosos —comenzó a mover todo en su escritorio—. Gracias a Dios tu padre no está aquí para ver esto.

—No es para tanto —dije—. No cometí un crimen.

Me miró seriamente. Cierra la boca, Celeste. Calladita te ves más bonita.

—¿Y crees que lo que hiciste fue una gran hazaña? —preguntó—. Por supuesto que es serio. Ustedes, Jeremy también, deben actuar al nivel que se les pide. Son los herederos de familias respetables, los próximos dueños de un prestigioso legado, y de una inmensa fortuna. ¿Qué clase de seriedad demuestran tus acciones?

Mi seriedad: nivel payaso de micro.

—Al menos Marcos hizo bien su trabajo —comentó—. Un gran escándalo se hubiera formado si hubieras sido vista saliendo del hotel junto a Jeremy.

Ni que viviéramos en el siglo pasado, pensé.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunté.

Me miró con culpa, y entonces entendí todo. Miré el techo suspirando, no me podía creer hasta donde llegaba mi realidad.

—Mi madre dejó de lado su orgullo. ¡Qué milagro!

—Tus comentarios irónicos no me hacen gracia, Celeste.

—¿Fuiste tú? —pregunté—. ¿Le pediste a Marcos que fuera por mí?

—Tuve que. A mí no me haces caso, solo a él aceptarías. Eres terca, pero predecible.

—No tienes derecho —mi rencor comenzaba a salir—. No puedes actuar como si me conocieras, tú no sabes nada de mí. Y no me arrepiento de nada, volvería a hacer lo que hice. Me emborracharía las veces que quisiera, y me iría de la casa mil veces con tal de fastidiarte. Lo único que me mantiene acá es mi padre, a ti nada me une.

Diciendo aquello arranqué, sin darle oportunidad de agregar algo más. En mi cuarto me quité la ropa, que en algún momento había sido como mi propia piel. Traté de no pensar en nadie, mucho menos en Marcos. Pensar en él creando planes con mi madre me asqueaba.

Me metí en la tina para relajarme, pero no pude evitar sonreír al recordar la noche anterior. Todas las cosas que hicimos; las que recordaba y las que no. Me esforcé por recuperar un poco más de esos momentos. La fiesta y los tragos. Bailamos, luego pusieron música romántica. Me subí al escenario y quité un micrófono. Fui donde Jeremy, cantamos y él me subió sobre una mesa. Luego de que me quitara parte del disfraz, quedando con el corsé y mi pantalón, salté cayendo sobre Jeremy, o mejor dicho lo aplasté, quedando a escasos centímetros de su rostro.

Luego nos subimos a un taxi y allí subí el vídeo a mis redes sociales.

Llegamos al hotel, nos metimos en el ascensor bailando aún al ritmo de música que ya no sonaba, entramos a rastras a la habitación y nos reíamos de todo como dementes, incluso del florero que casi se cae con nuestra llegada y la señora estirada del pasillo que nos retó por el escándalo.

No sabía si yo lo llevaba a él, o él a mí. Nos dejamos caer en la cama, y nos quedamos charlando. No recuerdo exactamente sobre qué cosas, pero sabía que eran importantes. Las luces estaban apagadas. Nuestras manos se tocaron, me acerqué a su cuerpo, cerré los ojos y...

Cuando menos me lo esperé él estaba sobre mí, con decisión en sus ojos, pero con temor a

cometer un error. Reconocí esa mirada porque la veía constantemente en el espejo. Me atreví a susurrarle que estaba bien y le acomodé el mechón de su frente, rozando su piel con nerviosismo, atreviéndome a tocarlo y descubriendo que hace bastante necesitaba hacerlo. Eso fue todo lo que él necesitó.

Acercó sus labios a los míos mientras rodeaba con sus brazos mi espalda baja, apretándome más a su torso. Pude sentir la calidez, o mejor dicho el ardor, de su cuerpo a través de la tela de su camina. Era muy sólido, y aunque siempre tuve claro que era delgado su cuerpo me ocultaba por completo, y mis brazos no alcanzaban a cubrirlo. No esperaba que sus labios fueran tan suaves, siempre los traía serios, pero eran blandos y estaban dulces por los tragos que habíamos bebido. El aliento de ambos atravesó la boca del otro. Pasó sus labios por mi mandíbula para acariciar ese sector, dejando un camino de calor por sobre la piel y de pronto puso su cabeza sobre mi pecho, y se quedó allí respirando, en silencio. Acaricié su cabello unos minutos. Fue algo tan íntimo, y se sintió tan bien, natural.

Cuando me di cuenta, él ya estaba roncando.

Salí de la tina incapaz de soportar la sensación que me provocaba ese recuerdo y me envolví en la toalla. Entré en mi cuarto y di vueltas sin parar. Estaba nerviosa y excitada y sorprendida. No podía dejar de ver su boca al cerrar los ojos.

25

No entendía cómo podía seguir con mi vida después de cada desastre, pero por alguna razón todo volvía a la normalidad. El escándalo solo me dio una hoja en el periódico local, no fue suficiente para cancelar el matrimonio. Mi madre hizo como si nunca hubiéramos tenido esa conversación. Con el señor Ortiz llegaron al acuerdo de que ahora comenzarían efusivamente con los preparativos del matrimonio. Yo seguí yendo al trabajo con toda la normalidad.

Lo bueno era que Marcos no mencionaba el tema, porque debíamos seguir en contacto, después de todo era su jefa. Y Jeremy parecía amnésico, y yo fingí lo mismo.

Hablé con el representante de Marcos, él no se opuso a la muestra de arte que yo quería preparar. Hablé con otros pintores, Jeremy me estaba ayudando a organizarlo. Cuando le comenté la idea que tenía se sorprendió y me dio la oportunidad de llevarlo a cabo. No volvimos a mencionar la fiesta.

Nos reunimos en una de las galerías del museo: Jeremy, Marcos, otros dos artistas y yo. El ambiente se sentía algo tenso.

—Este será el lugar de la exposición —me explicó Jeremy—. ¿Qué te parece?

—Es espacioso, aunque lo encuentro desabrido —admití.

Miré las paredes que me rodeaban. Todas eran blancas y grises, me hacían pensar en depresión. En mi mente tenía una idea mucho más viva. Jeremy rio.

—El lugar es tuyo —me dijo—. Si quieres puedes remodelarlo, pintar paredes, poner luces, lo que quieras.

—¿En serio?

Él asintió y sentí cosquillas de emoción en el estómago. Al fin alguien me trataba con dignidad.

—Ya debo irme. Ahora tú mandas.

Me dio un beso en la mejilla y sentí una calidez en mi piel, fue inevitable no recordar el beso que supuestamente ambos habíamos olvidado. Cuando él desapareció me quedé hablando con los artistas, me dirigí a todos por igual, incluso a Marcos le hablé formalmente. Les pedí que me mostraran sus proyectos, casi todos eran bosquejos. Los colores e imágenes que me mostraron me ayudaron a inspirarme. Después de eso se fueron, excepto Marcos, él se quedó un rato más.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

Yo estaba anotando un montón de ideas en mi libreta, Jeremy había dejado algunos elementos en una mesa. Estaba tomando las medidas de las paredes, los espacios y el techo. Era entretenido. Miré a Marcos y le sonreí.

—No es necesario, puedes irte si quieres.

Se asombró, pero se quedó en su lugar. Creo que incluso yo me sorprendí de lo que había dicho. Cuando terminé me ayudó a ordenar y a cerrar todo.

—De verdad, no tenías que quedarte —admití.

—Estaba libre.

Después de salir del museo mi celular sonó. Marcos rio al escuchar la típica canción que anunciaba la llamada de mi madre, yo contesté.

—¿Ya terminaste?

—Sí, voy en camino —tras entregar un par de indicaciones colgó.

Miré a Marcos y puse una mueca.

—Ya debo irme.

—Chao —se acercó a mí y me dio un suave beso en la mejilla, exactamente donde Jeremy había dejado su beso.

En casa había más gente de lo normal. Mi madre estaba sentada en el gran sillón del salón principal, a su lado había dos señoras, y Annie. Cuando mi hermana me vio llegar se acercó a abrazarme.

—¿Qué sucede? —le pregunté—. ¿Qué haces aquí?

—No podía dejarte sola en esta tortura —dijo sonriente.

Yo no entendía de qué hablaba. Las mujeres se pusieron de pie y mi madre me saludó, de inmediato acomodó mi ropa.

—Hija, te presento a Margaret y Amber —cada una me saludó—. Ellas serán las encargadas de organizar la boda.

Mi madre se emocionó y entendí a qué se refería mi hermana.

—Hemos desocupado nuestra agenda especialmente para ti —comentó la mujer cuyo nombre era Amber.

—Qué emoción... —dije con voz aguda, sonriendo hasta que dolieran mis mejillas.

Intenté sonar emocionada, pero Annie se rio y eso me delató. Las mujeres hablaban un montón, yo apenas escuchaba, aunque supuse que se trataba de arreglos florales, banquetes, música, vestidos.

—¿Y las damas de honor? —preguntó mi madre.

Miró en mi dirección. Había olvidado por completo que debía buscar damas de honor, pero yo no tenía amigas solteras en ese momento. Quizás podía arrendar a algunas...

—Aún no tengo la confirmación —mentí—. Estoy en eso.

—Necesitamos todo lo antes posible para que salga perfecto... —siguió hablando Margaret, yo seguí sin escuchar.

Luego nos movimos a uno de los salones de té, sin entender bien para qué. Cuando se dirigían a mí, yo sonreía y asentía. En el salón esperaban dos mujeres más. La habitación se había transformado en un centro comercial y estaba llena de mostradores con vestidos colgando. Vestidos de novia.

—Esto es una locura —murmuré.

Annie alcanzó a oírme, me dio una palmada en la espalda en señal de apoyo. Todas comenzaron a buscar vestidos entre los más de cincuenta que había. De todos modelos y tonalidades de blanco, que a mi vista eran iguales, pero para las expertas eran muy distintos.

Me acerqué a algunos y los miré por mera curiosidad. Ninguno hacía que me enamorara. Feliz me casaría con unos jeans, pero mi madre necesitaba lo extravagante para estar satisfecha. Todas tomaron modelos, me metieron detrás de un vestidor casi a la fuerza e hicieron que me los probara. Fue una eternidad. Unos eran tan ajustados que apenas respiraba. Mi madre ponía unas caras que eran de espanto, al parecer había subido algunos kilos. Al salir con un nuevo modelo extravagante de vestido, Annie se reía por lo bajo, pero yo veía su cara.

—Es la última opción —me dijo una de las asistentes y me pasó el vestido que quedaba en la habitación y que nadie había escogido. Parecía ser el más sencillo.

—Podemos traer otros modelos, tenemos más opciones —mencionó Margaret para calmar a mi madre.

Yo sentí que llevaba una vida entera probándome cursilerías. Volví a esconderme tras la cortina. Al menos no tenía un espejo para ver lo horrenda que lucía. Ese vestido era blanco, aunque para mí, todos lo eran. No sabía que trataba de insinuar mi madre, pero de santa virgen yo no tenía ni un cabello. El modelo era con encajes, lo que me hacía sentir como una abuelita, era largo pero ajustado en el torso, caía suelto por la espalda con una cola pequeña. Al menos este no era inflado como un pastelito. Tenía detalles brillantes en la cintura y las mangas me dejaban al descubierto los hombros.

Me sorprendí cuando entró perfectamente. Incluso sentí que mi estómago inflado había desaparecido cuando me cerraron el vestido. Abrieron la cortina y me miraron, salí y me acerqué al espejo. Honestamente, no estaba espantosa.

Miré a mi madre, ella tenía una expresión que no logré descifrar. Annie al menos no se rio, parecía buena señal.

—¿Está mal? —pregunté.

Una de las asistentes se acercó y me rodeó acomodando algunas cosas.

—No parece que tengamos que hacerle modificaciones.

—Es perfecto —exclamó mi madre.

—Pareces… una novia —dijo Annie.

Puse los ojos en blanco. Me miré otra vez, pero seguí sin encontrarle la gracia. Seguía siendo yo la del espejo, solo que con un costoso vestido de novia. La segunda asistente me arregló el cabello, me trataron como si fuera un maniquí. Me pusieron un collar que parecía de diamantes, unos aros que pesaban y un velo.

Volví a mirarme en el espejo. Me reí de nervios. Sabía que esa chica con mi rostro se veía ridícula. Mi madre parecía estar sollozando, yo me asombré de lo que lograban unos accesorios y un poco maquillaje. Pero la verdad es que la mona sigue siendo mona, con vestido o sin él.

***

Después de que las fanáticas locas por las bodas se fueron me escondí en mi cuarto, el vestido de novia colgaba impecable en mi vestidor. De pronto me entraron unas ganas de destrozarlo, lanzarle pintura o cortarlo en pedacitos. Pero me controlé.

Tomé mi celular y marqué el número de Jeremy. Sonó tres veces y luego él contestó.

—¿Aló? —escuché su voz.

—Se nos está acabando el tiempo —dije.

—¿También te han torturado hoy?

—¿A ti también?

Se rio, su risa era extraña, no parecía de las personas que rieran mucho, y cuando lo hacía por alguna razón me recordaba al niño que fue, cuando reía conmigo.

—Mi padre me ha llevado a comprar el traje para la boda.

—Al menos lo tuyo es más sencillo —me tiré en la cama, sufriendo internamente—. Yo me probé un montón de vestidos y los odié todos.

—Tranquila, ya pensaremos en algo.

—De hecho, ya tengo una idea —dije.

—Cuenta conmigo —dijo sin dudarlo, y su confianza hizo que me quedara sonriendo embobada hasta que colgó la llamada.

Me acosté a dormir, puse la alarma como cada noche y cerré los ojos. Cuando la alarma sonó me levanté, tomé desayuno y me fui a trabajar.

Siempre que entraba en las oficinas la gente me miraba como si quisieran saludarme, pero dudaban. La única que me saludó fue la secretaria de la entrada, cada vez que pasaba frente a ella tenía que mirar la credencial que llevaba en su chaqueta. No era buena memorizando nombres.

—Buenos días, señorita Celeste.

—Te he dicho que no me llames así —le respondí al pasar.

—Lo siento, Celeste.

Su credencial decía Clara. Me devolví hasta donde ella estaba, que al verme me sonrió.

—¿Necesitas algo?

—De hecho, sí —respondí— Sé que esto puede sonar raro, ya que no somos tan cercanas, pero necesito que me hagas un favor.

—Por supuesto, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Serías mi dama de honor?

Me llegó a dar un poco de vergüenza. Yo nunca pedía favores a la ligera, menos a alguien que apenas conocía. Se me hacía incómodo y penoso.

—¿De verdad? —se sorprendió.

Yo asentí.

—Claro que puedo.

—Muchas gracias, de verdad te deberé un favor muy grande.

Luego me fui a la oficina donde Jeremy ya estaba en su escritorio trabajando, como siempre. En cuanto me vio entrar sonrió, yo me senté en mi lugar habitual. Lo miré con cara de arrepentimiento, él lo notó y entendió que quería decirle algo.

—¿Sucedió algo? —preguntó.

—Pues la verdad sí, acabo de pedirle a nuestra secretaria que sea mi dama de honor —dije.

Él sonrió. Luego recordé que también tenía un favor que pedirle. Lo miré y pareció que volvió a entenderme, se puso un poco más serio.

—¿Me quieres decir tu súper plan?

—Vamos a tener que crear un nuevo escándalo.

—¿Te quedó gustando salir en el diario y en la televisión? —se burló.

—No seas idiota.

Dejó de reír de inmediato. Al parecer ese chico era muy educado, y se ponía tenso cuando creía estar haciendo algo incorrecto. Eso me causaba gracia y ternura a la vez.

—No te tomes todo tan literal, Jeremy —le dije.

—Lo siento.

Ignoré su disculpa innecesaria y le relaté mi plan.

—El escándalo que necesitamos no será como el de la borrachera, tenemos que sernos infiel —me miró confundido, frunció su ceño y me levanté para explicar la descabellada idea—. Todo el mundo piensa que estamos enamorados, pero porque eso les hicieron creer nuestros padres. Si la prensa nos descubre con otras personas todo se irá a la basura, nuestros padres no podrán aceptar que mintieron y se verán obligados a cancelar el matrimonio para no quedar mal públicamente.

Se quedó pensando un momento.

—No estoy seguro —dijo, puse los ojos en blanco—. Las cosas podrían salir mal.

—Si tienes miedo no me sirve, de verdad necesito tu apoyo. Si quieres puedo ser yo quien te engañe. De todas formas, estoy acostumbrada a ser la villana.

—No es eso, solo ya no estoy tan seguro de esto.

—¿Por qué? ¿Acaso ya te enamoraste de mí? —dije y no pude evitar avergonzarme.

Comenzó a reír, aunque otra vez sentí que su risa era forzada. Yo me crucé de brazos, no importaba si comenzaba a sentir cariño por Jeremy o si realmente él me quería, no podíamos estar obligados a casarnos. No era lo correcto. Solo debía evitar durante un tiempo que se me acelerara el corazón al verlo, oírlo, o al pensar en él tocándome...

—Me preocupas —admitió, interrumpiendo mis pensamientos—. Siento que esto no terminará bien.

No quería admitir que yo también lo sentía, debía ser firme con mi decisión. Se puso de pie y caminó cerca de mí. Sabía los riegos que tenía mi plan, ya había pensado muchas veces que mi madre terminaría matándome y lo acepté. Tenía la esperanza de que podía terminar convenciéndola de que era lo correcto. Me acerqué a Jeremy y me puse frente a él.

—Si termino casada a la fuerza será peor. Si de verdad te preocupo ayúdame.

Se sentó en el borde de su escritorio. Suspiró, lo estaba poniendo en una situación difícil, pero lo necesitaba.

—Te deberé un gran favor después de esto —dije. Tendré que hacer una lista con todas las personas a las cuales les debo un favor.

—Me conformo con que cuando todo termine ya no tenga que ver tu cara tan seguido —dijo.

Sabía que lo decía en broma, o esperaba que no fuera en serio. Aunque sí era parte de mi plan, que una vez que todo terminara lo dejaría en paz, él sería libre para decidir si iba detrás de su amada, o si se quedaba. Tendí mi mano frente a él para cerrar el trato.

—Prometo que si me ayudas ya nunca más tendrás que verme —dije seriamente—. Y si sale mal, prometo casarme sin objeciones.

Él dudó por un momento, pero terminó aceptando mi mano de todas formas. Después de eso cada uno siguió con su trabajo. Puede que no hubiera firmado un contrato, pero cumpliría mis promesas.

***

Cuando fui a la galería de arte, contraté a unos trabajadores que me ayudarían a pintar las paredes e instalar las luces que había comprado.

Tenía que supervisar que el trabajo estuviera quedando perfecto. El lugar por fin estaba tomando vida. Durante mi proceso de supervisión pude pensar en el siguiente paso de mi plan para acabar con ese matrimonio.

Primero, debía encontrar a alguien con quien engañar a Jeremy. Segundo, debía ir a un lugar público con él para que luego Jeremy informara del rumor, así los paparazis nos descubrirían. Y, por último, mi madre acabaría con ese matrimonio. ¿Qué podía salir mal de este plan? Todo, pero ¿dónde encontraría un amante? Ya no podía pedir más favores, y no sabía si exista una tienda donde pudiera arrendar un novio falso.

—Hola.

Me sobresalté. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que había olvidado mi entorno. Fue Marcos quien me sorprendió. Me puse colorada porque no me lo esperaba allí.

—Marcos... ¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Tenía que pasar a la oficina, sentí curiosidad por ver cómo estaba quedando todo y pasé —

miraba a su alrededor mientras hablaba.

—Me gusta —admití—. Espero que al público también.

—Les gustará.

Me dije que él era perfecto para mi plan, pero no estaba segura de poder utilizarlo de esa manera. De pronto se rio, era como si todo el mundo fuera capaz de saber lo que estaba pensando. Deja de ser tan predecible, Celeste.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Tienes pintura en la ceja —apuntó con su dedo.

Me toqué la cara, vi mis manos, tenía pintura azul en mis dedos. Miré mi ropa y vi manchas de pintura verde y azul. Me dio vergüenza, y comencé a reír. Fui al baño para limpiarme. Cuando salí Marcos ya se había ido. Al llegar a casa recibí un mensaje de texto suyo:

“Lamento haberme ido, surgió algo. ¿Ya no estás azul, Celeste?”

Me reí de su falta de sentido del humor. Le respondí:

“Ya no estoy azul. Pero me debes una salida por abandonarme”.

Esperé un buen rato su respuesta. Varias veces dudé sobre si era correcto o no, pero se me acababa el tiempo y las opciones. Marcos era ideal para engañar, de mentiras, a Jeremy. Estaba segura de que fingir amor por él sería más sencillo que con un desconocido. Además, él había actuado con mi madre a mis espaldas, no merecía mi compasión. Y ella ya tenía casi todo listo para la boda, si seguía así mañana despertaría y tendría puesto el vestido de novia.

Sonó la notificación del celular.

“Acepto”, leí en la pantalla.

26

Ya con Marcos formando parte de mi plan todo iba bien. En la oficina me encontraba sola, Jeremy aún no había llegado. Alguien tocó la puerta y entró Clara, la secretaria de Jeremy.

—Buenos días.

—Hola —respondí.

Se acercó al escritorio, dejó un sobre y se alejó.

—¿Qué es eso? —le pregunté antes de que saliera.

—Es el revelado de la cámara de Jeremy.

Después de decir eso se fue. Seguí arreglando los papeles que tenía en mi escritorio, debía ordenar algunos datos que mi madre me había dado, examiné algunos contratos y cláusulas. Me quedé pensando, la curiosidad me atrapó. Me paré y tomé el sobre que estaba en el escritorio de Jeremy. No estaba sellado así que no notaría si lo había abierto. Definitivamente soy una vieja entrometida. Lo abrí y saqué las fotos. Había imágenes de parques, comidas, fachadas de edificios y fotos de una mujer.

—¿Soy yo?

Se me escapó. Tomé las fotos de la mujer, algunas estaban de espalda, otras estaban de costado. Las de frente me sorprendieron. Eran fotos mías: de cuando me fui el día que nos reencontramos en el restaurante, yo trabajando en el escritorio, yo observando el museo, yo bailando en la fiesta, yo observando el piano de su casa, yo en el jardín riéndome. ¿Realmente era su musa?

La puerta de la oficina se abrió y entró Jeremy. Yo tomé las fotos y se las mostré, no pude descifrar su expresión.

—¿Tienes una obsesión conmigo? —pregunté en tono de burla.

Rápidamente se acercó al escritorio, me quitó las fotos y las metió en el sobre.

— El sobre debía estar cerrado —su tono fue brusco, parecía enfadado. Tomó todo y lo metió en uno de sus cajones.

—No es necesario que te enojes —le dije—. Si es así, yo debería estarlo.

—¿No lo estás? —preguntó.

—No —negué—. Me alegra ser tu modelo. Me siento alagada.

Se cruzó de brazos, yo hice una pose como si modelara, pero ni eso logró sacarle una sonrisa. Desde que había reconectado con Jeremy había comprendido algunas cosas. Primero, él era muy cerrado con sus sentimientos, era como hablar con una pared, y segundo, se tomaba todo muy literal, debía ser cuidadosa con lo que decía.

Eso me causaba tristeza. Supongo que no es fácil para él llegar a un país sin su madre, con el corazón roto e intentando cumplir las expectativas de un hombre que también parece una pared.

—No es lo que crees —siguió diciendo él—. Tengo la costumbre de tomarle fotos a todo y a todos, no significa que seas especial.

Eso sí me molestó. Me senté en mi escritorio y seguí trabajando en silencio. Por un momento deseé tener mi propia oficina, me incomodaba trabajar en silencio. No entendía por qué hacía

tanto escándalo, ni siquiera eran fotos desnuda. Me reí sola, Jeremy me miró raro. Bajé la mirada porque el pensamiento de él fotografiándome desnuda me daba vergüenza.

Cuando llegó la hora de irme arreglé mis cosas, me puse la chaqueta y me paré frente a Jeremy, que no se dignaba a mirarme.

—Ya me voy.

Siguió ignorándome.

—Me voy a juntar con Marcos. Ya sabes lo que tienes que hacer ¿no?

Dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró.

—¿Acusarte con tu madre? —se burló. Alguien había despertado con el pie izquierdo—. Yo me encargo —dijo—. Mándame un mensaje para saber dónde estarás.

De nuevo volvió a su trabajo. Salí de la oficina algo dolida, pasé por la recepción y Clara me detuvo.

—Celeste —me dijo—. Olvidé entregarte esto.

Me pasó un sobre parecido al que le entregó a Jeremy. Lo abrí, en su interior traía dos fotografías. Una era la misma fotografía que mi madre un día estuvo viendo en su oficina, de cuando Jeremy y yo éramos niños. La otra era del día en que anunciaron nuestro compromiso, ambos tomados de la mano, como una pareja perfectamente incomoda. Yo sonreí al ver las fotos, de pronto me sentí mal por haberme burlado de Jeremy. No me molestaba, después de todo éramos amigos, o eso creía. Clara estaba a mi lado, sonrió al ver las fotos.

—Hacen linda pareja —comentó.

Se me hizo extraño recordar que la gente realmente nos veía como a una pareja.

—Gracias.

Llegué incluso a sentir un poco de culpa por engañar a Jeremy, a pesar de que todo era mentira. No es como si hubiera empezado a gustarme o algo así, ¿no? No tenía claros mis sentimientos, ni por Jeremy, ni por Marcos y mucho menos por mi madre.

***

El auto de Marcos, o mejor dicho el que conducía su chófer, estaba esperándome en la salida. Él salió del auto cuando me vio llegar, me saludó y entré. Saludé al chófer y nos fuimos.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

—Vamos a un restaurante que está en el centro, algo informal.

Necesitaba que fuera más específico, para luego enviarle el mensaje a Jeremy. En menos de diez minutos llegamos, era un local de comida china, la favorita de ambos. Bajamos y él muy caballeroso me abrió la puerta. En cuanto entramos el aroma de los fideos y los aliños me invadió. Un grupo de personas nos observó. Marcos los saludó.

—Son unos amigos —dijo—. Te caerán bien.

Entonces caminó hacia ellos y se saludaron. Eso no era una cita, era un almuerzo grupal. Miré el techo preguntándome: ¿Por qué a mí?

Me senté junto a Marcos, estaba un poco intimidada por su grupo de amigos. Algunos hombres me miraban, las mujeres casi me ignoraban por completo. Sobre todo, una chica que se veía babosa por Marcos. ¿Yo lucía así de desesperada?

Lo más incómodo es que Marcos me presentó a ellos como su jefa, ni siquiera como su amiga. Cuando él dijo eso yo le di un codazo, pero me ignoró. Pedí mi comida, estuve casi todo el rato

en silencio, de vez en cuando sonreí cuando ellos reían, pero a mí no me hacía gracia. Eso no era para nada lo que tenía en mente cuando le dije que me debía una salida.

Cuando terminamos de comer, pidieron cerveza. Yo moderé mis cantidades, no debía perder mi objetivo inicial. Escapé al baño, desde donde le envié un mensaje de texto a Jeremy con la dirección del lugar. Mientras me lavaba las manos entró la chica que babeaba por Marcos, me sonrió y se ubicó a mi lado.

—¿Hace mucho conoces a Marcos? —pregunté.

Trataba de buscarle tema de conversación. No pareció molestarle.

—Fuimos juntos a la escuela —dijo. Se sonrojó un poco. No era de mi incumbencia, pero ya que ella me dejó, seguí interrogando.

—Ustedes... ¿Tuvieron algo? —pregunté.

Ella rio.

—Ojalá —respondió—. Pero no.

Y se fue. Volví a la mesa y pedí una ronda de cerveza para todos. Marcos se sorprendió de mi amabilidad, pero si hubiera sabido mis intenciones no sonreiría tanto. Pedí otra ronda y otra más, sus amigos terminaron amándome. ¿Acaso no soy la mejor jefa del mundo?

Cuando todos se tenían que ir yo dije que me encargaría de Marcos. No estaba tan ebrio, pero lo suficiente para confundirlo. Salimos a esperar al chófer, lo mantuve pegado a mí, con su brazo sobre mi hombro, mantenía su equilibrio con mi cuerpo. Miré a todos lados, hace varios minutos había recibido un mensaje de la respuesta de Jeremy.

Cuando apareció el auto en una esquina logré ver a un hombre con una cámara, parecía una persona normal, pero pude suponer que era un paparazi. Jeremy de seguro les ofreció dinero para que me siguieran. Marcos se estaba despegando de mi brazo, yo lo moví y lo acerqué al auto, dejándolo sin escapatoria.

—Buenas noches —me despedí.

Sin darme tiempo para pensarlo o dudar me acerqué a él, tan brusco que me golpeé la nariz, pero simplemente lo besé. Me mantuve un rato por si no lograba obtener una buena foto. Me despegué, no le di tiempo de reaccionar, le abrí la puerta del auto, lo hice entrar y el auto se fue. Yo, satisfecha, detuve un taxi y me fui.

Al llegar a mi casa sentí culpa. Quizás por un lado Marcos se merecía mi desprecio por abandonarme, terminé creyendo, como todo el mundo, que él me había utilizado. Pero seguí guardándole cariño, no como antes, creo que ya no era capaz de amarlo. Podía verlo de forma atractiva, podía besarlo y disfrutarlo, podía pasarla bien con él, e incluso podía celarlo. Pero con todo el daño, no podía ser capaz de confiarle mi corazón otra vez.

***

Al día siguiente me dirigí como siempre a mi trabajo. Jeremy no estaba, Clara me lo informó apenas me vio llegar. Eso hacía las cosas más fáciles, aun me sentía incomoda por lo ocurrido por las fotos. Confié en que él había hecho bien con su parte del trato, si todo salía como deseaba luego estaría disfrutando de mi libertad. Si las cosas salían mal, yo misma debería ponerme el anillo en el altar.

Estuve pendiente todo el día en mi trabajo, a la hora de salir recibí un mensaje de texto de Jeremy. Me envió un enlace, era el artículo con las fotos publicadas de mi beso con Marcos. Al

parecer había funcionado. Luego envió un nuevo mensaje de texto donde me decía:

"¿Lista para morir a manos de tu madre?"

Me reí por su mensaje. A esa hora mi madre ya debía estar histérica, insultando a todo el mundo, llamando a todos sus contactos para eliminar el artículo de la faz de la Tierra. De inmediato apagué mi celular, sabía que recibiría sus llamadas sin parar. Me fui a casa, mientras antes terminara, mejor.

Al estacionar en la entrada de la casa me sorprendió ver el auto del señor Ortiz en el jardín, al parecer tendría espectadores en mi homicidio. La casa estaba calmada, me dirigí a la oficina de mi madre, era el único lugar donde ocurría el caos. Ni siquiera me digné a golpear la puerta, simplemente la abrí. Mi madre estaba sentada en su escritorio, como siempre. Por otro lado, estaba el señor Ortiz de pie, se vía más serio de lo normal. Finalmente, estaba Jeremy sentado en el sillón, suspiró cuando me vio entrar, yo cerré la puerta. De todos el más alterado era el señor Ortiz.

—Señorita Celeste —dijo cortésmente.

Mi madre puso sobre su escritorio la revista, abierta en la parte donde claramente se veía mi beso. Ni siquiera tuve que acercarme para saber lo que era. Jeremy se puso de pie y se interpuso entre nuestros padres y yo.

—Esto no es lo que parece —comenzó a decir Jeremy.

Cuando ya no había vuelta atrás, solo nos quedaba suplicar perdón.

—Silencio —dijo su padre.

—¿Y qué es lo que parece? —preguntó mi madre.

—Todo esto fue idea mía —respondí—. Por favor, no involucren a Jeremy en esto.

Yo me interpuse entre Jeremy y nuestros padres, no podía dejar que él tomara culpabilidad en eso. Lo miré, estaba con cara inexpresiva. Con mi mirada traté de pedirle perdón, mi madre se levantó de su asiento, caminó confiadamente hacia mí.

—¿Cuál era tu plan? —me preguntó—. ¿Arruinarnos?

—Yo solo quiero mi libertad —respondí, luego me dirigí al señor Ortiz—. Por favor, entiéndame. Jeremy no tenía idea de esto, él hace un buen trabajo en el museo, no deje que mi error lo arruine a él también. Debe haber otra salida.

Él simplemente asintió. Pero su mirada seguía siendo firme, sobre todo cuando miraba a Jeremy. En cambio, mi madre ni siquiera podía verme.

—¿Y ahora qué haremos? —le preguntó el señor Ortiz a mi madre.

Era como si Jeremy y yo no existiéramos.

—Primero, me haré cargo de este muchacho —mi madre apuntó la revista.

—¿Qué harás? —pregunté.

—Algo que hace mucho debí hacer —dijo—. Él no seguirá interfiriendo en nuestras vidas constantemente.

—¡No! —rápidamente intervine—. No lo despidas, él fue influenciado por mí.

—¿Trabaja para nosotros? —preguntó el señor Ortiz a mi madre, luego se dirigió a Jeremy—. ¿Tú sabías esto?

Jeremy asintió. Mi madre suspiró.

—Lamento mucho todo esto —le respondió mi madre—. No formaba parte de nuestros planes. Pero ya no podrá intervenir.

—No es necesario que lo hagas —interrumpí otra vez—. Yo me casaré.

Lo que había hecho no había valido la pena, mi lucha no merecía ganar. El ridículo que había

hecho no cambiaba nada, mi madre siempre ganaría.

—No es necesario que lo hagas —repetí—. Me casaré sin escándalos, sin excusas. Mañana, o pasado, cuando ustedes digan.

Jeremy se acercó a mí y tomó de mi mano, aunque no de manera romántica, sino como una forma de apoyo.

—Haré lo que tenga que hacer —exclamé—. Pagaré por lo que hice.

27

Tuve que aceptar las condiciones de mi madre: desde ese momento solo me preocuparía de la organización del matrimonio. Eso implicaba renunciar a mi trabajo en el museo. Fui a la oficina para retirar mis cosas. Clara me saludó como siempre al verme entrar. En la oficina Jeremy ya estaba en su lugar y me sonrió cuando me vio. Sabía que él trataba de animarme, desde que terminé por aceptar mi error. Él no estaba enterado a lo qué iba yo en realidad.

—¿Tuviste muy mala noche? —preguntó.

Le sonreí. Llevaba una cara espantosa, como si hubiera estado llorando toda la noche. Pero no era así, simplemente se me habían hinchado los ojos por no poder conciliar el sueño. Me senté en mi escritorio, por última vez, ya que hasta después del matrimonio no volvería a él. Ordené los papeles que tenía, seleccioné los que me servían y los que no. Finalmente, aparté los de la muestra que planeaba realizar, quería entregárselos a Jeremy.

Levanté la cabeza para observarlo, pero me encontré con el lente de su cámara en dirección a mi rostro. Yo sonreí.

—¿Qué haces? —le pregunté cuando el flash salió disparado. Rogué para no haber salido con la boca abierta.

—Son de recuerdo.

—¿Por eso siempre estás tomando tantas fotografías?

Se quedó pensando por un momento, guardó la cámara.

—Es una costumbre. Desde que mis padres se separaron guardo recuerdos en fotografías.

—Tu madre era fotógrafa.

—Sí, lo era. Me lo heredó —sonrió.

De pronto se escucharon ruidos fuera de la oficina, algunos gritos. La puerta se abrió de golpe, Jeremy y yo nos pusimos de pie. Entró Marcos en la oficina, al parecer a la fuerza, Clara trató de impedírselo. Marcos en sus manos llevaba una revista, sí, esa revista.

—Lo siento, Jeremy —se disculpó Clara—. No pude detenerlo.

—Está bien, puedes retirarte —la calmó Jeremy.

Ella se fue y cerró la puerta al salir. Marcos miró a Jeremy y luego a mí, sentí un montón de emociones, entre ellas incomodidad, pero más que nada miedo. Marcos se acercó a mi escritorio, se veía bastante molesto. Arrojó la revista sobre la mesa, yo me sobresalté por su violencia.

—Me debes una explicación —dijo en tono severo.

Me quedé muda. Quería explicarle, o pedirle perdón, pero estaba congelada. Me debatía entra si él se merecía mis disculpas, o si era un imbécil que al debía sacar a patadas.

—¡Habla! —me gritó.

—Será mejor que te calmes o llamaré a seguridad —lo amenazó Jeremy.

—Confié en ti —siguió hablando Marcos, ignorando por completo a Jeremy—. ¿Y así me pagas?

—¿Por qué te molesta tanto? —por fin logré hablar—. Solo fue un beso.

Al decirle eso pareció molestarse aún más.

—Me usaste —reclamó—. Me involucraste en tu jueguito —luego miró a Jeremy—. ¡En su juego!

—No te hagas la víctima —le dije.

Marcos estaba a punto de perder la paciencia, pero yo no se lo dejaría fácil. Jeremy se interpuso entre Marcos y yo, actuando en mi defensa.

—¿Víctima? —siguió ignorando a Jeremy—. Por supuesto que lo soy. ¡Ustedes casi arruinan mi futuro por una estupidez! —Apuntó a la revista—. ¿Cuándo vas a madurar?

Me costaba tragar saliva, tenía acelerada la respiración, sentía que podía lanzar fuego con una mirada. O quizás me quemaban los ojos por las lágrimas que trataba de controlar.

—Lo acepto —respondí—. ¡Yo cometí un error! ¡Lo acepto! —le grité—. ¿Pero lo que me hiciste tú?

—¿Yo?

—Sí —se me escapó una lágrima, rápidamente la quité— Tú me usaste, no trates de negarlo. Yo fui el medio por el cual planeaste tu futuro, y cuando lo lograste me botaste como si fuera nada. ¡No te importó todo lo que teníamos!

—¿Acaso esta es tu venganza? —preguntó.

—No —respondí—. Pero al menos no lo niegas...

Trató de acercarse más a mí, pero Jeremy se lo impidió. Era un muro, no iba a permitirle pasar por ningún motivo, y eso pareció irritarlo más.

—Maldición, Celeste, ¡yo sí te amé! —dijo, revolviendo su cabello con sus manos—. ¿Sabes lo difícil que fue dejarte ir por mi sueño? ¿El tener que renunciar a ti para que las personas no supusieran que te estaba usando? —soltó con desesperación, como si llevara guardando ese secreto hace mucho—. Pero crees lo mismo que ellos. Yo te lastimé, supongo que ahora estamos a mano.

Se dio media vuelta, abrió la puerta, salió y al cerrarla la golpeó. Por fin logré respirar, por algún motivo estaba conteniendo la respiración. Caí rendida en mi asiento. Jeremy me observó con preocupación, pude ver en su rostro lo que pensaba. Debía esperar que yo explotara en llanto, pero ya no me quedaban ganas de llorar. Puso su mano en mi espalda para intentar calmarme.

—¿Estás bien? —preguntó y yo asentí.

Otra vez me puse de pie, me sentía casi bien, liviana. Tomé los papeles que quería entregarle a Jeremy, él los recibió.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendido.

—Mi trabajo —respondí.

—¿Te vas? —parecía confundido.

—Condiciones de mi madre, este es el costo de mi error —dije en una mueca—. Prométeme que lo terminaras, la exposición está casi lista. Puse mucho esfuerzo en esta muestra.

—¿Después de todo quieres que exponga su trabajo? —se refería a Marcos.

—Trabajo es trabajo. Yo soy profesional en ese ámbito.

Tomé mi cartera y mi chaqueta. Le sonreí a Jeremy.

—Gracias por darme esta oportunidad —dije.

Sin pensarlo me acerqué a él y lo abracé, como tenía las manos ocupadas no fue capaz de devolverlo, pero afirmó su mentón en mi cabello unos segundos. Cuando me sentí segura me alejé hasta la puerta, me volteé y le dije:

—Nos vemos en el altar.

Logré que sonriera, al menos eso alivió la tensión. Mientras caminaba por los pasillos vi diversos momentos de mi vida. Desde muy pequeña caminé por allí, y lo seguiría haciendo. La próxima vez sería como una mujer casada.

***

Mi madre había enloquecido con los preparativos. Ya tenía listo el vestido, las flores, el vestido de las damas de honor, aunque solo tenía a una. El pastel de pisos infinitos, el lugar de la recepción estaba reservado y la fecha en la iglesia se acercaba rápidamente.

Yo no era fanática de la religión, pero nuestros padres eran anticuados, creían que por casarnos en la iglesia todo sería más real. Lo que me tenía esperanzada era que existía el divorcio, podía esperar un tiempo y luego simplemente divorciarme.

Faltaba una semana, solo siete días para caminar por el altar. Además, tenía una cita con mi futuro esposo. Era otra de las condiciones debido a mi desastroso actuar, pasar más tiempo con Jeremy para aprender de nosotros y conocernos mejor. Mi madre esperaba que con estas citas él se enamorara de mí.

Tocaron el timbre de la casa, bajé las escaleras con dificultad a causa de mis tacones, me había puesto un vestido floreado corto y una chaqueta delgada. Abrí la puerta y salí rápidamente.

—Buenos días —saludó Jeremy.

—Hola —respondí informalmente.

Sonreí al verlo vestido sin su habitual traje de trabajo. Solo llevaba una camisa fina y unos pantalones claros. Incluso llevaba unas gafas de sol, lo cual cambió por completo su look. Me abrió la puerta del copiloto y yo entré, el equipo de música estaba conectado a su móvil, lo tomé y cambié la música, optando por reproducir la misma canción de la última vez que condujo conmigo.

—¿A dónde iremos? —pregunté.

—Aún no lo sé, ¿quieres ir a un lugar en específico?

—De hecho, sí quisiera ir a un lugar.

—Perfecto.

Miré hacia atrás y me alegró ver en los asientos los sombreros de pirata que usamos aquella vez, mi loro de peluche también estaba. Él los guardó. Alcé el brazo hacia atrás para alcanzarlo.

—Gracias por traerlo.

Le di las indicaciones a Jeremy para llegar al parque, bajamos del auto y un aire tibio nos recibió. Hace mucho tiempo no iba a ese lugar, me entristecía saber que había olvidado los caminos. Me sentí un poco mal, pero como tenía a Jeremy a mi lado no me sentí sola. Caminamos en silencio, observando el cielo azul, las nubes moviéndose, las aves volando, los árboles al viento. Yo llevaba el peluche en mis manos. Cuando al fin encontré el lugar, me senté sobre el pasto y dejé el peluche sobre la tumba.

—Hola, papá.

Jeremy se sentó a mi lado. Después de un rato de silencio nos recostamos mirando el cielo.

—Cuando niña me gustaban mucho las aves —le conté—. Iba a las tiendas de mascotas a verlas y me entristecía que estuvieran en sus jaulas, no poder tenerlas. Para un cumpleaños mi padre llegó con una hermosa jaula que en su interior traía dos aves, un macho y una hembra. A

esa edad todas las niñas querían muñecas, yo solo quería tener aves, ni siquiera un cachorro, solo pájaros.

Me quedé en silencio, sonreí al ver las aves volar de un árbol a otro y continúe:

—Pero yo no las quería en una jaula. Cuando mi madre no estaba iba al despacho de mi padre, y mientras él trabajaba dejábamos las aves volar libres. Un día mi madre me descubrió, me dijo que su hogar era la jaula, que no debían salir. A mí no me importó, pero sabía que mi madre no me dejaría volver a soltarlas, así que una noche las liberé.

—¿Y ya no quieres tener aves? —me preguntó tras un silencio.

Lo miré, me senté y acaricié la placa sobre la tumba de mi padre. Recorrí con mi dedo las inscripciones, algunas flores estaban comenzando a marchitarse. En cambio, mi ave de peluche nunca lo haría y tampoco lo abandonaría, porque no volaba.

—No —respondí—. Yo quiero ser un ave.

El sol se encontraba en su punto más alto mientras recorría el parque con Jeremy a mi lado. Él decía algunas cosas que me hacían reír, yo me burlaba de él y también se reía. Encontramos un carrito que vendía helados, Jeremy compró dos. Seguimos caminando a pesar de que a mí me dolían los pies. Estar con él era refrescante, sentía que no debía fingir ser alguien o cambiar para encajar, cuando él me miraba se me llenaba el pecho de satisfacción. Hacerlo reír me reconfortaba más que nada en ese momento.

—¿No te parece gracioso? —comentó—. De niños jugábamos a ser adultos, recuerdo que fingíamos ser los dueños de las empresas de nuestros padres. Y ahora nos casaremos...

—¿No es eso típico de las novelas? —pregunté—. Dos amigos de infancia que se enamoran por acuerdo de sus padres...

—Es distinto a lo que nos pasa. Nosotros no estamos enamorados, ni vivimos en una novela.

Sentí que sonó cruel lo que dijo, pero era verdad, para él. Yo sentía algo, pero no identificaba aun lo qué era. Estaba claro que él no me veía del mismo modo, siempre iba a ser su pequeña amiga de la infancia.

—Claro —afirmé intentando no demostrar mi decepción.

A lo lejos vi unos niños jugando en el pasto con los rociadores de agua. El sol estaba pegando fuerte, y también se me antojaba jugar en el agua. Miré a Jeremy, que ya había terminado su helado.

—¿Una carrera hasta los rociadores? —le pregunté.

Miró hacia donde jugaban los niños. En cuanto asintió, comencé a correr.

—¡Eso es hacer trampa! —escuché que me gritó desde atrás.

Corrí a toda velocidad, quería dejar de pensar en la posible decepción amorosa y aprovechar mi tiempo con él. Cuando llegué a la meta corrí a través del agua. Jeremy se quedó del otro lado del rociador. Para molestarlo comencé a hacer movimientos de brazos como una gallina, él se reía, al igual que los niños que nos miraban. Finalmente miró hacia el cielo y cruzó corriendo hacia donde estaba yo. Yo seguí corriendo por alrededor de él, cruzándome por el agua, mojándolo y haciéndole burla. Estuvimos así hasta quedar empapados, con el estómago adolorido a más no poder de tanto reír y viéndonos a los ojos como hacíamos de pequeños. Creo que comenzaba a amarlo.

28

Llegó el día del ensayo de nuestra boda. Mi madre levantó a todo el mundo desde temprano, mi alarma sonó desde las seis de la mañana y aunque la apagué volvió a sonar varias veces.

La casa parecía un verdadero hotel, casi toda la familia del lado de mi madre había llegado a alojar. Los más ricos se habían ido a verdaderos hoteles. Mis tías, mis primas y primos más cercanos se quedaron en casa, junto a mi abuela. En cambio, los del lado de la familia de mi padre brillaron por su ausencia, incluso Verónica se excusó.

Coni, mi prima de cinco años, entró gritando en mi habitación para que yo me levantara, me cubrí con las mantas, ella estaba emocionada por ser otra vez la niña de las flores, como en la boda de Annie. El sol estaba radiante a pesar de ser temprano, la noche anterior había fingido estar muy cansada cuando llegaron las visitas y me escondí en mi cuarto, una vez que me levantara debía fingir que estaba enamorada y ansiosa por casarme.

Me di una larguísima ducha. Puse en el agua todos los productos de baño que encontré, cuando terminé tenía un aroma a frutos rojos mezclados con una esencia de vainilla muy perfumada. Me puse cremas en el cuerpo y en el cabello con la intención de perder el tiempo. Mi madre pasaba de un lado a otro, apurándome. Cuando estuve lista bajé al salón y todo se volvió incómodo, la familia estaba reunida.

Los saludé uno por uno, cuando me felicitaban yo sonreía, unos me estrujaban en un abrazo, otros parecían querer darme el pésame.

—Muy bien, todo el mundo en marcha —anunció mi madre.

El ensayo era al mediodía. La ceremonia sería pasado mañana, temprano, y la recepción en el hermoso jardín de un castillo antiguo. Todo estaba calculado para salir perfecto, ni un terremoto detendría la boda.

Cuando llegamos a la iglesia, me sorprendí al ver que ya había gente, la familia de Jeremy y Annie, con el resto de la mía, ya habían llegado. También estaban las organizadoras de la boda. Lo que me asustó fue que ya había muchas personas, porque ellos no alcanzaban a ser ni un tercio de la cantidad real de invitados, si me caía o me equivocaba sería una gran vergüenza. Detestaba la idea de tener que practicar una boda, no le encontraba sentido, pero todos parecían ansiosos por ser los primeros en atestiguar mi funeral.

Entramos, Jeremy se ubicó a mi lado en silencio, no supe si fue para ocultarse de los invitados o para darme apoyo. Nos explicaron lo que debíamos hacer, no era tan difícil. ¿Qué dificultad tiene caminar por un pasillo cuando ya lo has hecho muchas veces? La gente era la que solía ponerme nerviosa, pero debía ignorarlos.

Tomamos nuestras posiciones, yo esperé afuera junto a Alicia; mi prima pequeña, Clara; mi dama de honor y el señor Ortiz, quien en este caso representaba a mi padre. Se me hizo incómodo de muchas formas, sabía que él me quería como a su familia, él quería que fuera la esposa de su hijo, pero de no ser por él y su ocurrencia yo no habría estado metida en ese lío.

Primero entró la niña de las flores, fingió que lanzaba pétalos de rosas por todos lados, las familias reían con ternura. La música de fondo me produjo escalofríos y me puse a tararear en mi mente cualquier canción. Luego entró Clara, a pasos lentos pero seguros. Me arrepentí de no

haber conseguido más damas de honor, eso habría significado más demora para mi entrada en la iglesia.

El señor Ortiz me ofreció su brazo, me sostuve de él, al menos si tropezaba no caería sola. Di respiraciones profundas, estaba nerviosa, quería que acabase luego. Comencé a caminar un poco más rápido de lo normal. El señor Ortiz me dejó en mi lugar, Jeremy estaba serio, y yo jugaba con mis dedos. Cuando el ensayo terminó por fin pude respirar con tranquilidad.

Jeremy no me habló, me miraba de reojo, pero cuando le sonreía miraba hacia otro lado. El último día que salimos la pasamos muy bien, pero me estaba ignorando. Quizás él también se sentía incómodo, o triste, aceptando nuestro destino.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—¿Ah? Sí, bien —soltó casi sin emoción y continuó con su cámara de fotos.

Me quedé junto a Annie mientras comíamos, el ensayo de la recepción salió igual de bien que el de la ceremonia. El lugar era hermoso, parecía sacado de un cuento de hadas o de una película de Hollywood. Jeremy se paseaba por todo el lugar tomando fotos, apenas parecía notarme. ¿Cómo íbamos a parecer enamorados así? Nos quedamos allí hasta el atardecer.

Al llegar a casa me sentí agotada física y mentalmente, tanto que caí sobre mi cama dormida como un tronco y soñé con una niña, que era yo de pequeña. Corría por el jardín, lanzando flores al cielo, viéndolas caer como si fueran nieve, me sentí feliz. Llevaba un horrendo vestido que me quedaba grande, era blanco y lo odiaba, lo arrastraba enfadada pero feliz al ver las flores volar. Y en el fondo escuché una risa, era profunda como la voz de un hombre. Como la risa de mi padre.

***

A la mañana siguiente desperté feliz, era mi despedida de soltera. Se suponía que para cualquier novia ese era el paso para vivir feliz junto al ser amado, para mí era solo una noche más, donde tenía la libertad de portarme mal con la aprobación de mi madre.

Lo bueno es que ella no estuvo invitada, dejé que mi hermana planeara todo, así como yo había planeado la de ella. Con mi madre mi despedida de soltera sería una tarde de té y pastelillos.

Golpearon la puerta de mi cuarto y entró una de las amas de llaves.

—Disculpe, señorita —me dijo—. Una joven la busca.

—¿Quién?

—Dice que su nombre es Hana Milani.

La ex de Jeremy.

—Que espere, enseguida voy.

Bajé las escaleras y la vi de pie, imponente. Vestida elegante, impecable, con su cara inocente, pero sabía que eso era apariencia. Recordé el daño que le había causado a Jeremy.

—Sígueme.

Le dije antes de que hablara. Caminé hacia la oficina de mi madre, era el único lugar seguro donde podíamos hablar, aprovechando que ella no se encontraba en casa. Al entrar Hana cerró la puerta. Yo tomé asiento en el escritorio, mirándola de frente.

—No nos conocemos —comenzó a hablar—. Soy Hana, la ex novia de Jeremy.

—Lo sé, te conozco. Te vi una vez en el museo y Jeremy te mencionó una vez, o eso creo —le quité importancia.

—¿Entonces te dijo que rompió nuestro compromiso por ti?

—No. Aunque creo que eso no es lo que ocurrió...

—Antes de volver con su padre nos íbamos a casar —dijo Hana—. Pero le bastó un día acá, en esta ciudad, para olvidarme.

—A ti tampoco te tomó mucho tiempo reemplazarlo.

—Ese no es el punto. Tú me lo arrebataste, ahora se casará contigo. Te felicito.

—No necesito tus felicitaciones, pero las aceptaré —respondí con ironía.

Traté de ser lo más fría posible, había despertado con el pie derecho y ella no iba a arruinar mi ánimo. Su apariencia perfecta me desagradaba, o quizás eran los celos,

—Solo quiero que tengas algo en mente —siguió hablando ella—. Nunca podrás tener su corazón, él no te amará. Confórmate con su fortuna, porque el resto siempre será mío. Aunque yo esté casada, y él también.

—Quédate tranquila, que no es eso lo que busco. Y si es su dinero lo que te preocupa, estoy segura de que podrás encontrar a alguien que te mantenga mejor que él —la provoqué.

Se acercó a mí. Se me hacía gracioso mantener una conversación seria con ella, su pronunciación la hacía ver menos feroz.

—Espero que lo hagas muy feliz, porque nunca podrás tener a alguien como él, no lo mereces.

Se dio media vuelta. Me crucé de brazos.

—Tú tampoco lo mereces —le devolví sus palabras.

Ella abrió la puerta.

—Lo sé —respondió y salió.

Pude escuchar el sonido de sus zapatos alejarse hacia la salida de la casa. Me acerqué a la ventana y la observé irse, me dejó un poco molesta. No era necesario que fuera a mi casa a molestarme.

Por supuesto que yo sabía que Jeremy no me amaría. Lo necesitaba para mantener a flote el museo mientras mi madre encontraba una solución para nuestra mala economía. Lo que no quería decir que no le tuviera cariño, lo quería, más de lo que se puede querer a un viejo amigo.

***

Con la visita de Hana tuve más motivos para salir a distraerme. Llamé un taxi y le indiqué la dirección que Annie me había dado. Esperaba que no fuera un lugar muy obsceno, quería pasarla bien pero no quedar perturbada. Al bajar del taxi llamé a Annie. El sol ya se había ocultado, las luces de la cuidad alumbraban las calles.

—¿Llegaste? —preguntó mi hermana.

—Sí, estoy afuera.

—Entra. Yo estoy en la barra.

Colgó. Busqué a mi hermana en medio de la gente. Cuando me vio levantó su mano. Caminé hacia ella, me saludó con un gran abrazo. Tomé asiento a su lado, ella puso frente a mí una copa llena de un contenido desconocido.

—Espero que no te molestes —dijo—. Pero no quería planear algo grande, después de todo, la boda no es del todo real. Pensé que una noche entre hermanas sería suficiente.

—Eso es justo lo que necesito —sonreí.

Me alegró mucho que Annie pensara en eso. ¿Qué podía ser mejor que beber junto a mi hermana? Un nudista estaba fuera de mis deseos y expectativas. Pedimos nuestros segundos

tragos mientras ponía al corriente a mi hermana sobre mi vida personal. La de ella no era tan escandalosa como la mía, por lo cual disfrutaba de mis relatos.

—¿Entonces usaste a Marcos? —preguntó.

Yo asentí bebiendo mi ron.

—Y la ex de Jeremy es una interesada posesiva —continué.

—Me agrada Jeremy. Sé que no tengo recuerdos de infancia con él como tú, pero se nota que le importas. Además... Es sexy.

—¡No digas eso! —me reí.

—Es la verdad —me dio un empujón—. ¿Acaso no le has mirado el trasero? ¿O siquiera el rostro?

—¡Annie! ¿Acaso tú sí? —me asombré. Sí, le había mirado el trasero, pero no iba a admitírselo, ni tampoco confesarle que nos habíamos besado y ninguno lo había hablado.

—Por supuesto —se encogió de hombros—. Puedo estar enamorada, pero eso no me hace ciega. No puedo evitar reconocer a un hombre apuesto cuando lo veo.

—Nunca lo he visto de esa forma —mentí descaradamente.

—Pues deberías, después de todo, será tuyo por un tiempo. No quiere decir que no puedas pasarla bien con él.

Me dio una mirada picarona, sus pensamientos eran sucios y eso me sorprendió.

—¡Oh, por Dios! —exclamé—. ¿Cuándo convirtieron a mi hermanita en una pervertida?

Después de dos rondas más, pagamos y pedimos un taxi, ambas nos fuimos a la casa de mamá. Entramos a hurtadillas, nos dirigimos a la cocina y asaltamos las despensas, metimos la comida en platos y subimos las escaleras hasta mi cuarto. Nos quedamos toda la noche hablando, comiendo y riendo. Hasta que nos dio sueño y caímos rendidas.

—Buenas noches, hermanita —le dije.

Aunque ya no era de noche, ella rio.

—Buenas noches, hermanota.

29

Me desperté, apagué la alarma y me quedé observando el techo. Por las cortinas pasaba la luz de la mañana, incluso podía oír a las aves cantar. Parecía ser un día normal.

—Hoy es el día de mi boda.

El tiempo pasó volando, y en un parpadeo me estaban arreglando. Una mujer me secó y peinó el cabello. Una chica me arreglaba las uñas de las manos, luego las cejas y depilación facial, mientras yo sufría. Me maquillaron y perfumaron.

Aun no me vestía, estaba envuelta en una bata blanca. Me senté sobre mi cama, no quería verme al espejo aún. Con mi teléfono en mano marqué el número de Jeremy, pero no me atreví a llamarlo. Hacía días no me hablaba con normalidad, no creía que estuviera molesto conmigo, eso era lo último que me faltaba. En vez de eso le envié un mensaje de texto.

"¿Cómo estás? ¿Nervioso? ¿O soy solo yo la que está a punto de salir corriendo? Espero que cuando me veas no te sorprendas por lo horrenda que me veo", y añadí el emoticón de una carita guiñando.

En ese momento ingresó tocando la puerta mi abuela, la mamá de mi mamá. Llevaba un traje color lavanda precioso, mi madre se lo había regalado un día de Navidad. Me puse de pie para recibirla y ella se acercó con su bastón en mano.

—Hola, abuela.

Ella se quedó en silencio con la cabeza en alto, analizando mi rostro. Hizo una mueca en señal de una sonrisa y se sentó al borde de la cama con determinación.

—Si no fuera por el cabello oscuro, serías la viva imagen de tu madre.

Arrastró algunas palabras al hablar, pero de todas formas sentí escalofríos al oírla.

—¿Por qué dices eso?

—Porque así es —me apuntó con su dedo—. Ella tenía esa misma mirada el día de su boda: terror, pero no iba a permitir que la hicieran huir.

—¿Huir? —por un momento pensé en llamar a mi madre para que viera a la abuela, quizás deliraba—. ¿Por qué ella iba a querer huir de su matrimonio?

La abuela soltó una leve carcajada y golpeó el colchón a su lado, una señal para que me sentara y la escuchara atentamente.

—Su suegra, Dios sabe bien que no fue una buena mujer. Detestable y orgullosa —comenzó a hablar, aunque disminuyó el volumen de su voz y tuve que inclinarme para oírla mejor—. Nunca quiso esa boda, ni a tu madre, la lastimó muchas veces. Pero tu padre, como siempre un santo, la puso en su lugar. Eso no evitó que cada vez que pudiera le recordara a Leonor lo lejos que estaría de ser aceptada en ese mundo. Mi hija sufrió mucho el día de su boda, quería ser lo mejor para tu padre y la familia de Henry ni siquiera asistió. Pero se amaban, y bueno… conoces el final de esa historia.

Se me apretó el corazón.

Desde que tengo memoria, mi madre ha sido buena ocultando sus sentimientos, a tal punto que yo la veía como un muro, sólido y firme. Y ahora, resultaba que era tan débil como yo. Nunca lo noté en nuestros cumpleaños, cuando mi otra abuela llegaba con regalos carísimos, intentando opacar a mamá, y las hermanas de mi padre brillaban por su ausencia. No había sido cercana a

mi abuela paterna, pero no sabía que se debía a que no quería a mi madre, y por ende tampoco le importábamos nosotras.

Mi abuela tocó mis mejillas y se puso de pie, dejándome con un caos en la cabeza y en el corazón. No podía huir. E iba a llevar con orgullo los apellidos Errázuriz Carrera.

Después de que se fue me terminaron de arreglar, con el vestido puesto esperé la hora de irme, la hora de mi final. Mi madre entró en mi cuarto, estaba vestida muy elegante de rosa, le sonreí cuando me miró.

—Hija, oh, te ves hermosa —se acercó a mí y tomó mi mano.

Yo me observé en el espejo.

—¿Tú crees? —pregunté.

—Sí —ella me acarició el rostro y el cabello—. Lamento que tuviéramos que llegar a esto, pero estoy orgullosa de ti, Celeste. Sé que no lo digo muy seguido, pero espero que desde ahora podamos mejorar, juntas.

Sus ojos estaban lagrimosos y su respiración agitada. Ella estaba sufriendo como yo, el estrés de nuestra situación y mis constantes rechazos la hacían lucir agotada. No se lo dije, pero en ese momento me prometí a mí misma ser un muro, como ella. Tenía que hacer un último sacrificio y todo mejoraría.

—Eso espero, mamá. Sé que no te lo digo muy seguido tampoco, pero gracias.

Ella se quedó congelada y en ese momento noté que sí nos parecíamos. La abracé, para evitar ver su rostro a punto de quebrarse y antes de salir de mi habitación le dije:

—Te amo, mamá.

Me ayudaron a salir de la casa y a subir al auto, parecía un circo. Entre tanta gente me comenzó a entrar el pánico, la gente me hablaba y apenas oía lo que me decían. Alguien me entregó un ramo de flores hermoso, pero por los nervios lo estrujé mucho. Di muchas respiraciones profundas, mi madre iba a mi lado.

En un abrir y cerrar de ojos el auto llegó a la iglesia. Había un montón de autos estacionados, me hicieron bajar, yo miré el cielo soleado de color celeste. Parecía el día perfecto para una boda, nada podía salir mal.

Me dejaron en un salón para esperar, pedí agua para calmarme, pero no me permitieron beberla, podía arruinar el vestido. Sentí calor, un poco de dolor de estómago y mareos. Voy a morir, pensé.

—¿Lista? —entró el señor Ortiz a verme. Al parecer ya era hora.

Me costó un momento entender, pero asentí. Me ayudó a ponerme de pie y me sacó del salón, la música nupcial sonaba, la gente estaba en sus asientos y cuando fue mi turno todos los ojos se posaron en mí.

Sentí que no caminaba, debió parecer que el señor Ortiz me arrastraba. A lo lejos vi a Jeremy, radiante en su traje. Usualmente él siempre llevaba ropa formal, pero algo en su postura y en la iluminación del altar hizo que se viera más atractivo. Suprimí mi nerviosismo regalándole una sonrisa cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Jeremy tomó de mi mano y me acercó a él, me sostuve de su brazo. El señor Ortiz me dijo algo, pero yo no lo escuché con claridad pues los ojos de mi futuro esposo me distraían. El cura comenzó a hablar, yo solo veía que movía su boca. De pronto un silencio, todos me miraron, Jeremy me dio un apretón suave en la mano, lo quedé mirando expectante. Había llegado el momento. Mis oídos volvieron a la normalidad.

—Celeste Jimena Errázuriz Carrera —la voz del curita me hizo volver a la realidad—.

¿Aceptas a Jeremy Daniel Ortiz Silva como tu esposo?

Finalmente miré hacia adelante y dije:

—Sí, acepto.

En mi mente pude ver a mi madre suspirando de alivio, incluso yo suspiré. Respondí de corazón, sin titubeos y sostuve con más firmeza la mano de Jeremy.

Luego llegó su turno, el cura hizo la misma pregunta. Demoró en responder, me miró con interrogación en sus ojos y le sonreí por los nervios. Cuando abrió la boca para responder contuve la respiración.

—No puedo.

Me soltó la mano, se volteó y miró a los invitados.

—Lo lamento mucho, pero esta boda no puede seguir —soltó.

Yo estaba atónita. Nuestros padres se pusieron de pie, mi madre me miró, pero ni yo sabía lo que estaba pasando. Jeremy tomó mi mano nuevamente y sin avisar me sacó de la iglesia, corriendo. ¡Siempre me hace correr cuando traigo tacones!

Algunos periodistas nos vieron y sacaron fotografías, yo cubrí mi rostro. El velo salió volando cuando se me enganchó en la puerta, mi vestido se arrastraba por las calles del estacionamiento. Jeremy me subió a su auto y condujo a toda velocidad, sin pensarlo. Yo respiraba entrecortado, al mirar hacia atrás vi a la gente mirando cómo huíamos desde la entrada de la iglesia.

Jeremy detuvo el auto frente a un parque desconocido para mí, nos quedamos en el interior.

—Lo lamento —rompió el silencio.

—¿Por qué...?

—¿Quieres saber por qué lo hice? —preguntó.

Asentí. Estaba sin palabras, sentía que una gota de sudor caía por mi frente. Su pecho también subía y bajaba con rapidez.

—No podía obligarte a ser infeliz —dijo, sonreía un poco triste—. No nos amamos y merecemos una historia de amor, esto era una injusticia.

Él tenía razón, ambos merecíamos ser felices con quienes escogiéramos. Aunque en ese momento comenzaba a pensar que el matrimonio no era un final tan terrible si era con Jeremy. Lo que me preocupaba era lo que esta huida significaría para el museo, sin Jeremy como mi esposo lo perdería, y eso destrozaría a mi familia.

—Pero debiste advertirme. ¿Qué pasará ahora? —dije, acomodándome en el asiento. Me sentía abultada.

—No debías saber, no quería involucrarte en esta decisión. Era mi turno de pagar por mis errores, nunca debí permitir que mi padre ofreciera este trato —parecía arrepentido de corazón. Tomó mi mano y se la acercó al pecho— Te prometo que lo remediaré, no perderás el museo de tu padre.

—Gracias.

Sostuve sus manos, sinceramente le agradecí. El corazón me latía a mil por hora, este hombre provocaba sensaciones inesperadas en mí, pero no me atreví a decir nada más. Me acerqué a su lado y afirmé mi cabeza en su hombro hasta que nuestros corazones lograron calmarse. Lo amaba, de a poco comenzaba a notarlo. A los minutos me llevó a casa, me despedí con la esperanza de volver a verlo a pesar de nuestra caótica boda cancelada y volví a agradecerle.

***

La casa estaba desolada, yo corrí a encerrarme en mi cuarto, me quité el vestido, desarmé mi peinado y limpié mi rostro. Luego me preparé mentalmente para lo que ocurriría cuando mi madre volviera a casa.

Empezaba a oscurecer y la casa seguía vacía. ¿Se habrán ido de fiesta sin mí? Quizás no saben que estoy en casa... Ya quería que la tortura terminara, me quedé más de una hora viendo por la ventana, pero ni una mosca se vio volar. Busqué mi celular que estaba apagado, al encenderlo no esperé a que me llamaran, simplemente marqué el número de Annie.

—¿Celeste? ¿Dónde estás? —preguntó mi hermana.

—Estoy en la casa esperando, ¿dónde está todo el mundo?

—Estamos en la clínica.

Un silencio. De inmediato se me aceleró el corazón, pensé lo peor.

—¿Por qué? —le interrogué—. ¿Qué pasó?

—Será mejor que vengas —dijo.

—¡Pero dime!

—Es mamá...

—Voy para allá —le colgué. Saqué dinero y salí a la calle, no tenía tiempo para esperar un taxi así que corrí y alcancé un autobús.

Al llegar a la clínica entré con los nervios de punta, retorciendo mis dedos por la preocupación. ¿Acaso esto ocurrió por mi culpa? En la recepción pregunté por mi madre, una señora me indicó el piso al que debía dirigirme. Entré en el ascensor, cuando aparecí en la sala de espera vi a mi hermana, junto con algunos familiares, también estaba el señor Ortiz. Me acerqué a Annie corriendo.

—¿Qué pasó?

Ella se puso de pie al verme y me alejó hacia una esquina del salón, para hablar en privado. Tenía un rostro preocupado, al igual que yo.

—Tuvo una recaída. Celeste, su corazón no ha estado bien y no quiso decírtelo, lo mantuvo en secreto —me explicó—. La están examinando para controlar su estado.

—¿Qué tiene su corazón?

—Se está debilitando, no entendí bien, los médicos dicen que probablemente sea por la edad. Por eso decidió dejar de manejar el museo, no solo por el dinero. Y me pidió no decírtelo, ya era suficiente con que aceptaras el trato de casarte, no quiso que sintieras la carga de su enfermedad.

—Todo es mi culpa —le dije. Ella me abrazó.

—No digas eso, tú no tienes la culpa.

—¿Ah no? ¿Cuándo le ocurrió esto? —la solté y me crucé de brazos.

—Después de que se fueran —respondió, pero no me dejó hablar—. Aun así, no tienes motivo para sentirte culpable, ese matrimonio no era posible. Mamá siempre ha sido delicada de salud y lo sabes. Se pondrá bien. Estaremos bien —me calmó.

Unos minutos después salió el médico diciendo que mi madre había sido examinada, tendría que quedarse en el hospital hasta tener los resultados. Algunos familiares se iban yendo, Annie entró a ver a mamá, yo me quedé de las últimas. Le dije a Annie que se fuera a casa, yo planeaba quedarme y pasar la noche allí.

La habitación en la que estaba mi madre era lujosa, así que no fue tan terrible. La tenían conectada a un aparato para monitorear su corazón. Me senté junto a ella, una enfermera llevó

unas mantas y me las dio. A pesar de lo que me dijo Annie yo seguí pensando que era mi culpa, tomé la mano de mi madre y en mi interior le pedí perdón.

***

Desperté adolorida, me dormí sentada. Mi celular estaba vibrando y me despertó.

—¿Aló?

—Hola. Lamento mucho lo de tu madre —habló Jeremy—. Mi padre me lo ha contado.

Me refregué los ojos para despertar.

—¿Ha sido muy duro contigo? —pregunté preocupada.

—Para lo único que me ha dirigido la palabra es para contarme lo sucedido... —suspiró—. Así que sigue igual que siempre.

—Lo lamento —me entristecía que las cosas siguieran mal.

—Yo no, estaré bien. Y tu madre también.

—Gracias.

Entraron las enfermeras y me despedí de Jeremy, ya tendría tiempo de verlo. Durante la tarde los doctores vieron a mi madre, me explicaron que lo ocurrido se debía a un mal rato y que se recuperaría, pero que era preferible que se quedara unos días. Yo fui a casa en la noche para dormir, tenía tantas cosas en mi mente, me costó conciliar el sueño.

El calendario de mi celular me anunció que quedaban doce horas para la muestra en el museo que yo había organizado.

La casa estaba muy silenciosa y como no podía dormir me fui al despacho de mi madre. Encendí la luz y me acerqué a las estanterías de libros de mi padre, me quedé hasta la madrugada leyendo en busca de lo que podría ser mi futuro. Y cuando por fin encontré lo que buscaba me dirigí a descansar.

***

El día de la muestra de arte me vestí con mi ropa habitual, la de antes. Unas gafas de sol, ropa oscura, zapatillas bajas, el cabello suelto y desordenado. Miré el reloj para asegurarme de llegar a la hora correcta, quería aparecer cuando todo el mundo ya se hubiera ido.

Al llegar vi que aún quedaba algo de gente, y la puerta estaba abierta. Apenas entré quedé asombrada, todo era perfecto, tal y como lo había imaginado. Recorrí los pasillos observando cada obra, y me sentí satisfecha.

A lo lejos observé a Jeremy, que no me había reconocido. Me acerqué.

—Hola —saludé.

Me quité las gafas, parecía asombrado de verme.

—Celeste, hola —sonrió nervioso—. No esperaba verte aquí. ¿Cómo esta tú madre?

—Está mejor, gracias por preguntar —miré alrededor—. ¿Todo salió bien? Con la muestra...

—Sí —dijo, comenzó a caminar y lo seguí—. Debes sentirte orgullosa de lo que lograste, fue un éxito.

—Me alegro.

Se formó un silencio, él se detuvo y me miró a los ojos.

—Ahora que nuestro acuerdo acabó tú quedaras a cargo —dijo de pronto.

—¿Yo? ¿Por qué lo dices? —no es que no estuviera agradecida, pero no comprendía su idea.

—Es lo correcto. Y no te preocupes por el dinero, me encargaré de que no sea un problema. Después de todo, sigo siendo un socio importante —dijo, su estado de ánimo era liviano y agradable.

Sin pensarlo lo abracé, me calmaba saber que a pesar de todo él no dejaría de lado el museo de mi padre. Al separarnos vi una hermosa pintura colgada, de inmediato la reconocí. Era un trabajo de Marcos.

—Por si te lo preguntas, le fue bien —comentó Jeremy. Otra vez había leído mi mente—. No debes sentirte mal.

—Lo sé.

Le sonreí, aunque dolida.

—Gracias por todo, Jeremy —le dije, me puse de puntas y le di un beso en la mejilla como despedida—. Adiós.

Sin esperar una respuesta me dirigí a la salida antes de que pudiera arrepentirme de mi decisión, tomé un volante del museo que guardaría como recuerdo. En la calle observé la obra que mi padre con tanto esfuerzo había construido, y que gracias a la ayuda de sus amigos había prosperado. La próxima vez que pisara el interior de ese lugar sería como una nueva mujer libre, y honraría la memoria de mi padre como era debido.

30

Mi madre se recuperó antes de lo esperado y los doctores la dejaron volver a casa con un estricto descanso. No quise mencionar el tema del museo y la boda hasta que se hubiera instalado porque estaba aún preocupada por su salud.

Pasaron los días y yo ya había hecho nuevos planes. En mi habitación se encontraba mi equipaje, junto con un boleto de avión comprado con parte de los ahorros que mi padre me había dejado en caso de emergencias. No había querido utilizarlos por temor a desperdiciarlo, preferí trabajar por mi cuenta para vivir, pero aquello lo ameritaba. Iba a comenzar nuevamente y esa herencia me lo permitiría.

En mi armario las maletas estaban listas, solo me faltaba arreglar algunas cosas. Escribí una carta de despedida, hablé con mi hermana y le conté todo, también hablé con el señor Ortiz, quien pareció no guardarme resentimiento. Pero mi madre no tenía la menor idea, debía hablar con ella lo antes posible.

Dos días antes había recibido la confirmación desde la facultad de Negocios de la Universidad de la capital. Me sentí feliz cuando leí el correo, ya que una parte de mí siempre lo había deseado. Ahora podía seguir con mi vida, sentirme orgullosa de lo que era. Aunque la reputación de mi padre me había dado la oportunidad.

Fui a la cocina, en una bandeja puse la taza para el té y agua, fui al dormitorio de mi madre donde descansaba recostada en su cama. Era hora de su medicina, pero yo lo vi como el mejor momento para hablar. No es que quisiera provocarle otro ataque...

Golpeé a su puerta con el pie, mientras con mis manos sostenía la bandeja. Ella abrió la puerta y me sonrió.

—No era necesario, cariño —me dijo—. Yo podía hacerlo.

—Está bien, quería verte —respondí.

Me miró de forma curiosa mientras volvía a su cama.

—¿Quieres decirme algo?

Yo sonreí como si tratara de ocultar alguna maldad. Mi madre siempre adivinaba lo que traía entre manos.

—Tú recuéstate, madre —respondí—. Te serviré el té.

Ella obedeció. Mientras lo preparaba en mi mente pensé en las palabras correctas para comenzar a hablar. Cuando sostuve la taza, mis manos temblaron, mi madre lo notó y la recibió con cuidado.

—Siéntate —me dijo.

Me senté frente a ella, en la orilla de su cama. Me quedé viendo cómo bebía su té y sus remedios, apreté mis manos con fuerza.

—Por favor, habla de una vez hija.

—Lo siento. Estoy algo… nerviosa.

—Lo noté, solo dilo. ¿Qué podría ser tan terrible?

Asentí. Me armé de valor, debía hacerlo, si no era valiente no podría seguir mis sueños.

—Bueno, primero quiero partir diciéndote que lo lamento. Realmente, no planeé que las cosas salieran mal, y mucho menos que tú terminaras enferma, pero nunca debiste ocultarme la verdad

—aclaré—. Y siento seguir siendo una decepción.

—Oh, cariño, ese fue mi error. Espero que puedas perdonarme. No debes sentir culpa, sé que no todo puede salir como lo deseo. No quiero que pienses más en el pasado, ahora nos enfocaremos en seguir adelante, alguna solución se nos ocurrirá, así que tranquila.

Hubo un silencio y me quedé apretando su mano y observando con calidez su rostro, mientras ella bebía su té.

—Debo contarte algo más —ella me miró expectante, puso toda su atención en mi—. Hice una solicitud para estudiar en la universidad de la capital, como papá. Y me aceptaron.

Sus ojos crecieron por el asombro, yo reí de nervios. Como no dijo nada continué hablando.

—Estudiaré Finanzas y tomaré cursos de Arte contemporáneo. Ya busqué un lugar para arrendar, tengo mis cosas preparadas y el pasaje de avión comprado. Todo lo hice con el dinero que tenía guardado, allá trabajaré para pagar otras necesidades… ¿qué me dices?

El rostro de mi madre siguió perdido, por un momento llegué a temer que estuviera sufriendo un ataque, me calmé cuando pude ver que respiraba.

—¿Cuándo te irás? —solo eso me preguntó.

—Este fin de semana.

Puso una mano sobre su boca, estaba sorprendida. Creí que un poco molesta y quizás triste.

—¿Mamá?

Me acerqué a ella, apreté su mano y entonces me miró.

—Cuando vuelva, y lo haré, quiero que te sientas orgullosa de mí. Prometo que al regresar tomaré el puesto que me corresponde en el museo, pero hasta entonces no lo haré. Tú ya me enseñaste mucho, ahora yo debo aprender.

Asintió. Y entonces logré ver que su expresión era de tristeza, una lágrima se escapó por su mejilla, pero sonrió. Yo sabía que ella me entendía, el único momento en el que realmente pude servir como ser humano fue cuando me fui de casa, busqué un trabajo y viví por mi cuenta. Ahora era mi turno de huir, otra vez, para independizarme.

—Guardaré el puesto hasta que regreses, Celeste.

—No, mamá, tú debes descansar. El trabajo en el museo empeorará tu salud.

—¿Y quién quedará a cargo?

—Yo hablé con el señor Ortiz —dije, ella puso una cara seria—. Y no me mires así. Solo Jeremy está capacitado para ese trabajo, lo ha hecho muy bien y se lo merece. Así no lo perderemos. Ellos prometieron que mantendrían el legado de papá, y podemos confiar.

—Está bien.

—Y debes vender la casa, mamá —le pedí—. Este lugar es muy grande y derrochador para ti sola, debes buscar algo que no te haga sacrificar tu salud. Eso es lo más importante.

—Eres increíble, Celeste. ¿Lo sabías?

Finalmente, prometió hacer lo que le pedía, acarició mi rostro y le di un abrazo. Me quedé junto a ella hasta que anocheció y se durmió junto a mí.

El día de mi vuelo, mi madre insistió en llevarme hasta el aeropuerto, allá estaba Annie junto con Tom. Yo no sentí que fuera necesario exagerar, solo serían cuatro años, y me iría a estudiar, no a la guerra. Pero a mi hermana y mi madre les gustaba el drama. Además, siempre podrían visitarme.

—¡Te extrañaré mucho! —me dijo Annie mientras me apretujaba. No quería soltarme—. ¡Estudia, pero también ve a fiestas! Y ten novios.

Eso último me lo dijo al oído, para que mi madre no escuchara. Yo me reí, ya había pasado esa

etapa, solo quería tiempo para mí. Tom me dio un abrazo, mucho más corto que el de mi hermana.

—Ahora también debes cuidar a mi madre, así que hazlo bien, Tonto Tom —le advertí.

—Lo haré. ¿Segura de que no quieres despedirte de él? —me preguntó refiriéndose a Marcos.

Yo suspiré, pensar en él me causaba pena.

—Dudo que quiera verme alguna vez.

—No te odia, créeme.

Le sonreí, saber eso me hacía sentir un poco mejor. Me acerqué a mi madre, ella había estado sollozando. Le di un abrazo, sabía que siempre la tendría en mi mente ya que llevaba toda la ropa costosa que había comprado para mí en las maletas.

—Yo cumpliré mi promesa —le dije—. Pero tú debes prometerme que te cuidarás.

Me miró y me besó la mejilla.

—Lo haré.

Antes de irme saqué de mi cartera un sobre blanco, se lo entregué a mi madre.

—Por favor, entrégasela a Jeremy el próximo fin de semana, no antes.

Me miró confundida, pero la aceptó. Después de decir adiós me dirigí a la cabina que me correspondía caminando hacia mi futuro.

Puede que aprendiese a caídas, porque muchas veces me caí, pero me volví más fuerte.



Era muy mala escribiendo cartas, pero sentí que despedirme de tanta gente me saldría peor. Así que esa fue mi única opción. Había desechado ya dos papeles, pero finalmente logré encontrar las palabras correctas para decirle adiós.

Querido Jeremy.

Lamento mucho todos los problemas por los que te hice pasar, creo que desde pequeño pasaste malos momentos por mi culpa.

El otro día recordé que jugando de niños escuchamos a tus padres discutir. Tú estabas triste, y yo como una niña tonta pensé que sería divertido huir juntos, vivir sin nuestros padres. Pero nos perdimos, y entonces llegó la noche y el frío, aun así, cuando nos encontraron dijiste que había sido idea tuya para que no me castigaran. No sé si lo recuerdas, pero yo sí, por alguna razón recuerdo mis errores.

También lamento no poder disculparme en persona. Quizás aún no lo sepas, pero me he ido a la capital. No quería despedirme de ti. Mejor dicho, no podía. Ya nos hemos despedido una vez y en ese entonces nos olvidamos el uno al otro, pero esta vez prometo que no me olvidaré de ti.

Además, debo informarte que ahora eres oficialmente el encargado del museo. Sé que lo harás bien. Si no estás de acuerdo puedes renunciar, pero si aceptas el puesto te pido que lo cuides bien, solo buenas personas se han sentado allí, así que estarás perfecto en ese puesto. Pero te advierto, deberás prepararte para cuando yo vuelva, pues te lo arrebataré.

Espero que sigas tomando fotografías, me parece una linda manera de recordar. También espero que encuentres a una linda chica que no te meta en problemas, pero que sepa sacarte alguna sonrisa. Te aconsejo que de vez en cuando te sueltes la corbata, ir a un bar extraño a beber mucho, o gritar sin motivo alguno, o jugar como un niño. Solo abstente de grabar mujeres

que estén ebrias y sobre todo de llevarlas a hoteles desconocidos, porque luego las besarás y no lo recordarás. Yo lo recordé y no te lo dije, lo siento, otra vez.

De todas formas, siempre recordaré ese beso.

Ten paciencia con tu padre, en algún momento entenderá que cometer errores está bien. De todas formas, nunca podrías cometer más errores de los que yo cometí, y eso me da alivio.

Ahora miro el cielo y pienso que, al igual que mi amor por ti, el cielo será igual en todas partes del mundo. Y sí, siento amor por ti y no lo dije, perdón de nuevo. Los días que compartimos fueron como estar bajo un cielo celeste, y cada vez que alce la vista y lo vea pensaré en ti.

Las personas saben la historia de mi nombre y del museo, yo fui para mi padre la esperanza que sobresalió en el cielo gris. Lo mismo fuiste para mí, por eso te doy las gracias.

Solo me queda pedirte que no me busques, y si mis sentimientos no son correspondidos lo comprendo, seguiré deseándote felicidad. Ahora debo enfrentar el mundo sola. Adiós, ex prometido.

Celeste.

Cuando terminé de escribir la carta la guardé en un sobre. Me quedé sentada en la silla observando por la ventana y el cielo.

Me reí de lo graciosa que sonaría cuando él leyera la carta, esperaba que Jeremy no pensara que era tonta. También esperaba que no se molestara conmigo por ocultarle la verdad y que no me olvidara. Porque cuando menos lo pensé, me comenzó a gustar estar junto a él. Mejor dicho, me comenzó a gustar él, y esperaba un día reencontrarme con ese sentimiento.

31

Pasaron cuatro años. Era noviembre, había logrado terminar todos mis cursos de buena manera, incluso con algunos honores. Un maestro me había ofrecido una beca para continuar mis estudios y a la vez trabajar en una importante empresa que recuperaba piezas de arte. Yo rechacé su oferta, era hora de volver a casa.

Sabía que mi madre estaba bien de salud, me llamaba cada día desde que me subí al avión. Annie me enviaba mensajes constantemente, había tenido un hermoso bebe, su nombre era Henry, como su abuelo. Me había perdido gran parte del embarazo, y su nacimiento por los certámenes, pero ahora aprovecharía el tiempo libre. Era una ternura, y cerca de cumplir un año de vida.

Preparé mis maletas para volver a mi ciudad. Lo mejor de volver era que llevaba un título en mano, que yo misma había conseguido, sin hacer trampa. Lo juro. Cuando el avión aterrizó, y después de pasar por todo el papeleo de seguridad, recibí una llamada de mi madre. Al atender sonó desesperada.

—¿Ya llegaste? —preguntó.

—Sí, recién.

—He enviado un auto por ti.

—Perfecto. Nos vemos.

Al tiempo que los Ortiz comenzaron a manejar el museo la situación económica mejoró, mi madre se mudó a una casa algo elegante, pero menos costosa de mantener que la gran mansión que teníamos. El señor Ortiz siguió trabajando con mi madre, y con el tiempo recuperaron gran parte de las pérdidas de nuestra familia. Había sido todo un logro, incluso habían hecho una fiesta para celebrar.

Me encontré con un hombre mayor con un cartelito en sus manos, leí mi nombre. Me acerqué y lo saludé, era el fiel chófer de mi madre. Me ayudó con las maletas, entré en el auto y sonreí satisfecha. Ya me sentía en casa.

Al pasar por las calles, a pesar del gran tráfico, recordé momentos felices de mi vida y a muchas personas, me pregunté qué sería de ellos. ¿Cómo estaría Jeremy? ¿Sería feliz? ¿Se habría casado? ¿Me recordaría? Cuando hablaba con mi madre o con Annie evitaba mencionarlo, y les pedía que no comentaran nada sobre él, sabía que debía concentrarme en mi vida allá y dejarlo ir. Pero como había vuelto era inevitable no pensar en él.

El chófer me llevó a la nueva casa. Al bajar del auto una sensación de nerviosismo me inundó. La misma sensación que solía tener cuando cometía un error y luego debía enfrentarme al reproche. La puerta de la entrada se abrió de inmediato, la pequeña figura de mi madre apareció. Rápidamente se acercó a mí y me sorprendió con un abrazo, yo me reí ante su recibimiento.

—¡Celeste! —sollozó mi madre.

—Sí, mamá. Ya volví.

Ella me miró de pies a cabeza. Sentí que iba a juzgarme por algo, pero me sonrió.

—Estás radiante.

Su comentario me alagó. En los cuatros años fuera había crecido mental y físicamente. Había mejorado mi cuerpo haciendo ejercicio y manteniendo una buena alimentación, me había

cambiado el corte de cabello por uno hasta el cuello.

—Entremos, estoy agotada —dije.

Las maletas fueron llevadas a un cuarto de invitados, donde pasaría las siguientes noches, luego debía buscar un lugar para arrendar, no pensaba quedarme eternamente con ella.

Tras vaciar mi maleta me paré frente al espejo donde tantas veces me había arreglado de joven, mi madre lo había conservado, y le sonreí a la nueva mujer que vi en él.

Ahora que he vuelto debo cumplir mi promesa y obtener un puesto en el museo. ¿Cómo lo haré? No puedo simplemente aparecer de un día a otro, despedir a Jeremy y tomar su lugar.

***

De pronto llegó el cumpleaños de Henry. Annie hizo una pequeña fiesta familiar, y de paso celebraríamos mi regreso. Me vestí con un vestido suelto y una chaqueta delgada, con mis gafas de sol preferidas lista para enfrentar el calor.

Al tocar el timbre Tom abrió la puerta. Se veía más viejo. Me dio la bienvenida, como todo el mundo lo hacía. Mi hermanita apareció con mi sobrino en brazos y me dio un abrazo.

—Te extrañé mucho —me dijo al oído.

—Y yo a ti.

Aproveché mucho a mi pequeño sobrino. Lo cargué en mis brazos, jugué con él mientras Annie me contaba que había pasado con el mundo mientras yo no estaba.

—¿Quieres saber de él? —me preguntó.

—¿De quién?

—Ambos…

—Te diría que no, pero sé que querré saber de todas formas tarde o temprano.

Ella rio. Ya era momento de que descubriera la realidad.

—Está bien. Pues Marcos ha estado bien, sigue pintando. No estoy completamente segura, pero creo que se ha comprometido con su novia.

Ella hizo una pausa para esperar mi reacción, la que fue nula.

—Continúa —le pedí.

Me alegraba por él, todos esos sentimientos inmaduros habían quedado enterrados en el pasado. Era de esperarse que tuviera novia. Me aliviaba que no estuviera solo.

—Jeremy ha hecho un gran trabajo en el museo —dijo. Al oír su nombre me puse nerviosa—. Pasado mañana habrá una muestra final, entregará su puesto. Se ha enterado de que has vuelto… creo que se irá nuevamente al extranjero.

—No pensé que sería tan rápido —fue todo lo que pude decir.

¿Se iría cuando yo acababa de regresar?

—Al final, ¿qué pasó entre ustedes? —mi hermana preguntó.

Ella nunca se enteró del contenido de aquella carta, no me sentía lista para contarle mis sentimientos cuando me fui. De hecho, aún no lo estaba. Era extraño, ya que prometí odiarlo y a pesar de todo no pude, terminé queriéndolo y ahora no había nada que pudiera hacer.

—No pasó nada —respondí—. Nuestra relación simplemente acabó.

—¿Lo querías?

Me miró compasivamente. Yo miré a Henry mientras dormía en mis brazos, sonreí sin querer. Annie no esperó que yo respondiera.

—¿Irás a lo del museo? —preguntó, yo asentí en respuesta—. ¿Quieres que vaya contigo?

—Tu compañía me sería de gran ayuda —admití.

Ella afirmó su cabeza en mi hombro, de niña siempre me hacía eso, esa era su forma de decirme lo que sentía, que estaría a mi lado para acompañarme. Aún me quedaban algunas personas por volver a ver, algunas me aterraban y otras no. Solo a una de ellas le temía su rechazo, a que me hubiera olvidado, a que me odiara, pero nada de eso evitaba mis ansias de ver al estúpido hombre que me había sacado corriendo del altar el día de nuestra boda.

***

Mi hermana fue el día de la muestra para reunirse conmigo, su esposo la acompañó. Mi madre se quedó feliz cuidando de Henry. Annie entró en el cuarto y la vi en el reflejo del espejo, me había puesto un vestido gris con unos zapatos negros altos, estaba acomodando mi cabello. Ella se rio cuando me vio, yo puse los ojos en blanco.

—Te ves nerviosa —me dijo.

—Para nada —dije irónicamente.

Ella se acercó a mí y acomodó mi cabello desde atrás.

—Mira quién parece la mayor ahora —me burlé.

—Te ves hermosa, así que tranquila. Si te ve no podrá resistirse.

Después de eso nos fuimos en el auto. Tom condujo rápido, íbamos un poco tarde. Cuando llegamos me puse nerviosa, me detuve junto al auto mientras vi a Annie caminar hacia la entrada. Ella se volvió a esperarme.

—Iré luego, ustedes entren —le pedí.

Ella aceptó. Me quedé observando la entrada, seguía igual a como yo lo recordaba. Junto a la puerta se encontraba un cartel anunciando el evento. El nombre de la muestra era “Inspiración”, y estaba firmada por Jeremy como su creador y organizador.

No me sentía lista para entrar aún, me fui al otro lado de la calle, me senté bajo la sombra de un gran árbol. Observé los autos pasar, la gente entrar y salir del museo, el reloj avanzaba y no se detenía, cada segundo se hacía eterno. Quería entrar cuando todo el mundo se hubiera ido, pero me pareció exagerado, no quería ser una cobarde. Me puse de pie y traté de cruzar; en su lugar di muchas vueltas alrededor del árbol, la gente pasaba y me miraba como si fuera una persona extraña. Finalmente me decidí y crucé la calle, aunque de una forma indebida. La bocina de un auto me asustó, y corrí hasta llegar a la entrada. Suspiré y entré. La gente en la puerta me vio y murmuró cosas, yo les sonreí. Dentro quedé paralizada.

Lo primero que vi fue una de las obras de arte, al parecer la principal, era una fotografía que cubría por completo uno de los muros, en blanco y negro. En la foto estaba yo, era de mucho tiempo atrás, cuando tenía dieciséis años.

Recorrí los pasillos de la muestra sorprendiéndome cada vez más. Las paredes estaban cubiertas con fotografías de mi infancia, luego unas pocas de mi adolescencia y finalmente un montón de mi adultez. En algunas me veía extraña, en otras salía muy favorecida.

Comprendí por qué las personas me miraban. Después de ver toda la muestra, me acerqué a la única pintura. Era un ave de muchos colores volando en un cielo oscuro. Junto al cuadro pude leer una descripción:

“Dedicado a nuestra inspiración. A la mujer que inspiró esta pintura, estas fotografías y este

museo. Su nombre es Celeste, como el color del cielo en primavera, libre como un ave en medio de una brisa, radiante como el sol en medio de las nubes. Ella hará de este Cielo Celeste un mundo de mejores colores.”

Sonreír como tonta. Era un alago tener una muestra completa en mi honor, me obligué a contener las lágrimas. Debía encontrar al responsable de todo eso, quería agradecerle por elegirme de musa. Miré hacia los lados para ver si aparecía mágicamente, como el príncipe azul en las películas. Pero no logré ver nada más que gente desconocida.

—¿Buscas a alguien?

Me asusté. La voz masculina a mi espalda me encontró desprevenida. Era Marcos.

—Si buscas al talentoso artista que pintó este cuadro te lo puedo presentar. Estará feliz de verte —su rostro era el de siempre. Yo sonreí y suspiré, ya no había rencores entre nosotros.

—Hola, Marcos —lo saludé con una sonrisa.

—Celeste, bienvenida.

—¿Es tu cuadro? —pregunté para seguir la conversación.

Hace mucho tiempo no lo veía, por supuesto estaba igual de guapo, pero mi corazón ya no latía por él como antes.

—Sí, aunque la idea no salió de mí —confesó.

—¿Jeremy? —le pregunté.

Él asintió.

—Es obstinado, sabes. Me rogó que la pintara, pero terminó gustándome mucho. De verdad me recuerda a ti —dijo Marcos.

Jeremy debió recordar mi historia sobre las aves y mi libertad soñada, y creó ese cuadro junto a mi ex.

—No te despediste —interrumpió mis pensamientos—. Pensé que no volverías.

—No pensé que fuera correcto.

Él se quedó pensando.

—Lo lamento, por todo —le dije. Me sonrió de una forma cariñosa. Como viejos amigos.

—Está todo olvidado. Ahora solo recuerdo los buenos momentos que pasamos juntos —se burló.

—Yo hago lo mismo.

Él miró sus manos, yo vi cómo movía su anillo de compromiso en su dedo.

—Más te vale que no me pidas ser tu dama de honor —le advertí. Ambos reímos. Cuando dejamos de reír él miró detrás de mí.

—Oh, ahí está mi amigo el fotógrafo —dijo—. Deberías conocerlo, te pareces mucho a su modelo preferida.

Me puse seria de los nervios. Me volteé y miré hacia el otro lado del pasillo. Jeremy. Allí estaba. Luciendo elegante como siempre, alto y de hombros anchos, con su sonrisa cordial. Llevaba puesto un traje azul oscuro y una camisa blanca, incluso se había peinado. Los años lo habían mantenido igual físicamente, pero había mejorado su forma de socializar. Ahora se veía más feliz.

—Los dejaré hablar tranquilos —murmuró Marcos y se alejó entre la gente.

A lo lejos Jeremy me vio, nuestras miradas se encontraron. Su sonrisa desapareció, comenzó a caminar en mi dirección, mientras yo veía cada uno de sus movimientos en cámara lenta. Incluso contuve la respiración. Cuando llegó frente a mí pestañeó muchas veces, por un momento sentí

que pasaría por mi lado ignorándome. Pero se paró firmemente y me miró a los ojos. Entonces le sonreí.

32

Sentí que estuve sonriendo por muchos segundos, tanto que me dolían las mejillas. Parecía que Jeremy quería hablar, pero no lo lograba.

—Hola —saludé.

Si él no rompía el hielo del silencio, alguien debía hacerlo.

—Hola —soltó finalmente, haciéndome dar un salto de sorpresa.

Parecía nervioso. Tendió su mano derecha hacia mí como un saludo formal. Yo la acepté algo curiosa, estaba cálida. Hace tiempo quería volver a tomar su mano.

—Es un placer conocerte —comenzó a decir cuando soltó mi mano.

Yo lo miré extrañada, pero dejé que continuara hablando.

—Mi nombre es Jeremy —dijo.

Quise poner los ojos en blanco y cruzarme de brazos, pero decidí seguirle el juego. Sabía que no había perdido la memoria, solo me quedaba creer que estaba jugando. Lo cual me agradaba, la idea de comenzar de cero era atrayente.

—Mucho gusto —respondí con una gran sonrisa—. Mi nombre es Celeste.

Traté de mantenerme seria mientras hablaba, pero se me escaparon las risitas.

—¿Celeste? ¿Como la de la exposición del museo? —continuó Jeremy.

—Exacto. Soy yo —hice un gesto de acomodar mi cabello—. Y además, también soy dueña del museo.

—Oh, entonces eres… mi jefa —dijo de manera coqueta.

—¿Lo soy?

—Sí —hizo un puchero que me causó risa—. Es una lástima.

—¿Por qué?

—Tenía la intención de invitarte a un café, pero sería mal visto que un empleado invite a su jefa a una cita.

Eso me sonrojó. Sentí ganas de golpearlo, y lo hubiera hecho si no fuera porque quería seguir con la broma.

—Pues yo olvidaré que eres mi empleado, si tú olvidas todo lo demás.

—Entonces nos vemos en cinco minutos.

Me guiñó un ojo y se dio media vuelta. No supe hacia dónde fue, pero mientras se alejaba aproveché la visión que me dio. Me quedé cerca de la puerta principal esperando a que regresara. La gente seguía pasando, mirándome, apuntándome y sonriendo. Yo les agradecía su presencia, mientras disfrutaba de mi minuto de fama. Otra cosa que extrañé de pasar tiempo con Jeremy: siempre ocurría algo que me ponía en la atención de todos.

Cuando pasaron los cinco minutos vi reaparecer a Jeremy entre la gente. Estaba sonriente, eso me enterneció. Se acercó a mí, me pidió que lo siguiera, caminamos hasta su auto y entramos.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—A una cafetería que está a cinco calles —respondió—. Creo que te gustará.

Ya me gustaba. Era la misma cafetería donde yo solía comprar mi café y mis pastelillos. Donde solía tener citas, empezar relaciones y terminarlas.

Me sentí nerviosa, había olvidado la sensación de estar junto al hombre que me gustaba, esas supuestas mariposas me estaban causando nauseas. Mirarlo conducir hacía que mis mejillas se pusieran rojas. Se estacionó y bajó rápidamente, como todo un caballero abrió la puerta del copiloto para que yo saliera del auto. Incluso me dio su mano. Entramos en la cafetería que estaba medio vacía, nos sentamos en una mesa junto a un gran ventanal que daba hacia la calle principal.

Cada uno pidió lo que quería beber, cuando el silencio incómodo volvió a aparecer me preparé para obtener respuestas.

—Me llamó mucho la atención la exposición —comenté.

Por un momento él se congeló.

—¿Por qué?

—Me parece algo obvio el porqué.

—¿Estás molesta? —me miró a los ojos.

—¿Por las fotos? Claro que no —sonrió aliviado.

—¿Qué te molesta?

—Tú —respondí.

—¿Yo?

Asentí moviendo mi cabeza.

—Se supone que debías olvidarme —sentí que me pondría a llorar así que parpadeé varias veces mirando por la ventana—. Debías seguir con tu vida.

—¿Qué te hace creer que no lo hice?

—¿Lo hiciste? —pregunté, a pesar de no querer oír su respuesta por temor.

—Lo intenté —respondió—. Pero eres difícil de olvidar.

Se ruborizó. Yo bebí un sorbo de mi café para ocultar la sonrisa que se me quería escapar.

—Te fuiste sin avisar —dijo—. Solo dejaste una carta y en ella me lanzaste la bomba de tus sentimientos por mí. ¿Qué debía hacer?

Yo miré hacia abajo, avergonzada. No quería que estuviera enfadado conmigo, no quería perderlo nuevamente.

—Pero no te culpo, sé muy bien los serios problemas que sufres —siguió él, yo me reí—. De todas formas, también tengo algo de responsabilidad.

—¿Cuál?

—Tú te fuiste sin decir nada, yo te fallé como amigo al no confesar que no podía casarme contigo porque me había enamorado. Y no te lo dije, estamos a mano.

De pronto el mundo se detuvo. Me quedé con la boca entreabierta aun asimilando sus palabras, él bebía tranquilamente su café.

—Eso quiere decir... ¿Ya no sientes nada por mí? —pregunté.

Después de oír mi pregunta comenzó a reír sin parar, yo puse un rostro molesto. No veía lo gracioso en eso. Cuando se calmó y abrió la boca para responder contuve la respiración otra vez.

—¿Crees que si no te quisiera habría hecho una exposición solo para ti? ¿Qué clase de loco crees que soy?

Se puso de pie y se ubicó a mi lado, mirándome a los ojos. Se arrodilló junto a mi silla, la gente volteó a mirarnos. Yo solo podía verlo a él.

—¿Eso quiere decir…?

—¿Eres lenta? —se burló—. Estoy enamorado de ti, completamente, de tu cerebro mal puesto y tus mil maneras de meter el pie donde no debes.

Y hablando de provocar desastres…

Sin pensarlo me lancé sobre él plantándole un beso y con mi mano mandé la taza del café volando hasta el suelo. Por un lado, escuché la loza quebrarse, por el otro a los clientes aplaudir.

Simplemente era existir en sus brazos. Me gustaba la manera en que nuestros labios calzaban entre nuestras sonrisas, movimientos lentos y caóticos. Con sus manos sobre mis mejillas, acariciando mi piel, mientras yo disfrutaba de la suavidad de sus labios, tal como los recordaba de nuestro primer beso. Al separarnos me miró a los ojos, afirmó su frente con la mía y volvió a besarme, pero esta vez en la frente.

Al pagar la cuenta tuvimos que agregar la taza rota. Jeremy tomó de mi mano para atraerme hacia él cuando salimos de la cafetería, yo le daba pequeños empujones para molestarlo.

—¿Y ahora qué haremos? —pregunté.

Caminábamos hacia el auto.

—¿Casarnos? —preguntó él. Puse cara de asombro.

—Me refiero a qué haremos en este momento, idiota.

—Ups —se rio—. De todas formas, era broma lo de casarnos, olvídalo. No quiero volver a verte con un vestido de novia, te veías horrenda. Tuve pesadillas por meses.

—¡¿Qué?! —le grité.

Solté su mano para darle golpes.

—¡Me veía hermosa! ¡Como un ángel!

Continuó riéndose hasta que me calmé. Volvió a tomar mi mano, pero esa vez tiró de mí, me apegó a él y me rodeó con sus brazos por la cintura, pude sentir todo su cuerpo encajando con el mío. Me sorprendí de lo que eso provocaba en mi interior.

—Te extrañé —dijo con seriedad.

Yo me puse de puntas para alcanzar su rostro con mis manos y le di un beso, intenso.

—Lo sé —me burlé.

Me liberó y seguimos caminando.

—Ahora deberíamos prepararnos para morir, otra vez —comentó.

—¿Por qué lo dices?

—Tenemos que hablar con nuestros padres.

Nos detuvimos y nos miramos. Continuamos riendo, pensando en cómo contarle a nuestra familia, luego nos subimos al auto y Jeremy condujo hasta un parque. Pasamos toda la tarde jugando como niños, hasta que oscureció y me dejó en casa. Yo dormí con una sonrisa en el rostro y pensé en todos los momentos felices que había tenido hasta ese momento.

33

Habían pasado dos semanas desde que había vuelto a casa, tiempo en el que recibí visitas de parientes de todos lados. Comencé mi búsqueda de departamento y solicité empleo en el museo. Decidí que no podía quitarle el puesto a Jeremy: comenzaría desde cero. Aproveché algún tiempo libre para estar junto a Annie y mi sobrino. Lo único que no le mencioné, ni a mi madre, fue mi nueva relación con Jeremy.

Obtuve mi propia oficina en el museo, a pesar de que seguía haciendo el mismo trabajo que antes. Extrañé cuando mi escritorio se encontraba frente al de Jeremy y lo podía ver trabajar concentrado.

Alguien golpeó la puerta de la oficina, al abrirse una flor blanca apareció acompañada de mi apuesto jefe. La noche anterior había recibido un mensaje de texto de él invitándome a una cita, sonreí al ver la flor, Jeremy se acercó y la dejó sobre la mesa.

—Gracias.

—Es la primera de muchas —me aseguró.

Al decir eso se sonrojó, yo adoraba que fuera tímido, pero que hiciera el intento de no serlo me encantaba todavía más.

—Nunca pensé que fueras tan romántico —le bromeé provocando que se sonrojara aún más.

—¿Aceptarás mi invitación?

La respuesta era obvia, pero me gustaba molestarlo, solo un poco.

—Y si digo que no, ¿qué me harás?

Poniendo una mano en su pecho me respondió:

—Nada, pero me romperías el corazón.

—En ese caso, acepto —me acerqué y puse mi mano sobre su corazón, yo no quería romperlo.

—A las dos vendré por ti —dijo.

Miré el reloj de la pared y vi que eran las diez de la mañana.

—Pero hoy salgo a las cinco —le recordé.

—Te estoy dejando salir antes, tontita.

—Eso es abusar de tu poder —me burlé—. Pero me gusta.

Me guiñó un ojo y salió de la oficina. Miré detalladamente la flor, era realmente hermosa. Solo me quedaba esperar que las horas pasaran volando. Pero el día se hizo eterno, yo observaba a cada segundo la hora en el reloj que no avanzaba. Cuando por fin faltaba media hora guardé todo, me escapé al baño y me arreglé. Cuando terminé, salí del edificio para encontrarme con Jeremy, que me esperaba afuera sonriendo junto a su auto. Apenas me acerqué abrió la puerta del copiloto para mí.

Jeremy conducía muy bien, podía pasarme el día entero viéndolo conducir, pero cada vez que me encontraba con su mirada me sonrojaba y volteaba a mirar por la ventana. Nos detuvimos en un elegante restaurante, de esos donde los precios de los platos no aparecen en la carta.

—Todos tienen nombre raro —mencioné cuando estábamos por pedir nuestra orden—. Incluso los ingredientes, no sé qué pedir.

—¿Quieres que pida por ti?

—Es que ni siquiera traen fotos —seguí quejándome—. ¿Puedo pedir papas fritas?

Él se rio y ordenó algo que sonaba como francés refinado o un estornudo muy extraño. La comida tenía buen aspecto, contuve mis quejas cuando vi la cantidad diminuta de alimentos en mi plato. Jeremy notaba que estaba nerviosa.

—¿Quieres un poco de agua? —me ofreció una copa—. Te ves un poco atorada con la comida...

—Es que es demasiada —dije sarcásticamente sacándole una sonrisa.

—No te preocupes, yo también me comería una hamburguesa después de esto.

Tomé la copa y bebí un sorbo. El agua quedó atorada en mi garganta provocándome una horrenda tos y que escupiera todo lo que ingerido. Jeremy se preocupó y me dio servilletas para secar el agua, la gente nos miraba y murmuraba.

—Iré al baño —dije avergonzada cuando pude respirar.

Jeremy asintió.

Me miré en el espejo del baño, tenía un poco de agua en mi ropa, me acerqué al lavamanos, pero la llave del agua no abrió, forcejeé un rato con todas ellas, y en un intento desesperado por abrirlas, rompí una. Lentamente comenzó a crecer un chorro de agua y no encontré la manera de detenerlo, me estaba empapando mientras chillaba como una niña.

—Detente, por favor —supliqué.

De pronto entró una camarera al baño para investigar el ruido, imaginaba que desde afuera se escuchaban mis gritos. Le pedí ayuda, pero cuando se acercó cayó de espalda al pisar el gran charco de agua.

—Lo siento mucho —le dije aun mojándome.

Ella logró ponerse de pie y arregló todo mi desastre cortando la salida del agua. Yo le prometí pagar por mis daños.

Al salir y regresar al salón principal la gente me miró a causa de lo empapada que estaba, Jeremy puso unos gigantescos ojos cuando me senté frente a él.

—No preguntes —le advertí antes de que lo hiciera.

Se limitó a pedir la cuenta. Al salir puso su chaqueta sobre mi espalda para cubrirme. En el auto no hablé, estaba muy avergonzada, solo escuché la música. Tampoco miré a Jeremy por miedo a que estuviera molesto, o peor, avergonzado de mí.

Estacionó el auto frente a la casa de mi madre, se apresuró a abrir la puerta del auto. El agua sobre mi ropa me producía escalofríos, ya estaba oscureciendo y se había levantado una corriente de viento.

—¿Estás bien? —rompió el silencio.

—Sí, solo tengo frío —respondí cruzándome de brazos mientras caminábamos.

Y tengo hambre, pensé. Nos detuvimos en la puerta principal.

—¿No estás enojado?

—Claro que no, disfruto pasar el tiempo contigo, no importa lo que suceda.

—Lo lamento.

Él me abrazó y acarició mi cabello, me pareció agradable el aroma de su perfume.

—No te preocupes, tontita. Al menos ahora sé que te gusta quedar mojada en la primera cita. ¿Qué harás en la segunda?

—¡Hey!

Me aparté de él para golpearlo varias veces mientras se reía. Qué atrevido. Cuando terminé de atacarlo él se acercó a mí con una mueca que derretía a cualquiera, mordí mis labios

preparándome para el beso que tanto deseaba, pero de pronto la puerta se abrió y ambos nos apartamos inmediatamente.

—¿Celeste? —apareció mi madre—. ¿Qué te sucedió?

Ella observó mi ropa mojada.

—Hola, mamá. Un nuevo proyecto de arte —le inventé—. Muchas gracias por traerme —le dije a Jeremy.

—No hay de qué, hasta mañana, Celeste.

Rápidamente escapó a su auto. Mi madre miraba sospechosamente, yo estaba nerviosa.

—Será mejor que me cambie de ropa o me resfriaré.

Entré corriendo a la casa para encerrarme en el cuarto. Algún día muy cercano debía contarle a mi madre.

***

Después de mi primera cita con Jeremy mi madre comenzó a sospechar. Me preguntaba adónde iba y con quién, cada vez que salía, no porque quisiera controlarme, su intención era descubrir en qué andaba. Una mujer curiosa como yo.

Me moría de ganas de contarle la verdad, pero también sabía que si le decía probablemente a la mañana siguiente aparecerían nuevos rumores de un matrimonio. Y ya no quería ser parte del mundo de la farándula local.

Durante dos semanas mantuve una relación formal y estrictamente laboral con Jeremy para calmar las locuras de mi madre, excepto por mensajes de texto donde podíamos ser más cariñosos de lo normal. Pero él quería volver a salir, y yo también, para olvidar la horrenda primera cita.

Decidimos ir a un sitio a las afueras de la ciudad donde se había instalado un parque de diversiones. Una cita infantil, pero lejos de cosas que yo podía destrozar, y donde quedar empapados de agua era algo normal. Como el domingo el museo cerraba aprovechamos nuestro día libre, el clima estaba caluroso, ideal. Mientras yo me arreglaba para salir, mi madre se paseaba de un lado para otro, mirándome de manera sospechosa.

Me puse un cómodo vestido con short en la parte inferior y un sombrero para cubrirme del sol, como era una salida informal también me puse zapatillas. Tomé mi bolso y me dispuse a salir de la casa, me pareció extraño que mi madre no me detuviera en la puerta para su interrogación.

Subí al taxi intranquila, solo me calmé cuando llegué al centro de la cuidad. En una plaza me esperaba Jeremy para irnos en su auto. Como siempre lucía apuesto, con unos jeans oscuros y una camisa de mangas cortas. Apenas me vio, se acercó y me ofreció su mano para un saludo formal.

—Lo siento —me dijo—. Es la costumbre.

Me reí y me colgué a su cuello, no es que estuviera desesperada por besarlo, pero sí lo estaba.

—Una muy mala costumbre —respondí.

Luego de unos eternos minutos le solté el cuello para tomarle la mano. El viaje en auto demoró una hora, ya que había mucho tráfico, la música lenta y el tibio aire me relajaban, tanto que terminé quedándome dormida sosteniendo la mano de Jeremy. Cuando desperté ya habíamos llegado, miré mi reflejo en el espejo y vi un poco de saliva sobre mi hombro.

—No es para tanto —me calmó Jeremy. Yo me cubrí la cara con ambas manos—. Yo ronco

mucho cuando duermo y no me avergüenzo.

Me quité las manos con una expresión sorprendida y dije:

—¡¿Acaso yo ronqué?!

Soltó carcajadas. Pasó su brazo sobre mis hombros y me apegó a su cuerpo. Hacía calor, pero me aguanté.

—Eres encantadora.

—¿Desde cuándo ser un desastre es un encanto?

—Desde que te conocí.

Diciendo eso depositó un beso sobre mi frente y alivió todas las molestias. El lugar era inmenso y con muchos juegos: como la rueda, carruseles, montañas rusas y la casita del terror. Jeremy compró muchos tickets para subirnos a todos los juegos, me sentía como una niña.

Traté de mostrarme firme cuando quiso subirse a la rueda, mi temor a las alturas no me podría impedir pasar un buen momento junto a él. Cada vez que él me hablaba yo estaba distraída mirando hacia todos lados, esperando que un tornillo no se soltara y cayéramos, lo imaginaba y temblaba por dentro. Quizás no solo por dentro, porque Jeremy me sostuvo fuerte todo el tiempo.

—Casi pierdo mi brazo allá arriba —me dijo al bajar del juego y yo sentía felizmente el suelo en mis pies.

—¿De qué hablas?

—No sabía que tenías tanta fuerza, aprietas muy fuerte cuando tienes miedo.

Le di un empujón. Esa paliza se la ganó. Luego me compró un algodón de azúcar. Era difícil enojarse con él. Ambos quedamos pegajosos por el dulce, pero aun así nos dábamos la mano, que después de un rato parecían una sola de tan pegadas. Tenía que mirar a cada rato detrás de mí porque sentía que alguien me estaba observando, Jeremy me decía que estaba siendo paranoica. Fuimos al baño para quitarnos lo pegajoso y salí antes, me quedé sentada en una banca esperándolo. Entonces reconocí un auto del estacionamiento. Me acerqué y saludé al chófer, era el auto de mi madre, el conductor no pudo ignorarme.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—No está acá, señorita.

El pobre no tenía nada que ver en nuestros asuntos familiares así que me fui, en cuanto Jeremy salió del baño lo agarré del brazo y lo llevé hasta la casita del terror, una vez dentro le conté lo que sucedía.

—¿Tu madre nos siguió?

—¡Te dije que esa señora tiene un GPS sobre mí!

—Realmente es aterradora.

Caminábamos por los pasillos oscuros de la casita que por dentro parecía no tener fin. Objetos antiguos con polvo y telarañas, gente disfrazada de fantasmas y hasta zombis, pero yo solo podía pensar en mi madre. Los actores ni lograron asustarnos. Cuando terminamos el recorrido ya había atardecido, un viento helado hizo volar mis cabellos y justo en frente mío apareció una silueta a lo lejos. Yo di un grito, a pesar de estar fuera de la casa del terror.

—¿Qué sucede? —preguntó Jeremy.

Yo apunté con mi dedo hacia donde estaba estacionado su auto. Justo junto al estacionamiento estaba mi pesadilla. Mi madre nos esperaba, aunque aún no nos veía.

—¿Tenemos que irnos en auto? —pregunté suplicando.

—¿Qué otra opción tenemos?

Me di por vencida. Caminé firme hasta donde ella y le hablé.

—Hola mamá, veo que me seguiste.

—Quería comprobar que estabas con... ¿Jeremy? —mi madre se sorprendió al verlo—. Creo que he mal entendido todo, pero al parecer están trabajando. Yo mejor me voy, nos vemos casa cariño.

Y se alejó. Yo tenía los ojos abiertos como platos, Jeremy parecía igual de confundido. En el auto finalmente logré hablar.

—¿Te diste cuenta de lo que sucedió? —dije—. Ella cree que estoy con alguien, pero no sabe que es contigo y cuando te vio pensó que estábamos trabajando...

—Es algo...

—¿Extraño? Sí. Yo pensaba que mi madre era más astuta.

Antes de bajarme para entrar a casa me despedí de Jeremy. Le di un beso de buenas noches, le agradecí por el lindo día y más que nada por soportarme.

—Espera —me detuvo cuando iba a salir—. Tengo algo para ti.

—¿Qué es?

—Un recuerdo.

De su bolsillo sacó una cadenita que traía un colgante con forma de pájaro. Era muy lindo, él mismo se encargó de ponerme el collar. Me quedé observando el dije de plata, con el pecho inflamado de emoción. Y cuando levanté la mirada y lo vi, me di cuenta de lo afortunada que era.

—Te amo —le confesé en un susurro.

—Te amo, Celeste —aseguró él antes de llevar sus labios hasta los míos.

Mi madre ya se encontraba en su cuarto cuando llegué, pero después de ese día me prometí contarle todo. Ya no podía seguir saliendo a escondidas, menos dejar que ella pensara que salía con otro hombre cuando Jeremy era perfecto para mí.

34

No tenía claro el modo en que le contaría a mi madre, pensé que soltarlo de golpe sería aburrido. Convencí a Jeremy de que viniera a casa junto a su padre el siguiente fin de semana, toda nuestra familia merecía saber la nueva noticia, y necesitaría del apoyo de Annie.

Busqué durante días una receta en Internet que dejara a todos con el estómago satisfecho, así pasarían un buen rato antes de recibir una bomba. Además, quería darles una buena impresión a nuestros padres.

Le pedí a mi madre que me permitiera organizar la comida, ella aceptó dejándome la casa vacía y en paz. No hizo preguntas.

Me amarré un delantal de cocina y encendí el reproductor de música con el volumen al máximo. Tenía todos los ingredientes sobre la mesa y comencé a cocinar. El tutorial se veía demasiado sencillo.

—¿Qué tan difícil puede ser preparar un salmón con verduras? —me dije a mi misma.

Después de media hora, la cocina parecía un sauna con olor a pescado. Me había tomado más de diez minutos encender el horno sin quemarme los dedos u otra parte del cuerpo. Tenía la basura esparcida y mi cabello tenía cáscaras de cebolla.

Sonó el timbre de la entrada, bajé el volumen de la música y corrí a la puerta.

Les había dado el día libre a las dos empleadas que trabajaban para mi madre.

—¡Jeremy! —grité de sorpresa al verlo tan elegante, mientras su padre me sonreía a su lado.

—¿Es un mal momento? —me preguntó.

Me miré en el espejo junto a la entrada y traté de no ponerme histérica al ver que era un desastre.

—Pensé que llegarían más tarde... —respondí tímidamente dejándolos entrar.

—Pero son las tres de la tarde —comentó Jeremy.

Al parecer había estado más de una hora en la cocina. Les indiqué que tomaran asiento, y el señor Ortiz me entregó de regalo un fino vino para acompañar la comida.

Dejé que la comida se cocinara y corrí a mi habitación para arreglarme. No me empeñé mucho en mi imagen, bastaba con quitar el olor a cebolla del cabello. Un vestido sencillo, un poco de labial, perfume y listo.

Cuando bajé Jeremy me dio una hermosa sonrisa. Embobada, fui sonriendo a la cocina, pero al entrar me encontré con el mismísimo horror. En resumen: el salmón en el horno parecía chimenea de tanto sacar humo y las verduras habían dejado su estado sólido para ser un tipo de baba con apariencia para nada apetecible. Rendida, me senté en el piso, esperando que la alarma de incendios no llamara a los bomberos, el humo escapó por las ventanas. Cuando el timbre de la entrada volvió a sonar sentí que ya nada podía salir peor.

Era mi hermana, ella percibió el olor a comida quemada apenas entró en la casa. Yo inocentemente pregunté a todos:

—¿Alguien tiene antojo de comida china?

Mi hermanita acarició mi espalda dándome consuelo.

—Lo tuyo no es la cocina cuñada —se burló Tom.

Al final todos aceptaron que lo mejor era llamar a un servicio repartidor de comida, Annie me ayudó a limpiar y luego arreglamos la mesa. Cuando mi madre llegó todo estaba listo y perfecto. Después de unos largos e incómodos silencios, entre algunos comentarios casuales y el gran halago de mi madre al decir: “La comida está sabrosa, cariño”, con una pequeña carcajada de parte de Tom, mi hermana me incentivó a soltar el chisme.

—Celeste ¿no tenías algo que contar?

Algo nerviosa miré a mi hermana tratando de no estrangularla por romper el extraño, pero tranquilo, ambiente de paz. Aunque en algún momento yo tendría que revelar mis intenciones.

—Sí.

Me puse de pie, los comensales habían acabado su plato y se veían satisfechos.

—Deben preguntarse por qué los he invitado a este almuerzo, el cual espero hayan disfrutado —Jeremy me incentivó a proseguir—. Debo darles una noticia y espero que se lo tomen bien.

Mi madre me miró ansiosa.

—¡Solo dilo, Celeste! —me gritó Annie.

—¡Estoy saliendo con Jeremy!

Solté de golpe y lo apunté con el dedo como una niña asustada. Él se acomodó nervioso en su asiento. Los demás comenzaron a reírse, incluyéndome. Mi madre se acercó y dándome un abrazo me dijo: “Ya era hora”. Yo traté de tomar eso como un cumplido.

Mi madre sacó una botella de champaña para celebrar, yo insistí en abrirla. Era como en la víspera de año nuevo, solo que sin los fuegos artificiales. Me costó aflojar el corcho, Jeremy trató de ayudarme, pero no se lo permití y al momento de abrir la botella me di cuenta de que él estaba tendido en el suelo. La espuma subía sin parar y yo no entendí en qué momento le di a mi novio un puñetazo en el rostro, todos se acercaron a ayudarle.

Mientras los demás bebían de sus copas, yo sostenía una bolsa de hielo en la mejilla de Jeremy.

—Lo lamento.

—No te preocupes —dijo amablemente—. No fue tu intención, ¿o sí?

Suspiré aliviada de que no se enojara. Debajo de la bolsa podía notar el tenue rojo de su mejilla que comenzaba a transformarse en morado.

—Te dejará un moretón —le hice un puchero.

Él apartó un mechón de cabello de mi rostro y lo dejó detrás de mí oreja. Me dio un escalofrío, pero de los buenos.

—Será un recuerdo, cuando lo vea pensaré en ti.

Ambos nos reímos, a pesar de que a él le dolía. A lo lejos, escuchábamos a nuestra familia hablar sobre viajes y proyectos futuros. Yo me hacía la sorda. Por ahora todo lo que necesito es el presente, mientras en él esté Jeremy no quiero nada más, pensé.

***

Todo marchaba excelente, tenía el trabajo perfecto, había conseguido un sofisticado pero económico hogar y tenía un novio soñado. Aun así, sentía que con Jeremy nos faltaba dar un paso, uno de los grandes: tener sexo.

De vez en cuando él me visitaba en mi departamento y pasaba la noche junto a mí, veíamos películas y me acompañaba hasta que me dormía. Me gustaba la tranquilidad que había cuando

estábamos solos, pero no podía evitar comparar nuestra relación con las anteriores, las innombrables.

Con Jeremy nos conocemos de casi una vida, nuestro romance era ideal, pero extrañaba la pasión. Quizás era más divertido cuando era un secreto, o cuando ninguno de los dos aceptaba sus sentimientos. Entonces había una tensión entre nosotros que nos volvía más atractivos hacia el otro.

Yo quería que él volviera a verme de esa forma, no como una niña adorable y desastrosa, sino como una mujer poderosa y sexy. Así que decidí preparar una sorpresa, sabiendo que siempre me salían mal, pero de todas formas no me rendiría. Llamé a Annie para que me acompañara de compras, ella tenía más tiempo de casada y sus trucos bajo la manga.

—¿Quieres hacerle un baile sensual? —preguntó mi hermana.

—¿Bailar? Quiero atraerlo, no espantarlo —le respondí—. ¿Acaso tú le bailas a Tom?

Antes de que ella respondiera yo la callé.

—Olvídalo, no quiero saber eso. Solo ayúdame a escoger un conjunto atractivo.

Recorrimos muchas tiendas, mi hermana me entregaba un montón de ropa y me la probaba. No mentiré, yo no estaba muy cómoda con sus elecciones. No sabía dónde esconderme al verme en el espejo, parecía que lo sensual y provocativo no era lo mío. Finalmente escogí un disfraz estilo policial, Annie me miró con desaprobación, pero a mí me gustaba como lucía.

—Sé que no te parece sensual, ni muy maduro —le dije—. Pero me gusta. Así podré esposarlo en algún lugar, de seguro a los hombres les gusta eso.

En mi mente imaginé la situación.

—Sí, claro —respondió mi hermana irónicamente.

En la tarde fui al departamento de Jeremy, él me había dado una copia de sus llaves en caso de emergencia. Debajo de una chaqueta gruesa me puse el trajecito de oficial de policía sexy. Entré como si fuera mi casa, él aun no salía del trabajo y eso me daba tiempo de prepararme, pero quedé atónita al ver el desorden.

—Y pensé que yo era desordenada —murmuré para mí misma.

Papeles por todos lados, ropa desordena y envases de comida rápida. Me puse en marcha a ordenar, mientras pensaba que habría sido mejor escoger el trajecito de mucama, aunque también podía detenerlo por crímenes contra la salubridad.

Escuché que la puerta se abría, solté la escoba y apunté con mi arma falsa hacia él como lo había planeado, pero una mujer con implementos de limpieza asustada levantó las manos cuando le grité “arriba las manos”.

—Lo lamento —le dije—. Creí que eras Jeremy.

Había olvidado que día por medio limpiaban el departamento. Hablé con la señora mientras la ayudaba a ordenar, fue agradable, pero lo que nunca olvidaré fue cuando me preguntó:

—¿Están planeando tener hijos? Sé que no están casados, pero el señor Jeremy lo menciona de vez en cuando.

—¿Hijos? —reí—. Cuando él sepa cómo limpiar su cuarto y trabajar a la vez hablaremos.

¿Acaso Jeremy me quería ver embarazada? Difícil si con Jeremy aun no lo hacíamos. Cuando la puerta se abrió otra vez yo estaba de pie, sola, en una pose para nada sensual.

—¿Una chica policía? —preguntó Jeremy confundido.

Me congelé frente a él. Jeremy sonrió embobado y me susurró que era adorable dándome un beso en la frente.

—¡Se supone que sería sexy!

Me lancé sobre su cama haciendo un berrinche. Una manta me cubrió el cuerpo.

—¿Me cubres porque soy muy sensual? —pregunté con mi cabeza hundida en su almohada, la cual olía deliciosa. Jeremy se sentó a mi lado.

—¿Qué sucede?

—Me preocupa que no me veas de forma sensual, o que no me desees así. ¿Acaso voy muy rápido?

Me alzó y me abrazó contra su pecho acariciando mi cabello.

—Quizás yo voy lento. ¿Pero quién nos apura? Tengo planeado disfrutar cada parte de ti hasta que me muera.

—Eso suena perfecto —respondí—. ¿Quieres tener hijos?

Lo miré a los ojos. Seguía pensando en lo que había dicho la mujer y quería oírlo desde su propia boca.

—Por supuesto, y de hecho tengo algo que darte.

De su bolsillo sacó una cajita pequeña de color azul. Yo abrí los ojos como platos, sentí mis latidos en los oídos, la boca se me secó y me costaba tragar.

—Ábrelo —me la entregó.

Sí es un anillo me desmayo. Cerré los ojos solo de cobardía.

—¿Te gusta?

Suspiré aliviada. No era un anillo, era un corazón dorado con nuestros nombres tallados.

—Quizás podríamos empezar formando una familia pequeña, nosotros y una mascota.

Era un collar para mascotas, me lancé sobre él y lo abracé con todo mi cuerpo. Me sentía agradecida por el hombre junto a mí, y saber que se proyectaba me enamoraba más.

—Me encanta.

Jeremy me pasó una camiseta y un pantalón de él para quitarme el súper disfraz.

—Sabes, vestida así te ves mucho más sexy.

—¿En serio?

Yo posé sensualmente, o como creía que debía ser verse sensual. Ya no me importaba, si ser un desastre era mi don lo convertiría en mi poder sexy.

—¿Por qué hay unas esposas en la puerta del refrigerador? —me preguntó Jeremy.

Me sonrojé al ver las esposas de juguete colgando sobre la manilla del refrigerador. Mientras esperaba que él llegara me puse a jugar y las dejé ahí.

—Tenía la intención de esposarte…

Admití inocentemente. Él me miró juguetonamente, lo que significaba problemas para mí. Me acerqué y sin aviso tomó mi muñeca y me esposó al refrigerador.

—Iré a bañarme —me advirtió—. Quédate aquí como una niña buena y no me sigas.

Mientras se alejaba le grité:

—¡No me dejes aquí! Ni siquiera tengo las llaves —di tirones hasta romper las esposas—. Uf, ¡olvídalo, ya estoy libre!

Gracias a Dios había comprado juguetes de plástico. Cuando entré al baño el vapor empañó mi visión, pero seguí mi camino hasta abrazar a Jeremy.

—Me encontraste.

—Para la próxima tienes que esconderte mejor.

Su cuerpo estaba cálido, su camisa yacía en el suelo y acaricié su pecho, mientras lo abrazaba por la espalda él suspiraba. Cuando se volteó a besarme el aire del baño ya era sofocante, sus

besos comenzaron de inmediato pasionales. Sin darnos cuenta del tiempo, y del gasto de agua, comenzamos a despojarnos de cualquier tela que nos impidiera sentir la piel del otro.

—A la mierda la ducha —gruñó él y sin separar su cuerpo del mío cortó el agua.

Entre suspiros me tomó en brazos y me hizo rodearle las caderas con mis piernas, el relajante jadeo del momento nos llevó de vuelta a su cama, donde me dejó caer. Me sentía sudorosa, pero no de una forma desagradable. El roce de su pecho desnudo sobre mi estomago me provocó increíbles sensaciones, se me secaba la boca y me volvía sedienta por besarlo una y otra vez. No me importaba nada más que él sobre mí, cubriéndome por completo.

—Te necesito —susurré mientras él se tomaba su tiempo besando la parte baja de mi vientre—. Ahora.

—¿Es una orden? —preguntó Jeremy coqueto, apenas levantando la mirada desde su posición.

Me fue imposible responder con palabras lo mucho que lo deseaba tocándome e introduciéndose en mí. Simplemente jadee y deje caer la cabeza en la almohada, rindiéndome ante él.

—Demandante en la oficina y en la cama —se burló Jeremy mordiendo el lóbulo de mi oído—. Me gusta.

Se alejó un momento y fue hasta su closet, cuando regresó completamente desnudo se ubicó entre mis piernas, no sin antes darme unos segundos para apreciar su tonificada silueta. No me opuse a sus movimientos, lo recibí sin quejas, ni siquiera necesité relajarme para sentir placer. Dejé que se deslizara en mí, me acoplé a su ritmo, hasta que algo dentro de mí hizo clic y solté un quejido que me sonrojó. No fue de dolor, estaba en el paraíso que tanto deseaba. Escuchar su respiración acelerada me encendía más, quería que él fuera más rápido y más profundo. Nuestros corazones batallaban entre sí por quién palpitaba más alto.

Cuando volvió a besarme atrapó en su garganta nuestras voces, que comenzaban a sonar muy alto. Intenté no pensar en lo que dirían los vecinos de Jeremy.

Mordió mi hombro cuando acabamos por completo, y se apretó más contra mí, lo que parecía imposible. Con movimientos lentos me acarició por dentro un poco más y besó mi frente. Me costaba respirar con normalidad. Se quedó allí, sobre mí, apartando los mechones de cabello que se habían pegado a mi frente. Volvió a besarme, una y otra vez. Ni siquiera fue necesario modular un “te amo” para comprender lo que intentábamos decir.

—Creo… —dije dando profundas respiraciones—. Que… necesito una ducha.

Jeremy solo soltó una carcajada, esas que yo tanto adoraba y se dejó caer sobre el cobertor a mi lado, y ese mágico sonido quedó grabado en mi memoria junto al recuerdo de una increíble primera vez entre ambos. No fue planeado, no tuve que machacar mi cerebro pensando en que todo tenía que ser sensual, solo bastamos nosotros y eso fue perfecto.

35

Tiempo después llegó mi día importante, de esos que cambian por completo el futuro. Ya no iba a ser simplemente Celeste, la chica torpe y despistada que con sus errores había vivido muchas aventuras. Ese día por fin había llegado a mi destino.

Me levanté emocionada, estaba sola en mi departamento y eso me gustaba. Tener mi espacio para hacer mis tonteras era agradable. Encendí el equipo de música y comencé a bailar por todos lados, me paseé de la cocina al baño y después al dormitorio. Tomé un desayuno para nada sano, mucha grasa para comenzar un grandioso día. A las doce sonó el celular, esa vez contesté enseguida. Ya no necesitaba hacer que mi madre perdiera la cordura.

—Buenos días, Celeste —escuché a mi madre emocionada al otro lado del teléfono.

Posiblemente ella había despertado cinco horas antes que yo y tenía todo bajo control.

—Buenos días, mami.

—Ya está todo listo, un auto pasará a recogerte a la una en punto. No llegues tarde.

Miré a mi alrededor y por primera vez admití que, como mi madre, también tenía todo bajo control.

—No te preocupes, estaré lista.

—Hoy es un gran día.

Me dijo entusiasmada y cortó. Mi estómago comenzó a dar vueltas, pero me sentía feliz y sabía que no saldría corriendo. Me tomó unos veinte minutos peinarme y terminar mi maquillaje, pero cuando sonó el timbre yo estaba lista esperando para ir a mi destino.

Un amable chófer me abrió la puerta del auto, me sentí como una princesa. El tiempo estaba hermoso, con un cálido sol y un gran cielo azul despejado de nubes. Acomodé mi costoso vestido blanco, que fue lo único que le permití a mi madre comprar. Y me alegraba haberlo hecho, porque beneficiaba mucho mis curvas.

Iba a brillar y sería el centro de atención. Mi destino quedaba cerca del centro así que no demoré mucho en llegar. Había algunas personas fuera del lugar, mi mamá se encargó de llamar a toda la prensa interesada.

—Llegamos —anunció el conductor.

Me quedé allí unos minutos. Deseaba que mi padre estuviera conmigo para verme y tomar de mi mano. Bajé confiada en mí misma, esa vez mi zapato no fallaría, me aseguré de comprar un par a prueba de pies torpes como los míos. Mi madre esperaba en la entrada, la prensa ya estaba en sus lugares en el interior.

—Estás encantadora, hija. Ese vestido es realmente hermoso —tomó mis manos.

—Yo diría que estoy más que encantadora —respondí dando un giro sobre mi puesto—. Mírame, soy una diosa.

Ella sonrió, aunque claramente yo no había dicho ningún chiste.

—Desearía tener a papá acá, conmigo —suspiré.

—Él está aquí, es su casa. Créeme que está orgulloso.

Al entrar vi obras de arte por todos lados, en el centro del lugar estaban las sillas donde todos esperaban a que comenzara el evento. En un podio sobre un pequeño escenario esperaba un micrófono. Recién en ese momento comencé a sentir el nerviosismo. Mi madre se acercó al

escenario mientras el bullicio desaparecía. El presentador del evento hizo una prueba de sonido y dio la bienvenida a todos en el lugar.

—Bienvenidos al Museo de Arte Moderno “Cielo Celeste”, a nombre de la comisión administrativa les agradezco su presencia en este día tan importante.

Yo estaba sentada en mi sillita, sintiéndome cada vez más pequeña, como una niña. Era increíble como también el museo se había convertido en un hogar para mí, que me había visto crecer. Sentí que alguien tomó mi mano, era mi hermana que estaba sentada a mi costado. No lo dijo, pero en su mente sabía que pensaba lo mismo que yo.

Casi no escuché lo que decía el hombre frente a mí, cuando mencionó el nombre de mi madre volví a la realidad. Todos aplaudieron y en el fondo el sonido de cámaras que capturaban el momento. Ella, como toda una mujer distinguida, subió al escenario. Demostraba tanta confianza que intimidaba, llevaba años haciendo ese tipo de cosas. Realmente no sabía cómo lo haría yo en mi momento, seguramente me caería del escenario o haría corto circuito al tocar el micrófono. Ella comenzó su discurso:

—Este lugar posee mucha historia. Son muchos los artistas que han pasado por estas paredes, muchas obras se han lucido, y han visto la luz de su futuro crecer y proyectarse cada vez más. Nuestro trabajo siempre fue dar oportunidades: a los artistas la oportunidad de brillar y a nuestro público la oportunidad de deslumbrarse.

Mi madre leía sus papeles como toda una experta. Yo solo pensaba que a mí se me habrían caído apenas los tomara.

—Mi trabajo en un principio fue ser esposa y madre, pero con Henry ausente me vi en la labor de adoptar este lugar como a un hijo más. Cuidar del museo se volvió el deber de nuestra familia, porque para nosotros lo es todo. Y debo admitir que no es nada fácil, es agotador. Por eso siempre aceptamos ayuda, y eso no nos hace débiles, nos hace ser cada vez más fuertes —su mirada se encontró con la mía unos segundos, luego continuó—. Todos están aquí por un motivo, créanme que no quiero hacerles más larga la espera. Hoy comienza una nueva etapa para nosotros, y para mi familia. Me encuentro orgullosa de anunciarles que a partir de este día, y hasta que ella lo estime conveniente, la administración de este museo estará en manos de mi hija, Celeste Errázuriz.

Todas las miradas se concentraron en mí, haciéndome más pequeña aún. Escuché algo de bullicio, pero mi madre los silenció de inmediato.

—Mi hija ha demostrado ser una persona comprometida con este lugar, ella entiende que lo es todo para nuestra familia, porque lo era todo para su padre. Henry nombró este lugar como nuestra hija, con la esperanza de que algún día ella se sentara en el lugar que él tanto cuidó. Y sé que ahora que se cumplió, él sería el primero en ponerse de pie para aplaudir. Celeste —me dijo —. Por favor, acércate.

Yo me acerqué al escenario, con extremo cuidado en cada paso. Al subir mi madre me abrazó fuerte, pude escuchar como comenzaban a producirse los aplausos, de a poco incrementaban. Mi madre me entregó una caja pequeña, al abrirla vi una llave plateada en su interior.

—Ahora son tuyas —dijo solo para mí—. Las mismas que usó por años tu padre, las de su oficina. Tu lugar.

Yo sonreí tratando de contener un poco las lágrimas. Muchos fotógrafos se acercaron, no quería salir mal porque mi maquillaje estaba impecable. Entre el público logré ver a Jeremy, que me sonreía cálidamente. El animador anunció que todos podían disfrutar la continuación de la velada, hubo un banquete y una banda de jazz tocó un poco de música suave. Al terminar busqué

a Jeremy, pero no lo encontré entre la gente. Seguía sosteniendo la cajita en mis manos, mientras nadie me veía me escapé al ascensor. Presioné el botón y fui a la oficina de mi padre, que también había sido de mi madre y luego de Jeremy. Pero para mí seguía manteniendo su esencia original, la de aquel hombre que mientras leía su periódico me dejaba leer historietas a escondidas de mi madre.

Lo primero que vi al abrir la puerta fue un hombre muy atractivo. Estaba ordenando el escritorio y guardando algunas cosas.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Jeremy se sorprendió al verme, no me escuchó llegar.

—Quería preparar personalmente todo, antes de que llegara la nueva directora.

Lo encontré justo con las manos en la masa, el escondió algo en su espalda.

—¿Qué es eso?

Se sonrojó.

—Un regalo para tu oficina.

Yo me acerqué a él, me entregó un marco de foto con la imagen de unos niños, éramos nosotros. Puse la foto sobre el escritorio y la besé.

—Ahora que soy la directora tendrás que hacer todo lo que digo.

Me burlé. Di la vuelta y me senté en la silla, en mi nuevo puesto. Se sentía un poco grande para mi cuerpo, pero me acostumbraría. Puse una actitud de ser poderosa y lo miré seductoramente.

—¿Qué deseas? —me dijo.

—Por ahora, solo a ti —le respondí—. Y quizás uno de esos mini sándwiches que sirven abajo.

Se acercó a mi lado y giró mi asiento para quedar frente a frente.

—Ya me tienes.

—¿Es solo porque ahora soy una mujer poderosa? —lo molesté.

—Siempre lo has sido, para mí lo eres todo.

Él se acercó y me besó con mucha felicidad.

—Bajaré a ver a los demás, ¿vienes conmigo? —preguntó.

—Quiero estar un poco más acá.

—Estarás por siempre acá —se burló.

Le hice un gesto de silencio con mis dedos y le lancé un beso. Él se fue y cerró la puerta.

Me quedé observando cada detalle, tocando texturas y memorizando aromas. Ese iba a ser mi lugar, mi refugio. Había cosas que debía cambiar, modernizar algunas decoraciones, pero eso podía esperar. Después de unos minutos mi estómago me recordó que debía bajar y sociabilizar mientras comía pequeños aperitivos. Pero lo que temí todo el día sucedió. Mi tobillo me traicionó y destrocé el tacón de mi zapato derecho, el que pensé que nunca se rompería. ¿Es que acaso tengo pies malditos?

—Y eran caros —me quejé viéndolos con tristeza.

Seguí caminando hacia una puerta que no se abrió. Tiré con fuerza y caí con la perilla de la puerta en las manos.

—¿Es en serio? —exclamé mirando el techo.

Al menos aún tenía mi celular. Marqué el número de Jeremy y rogué que contestara rápido, seguí sentada en el piso porque había caído directo sobre mi trasero.

—¿Celeste?

—Hola, tu directora te necesita. Creo que rompí la puerta, mi trasero y mi tobillo. No exactamente en ese orden.

—Iré enseguida —respondió preocupado.

—Ah y ¿crees que puedas traerme un nuevo par de zapatos? Con esos mini sándwiches que mencioné anteriormente.

—Veré que puedo hacer, aunque creo se acabaron los sándwiches.

—¡No! —exclamé exageradamente—. Creo que se acaba de romper también mi corazón y mi estómago.

Después de varios intentos Jeremy logró abrir la puerta. Me miró extrañado porque aún seguía sentada mirando con pena mis zapatos.

—¿Qué harías sin mí? —preguntó.

—Seguramente rompería el mundo.

Él me ayudó y me tomó en brazos, como recién casados.

—¡Oh! Mi héroe —exclamé dramáticamente.

—¿Adónde deseas ir?

—¡Donde haya barra libre! —respondí feliz—. Y luego donde sea, pero contigo.

No sabía que seguiría en mi camino, pero estaba segura de que a donde fuera quería tenerlo junto a mí. Me sacó de la oficina y todos nos vieron salir del edificio, yo sin zapatos y él cansado por tener que cargarme. Sabía que mi madre estaría poniendo caras, pero no me importaba porque era feliz. Sería la portada de una revista que jamás olvidaría, después de todo tenía todo lo que necesitaba: una historia de desastres y un amor inesperado.

FIN

Epílogo

Concepción, 2023.

> Había recorrido tantas veces mi querido museo que prácticamente ese día lo hice inconscientemente, con una amplia sonrisa en el rostro. Saludé a todos los que se me cruzaban con un gentil movimiento de mano, como si fuera una princesa sacada de Disney.

Tomé el elevador manoseando mis dedos algo nerviosa. El anillo de matrimonio apenas se sentía, después de más de dos años prácticamente era parte de mí, hasta tenía más pálida la piel bajo el oro rosado. Me observé en el espejo mentalizándome para lo que debía hacer, y uno creería que a pesar de todas mis experiencias y errores previos ya estaba preparada para todo, pero no.

Al entrar en la oficina vi al galante hombre que tanto amaba. Su cabello corto y su barba algo larga, su bella sonrisa, las arrugas a los costados de sus ojos eran un recuerdo de la vida que nos quedaba por delante. Me embriagó el aroma de su perfume, cítrico y fresco, y se me revolvió el estómago de la emoción. Me descubrí sorprendida por cómo un simple estímulo como el de su aroma me encendió y me provocó lanzarme sobre él, para llenarlo de besos.

—¡Y aquí está! Mi musa y esposa —se levantó de su silla y me recibió con un beso, alzándome del suelo—. Te me perdiste esta mañana.

—Tuve que salir temprano y no quise despertarte.

—Mmh, misteriosa —me besó en la frente.

Se acomodó nuevamente en su escritorio y noté que estaba leyendo un post de redes sociales. Me acerqué y me acomodé detrás de él, afirmando mis brazos por sobre el respaldo de su silla y acaricié sus cabellos. Reconocí de inmediato el sitio web con tan solo ver la portada, era una revista local que escribía historias humanas, específicamente de romance. Era la misma en la que años atrás habíamos aparecido nosotros: “Un amor desastroso”, había escrito la periodista en su columna, y nos describió como personas que separadas no tenían sentido, y juntas desbordaban arte y adoración. Y yo simplemente agradecí que escogieran una foto favorable de ambos.

—¿Desde cuándo te interesan los chismes, cariño? —pregunté curiosa a mi esposo, mirándolo con sospecha.

—Me gustan las historias con finales felices —admitió, encorvándose de hombros. Presionó el último artículo publicado en el sitio y me indicó la pantalla—. ¿Recuerdas el vídeo viral que te mostré hace unas semanas? —Yo asentí y me acomodé sobre sus piernas, colgando mis brazos a su cuello—. Ahora están subiendo detalles del compromiso, ya que llegaron muchas solicitantes para el novio y algunos solteros para su hermana.

—Wow, eso es aterrador, la verdad. Y novedoso a la vez, es como un The Bachelorette penquista. —Me quedé observando la pantalla—. Será el tema que estará en boca de todos.

—Me parece triste.

—¿Por qué?

—Es obvio que en este juego no habrá amor, solo interés por la fortuna y la fama momentánea —suspiró y cerró el sitio web para concentrar su atención en mí.

—¿Qué te hace creer eso? —pregunté arrugando la frente—. ¿Sabes quiénes no tenían amor en un comienzo y se iban a casar por dinero? Nosotros.

Nos indiqué con una gran sonrisa y él soltó una carcajada, aceptando que yo tenía razón pues esa había sido nuestra vida en un momento.

—Y todo salió excelente, así que yo creeré que este concurso terminará bien. Después de todo, el amor tiene sus formas extrañas de ganar —levanté el mentón, orgullosa por mi fe en un par de desconocidos.

—Adoro ese optimismo. Hoy estás radiante, ¿te lo había dicho?

—No, pero puedes repetírmelo de camino al restaurante. Vamos a almorzar.

Agarrando suavemente su corbata lo levanté de la silla, me acomodé la cartera en el hombro y lo saqué de su oficina, o, mejor dicho, nuestra oficina.

Caminamos un par de cuadras hasta llegar al local italiano que se había convertido en nuestro preferido, a tal punto que los dueños ya nos conocían y nos acomodaban una mesa especial junto a un balcón. Era un sitio romántico e inspirador.

Mientras esperábamos que nos trajeran la comida, ravioles para mí y lasaña para él, nos sirvieron dos copas de vino tinto, ya que era lo que usualmente solicitábamos con la comida, pero no me atreví a tocar la copa. Jeremy elevó la suya y probó un sorbo, él nunca bebía más de media copa en día laboral.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado porque yo no dejaba de acariciar el cristal que parecía quebrarse bajo mi tacto. Se percató de lo nerviosa que estaba y me cogió la mano.

Yo negué con la cabeza lentamente mirando mis piernas ocultas por el mantel a cuadros rojo. No sabía si era el momento adecuado, pero ya no podía contenerlo más. O se lo decía en ese momento calmada o se lo gritaba de camino a casa como una desquiciada.

—¿Pasó algo? ¿Está bien tu familia?

Jeremy siguió interrogando. Mi familia estaba perfecta, mi sobrino cada día se volvía aún más caballeroso, mi hermana seguía siendo una madre ejemplar que había comenzado su propio negocio: un hostal económico y familiar saliendo de la ciudad, rodeado de áreas verdes, que era administrado por el cerebro matemático de su esposo, Tonto Tom. Y mi madre, su salud se mantenía estable, y con preocupaciones menos parecía mejorar y rejuvenecer con los años. Pasaba su tiempo libre en clubes de lectura para mujeres mayores de edad y asistiendo a talleres para cultivar flores exóticas, donde estimo que probablemente conoció a un hombre, pues se bañaba en perfume y se aplicaba rubor siempre que asistía a esas reuniones, aunque ella lo negaba.

—Todos están bien —logré modular para calmarlo.

—¿Entonces? No me digas... —se puso rígido en su silla y apretó con firmeza mi mano—. Ya sé, ¿vas a pedirme el divorcio?

—¿Qué? ¡No! —Reí nerviosa, aunque él lo decía como chiste—. Te amo, Jeremy, nunca dudes eso. Sin ti… no me imagino la vida, no seas bobo.

Tomé con ambas manos sus dedos, acariciando sus nudillos. Siempre estaba más cálido que mi piel. Él, más calmado después de mi aclaración, se acercó para besar el torso de mi muñeca.

—Y yo te amo, Celeste. Pero si no me dices lo que realmente sucede perderé la cabeza y pensaré lo peor.

Justo llegó el garzón con los platos y los sirvió en la mesa, además dejó un frasco de queso rallado muy oloroso y una fuente de pan artesanal. Todos los aromas juntos me volvieron a

alterar el estómago, sentí la bilis subir por mi garganta amenazando con salir allí mismo sobre la mesa.

—Voy al baño —dije y me moví rápidamente, disimulando hasta que perdí de vista a Jeremy y corrí al baño presionando el seguro para que nadie entrara.

Y morí sobre el inodoro. Y no, no era borrachera o resaca, ni nerviosismo, ni tampoco indigestión. Había estado con nauseas varios días, preocupada de que pudiera tener alguna enfermedad estomacal o un virus extraño, esa mañana había acudido temprano al médico. Una vez que me sentí mejor me levanté, me lavé y abrí la pequeña ventana para que entrara aire puro. Me arreglé en el espejo, sonreí y me dije:

—Es momento, Celeste. Tú puedes.

Quité el seguro y regresé a la mesa como si no hubiera vaciado lo poco y nada que había consumido esa mañana en el desayuno. Me senté y Jeremy seguía sin tocar ningún bocado de su plato, me miraba detenidamente arrugando su frente con preocupación. Todo se había enfriado, pero el parmesano aún se colaba por mi nariz.

—¿Te sientes mal? ¿Quieres que nos vayamos? —consultó mi esposo.

—Honestamente, no me siento bien, pero no quiero irme, no sin antes mostrarte esto.

Abrí mi cartera inspirando hondo, tomé el sobre blanco que me habían entregado en la clínica y se lo entregué por sobre nuestras pastas. Él lo recibió con inseguridad, lo abrió y revisó con detenimiento lo que había en su interior.

Luego de un minuto levantó la mirada para encontrarse con mis ojos, yo ya me estaba mordiendo las uñas.

—¿Es real?

Fue todo lo que él quiso saber. Y aunque aún no le afirmaba nada, pude ver en sus pupilas un pequeño brillo, y en sus labios una casi sonrisa a punto de escapar.

—Sí, es real. Me lo confirmaron esta mañana. Y sé que quizás debí decírtelo antes, porque es algo que debemos mencionar con anterioridad, espero que no te moleste que fuera sin ti —estaba hablando sin parar, y él me mostraba su mejor sonrisa—. Por favor, no te enojes.

Era una estupidez que le pidiera eso.

—¿Enojarme? ¡Vamos a ser padres! —gritó Jeremy emocionado, atrayendo la mirada de algunos comensales—. ¿Sabes lo feliz que me hace? Ya era perfectamente feliz contigo y Barry, pero ahora… ¡Tendremos un bebé!

Me relajé y solté una carcajada cuando el mencionó a nuestro perro, el que habíamos rescatado hace años cuando decidimos comenzar a tener nuestra pequeña familia, la que ahora aumentaba sus integrantes. Jeremy se puso de pie y se acercó a besarme, suavemente, abrazándome por la espalda baja. Me susurraba que me amaba y yo comencé a sollozar por todo lo que sentía en ese momento.

—Ahora entiendo por qué no tomabas tu vino —se burló él.

—Pues sí. Se viene un largo, largo, largo tiempo sin nuestras cenas con vino, fines de semanas de cerveza artesanal y adiós a mis tardes de mango sour con Annie.

Él me consolaba y me aseguraba que el tiempo pasaría muy rápido.

—¿Sabes lo que debemos hacer ahora? —le pregunté cuando volvimos a sentarnos y pedimos que nos cambiaran las copas de vino. Jeremy negó con la cabeza mientras probaba por fin su comida—. Decirles a nuestros padres, por supuesto.

Y ambos reímos, entusiasmados por la idea de anunciarle a la familia que un pequeño o pequeña vendría pronto a causar adorables desastres en nuestras vidas, y en el mundo.